La mentirosa

Sophie Stava



DESTINO

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Citas

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Violet

19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

Jay

30
31

Sloane

32

Agradecimientos

Notas

Créditos

LA MENTIROSA

Sophie Stava

Traducción de Aleix Montoto

Ediciones Destino

A mis padres

Si cuentas la verdad, no tienes que recordar nada.

MARK TWAIN

Siempre he creído que es mejor ser un falso alguien que un don nadie verdadero.

TOM RIPLEY, *El talento de Mr. Ripley*

1

—Soy enfermera. —Las palabras me salen de la boca antes de que pueda evitar decirlas. Suenan alto y retumban como un par de latas atadas a un parachoques trasero. Si pudiera estirar una mano, cogerlas por la cola y recuperarlas, lo haría, pero ya es demasiado tarde. Alguien las ha oído: dos cabezas se vuelven hacia mí.

Debería marcharme. O reírme y decir que solo estaba bromeando. Pero cuando el padre y la niña me miran desde el banco del parque (él esperanzado, ella con los ojos brillantes a causa de las lágrimas), siento tal subidón que no hago ninguna de las dos cosas. En cambio, me arrodillo junto a la niña y, con una amplia sonrisa, la miro primero a ella y luego a él.

—Hay que aplicarle hielo —le digo al hombre en un tono de voz claro y firme, con ese leve aire de autoridad que, imagino, alguien que se dedique a la medicina debe poseer de forma natural.

El problema es que no soy enfermera. Nunca lo he sido. Lo que soy es una mentirosa.

He oído el llanto de la niña desde el otro lado del parque infantil, unos sollozos interminables que me han impulsado a acercarme a ella. Siempre he sido algo entrometida. Suelo prestar atención a las conversaciones de los desconocidos, me acerco a alguien para leer por encima de su hombro o examino a la persona que está a mi lado en el metro, estirando el cuello para ver los mensajes de texto de su móvil. Es otra mala costumbre mía. Añádela a la lista, ¿vale?

—Déjame ver —estaba diciéndole el padre a la niña cuando me he acercado, mientras sostenía uno de sus pies descalzos—. ¿Dónde te ha picado? ¿Aquí? ¿O aquí?

Yo solo quería ayudar. Parecía tan aturullado y nervioso por la situación que, casi sin pensarlo, he abierto la boca y la mentira ha salido de mis labios, sobresaltándolos a ambos como si las palabras cayeran con gran estrépito sobre la acera. Mi intención era buena, de verdad. Sí, ya lo sé, los mentirosos van al inferno y todo eso.

Echo un vistazo a sus pertenencias. A su lado solo hay una bolsa de papel marrón con el contenido desparramado sobre el banco. Un sándwich a medio comer. Rodajas de manzana tiñéndose ya de marrón y unos palitos de zanahoria. También dos bebidas: una lata de agua con gas con sabor a uva y un zumo en tetrabrik.

Cojo la lata. Está algo fría. No mucho, pero puede ayudar.

—Tenga —digo, tendiéndosela al hombre. Él la coge y nuestros dedos se rozan ligeramente. Me sorprende su suavidad—. ¿Todavía tiene clavado el aguijón?

El padre se queda mirando el pie de su hija con el ceño fruncido. Ella sigue sollozando, pero ahora lo hace con menos intensidad. Está mirándome con los ojos abiertos como platos. Tiene un rostro de muñeca, con flequillo y largas pestañas. Es una auténtica monada. Y también él, por decirlo suavemente. Todavía puedo sentir el roce de sus dedos.

—Creo que sí —dice él—. ¿Le importaría echarle un vistazo?

Siento una punzada de orgullo. Confía en mí. Claro. Soy buena mentirosa. Y, además, justamente llevo puesto un uniforme sanitario.

—Claro que no —digo con una sonrisa. Aún de rodillas, extiendo las manos y alzo el pequeño pie manchado de barro. Tiene cuatro o cinco años y su pie parece minúsculo al lado de mis manos

gigantescas. Siempre las he tenido demasiado grandes para ser mujer, incluso cuando era pequeña. «Parecen manoplas», solía burlarse mi tía juntando sus palmas con las mías. Todavía estoy acomplejada. Procuro ser breve al estrecharle la mano a alguien y suelo esconderlas en los bolsillos o debajo de los muslos cuando estoy sentada.

Aguzo la mirada y me fijo en la planta del pie de la niña. Hay una pequeña roncha roja y, en el centro, un punto negro. El aguijón. Aspiro aire a través de los dientes, negando con la cabeza.

—Todavía está dentro.

El padre frunce el ceño y baja la mirada.

—¿Debería...?

—Tiene que rasparlo con una tarjeta de crédito o alguna otra cosa con un borde romo. No intente sacarlo presionando con las uñas, podría empeorar la herida.

Me siento satisfecha de lo competente y experta que parezco, como si realmente supiera lo que estoy diciendo. Supongo que, en realidad, sí que lo sé. El año pasado yo también pisé sin querer una abeja en este mismo parque. Había extendido una manta y me había quitado las zapatillas antes de tumbarme a leer. Cuando me levanté para doblar la sábana, aún descalza, sentí un intenso pinchazo en la planta del pie. Me senté para examinar la herida, maldiciendo mi suerte en voz baja, y vi la abeja aplastada mientras el aguijón seguía clavado en la piel. Presioné cuidadosamente los lados de la herida con las uñas para que saliera a la superficie. No fue hasta más tarde, cuando lo consulté en Google presa del pánico, que descubrí mi error.

Por la noche, mi pie parecía una pequeña salchicha. Prácticamente había doblado su tamaño y había adquirido una intensa tonalidad rosada. El picor tardó tres días en desaparecer y la

hinchazón otros cuatro. Estuve cojeando toda la semana, apresurándome a contarle la historia a todo aquel que apenas enarcara una ceja al verme (aunque es posible que, en mi relato, asegurara que el culpable de la herida había sido todo un enjambre, no una única abeja). La cuestión, en cualquier caso, es que tengo algo de experiencia en el tema.

El padre saca su cartera de uno de los bolsillos traseros del pantalón.

—Gracias —dice, agradecido—. Si no estuviera usted aquí, probablemente habría tenido que llamar a una ambulancia. —Me sonríe para demostrarme que no está bromeando y compruebo que tiene una dentadura blanca, recta y uniforme. Su atractivo salta a la vista, como el de un rompecorazones adolescente. Probablemente debe de rondar los treinta y pocos, mi edad.

Saca una tarjeta de crédito de uno de los compartimentos de su cartera.

—Déjame ver el pie, cariño —dice.

Cuando le raspa la planta del pie con la tarjeta, puedo ver su nombre. Jay Lockhart. Jay Lockhart... Me gusta como suena. Fácil de pronunciar en voz alta. Jay, igual que el Gatsby de la novela, ese millonario locamente enamorado, encantador y apasionado. Vuelvo a mirar al tipo —Jay— y decido que el nombre encaja con su sonrisa juvenil y su rostro de *playboy*.

—¡Lo tengo! —anuncia Jay, triunfal, sosteniendo entre el pulgar y el índice una minúscula mota negra; el aguijón, supongo—. ¿Lo ves? —Se lo muestra primero a la niña y luego a mí.

—¡Bien hecho! —le digo con una sonrisa. Se le ve muy orgulloso, como si hubiera ganado una medalla en alguna prueba olímpica. Quizá no de oro, sino de bronce, pero aun así algo sin duda respetable.

Cuando me devuelve la sonrisa noto que me sonrojo. Es como si estuviéramos compartiendo la victoria, como si fuera a extender los brazos para abrazar a su compañera de equipo.

—¿Estás mejor? —le pregunta a la niña. Ella asiente y deja de sorberse la nariz. Él alarga una mano y le seca las mejillas con un pulgar y luego le acaricia el sedoso flequillo. Me fijo en que no lleva alianza.

—Debería aplicarle hielo cuando lleguen a casa para reducir la hinchazón —digo, poniéndome de pie—. Y quizá podría darle algo de Benadryl, tal vez media dosis. Reducirá el picor.

—Muchas gracias, en serio. ¿Le das las gracias, Harper? —Jay se vuelve hacia la niña—. Vamos, di: «Gracias, señorita...». —No termina la frase y se vuelve hacia mí para que le diga mi nombre.

—Caitlin —digo. Otra mentira. Ni siquiera sé de dónde sale. ¿He conocido alguna vez a una Caitlin? Una vez, quizá. De pequeña creo que hice ballet con una. ¿O se llamaba Carly? Íbamos a la misma clase del centro comunitario, pero las similitudes entre nosotras terminaban ahí. Además de tener el pelo largo, que llevaba sujeto con unos brillantes pasadores a cada lado y recogido en una hermosa trenza que le caía por el centro de la espalda, destacaba por calzar unas zapatillas de ballet nuevas de reluciente satén rosa. Yo bailaba con unos calcetines viejos. Esa niña, comoquiera que se llamara, era la mejor de la clase y representaba el papel principal en el recital. Yo, en cambio, era el Hada de Azúcar número seis. La niña de la picadura de abeja, Harper —un nombre burgués pero mono, exactamente lo que cabría esperar en este barrio—, también lleva una reluciente trenza y el flequillo bien peinado. Quizá por eso he pensado en ese nombre: me ha recordado a ella.

—Gracias, señorita Caitlin —recita Harper con obediencia.

—De nada, Harper —digo yo—. Espero que la herida se te cure pronto.

Ella me ofrece una tímida sonrisa, mirándome con sus grandes ojos castaños, y luego se vuelve hacia su padre.

—¿Puedo terminar de construir mi castillo?

Jay asiente con una sonrisa y la niña se levanta del banco y vuelve a sentarse junto a los juguetes de plástico que hay desperdigados en la arena.

Él se vuelve otra vez hacia mí.

—Me llamo Jay, por cierto —dice, poniéndose de pie y alargándome una mano. Es más alto de lo que esperaba, debe superar el metro ochenta.

—Encantada de conocerte, Jay —digo yo. Cuando nos estrechamos la mano, saltan chispas. Al menos, yo las noto. No hacía falta que se presentara, pero lo ha hecho. Ya es algo.

Tras una breve pausa, dice:

—Todo el mundo miente, ¿verdad?

Me da un vuelco el corazón y se me hace un nudo en la garganta.

—¿Cómo dices? —consigo decir. ¿Cómo es posible que haya...?

Jay sonríe y señala la mano que me cuelga a un costado. Todavía sostengo el libro que estaba leyendo cuando he oído los sollozos de Harper, con un dedo metido entre las páginas para no perder el punto en el que me encontraba. Es un gastado ejemplar de bolsillo de *Asesinato en el Orient Express*, con las esquinas de las páginas dobladas y gastadas de tantas lecturas.

—Lo siento, ¿te lo he destripado? —añade con una mueca, en tono pesaroso—. Me ha dado la impresión de que ya lo habías leído y pensaba que...

—¡Ah! —suelto una pequeña risita al tiempo que exhalo un suspiro de alivio—. No, seguramente es la décima vez que lo leo.

¿Tú también lo has leído?

Jay asiente.

—Me encanta el protagonista, el detective Hércules Poirot. Cuando cumplí doce años mis padres me regalaron una caja con la serie completa de novelas. Siempre intentaba resolver el caso antes que él —dice, negando tristemente con la cabeza.

Me río.

—Mi libro favorito de Agatha Christie es *Diez negritos*. El final es realmente... —imito el ruido de una explosión—. Guau. En ningún momento lo vi venir.

—Ese no lo he leído. ¿Tan bueno es?

—Si quieres, puedo dejarte mi ejemplar —le ofrezco—. ¿Vienes por aquí a menudo? Yo suelo venir unas cuantas veces a la semana. —Aguanto la respiración y noto cómo se me acelera el pulso. Seguramente estoy pasándome de la raya. Típico de mí.

Y lo cierto es que sé perfectamente que no es la primera vez que Jay y su hija vienen a este parque. Ya los había visto antes. Dos veces, en realidad, a principios de la semana. Hoy también esperaba verlos y no he podido evitar alegrarme cuando han aparecido. Los lloros de Harper han llamado mi atención, pero en realidad ya estaba pendiente de ellos mientras hojeaba mi libro. Cada pocas páginas, levantaba la mirada para ver cómo la niña jugaba en el trepador o el columpio.

El primer día, el martes, reparé en Jay antes que en Harper. Estoy segura de que todas las mujeres que estaban en el parque se fijaron en él. No solo porque era uno de los pocos hombres que había a esas horas, sino porque parece salido de un plató de cine en Los Ángeles, no de un parque infantil en pleno Brooklyn.

Como le he dicho a él, vengo aquí casi todos los días, aprovechando el descanso para el almuerzo que hago al mediodía,

de modo que tengo vistos a los habituales. Suelo ver a los mismos niños con las mismas niñeras y también los mismos grupos de mamás sentadas en un banco y charlando mientras sus criaturas van de un lado a otro del parque sin dejar de chillar. Me gusta este parque y lo feliz que parece todo el mundo aquí, también la hierba iluminada por el sol y el olor de los arbustos de madreselva que lo bordean. Hay gente incluso en los meses más fríos, cuando los niños van bien abrigados y tienen las mejillas sonrosadas.

—Sería genial —dice él, respondiendo a mi oferta—, pero es mi esposa quien suele traer a Harper al parque. Esta semana la tengo libre, de modo que estos días he venido yo, pero el lunes vuelvo al curro.

Cuando menciona a su esposa, el corazón me da un vuelco, lo cual me hace sentir aún más estúpida de lo que ya soy. ¿Acaso pensaba que esto era el inicio de una comedia romántica? ¿Como si fuera Liv Tyler en *Una chica de Jersey*? Sé que esta es una referencia algo anticuada, pero ¿qué mujer no fantasea con que un Ben Affleck viudo, afligido y vulnerable encuentra consuelo en sus brazos mientras una niñita sin madre los mira con ternura? Sí, resulta algo macabro, pero no puedo ser la única. ¿O quizá sí?

—Le diré que te busque la próxima vez que venga —dice Jay—. Al parecer, este es el nuevo parque favorito de Harper.

Yo fuerzo una amplia sonrisa como si la idea de conocer a su indudablemente hermosa esposa me colmara de una felicidad desatada.

—¡Genial! —digo, esperando sonar entusiasmada—. Suelo estar aquí a esta hora. Quizá pueda traerle el libro.

He aquí cómo sé que no soy guapa. Ningún hombre casado le hablaría a su esposa de una hermosa mujer soltera a la que ha conocido en el parque. A no ser que su coeficiente intelectual esté

por debajo del límite de la idiotez, o que espere que lo asfixien con la almohada esa misma noche. Y Jay no parece estúpido ni tampoco un suicida.

Pero no es algo que me sorprenda. Sé perfectamente que no soy el tipo de mujer que supone una amenaza para otras mujeres. Mi nariz es un poco demasiado grande y tengo una mandíbula angulosa. En un buen día, me digo a mí misma que soy atractiva, como una de esas actrices con los rasgos marcados de las películas en blanco y negro. Greta Garbo, quizá, si la luz es tenue. Y no me hago a mí misma ningún favor. Sé que podría perder más tiempo en mi apariencia; no tengo por qué parecer tan dejada.

Sin duda, podría vestir mejor, pero en vez de eso me pongo ropa cómoda, prendas que tengo desde hace años y que debería haber donado —o tirado— tiempo atrás. Pantalones vaqueros de cintura alta con agujeros en las rodillas, camisas de franela, suéteres extragrandes y dados de sí. Gracias al vaivén de la moda, mi estilo podría resultar *cool* si fuera intencionado, o si no lo acompañara con moños desgreñados, unas gafas de plástico baratas y zapatillas de deporte hechas polvo. Tengo lentillas (y un peine), pero casi todas las mañanas voy con el tiempo muy justo y salgo por la puerta a medio vestir y con una tostada recién hecha en la boca, de modo que las lentillas (y peinarme) suelen quedarse por el camino.

No es que no tenga ropa mejor —sí que la tengo—, es solo que últimamente no he tenido ninguna buena razón para ponérmela. Y es que, en vez de cárdigan y pantalones de vestir, para trabajar llevo un uniforme sanitario. De color malva, para ser exactos. Mi jefa, Lena, me lo dio el primer día con una sonrisa de orgullo. Ella misma había elegido el color.

No soy enfermera, sino manicura en un pequeño y exclusivo salón de belleza que ofrece manicuras y pedicuras de setenta y cinco

dólares, depilaciones con azúcar y un menú de tres páginas de tratamientos faciales. Enfermera, manicura..., ¿qué diferencia hay en realidad? Sí, ya: mucha. El abismo entre curar un brazo roto y una uña acrílica rota es ancho y profundo.

En estos momentos, además del uniforme llevo las mencionadas gafas de plástico, unos pendientes de oro y una cadenita en el cuello que he cogido al vuelo cuando salía.

Me llevo una mano al collar. Lo encontré en una pequeña tienda que descubrí hace unas semanas cuando volvía del trabajo. Entré un momento solo para matar el tiempo, sin intención de comprar nada, pero, al pasar por delante del mostrador, vi cómo relucía en una vitrina de cristal. La dependienta me animó a probármelo. Me quedaba perfecto. La cadena era delicada, con unos diminutos eslabones trenzados de los cuales colgaba una pequeña perla iridiscente que quedaba justo en la base de mi cuello. La pagué y me la llevé puesta. Cuando Natasha, mi compañera de trabajo, me preguntó por ella, le dije que se trataba de una reliquia familiar que mi abuela me había dejado en herencia.

Sin embargo —no te lo vas a creer—, ni siquiera con los pendientes y el collar soy una chica diez. Seguramente, la esposa de Jay se parece más a Liv Tyler de lo que yo me pareceré nunca. Si él es como Gatsby, ella debe parecerse a Daisy. Delgada, con los pómulos marcados, de labios carnosos y con rizos cayéndole por la espalda. Ni un solo pelo encrespado.

—Cinco minutos y nos vamos, Harp. —Jay se inclina un poco para tocarle la coronilla a su hija y llamar su atención. Ella asiente distraída. La niña parece haberse olvidado ya de la picadura de abeja y ahora está jugando felizmente a nuestros pies, vertiendo arena con una pala en un cubo para después volcarlo.

Cambio el peso de mi cuerpo de un pie a otro. Debería marcharme, pues he de estar en el trabajo en menos de diez minutos, pero Jay es mucho más interesante de lo que me espera en el salón de belleza. Y ha dicho que solo se quedarán cinco minutos más. Si camino deprisa, llegaré a tiempo. Así que, en vez de marcharme, le digo:

—Entonces... ¿tienes la semana libre?

Él asiente.

—La escuela está cerrada durante las vacaciones de primavera, así que me he tomado la semana libre para poder pasar algo de tiempo con mi hija.

—¿A qué te dedicas? —Es otra mala costumbre mía: hablar demasiado, hacer demasiadas preguntas. Probablemente se debe a la misma razón por la que miento: para llenar silencios incómodos y evitar que la gente se marche.

A ver, soy del todo consciente de lo patético que suena. Es solo que mi trabajo es rematadamente aburrido. De hecho, toda mi vida es aburrida, insulsa y gris. Soy capaz de casi cualquier cosa con tal de echar un vistazo a la vida de otra persona. Y la suya parece muy interesante. En tecnicolor y tan deslumbrante que no tienes más remedio que entrecerrar los ojos. Me apostaría cualquier cosa a que tengo razón.

—Fundé mi propia empresa el año pasado. Desarrollamos juegos online, lo cual básicamente significa que soy un gran friqui —bromea Jay con una sonrisa y un destello en los ojos. Reparo en que tiene un hoyuelo en la mejilla derecha.

No es un friqui. Ni por asomo. Nunca lo ha sido: se nota solo con mirarlo. Como he dicho, es muy alto: mide al menos uno noventa o noventa y cinco. Luce además una mata de pelo moreno por la que no deja de pasarse la mano, apartándose el flequillo de los ojos. Y

tiene una marcada mandíbula de piel morena perfectamente afeitada.

—Lo de fundar una empresa propia suena interesante —digo.

—Puede serlo. —Se encoge de hombros—. No es algo tan altruista como una carrera médica, pero sirve para pagar las facturas.

¡Ah, sí, soy enfermera! Sonrío modestamente como si mereciera su cumplido. Desearía que así fuera.

Jay consulta la hora en su móvil.

—¡Mierda, tenemos que marcharnos! He prometido que Harper estaría en casa a las tres.

—¿Ya es tan tarde? —digo, fingiendo sorpresa—. Vaya, yo también he de marcharme corriendo. —De vuelta a mi trabajo auténtico, claro está, sin un solo paciente a la vista—. Ha sido un placer conocerte.

—Para mí también, Caitlin. —Su sonrisa me convence de que habla en serio y siento un vuelco en el estómago—. Ya le comentaré a mi esposa lo del libro, a ver si te ve por aquí.

Le devuelvo la sonrisa, dejando a la vista mis dientes.

—Me encantaría. —Soy una mentirosa, ¿recuerdas?

Observo cómo él y Harper salen del parque cogidos de la mano y balanceando los brazos. Cuando llegan a la puerta, Jay se vuelve y se despide de mí con la otra mano. Yo le devuelvo el gesto, pero espero a que hayan desaparecido para darme la vuelta y marcharme.

De camino al trabajo, sin embargo, caigo en la cuenta de que la razón por la que he creído que tal vez fuera soltero era que no llevaba alianza. No puedo evitar preguntarme por qué.

2

—¡¿Mamá?! —exclamo cuando llego a casa del trabajo, mientras cierro la puerta de entrada y dejo después las llaves en la mesita del vestíbulo—. ¡Ya estoy en casa!

—¿Eres tú, Sloanie? —Ese es mi auténtico nombre: Sloane. Sloanie la Trolera. Y sí, vivo con mi madre. Ya lo sé, ya lo sé, otro logro más en mi haber. Estoy trabajando en ello. En serio. Lo digo con el corazón en la mano.

—¡Sí, soy yo, mamá! —contesto alzando la voz. Me quito las zapatillas deportivas, dejo el bolso al lado y recorro el corto pasillo hacia el salón. Mi madre está en su butaca reclinable con el televisor encendido, ataviada con un chándal azul claro y unos gruesos calcetines de lana como si fuera un personaje de una comedia televisiva de los setenta. Cruzo la estancia y me inclino para darle un beso en la mejilla al tiempo que echo un vistazo a la pantalla. *Se ha escrito un crimen*: su serie antigua favorita. Es posible que ya haya visto ese episodio al menos tres veces.

—¿Qué tal el trabajo? —me pregunta, bajando el volumen del televisor, que pasa de atronador a alto. Me mira con los ojos entrecerrados. Parece mayor de lo que es en realidad. Su pelo corto ya casi está completamente gris y las arrugas que tiene en la frente y alrededor de los ojos y la boca son cada vez más profundas.

—Bien —digo, encogiéndome de hombros—. Voy a comenzar a hacer la cena. ¿Tienes hambre?

Ella asiente y vuelve a apuntar al televisor con el mando a distancia. El volumen regresa a un nivel ensordecedor. Me sorprende que los vecinos no se quejen.

Mi madre está perdiendo tanto la vista como el oído. Los años de trabajo como asistenta de limpieza le han machacado la espalda, que ahora tiene encorvada y dolorida, y tiene las articulaciones agarrotadas. Sufre de artritis reumatoide desde que tenía treinta años. A pesar de llevar tiempo medicándose, la artritis finalmente ha terminado pasándole factura y muchos días es incapaz siquiera de moverse (y ya no digamos trabajar).

Se pasa las horas sentada en un gastado sillón de pana situado en un rincón del salón, con una almohadilla térmica en la espalda y las piernas estiradas, mirando a través de sus gafas sucias las reposiciones de *Misterios sin resolver* y *Crímenes imperfectos* que empobrecen la tele. Se bebe una taza tras otra de café tibio y con demasiado azúcar, seguida de un whisky a las cinco y, luego, otra taza de café antes de ir a dormir (este descafeinado). Nunca pensé que estaría viviendo con mi madre durante la treintena, pero al menos así puedo echarle un ojo. A estas alturas, cuidar de ella es una segunda naturaleza, algo que he hecho desde que tengo uso de memoria.

Voy a la cocina y abro la nevera. Hay unas sobras del pollo asado que hice para cenar anoche; las caliento y las meto en un bol junto con pepino y zanahoria troceados y un poco de lechuga. Un modesto intento de contrarrestar la comida china que mi madre se pide a menudo para almorzar. Divido la ensalada entre mi plato y el de mi madre y luego regreso al salón.

—Gracias, Sloanie —dice mi madre, cogiendo su plato. Luego le quita el volumen al televisor. Cuando comemos le gusta oír cómo me ha ido el día.

—Hoy le he hecho las uñas a Dolly —le cuento, dándole un mordisco a una zanahoria.

Llevo casi un año trabajando en el salón de belleza Rose & Honey. Una tarde vi el letrero de SE BUSCA PERSONAL en el escaparate y decidí probar suerte. Había pasado al menos cien veces por debajo del toldo blanco y negro que había en la fachada, pero nunca había entrado. Para entonces, llevaba meses sin trabajo. No conseguía que me contrataran en ningún sitio, al menos no para lo que estoy cualificada. Había ido a unas cuantas rondas de entrevistas, pero no me habían hecho ninguna oferta de trabajo. Sabía por qué, claro está, así que tampoco me sorprendía, pero eso no lo hacía más fácil. Ser manicura parecía una alternativa razonable, algo que podía dárseme bien si lo intentaba.

La mujer del mostrador pareció alegrarse cuando solicité el puesto. Se presentó estrechándome la mano con fuerza. Era Lena, la dueña del salón, una fornida mujer de Europa del Este impecablemente maquillada: ojos delineados con *kohl* enmarcados por unas largas extensiones de pestañas, piel de porcelana, pronunciados labios rojos. Había abierto el salón unos pocos años atrás, me dijo con un marcado acento, y quería añadir otra manicura al equipo; alguien fiable, alguien con quien pudiera contar. «¿Por qué no? —pensé—. ¿Cuán difícil podía ser?»

Cuando Lena me preguntó si tenía la licencia de cosmetología le dije que sí, que había aprobado el examen recientemente. Supuse que, en el caso de que me ofreciera el empleo, podría falsificar un certificado. Me invitó a realizar unos días más tarde una prueba práctica en la que, me explicó, demostraría mi pericia haciéndole a ella misma una manicura. Me pasé la semana siguiente en YouTube, pausando los vídeos a cada paso para practicar con mi madre, limando y relimando, pintando y repintando. Memoricé los pasos, lo

cual tampoco fue muy difícil —limpiar, cortar, limar, pulir, arreglar las cutículas, exfoliar, hidratar, aplicar capa base, pintar capa superior—, y me presenté con un kit de herramientas propio que había comprado con un cupón de descuento del veinticinco por ciento en una tienda de suministros para salones de belleza del barrio. Cuando hube terminado, Lena se examinó las uñas, sonrió y me ofreció el empleo.

—Tienes buenas manos —me dijo, asintiendo con admiración mientras las observaba. Yo bajé la mirada. Junto a las de Lena, parecían todavía más grandes de lo habitual. ¿Quién habría pensado que mis manos enormes terminarían suponiendo una ventaja? El salario era de veintiún dólares a la hora, siguió diciéndome ella, más al menos un extra de mil al mes en propinas, a veces más; sus clientas eran generosas, me explicó Lena, aludiendo a los bolsillos holgados de los habitantes del barrio de Cobble Hill. Era un poco menos de lo que ganaba en mi último empleo, contando incluso con la propina, pero, como suele decirse, cuando hay hambre no hay pan duro.

Acepté el empleo de inmediato y le mostré la licencia de cosmetología falsa que le había comprado a un tipo en internet por cincuenta pavos. Lena le echó un vistazo, distraída por el timbre de un teléfono, y luego me dijo que podía comenzar al día siguiente.

Es un buen trabajo. Mecánico, fácil y, después del servicio, la mayoría de las clientas dejan al menos un veinte por ciento de propina, a veces un treinta. Entre eso y los cheques de la seguridad social que recibe mi madre, tenemos para pagar el alquiler y los gastos, pero no es ni mucho menos suficiente para que deje de desear algo mejor —algo más—, ni tampoco de odiar el sonido del despertador cada mañana: su estridente pitido me resulta insoportable.

—¿Y cómo está? —pregunta mi madre, refiriéndose a Dolly. El mote se lo puse por Dolly Parton, a modo de homenaje a la mismísima Reina del Country. Suelo ponerles motes a las regulares, las clientas a las que veo semana tras semana y a las que he llegado a conocer gracias a sus indiscretas conversaciones telefónicas o a las despreocupadas charlas que mantienen entre ellas. Dolly Parton se llama en realidad Laura Hoffman, pero ambas comparten el mismo cardado rubio y un busto descomunal. Laura incluso habla con un ligero acento sureño, aunque creció en Texas, no en Tennessee como Dolly. Se mudó de Dallas a Nueva York después de conocer a su marido cuando este se encontraba en una expedición petrolera, o lo que sea que los magnates hacen cuando viajan por negocios.

—Su hijastra quiere el Lamborghini —le explico.

El marido de Laura, muy mayor y muy rico, murió hace dos años. Desde entonces, ella está en litigios con los hijos de él, disputando hasta el último céntimo que el viejo chocho tenía a su nombre. Y no eran pocos. Laura me pone al día de las novedades cuando viene cada semana. Vive en un ático en Manhattan —en el Upper East Side, dónde si no—, pero tiene un hijo de un matrimonio anterior que reside en Brooklyn Heights, a unas pocas calles de Rose & Honey, de modo que suele venir los días que almuerza con él. El contraste de su aspecto con el de nuestra típica clientela burguesa de Brooklyn es tal que, cuando entra en el salón, todas las cabezas se vuelven hacia ella.

—Pero —prosigo— Laura dice que prefiere vender el coche por partes antes que ver a esa gilipollas malcriada conduciéndolo. Son sus palabras, no las mías.

—¿Dónde aparcas un Lamborghini en Manhattan? —pregunta mi madre. Su curiosidad parece genuina.

Me encojo de hombros.

—Ha dicho algo de un garaje privado. En cualquier caso, ninguna de las dos sabe conducir. Laura dice que Cassie no tiene carné. En su decimosexto cumpleaños, en vez de un coche le regalaron un chófer.

Mi madre resopla y pone los ojos en blanco. Su tolerancia con las mujeres ricas es menor que la mía. Aun así, Laura me cae bien y me gusta cómo abre la ventana de su vida de culebrón, permitiéndome echar un vistazo. Además, me trata como un ser humano y no como un objeto inanimado que casualmente sabe limar uñas, algo que no puedo decir de la mayoría de las clientas.

—Pero se ha enterado de que su hijo está esperando su segundo bebé, así que estaba de buen humor. Me ha dejado el doble de propina. —Laura es una de las pocas que deja propinas en efectivo y suele dejarme cincuenta pavos, pero hoy me ha dado un billete con la cara de Benjamin Franklin sin arrugas, verde, recién impreso. He comenzado a protestar, pero ella me ha hecho callar guiñándome el ojo de manera exagerada.

Aunque esto no es del todo cierto. Probablemente, me ha dejado más propina porque al principio de la manicura le he contado que se me había caído café sobre el MacBook y el disco duro había quedado frito, con lo que había perdido las últimas cincuenta páginas de la novela que estaba escribiendo. Ella se ha llevado una mano a la boca con las uñas todavía húmedas. «¡Oh, no, Sloane!»

Obviamente, no hay ningún MacBook ni tampoco ninguna novela. Pero la mentira era tanto para mí como para Laura. Desearía tener un manuscrito a medio escribir en un portátil y pasarme las tardes encorvada sobre un teclado en vez de hacerlo sobre los pies de todas estas mujeres. Cualquiera lo preferiría. No tenía ni idea de que me dejaría el doble de propina. Si lo hubiera sabido, no le habría contado eso. En serio.

Es solo que la verdad resulta muy poco interesante. Alterarla, cambiar los detalles, añadirle color es algo que comencé a hacer de pequeña. Una mala costumbre —como morderse las uñas o arrancarse las costras— que nunca he conseguido erradicar. De hecho, ha ido a más. Con el tiempo, las mentiras que salían de mi boca lo hacían cada vez con mayor facilidad, casi por reflejo, hasta que se convirtió en algo instintivo y parte de quien soy. Ya casi nunca se me ocurre contar la verdad. ¿Para qué? Cuando lo haces —al menos si la verdad es aburrida, que casi siempre lo es—, los demás comienzan a moverse nerviosamente y sus miradas se vidrian a medida que su atención mengua. Al final, se dan cuenta de ello y sueltan un: «Oh, lo siento, ¿qué estabas diciendo?», intentando fingir interés.

Odio esa mirada. Y también la sonrisa falsa y vacua que te dedican en esos casos. Siempre la he odiado. Me hace sentir insignificante, como un trozo de papel arrugado que han tirado al suelo en vez de en la papelera. Cuando era pequeña me pasaba constantemente. Mi madre y yo nos mudábamos mucho e íbamos de una ciudad a otra, de un apartamento a otro, de una escuela a otra, cada vez que ella cambiaba de trabajo. Yo siempre era la alumna nueva que permanecía de pie al frente de la clase con las palmas sudorosas mientras la profesora me instaba a presentarme. Yo comenzaba a hacerlo con voz vacilante y la mirada puesta en mis zapatos, y explicaba que había nacido en Florida y que me había trasladado desde la ciudad de mala muerte de la que viniéramos y entonces levantaba la mirada y veía que nadie estaba prestándome atención. Las chicas se pasaban notas entre susurros y los chicos se daban patadas de un lado a otro del pasillo. La profesora les advertía que no hicieran ruido, pero incluso ella estaba distraída, escribiendo en la pizarra o repartiendo hojas de ejercicios. Yo me

quedaba mirando a las chicas con expresión anhelante, deseando ser una de las que cuchicheaban. Pero mis pantalones eran demasiado cortos, mis zapatillas demasiado viejas y mi falda demasiado gastada para llamar la atención de nadie. La invisibilidad era una sensación asquerosa. En todas y cada una de esas ocasiones deseaba que no tuviéramos que mudarnos más, pero comprendía que así eran las cosas.

Mi madre era trabajadora hasta decir basta, pero cuando su artritis volvía a aparecer se veía obligada a quedarse confinada en casa, incapaz de trabajar, y se pasaba los días con las manos y los pies sumergidos en un agua tan caliente como le era posible soportar. Cuando yo llegaba de la escuela, le ponía una de sus películas favoritas para distraerla y le aplicaba aceite de ricino y Bálsamo del Tigre en las articulaciones. Su jefe comenzaba a quejarse de sus ausencias y le daba un toque de atención, y más adelante otro, hasta que un día finalmente la mandaba a casa con el cheque del finiquito.

Nos mudábamos cuando el casero comenzaba a aporrear la puerta tras haber dejado en el buzón varios avisos de retraso en el pago del alquiler. Entonces buscábamos una nueva ciudad que estuviera a unos treinta kilómetros en cualquier dirección, nos mudábamos a otro apartamento cochambroso cuyo casero no comprobara nuestras referencias y yo me matriculaba en una nueva escuela. Y vuelta a empezar. Al final llegué a acostumbrarme y cada pocos meses ya me lo esperaba.

Estábamos las dos solas contra el mundo. Nunca he conocido a mi padre, ni sé nada de él salvo que tuvo un breve rollo con mi madre cuando esta tenía veintipocos años. Los padres de ella —mis abuelos— habían muerto unos pocos años antes de que yo naciera y

su hermana ya era mayor y vivía a unas cuantas horas. Pero nos las arreglábamos bien solas. No nos quedaba otra.

En quinto, cuando mi madre y yo nos mudamos a Whispering Pines, en Georgia, un diminuto suburbio en las afueras de Macon, me dije que esta vez las cosas serían distintas. El primer día de clase, cuando el timbre del recreo sonó a media mañana, seguí a la clase al patio de asfalto, donde un grupo de chicas con coleta me rodeó.

—¿De dónde eres? —me preguntó una. Estaba claro que era una de las chicas *cool* por la cantidad de brazaletes de plástico de colores fluorescentes, rosa fucsia y verde lima, que lucía alrededor de la muñeca y que agitaba al caminar. Llevaba flequillo y, cuando llegué a casa esa noche, yo misma me hice uno con las tijeras de la cocina, de pie ante el espejo del cuarto de baño.

—California —dije yo. No sé de dónde salió eso. No era cierto; solo habíamos conducido una hora al norte. Ni siquiera habíamos llegado a cruzar la frontera del estado, solo la del condado. Por suerte, esa mañana la profesora no me había obligado a presentarme al resto de la clase; de hecho, no me había mencionado para nada. Yo era, pues, un lienzo en blanco, una *tabula rasa*.

Al ver cómo se iluminaban los rostros de esas chicas, algo en mi interior se hinchó. Sabía que había dicho lo correcto. La chica de los brazaletes me sonrió con una expresión radiante.

—¿Eres famosa? —me preguntó con interés.

Yo negué con la cabeza, pero al comprobar su decepción, añadí enseguida:

—Pero mi padre sí que lo es. Trabaja en el cine.

Los gritos ahogados de las chicas fueron audibles. Y, en un abrir y cerrar de ojos, me convertí en alguien especial. Fue muy fácil.

Ese día, a diferencia de tantos otros primeros días, todo el mundo quería sentarse a mi lado durante el almuerzo. Yo les hablé de la playa y las palmeras, y describí con todo detalle cómo era adentrarse en el mar vadeando las olas y los colores de las conchas que encontraba en la orilla. Un verano, había ganado un concurso de castillos de arena, les dije. Por supuesto, yo nunca había visto el Pacífico. Había estado en Daytona unas pocas veces, lo cual me ayudó en las descripciones (junto con algunas escenas de mi película de Disney favorita, *Lilo & Stitch*, así como de la segunda, *Flipper*). Después del almuerzo jugamos a balonmano y la chica de los brazaletes —se llamaba Bianca— me pidió que estuviera en su equipo. Me sentí eufórica.

Cuando mostraron interés en conocer a mi padre, les dije que estaba en el rodaje de una nueva película. Podía ser cierto, razoné para mí. Por eso mentir no me parecía tan mal. No tenía ni idea de dónde estaba mi padre ni tampoco a qué se dedicaba. ¿Cómo podía estar segura de que no era un actor?

Aun así, sabía que debía dejar de mentir, pero era incapaz de hacerlo. Estaba desesperada por gustarle a la gente y este era el único modo que parecía funcionar. Era francamente sencillo: deseaba ser más interesante, de modo que hacía ver que lo era. Sloanie la Trolera.

Lo paradójico era que, a medida que mis mentiras se volvían más elaboradas, más alejados de mí debía mantener a los demás. No podía invitar nunca a nadie a casa. Habrían querido saber dónde estaba mi cachorro, el que les había dicho que había adoptado el pasado verano (se llamaba Pickles —les había contado a mis compañeros de clase—, era negro con manchas blancas y había sido el pequeñín de la camada). También habrían querido ver la cama de princesa que les había descrito, que tenía un dosel centelleante y

sábanas con un estampado de unicornios. Y conocer a mi padre, la estrella de cine. Y nadar en la piscina con tobogán que teníamos en el patio trasero. Claro que habrían querido ver todo esto. Era la razón por la que éramos amigos. Y también la misma por la que nunca podríamos llegar a serlo. Al menos no de verdad.

Y entonces se me ocurrió otra mentira, una que resolvería todos mis problemas. Un lunes llegué a clase con la cara larga y le conté a Bianca que ese fin de semana mi casa se había incendiado. Las llamas lo habían consumido todo y la casa entera había quedado reducida a cenizas, piscina incluida. Ya no tenía ninguna cama con dosel. Ni tampoco ningún perro.

Le expliqué que habíamos tenido que mudarnos a un apartamento que había al otro lado de la ciudad, pero que se trataba de algo temporal hasta que reconstruyeran la casa. ¿A lo mejor quería venir un día después de clase? El apartamento no era tan bonito como mi anterior vivienda, le advertí, pero al otro lado de la calle había un parque al que podíamos ir, y había conseguido salvar algunas de mis Barbies antes de huir de las llamas. Bianca asintió con los ojos como platos.

Para cuando llegó la hora del recreo, todo el mundo se había enterado de la catástrofe. Mi profesora, la señorita Newberry, me llevó aparte durante el almuerzo y me preguntó qué había pasado. Yo repetí la historia que le había contado a Bianca: mi madre se había dejado encendido un fogón y la alarma de incendios había saltado en medio de la noche. La profesora posó una mano sobre uno de mis brazos y, mirándome con ternura y compasión, me dijo que si necesitaba algo, no tenía más que decírselo. Y también que esa semana no hacía falta que entregara los deberes. Me puse más contenta que unas pascuas.

Al día siguiente, la señorita Newberry anunció a la clase que la escuela iba a llevar a cabo una recaudación de fondos para mí y mi familia. Querían ayudarnos en este momento tan difícil. Organizarían una venta de pasteles y ella misma enviaría una hoja de registro a casa de los padres para que todo el mundo se apuntara. Yo sonreí tímidamente, encantada por toda aquella atención. Como cabría esperar, sin embargo, la recaudación de fondos no llegó a celebrarse. La madre de uno de mis compañeros de clase llamó a la mía esa noche y le preguntó nuestra nueva dirección para organizar los turnos para llevarnos comida. Yo estaba dibujando en el suelo del salón cuando oí que mi madre decía al aparato: «¿Qué incendio?», y en ese mismo momento supe que estaba perdida.

Ese jueves tuve que acudir al despacho del director con mi madre. Permanecí sentada con las piernas colgando de la silla mientras él me daba un sermón sobre las consecuencias de mentir. Me quedo corta si digo que mi madre estaba mortificada.

Yo también me sentía avergonzada. Principalmente porque me habían pillado. Si pudiera retroceder en el tiempo, volvería a hacerlo. Había valido la pena solo por cómo me habían tratado esos dos días.

Era demasiado pequeña para que me castigaran a permanecer en el colegio después de clase, de modo que el director se limitó a hacerme escribir una carta de disculpa a mis compañeros de clase y a la señorita Newberry. Mi madre sí me castigó: me quedé sin tele durante un mes. Pero lo cierto es que ni siquiera eso me enseñó que no debía mentir. Solo que debía hacerlo mejor. En la próxima escuela no cometería los mismos errores.

A finales de año volvimos a trasladarnos. En sexto, le dije a una de mis compañeras de clase que los fines de semana montaba a caballo (acababa de leer la novela *Azabache*). ¡Ella también!, exclamó con alegría, y me invitó a ir a su club de equitación el fin de

semana siguiente. A lo largo de varias semanas, fui inventándome excusa tras excusa para justificar la imposibilidad de aceptar su invitación: viajes a la casa que mis tíos ficticios tenían en las montañas, clases de baile, fiestas de pijamas con las amigas de mi antigua escuela. Esto significaba que, mientras mi madre estaba trabajando, me veía obligada a permanecer sola en el apartamento en vez de quedar con las amigas que había hecho gracias a las historias que les había contado. Los viernes por la tarde pasaba por la biblioteca para ir a buscar los libros que luego leía durante el fin de semana. Libros que mantenían la soledad a raya y cuyos detalles incluía después en la red de mentiras que estaba tejiendo.

Me pasé todos los años de primaria y secundaria mintiendo, y luego seguí haciéndolo en la escuela universitaria y también después. Pequeñas mentiras, por lo general, pero mentiras al fin y al cabo. Ya debería haber dejado de hacerlo, soy adulta, por el amor de Dios, pero no lo he hecho, no puedo hacerlo. Tengo tantas ganas de decir lo correcto, de ser la persona correcta, que cuando abro la boca sale lo que creo que quieren oír los demás, sea verdad o no.

No es que no haya habido consecuencias, aparte de las visitas al despacho del director. He perdido amigos aquí y allá, y también oportunidades laborales cuando han revisado mis referencias con demasiado rigor. Miento muy bien, pero a veces meto la pata o alguien refuta mi historia y la verdad sale a la luz.

Hay épocas en las que miento menos. Normalmente después de que me hayan pillado. Intento cambiar y ser más honesta, pero al cabo de unas pocas semanas me oigo a mí misma diciendo algo que no es verdad, algo acerca de lo que ni siquiera había planeado mentir, y retomo mis viejas costumbres como si solo estuviera volviendo a ponerme mi camiseta favorita. Me sienta de maravilla. Ya se ha dado de sí, se amolda a mi cuerpo y es cómoda. Otras

veces, cuando las cosas van bien —como la temporada en la que tuve el empleo anterior al actual—, no siento esa necesidad tan a menudo. Sigo haciéndolo, pues soy incapaz de evitarlo, pero el impulso no es tan fuerte.

Pero he aquí lo que me hace aún más rara. A veces me creo mis propias mentiras. No puedo evitar sentir que son reales. Me dejo llevar por mis propias fantasías, por contarlas, por volver a contarlas, por pensar en los pormenores tumbada en la cama por las noches y añadir más detalles a los embustes, hasta que me quedo dormida y sueño con ellos. Creo que se debe a que siempre he tenido la sensación de que mi vida estaba destinada a algo más. No podía ser tan solo esta chica pobre y sin padre. Él tenía que estar en algún sitio. Tenía que ser especial, lo cual significaría que yo también. ¿Acaso no quiere sentirse especial todo el mundo?

—Así que has tenido un buen día —dice mi madre. Es al mismo tiempo una pregunta y una afirmación. ¡Ah, sí, estaba contándole lo de la propina de cien dólares!

—Pues sí... —contesto. Ha sido un buen día. De hecho, muy bueno. Considero la posibilidad de hablarle a mi madre acerca de Jay y Harper, pero no lo hago. No estoy del todo segura por qué. Ella es la única persona a quien no miento nunca, y la única persona que me considera interesante tal y como soy.

Aun así, de momento quiero guardármelos para mí. Y omitir algo no es lo mismo que mentir. No del todo. Al menos eso es lo que me digo a mí misma.

Mi madre me tiende el mando a distancia.

—Escoge tú la película —dice—. Yo escogí la última.

Se lo devuelvo.

—No, elige tú. Yo iré a buscar el postre. Todavía nos queda un poco de helado de *rocky road*.

—Yo quiero un par de cucharadas. —Mi madre se pone cómoda en su sillón y repasa la lista de películas más vistas en Netflix. Anoche vimos un *thriller* sobre una mujer cuyo marido no es tan perfecto como parece. Pocos maridos lo son. Al menos no en Hollywood, por lo visto.

En la cocina, meto los platos en el lavavajillas y, tras verter lo que queda del helado en dos boles, tiro el envase vacío en el cubo de reciclaje, que ya está casi lleno. Tomo nota mental de sacarlo antes de que pasen a recoger la basura el lunes. De vuelta al sofá, atenúo la luz y le tiendo a mi madre su bol antes de sentarme. Los títulos de crédito de la película —otro *thriller*— aparecen en pantalla, suena una música cursi y me meto un bocado de helado en la boca, asegurándome de relamer bien la cuchara.

Desconecto casi de inmediato. La pantalla se vuelve borrosa y el sonido pasa a ser mero ruido de fondo. No puedo dejar de pensar en Jay y Harper. Sobre todo en Jay. Y en su sonrisa. Me pregunto si volveré a verlo.

Antes de ir a la cama, cojo mi ejemplar de bolsillo de *Diez negritos* de la estantería y lo meto en mi bolso. Por si acaso.

3

El lunes por la mañana comienzo a trabajar tarde. Pulso tres veces el botón de repetición de la alarma del despertador, y luego me veo obligada a salir corriendo por la puerta de casa mientras me peleo con la cremallera de la sudadera que me he puesto. Afortunadamente, a nadie le importa a qué hora aparezca por el salón siempre y cuando llegue a tiempo de atender mi primera cita, que, hoy, resulta ser a las diez y media.

Los lunes suelen ser los días con menos ajetreo de la semana, y este no es distinto. El salón de belleza está prácticamente vacío. Chloe, una de nuestras tres recepcionistas en rotación, está detrás del mostrador. Es la que me cae mejor de todo el equipo. Tiene diecinueve años, estudia en el Brooklyn College y es más *cool* de lo que yo nunca seré. Su pelo es de color negro azabache, pero lo lleva teñido de rubio platino —sus padres coreanos casi reniegan de ella cuando lo vieron, me contó alegremente— y cortado a la altura de los hombros, con el flequillo corto. Suele ir ataviada con unas gafas extragrandes con montura de carey falso, pantalones vaqueros de pernera ancha y un top supercorto. Si no hay mucho trabajo, suelo hacerle las uñas (normalmente se las pinto de algún color fluorescente como el de un rotulador para subrayar: amarillo canario o naranja).

Detrás de Chloe, una mujer solitaria se está haciendo una pedicura en una de las cuatro sillas que hay alineadas a lo largo de una de las paredes del salón. Solo una de las seis pequeñas cabinas

para tratamientos íntimos está ocupada, con la puerta cerrada y el letrero de OCUPADO puesto. Por la tarde habrá más actividad, pero tampoco mucha más. Lena se toma las mañanas de los lunes libres, de modo que la mayoría de las trabajadoras llega más cerca de las diez que de las nueve (la hora a la que el turno comienza oficialmente), con la excepción de la encargada de abrir, que llega a las ocho por si acaso aparece alguna clienta sin reserva.

Una espesa fragancia a eucalipto y citronela me asalta al entrar por la puerta del salón. Más tenue, puede percibirse el olor ácido del esmalte y la acetona. Cuando comencé a trabajar aquí, este solía molestarme y sus gases intoxicantes hacían que me lloraran los ojos, pero ahora ya me he acostumbrado y casi no lo noto, salvo los días que hago turno doble y se filtra en mi ropa. Entonces se aferra a las fibras del uniforme, así como al pelo y la piel, de forma que el olor de los productos químicos me sigue a casa, hasta mi cama y mis sueños.

Dejo el bolso y el abrigo en la sala de personal que hay al fondo y me preparo una taza de café antes de que llegue mi primera clienta. La pasada Navidad, Lena compró una cafetera Keurig a modo de regalo para las trabajadoras y se ocupa de mantener el armario lleno de cápsulas de expreso y una crema en polvo francesa con sabor a vainilla. Se le ilumina la cara cuando ve que una de nosotras la usa, encantada por la ingeniosidad de su propio regalo.

Le doy un sorbo al café y asomo la cabeza por la puerta para echar un vistazo a las sillas. Están vacías. La mujer que se estaba haciendo una pedicura se encuentra ahora en recepción, tendiéndole a Chloe su tarjeta de crédito. Aunque los lunes suele haber menos propinas, prefiero este ritmo tranquilo al frenesí del final de semana, con todas esas mujeres requetecafeinadas mirando con impaciencia

el reloj mientras nos ocupamos de una clienta tras otra. Me da la posibilidad de charlar con las otras manicuras y cotillear entre citas.

Justo entonces, Natasha, una compañera del salón, entra en la sala de personal. Sonríe al verme.

Natasha es un poco más joven que yo. Se trata de una chica de Jersey medio vietnamita —su madre es de Ho Chi Minh y su padre un siciliano de segunda generación nacido en East Hanover— que lleva el pelo negro con reflejos rosas recogido en una coleta alta. Suele llevar el uniforme bien ajustado sobre un sujetador de realce y en las orejas siempre luce un par de pendientes de aro dorados del tamaño de un brazalete. Venir cada día desde Ciudad de Jersey le resulta un fastidio, pero aquí hace tres veces más dinero del que ganaría al otro lado del río; las amas de casa de Hoboken son bastante menos generosas.

—Buenos días, Slo —dice al tiempo que mete una cápsula en la cafetera. Sus uñas acrílicas repiquetean en los botones de plástico—. ¿Has tenido un buen finde?

Yo asiento.

—Ha sido genial. —Le ofrezco la crema en polvo del bote de cristal—. He conocido a alguien —añado con una sonrisa, pensando en Jay—. En el parque, el viernes. Y anoche me llevó a cenar.

En realidad, me pasé la tarde preparándole a mi madre una ensalada *panzanella* siguiendo la receta de Alton Brown y luego ambas nos quedamos dormidas viendo *Seinfeld* en la tele. Jay, estoy segura, estuvo con su esposa y Harper, los tres acurrucados en la cama de la niña, con esta en medio, leyendo cuentos para dormir. Más tarde, ya de noche, cuando me hube trasladado del sofá a la cama, lo busqué en Google bajo las sábanas. El primer resultado era su perfil de LinkedIn. Estudié su listado de trabajos y luego busqué

sus redes sociales. No pude evitar sentirme decepcionada al comprobar que todas eran privadas.

—¿Ah, sí? —dice Natasha. Sus cejas micropigmentadas se enarcan, delatando su interés, y luego dice—: Cuéntamelo todo.

Yo sonrío.

—A ver, para empezar, es superapuesto. Y muy bueno en la cama. Bueno de veras —añado, dando énfasis.

Natasha está pendiente de todas mis palabras, muerta de curiosidad por mi cita inventada. Noto que quiere saber más. Al igual que yo, está soltera y entre clienta y clienta rastrea las apps de citas, y accede a quedar con hombres que muestran un interés mínimo en ella. La mayoría de los turnos de los lunes nos los pasamos compadeciéndonos por nuestra mutua falta de éxito amoroso, comparando los peores mensajes que hemos recibido durante el fin de semana, las espeluznantes frases de ligoteo y las fotos granulosas que permanecen en la mente de una mucho después de haberlas borrado.

—¿Dónde te llevó a cenar? —pregunta.

—A La Vara —digo sin vacilar. Es el restaurante al que, según dijo Laura, su hijo la había llevado la semana pasada. Me contó que le habían servido la mejor sangría que había tomado en años—. Los cócteles ahí son increíbles.

—¿Y luego fuiste a casa con él? ¡Serás desvergonzada!

Asiento.

—Tú también lo habrías hecho si vieras lo guapo que es. Y esta mañana se ha comportado como un auténtico caballero. Antes de irme, me ha preparado el desayuno. —Sonrío modestamente. Natasha parece verde de envidia—. Tortitas de suero de mantequilla —añado. No puedo evitarlo.

—¿Volverás a verlo? —pregunta.

Antes de que pueda contestarle, oigo como se abre la puerta principal del salón y luego a Chloe saludando a alguien afablemente. Asomo la cabeza y veo a dos mujeres en la parte frontal del salón. Natasha y yo apuramos el café y llevamos los carritos de manicura a nuestros respectivos puestos, nos sentamos en nuestros respectivos taburetes y abrimos cada una su grifo.

Delante de mí se sienta una chica de edad universitaria con una sudadera Aviator Nation y unas gafas de sol Celine extragrandes que lleva sobre la cabeza para recogerse el pelo. Se arremanga las perneras de los pantalones hasta media pantorrilla y mete los pies en la palangana mientras se llena. El color que ha escogido descansa sobre uno de los reposabrazos: azul eléctrico. Lleva puestos unos auriculares internos en ambas orejas y, de vez en cuando, exhala un suspiro como si la persona que hay al otro lado de la línea estuviera dándole la tabarra. No parece reparar en mi existencia o, si lo hace, no lo demuestra.

Su actitud es común. La mayoría de las mujeres a las que les hacemos las uñas rara vez nos miran cuando trabajamos con el cuerpo encorvado sobre sus pies y manos. Hay unas pocas habituales que se acuerdan de nuestros nombres y conversan con nosotras, pero, por lo general, las clientas solo nos hablan para darnos instrucciones —«No demasiado cortas», «¡No, así no, más redondeadas!» o algún «¡Ay!» si tiramos con excesiva fuerza de una cutícula—. Por lo demás, somos invisibles para ellas.

A mi lado, en la silla de Natasha, se ha sentado una anodina mujer de mediana edad que hojea distraídamente una revista. Sus brazaletes Hermès resuenan cada vez que pasa de página.

—¿Demasiado caliente? —le pregunto a mi clienta, señalando el agua de la palangana. Ella me lanza una mirada inexpresiva y luego se señala una oreja y, sin articular sonido, mueve los labios como

diciendo: «Estoy al teléfono». En realidad, quiere decir: «No me hables, chusma». Yo asiento a modo de confirmación. Por mí está bien. Si a ella no le importa quemarse con el agua, a mí tampoco. Giro el grifo ligeramente hacia la izquierda para que el agua salga unos grados más caliente.

—La mía está demasiado caliente —anuncia la mujer a la que atiende Natasha al oír mi pregunta—. Demasiado caliente —repite con lentitud y cautela, mirando fijamente a Natasha. Luego se vuelve hacia mí y dice—: ¿Puedes decirle que está demasiado caliente, por favor?

Yo fuerzo una sonrisa tirante mientras Natasha ajusta la temperatura. Es vergonzosa la cantidad de mujeres que suponen que una chica asiática en un salón de belleza sabe poco o nada de inglés. Tanto da que Natasha naciera a apenas treinta kilómetros de aquí y que sus padres sean profesores universitarios. Hace tiempo que dejamos de perder el tiempo corrigiéndolas, pero todavía me irrita y no puedo evitar que me entren ganas de abrir a tope el agua caliente y ver cómo su piel enrojece y se llena de ampollas.

—Bueno... —dice Natasha en un tono de voz bajo y neutro cuando las pedicuras ya están avanzadas, volviéndose ligeramente hacia mí—. Me tienes en ascuas. ¿Vas a volver a ver a ese tipo o qué?

Yo asiento con una sonrisa.

—Desde luego. A finales de esta semana tiene un viaje de negocios, pero me ha dicho que quiere verme en cuanto regrese y que, si me apetece, me llevará a ver *Funny Girl*, con Lea Michele. —He oído a varias de mis clientas hablar del espectáculo y comentar lo difícil que resulta conseguir entradas.

Me pregunto si Jay lleva a su esposa al teatro y decido que es probable que sí. Seguramente también la ha llevado a La Vara. Me

los imagino en una mesa para dos, con unas copas de champán y los rostros sonrientes de ambos resplandeciendo bajo la luz de las velas, con las mejillas sonrosadas y los dedos entrelazados bajo la mesa. Me sorprende una intensa punzada de celos.

Mi sonrisa es tan tiesa como el plástico.

—¿Este? —le pregunto a mi clienta, extendiendo la mano para coger el esmalte de uñas azul que descansa en la bandeja que hay a su lado. Se me queda mirando un momento, parpadeando lentamente, y luego frunce los labios y asiente. «Estás molestándome otra vez —es lo que quiere decir en realidad—, y ni siquiera merece la pena gastar saliva en decírtelo en voz alta.»

Por un instante, me imagino abriendo el tapón de la botellita del esmalte y arruinándole la sudadera de doscientos dólares. Si no tuviera facturas que pagar, si no necesitara desesperadamente este trabajo, quizá lo haría. Extiendo aún más mi sonrisa, separando los labios para dejar a la vista los dientes, y luego vuelvo a encorvarme sobre sus pies. Imagino que el infierno no es muy distinto a esto.

Natasha se inclina un poco hacia mí.

—Pregúntale a tu nuevo novio si tiene un amigo. El último lugar al que un tío se ofreció a llevarme fue un Subway, lo que no habría sido tan terrible si luego no me hubiera preguntado si quería ver su *baguette* —me cuenta con expresión asqueada.

Yo asiento.

—Se lo preguntaré —le digo a Natasha—. Quizá podemos hacer una cita doble.

A continuación seguimos atendiendo a nuestras clientas con una sonrisa. Esta vez, la mía es real. «Tu novio», lo ha llamado Natasha. Me gusta cómo suena. «Este es Jay —me imagino a mí misma diciendo—, mi novio.» Si mi compañera de trabajo vuelve preguntar

por algún amigo de Jay, le diré que la mayoría de sus amigos están casados. Estoy segura de que al menos eso es cierto.

4

A la una y media, me tomo el descanso para almorzar y me dirijo al parque Quailwood. Está a tan solo un par de manzanas, apenas una caminata de poco más de cinco minutos. A medida que me acerco, noto cómo mi entusiasmo va a más, a pesar de que Jay me dijo que esta semana volvía a trabajar. No puedo evitar desear que se haya tomado un día más de vacaciones o que haya salido pronto y, antes de ir a casa, haya pasado a recoger a Harper para llevarla al parque porque disfrutó de nuestra conversación tanto como yo. Lo más probable, sin embargo, es que haya pasado el fin de semana con su atractiva esposa y su querida hija, sin pensar un solo segundo en mí. Aun así, puedo hacerme ilusiones, ¿no?

Es un día de finales de primavera con un tiempo perfecto, luminoso y cálido. El pequeño parque está repleto de niños con sus mamás y sus niñeras, todos chillando y riendo con los brazos y las piernas al descubierto. Doy un par de vueltas lentas alrededor de la zona de juego infantil. Ni rastro de Jay. Ni tampoco de Harper. Dejo escapar un suspiro. Me detengo y examino el parque una tercera vez. No hay señal de ninguno de los dos. Era de esperar, pero eso no quita que me sienta decepcionada, lo cual es estúpido, ya lo sé.

Cuando estoy segura, realmente segura, de que no están, extiendo una camisa de franela en una zona de hierba que hay debajo de las frondosas ramas de un árbol y, tras sentarme encima con las piernas cruzadas, saco mi libro del bolso. Es un maltrecho ejemplar de *Rebecca* que he leído cientos de veces. Lo abro en la

página marcada, pero no puedo concentrarme. Me quedo mirando fijamente el mismo párrafo durante varios minutos antes de darme por vencida. Solo puedo pensar en Jay. Y en el hoyuelo de su mejilla derecha. Y en la electricidad que sentí cuando sus dedos rozaron los míos. Me pregunto qué estará haciendo ahora. ¿En una reunión? ¿Sentado delante de su ordenador con la barbilla apoyada en una mano? Suelto un gemido de protesta, cierro el libro y lo vuelvo a meter en el bolso. Me pongo los auriculares y presiono el icono de Spotify en mi móvil.

Voy bajando la pantalla hasta que encuentro la canción que busco, la que últimamente he estado escuchando de forma incesante. Las risas de los niños se atenúan y, moviendo la boca sin llegar a articular ningún sonido, simulo que canto con Taylor Swift mientras ella canta que todo el mundo está de acuerdo: el problema es ella. A mí me pasa lo mismo, chica. Exhalo un suspiro y cierro los ojos. Cada pocos minutos, vuelvo a abrirlos y echo un vistazo a la zona de juego infantil. Por si acaso. Al cabo de diez minutos, cuando ya estoy a punto de recoger mis cosas y regresar al salón de belleza, diviso un rostro familiar. Me quedo petrificada. Es Harper. Y está mirando hacia mí. El corazón parece darme un pequeño vuelco, como si hipara ligeramente. Por un momento, creo que los ojos me engañan, pero al fin me convenzo de que es ella porque lleva la misma camiseta morada que llevaba la semana pasada, una que tiene un unicornio de lentejuelas en la parte frontal.

Alarga el brazo y me doy cuenta de que está señalando algo. A mí. Al menos eso creo. Con cierta ansiedad, miro a ver si con ella también está Jay, pero en su lugar al lado de la niña veo a una mujer.

Debe de tener veintimuchos o treinta y pocos, es morena, lleva gafas de sol, un sombrero de ala ancha echado hacia atrás y

también mira hacia mí. Tras volverse un momento hacia Harper, se quita las gafas y vuelve a mirarme aguzando la vista. Dice algo que no consigo descifrar y Harper asiente.

A continuación, una sonrisa se extiende por el rostro de la mujer. Alza una mano y comienza a saludarme. «Oh, mierda.» Miro detrás de mí, solo para estar segura, pero no hay nadie. Es evidente, me está saludando. Con cierta timidez, alzo una mano y le devuelvo el saludo.

La mujer coge a Harper de la mano y las dos comienzan a caminar hacia mí, cruzando el suelo de goma de la zona de juegos y adentrándose en la hierba. Lentamente, descruzo las piernas y me pongo de pie mientras ellas se acercan; luego me quito los auriculares, uno a uno, y me los guardo en el bolsillo. Dejo caer la mano con el móvil a un costado del cuerpo.

—¡Hola! —exclama la mujer al acercarse. Su voz suena alta y clara como una campana. Sonríe, dejando a la vista unos dientes de un blanco iridiscente—. Soy Violet. —Se detiene delante de mí y me tiende la mano derecha—. Jay y Harper me han contado que los ayudaste con la picadura de abeja de la niña. Eres Caitlin, ¿verdad? ¿La enfermera? —añade, bajando la mirada a mi uniforme.

Yo asiento lentamente. Cierto. Caitlin, la enfermera. Le estrecho la mano. Su palma es suave y fresca. Tiene los dedos finos, pero su apretón es firme. Me fijo en que lleva las uñas cuidadas y recién pintadas. Me pregunto dónde se las hace y si alguna vez ha estado en Rose & Honey. Pienso que no, la recordaría.

—Tú eres la madre de Harper —digo yo—. La esposa de Jay. —Claro que lo es. Es muy guapa, tal y como sabía que sería, aunque de un modo aún más interesante de lo que había imaginado. Tiene la nariz grande y unas cejas espesas bajo el lustroso flequillo. Me recuerda a una estatua de mármol: rasgos proporcionados, piel

suave y pulida a mano. Imagino la *Venus de Milo* en el Louvre y una muchedumbre agolpándose para mirarla. El aspecto que creo tener cuando sueño despierta, con las luces atenuadas.

Violet asiente, todavía sonriendo.

—Esperaba verte aquí para poder darte las gracias por lo del otro día —dice afectuosamente.

Yo me encojo de hombros y miro hacia el suelo con modestia. No fue nada, dicen mis hombros. No, en serio, no fue nada.

—¿Puedes decirle «gracias» a Caitlin, Harper?

—Gracias —repite la niña como un loro. Está aferrada a las piernas de Violet y me mira desde detrás de su cadera.

—De nada —digo—. Me alegro de haber podido ser de ayuda.

Hay una breve pausa y luego Violet pregunta:

—¿Qué estás escuchando?

—¡Oh! —Esa pregunta me pilla desprevenida y bajo la mirada al móvil—. Taylor Swift —digo en un tono vacilante. Considero fugazmente la posibilidad de inventarme algo: un pódcast me habría hecho parecer más interesante, pero la portada del disco ocupa toda la pantalla del móvil y seguramente ya la ha visto—. *Midnights*.

En silencio espero que no sea una de esas personas para las cuales la música pop es un cliché y escuchan, en cambio, desconocidos grupos independientes o artistas folk monónimos que graban sus canciones en estudios situados junto a un acantilado en las lluviosas costas de Irlanda. Pero, afortunadamente, la mirada se le ilumina.

—Es muy bueno —dice—. Es uno de mis favoritos.

Yo sonrío y asiento.

—Para mí también.

Nos quedamos ahí de pie, sonriéndonos con cierta timidez mientras se hace un cómodo silencio. La examino rápidamente,

echándole un vistazo. Es de mi altura, pero más delgada y con las piernas más largas. Sus ojos, como los de Harper, y como los míos, son de color castaño oscuro, grandes y con las pestañas largas.

Lleva una camisa sin mangas blanca y unos pantalones cortos de lino beis con un cinturón también de lino alrededor de la cintura, y, en los pies, unas sandalias de tacón. El botón superior de la camisa está desabrochado y cuando se inclina para hablar con Harper, puedo ver el encaje de su sostén y el nacimiento de sus generosos pechos. El sombrero que lleva es un fedora de lana marrón claro con el ala inclinada hacia arriba. La hace parecer *cool*, como esas chicas del instituto con las que siempre deseé sentarme durante el almuerzo.

Debajo del sombrero, veo que su pelo es de un color castaño caoba, casi rojizo, y me pregunto si es natural. Sus ondas lustrosas y sueltas le acarician los hombros. Justo entonces, se quita el sombrero, se pasa una mano por el pelo y se alisa el flequillo, apartándoselo de los ojos. Es un milímetro demasiado largo y casi le roza las pestañas. Pero el modo en que le enmarca el rostro le queda bien, y me sorprendo a mí misma imaginando cuál sería mi aspecto con ese mismo peinado. No he llevado flequillo desde que iba a quinto, cuando me lo corté yo misma con las tijeras de cocina.

Como si me hubiera leído el pensamiento, se lleva una mano a la frente. La izquierda. En el dedo anular lleva un diamante perfectamente redondo del tamaño de un guijarro. Reluce bajo la luz del sol, al igual que lo hacen los pendientes a juego que lleva en las orejas.

—Ya lo sé, es demasiado largo. Necesito ir a la pelu. Está en lo alto de mi lista de cosas por hacer, pero, bueno, ya sabes... —Riéndose, hace un gesto hacia su hija y luego mueve la mano haciendo un barrido, como si dijera: «Y todo lo demás»—. Vaya, eso

ha debido sonar muy triste. Me refiero a lo de que recortarme un poco el flequillo esté en lo alto de mi lista de cosas por hacer.

—Si crees que eso es triste, deberías ver mi lista —digo yo—. «Triste» se queda corto para describirla. Es directamente trágica. Nivel *La decisión de Sophie*, Bambi perdiendo a su madre o el «Jamás me olvidaré, Jack» de *Titanic*.

Violet suelta una risotada gutural con la boca muy abierta.

—¡Qué graciosa! —dice, y cuando se detiene, añade con una sonrisa todavía en los labios—: Ahora siento curiosidad. ¿Qué hace tan trágica tu lista de cosas por hacer?

—Bueno, en realidad nada. Ni siquiera tengo una lista de cosas por hacer. Eso es lo que lo hace tan triste. —No es del todo cierto: tengo una pila de facturas por pagar en la mesa de la cocina, en la escalinata trasera de casa todavía descansa la bolsa de reciclaje y debo llamar al dentista para concertar una cita de una vez, pero no quiero aburrirla. Nadie quiere oír los detalles de la higiene bucal de los demás.

Ella vuelve a reírse.

—No tener una lista de cosas por hacer me parece lo opuesto a trágico. De hecho, me parece glorioso. Nivel Kate Winslet subiendo la escalera al final de *Titanic*, por mantener la temática.

Esto me hace sonreír. Ella también es graciosa.

Coloca una mano sobre el hombro de Harper y le da un pequeño apretón.

—Bueno, no quiero robarte más tiempo. Solo quería decirte lo mucho que aprecio que...

—¿Puedes empujarme? —la interrumpe Harper, mirándome con sus ojos de color chocolate. Hoy lleva el pelo recogido con la misma trenza impecable, sujeta con un lazo rosa.

—¿Empujarte? —Frunzo el ceño.

—En el columpio. —Señala la zona de juego con su diminuto dedo.

Me vuelvo hacia Violet.

—Solo si quieres —dice, encogiéndose de hombros, como si se disculpara—. Si tienes cosas que hacer lo entiendo perfectamente.

—No, no supone ningún problema —digo enseguida—. Me encantará hacerlo. No tengo lista de cosas por hacer, ¿recuerdas? ¡Vamos! —Llegaré tarde al salón, pero decido que merece la pena. Mi siguiente cita es a las tres; mientras llegue a menos cuarto, todo irá bien.

Harper me coge de una mano para llevarme al columpio. El tirón me sorprende por su fuerza, pero rápidamente recupero el equilibrio y voy detrás de ella.

Nuestra fila de tres se abre paso entre los pequeños cuerpos que corretean por la zona de juego. Cuando llegamos a la estructura, Harper se sube entusiasmada al columpio y balancea las piernas con excitación. Yo coloco las manos en la parte baja de su espalda y empujo. Es ligera como una pluma. Cuando ya ha cogido impulso, doy un paso atrás y me uno a Violet.

—Es una dulzura —le digo—. Y fue muy valiente cuando la abeja la picó.

Violet me sonríe.

—Es una buena niña. Y se porta muy bien. Pero ya te advierto que puede pasarse horas en el columpio. No sé si eres consciente del lío en el que te has metido.

Yo le devuelvo la sonrisa. Violet me cae bien. Y, sobre todo, me gusta el hecho de que yo parezco caerle bien a ella. Le doy otro empujón a Harper.

—¿Vives por aquí? —me pregunta.

—No muy lejos —digo yo—. Cerca del cruce de la Segunda con Bond.

—¡Muy cerca de nosotros! —exclama Violet con entusiasmo, como si hubiera compartido con ella una noticia extraordinaria. Yo sonrío, feliz de haber dicho lo correcto—. Bueno, nosotros estamos a unas manzanas. Vivimos en Cobble Hill, junto al cruce de Clinton y Kane. ¿Hace mucho que vives aquí?

Asiento.

—Desde el instituto.

Vivimos en Carroll Gardens —el barrio que hay justo al sur de Cobble Hill—, una pequeña burbuja en Brooklyn llena de familias jóvenes y tiendecitas pijas, lo bastante cerca del mar como para que, cuando sopla el viento, pueda percibirse un dejo salado en el aire. Mi madre y yo nos mudamos allí cuando los alquileres todavía eran razonables. Antes de que se pusiera de moda, antes de que los restaurantes y los bares tuvieran estrellas Michelin, antes de que un apartamento de dos habitaciones y un baño costara más de un millón y medio.

Nos trasladamos al barrio para cuidar de mi tía, la hermana mayor —y la única— de mi madre. Como ella misma decía, su salud estaba hecha una mierda —le fallaban los riñones y el hígado seguía el mismo camino— y necesitaba a alguien que la acompañara a la cita semanal para recibir tratamiento de diálisis. Era solo cuestión de tiempo que terminara estirando la pata, solía decir mi propia tía exhalando un suspiro.

Mi madre y yo nos instalamos en su habitación para invitados y compartíamos una cama de matrimonio y un armario diminuto. Mi tía tenía razón: murió menos de dieciocho meses después. Una semana después del funeral vaciamos su habitación, empaquetamos su ropa y desmantelamos su cama, de estilo hospitalario. Mi madre

esperó otra semana y luego compró otra cama en Macy's, se trasladó al antiguo dormitorio de mi tía y me dejó el de invitados para mí sola.

Antes de morir, mi tía nos había incluido en el contrato como coarrendatarias, de modo que seguimos pagando el mismo importe por el alquiler que pagaba ella cuando se mudó a finales de los noventa, un poco menos de novecientos dólares. Los vecinos que viven justo encima de nosotras pagan cuatro veces y media más. Si tuviéramos que buscar un lugar para vivir hoy en día, tendríamos suerte si consiguiéramos encontrar un estudio en Queens.

Cobble Hill, donde vive Violet, es un barrio todavía mejor que el nuestro. Allí residen básicamente nuevos ricos, parejas con fondos fiduciarios y sueldos de siete cifras. Las casas unifamiliares de piedra rojiza que caracterizan el barrio han sido todas restauradas y sus fachadas renovadas, de manera que han recuperado toda su antigua gloria. Si ella y Jay pueden permitirse una casa allí, es que son todavía más ricos de lo que pensaba.

Justo entonces, Harper desciende del columpio de un salto, viene hacia nosotras y coge a su madre de la mano.

—Tengo hambre, mamá. ¿Puedo comer ya mis M&M's?

Violet asiente, echándole un vistazo al Apple Watch que lleva en la muñeca. El brazalete es de metal dorado (sin duda de oro auténtico).

—Claro que sí, cielo. No me había dado cuenta de la hora. Tenemos que ir tirando. —Mete una mano en el bolsillo y saca tres M&M's—. Dile adiós a Caitlin.

—Ha sido un placer conocerte —le digo a Violet. Intento disimular la decepción que siento. Desearía que no tuvieran que marcharse. Tengo la sensación de que debería odiarla y morir de celos por lo atractiva que es, así como por el marido rico y apuesto y la hija

monísima que tiene, pero no es así. Al contrario. Es tan interesante como Jay. Efectivamente, es como la Daisy de *El gran Gatsby*. No debería sorprenderme. Él no parecía el tipo de hombre que se casa con una mujer aburrida.

—Para mí también. —Violet sonríe—. Me alegro de que nos hayamos topado contigo hoy.

Parece estar a punto de darse la vuelta para marcharse.

—Oye —digo rápidamente—, pensaba ir a tomarme un yogur helado. ¿Queréis venir? —Lena me matará, pero no puedo dejar que se marchen.

Violet arruga la nariz.

—Me encantaría, pero he de ir al mercado. Tenemos la nevera prácticamente vacía.

Yo asiento con una sonrisa como si no tuviera la menor importancia, haciendo ver que su respuesta no me afecta lo más mínimo. Luego Violet ladea la cabeza, como si considerara algo.

—Pero... —vacila fugazmente y luego dice—: ¿Te gustaría venir a cenar a casa? Para agradecerte como es debido que ayudaras a Harper el otro día.

Paso de la decepción al entusiasmo, que invade mi cuerpo. Quiere que vaya a su casa. No sé qué decir. De repente, me quedo sin habla.

—Sería algo informal. —Sonríe—. Prepararé algo fácil —dice—. Bueno, si estás libre, claro.

Yo asiento, encantada.

—Me encantaría —digo, encontrando al fin mi voz—. ¿Llevo algo?

Violet niega con la cabeza.

—No, por favor. Tu presencia será suficiente. —Vuelve a echar un vistazo a su reloj—. Ahora son las dos y media. ¿Qué te parece a las

seis? Jay suele llegar del trabajo a esa hora, y así tendré tiempo de pasar por el mercado.

Al mencionar a Jay, las pequeñas mariposas que siento en el estómago abren sus alas y su aleteo se intensifica. Pienso en el ejemplar de *Diez negritos* que llevo en el bolso; podría dárselo en persona.

—A las seis me parece perfecto —digo con una amplia sonrisa. Normalmente no salgo del salón hasta las seis y media, pero me inventaré una excusa para escaparme antes. Temo que Violet, si le propongo quedar un poco más tarde, anule la invitación. Los niños cenan pronto. «En otra ocasión», podría decir, y no puedo arriesgarme a ello.

—Genial —sonríe—. ¿Me das tu número de teléfono? Te enviaré un mensaje con nuestra dirección.

Salgo del parque tan feliz como cuando conocí a Jay.

5

Regreso corriendo al salón de belleza y llego sin aliento. Es tarde, he estado fuera más de una hora, mucho más de los treinta minutos de descanso que me corresponden. A Lena no le hará ninguna gracia. Detesta que la gente llegue tarde.

Me detengo ante la puerta de entrada para secarme el sudor de la frente. A través del cristal, puedo ver a Chloe en el mostrador de recepción, tomándose un café para llevar. Cuando repara en mí, me indica que entre. Yo respiro hondo para recobrar la respiración y finalmente entro en el salón.

Estoy inquieta, examinando el local en busca de Lena, cuando Chloe me detiene.

—Te espera una clienta para una pedicura *deluxe* —dice—. Tenía hora con Natasha, pero ha tenido que encargarse de una clienta sin cita y todavía no ha terminado. —Percibo la irritación de su tono de voz. Debería de haber estado aquí para atender a la clienta sin reserva, quiere decir. Soy yo quien ha fastidiado los horarios.

—Sí, claro, ningún problema. —Echo un rápido vistazo a mi puesto y compruebo que la clienta ya está sentada y con los pies en remojo—. Voy a coger mi carrito.

Me dirijo directamente al fondo del salón con la cabeza gacha, intentando pasar desapercibida. Si no hubiera tenido tanta prisa, quizá habría prestado más atención a la mujer que está sentada en mi silla. Debería haberlo hecho.

Cuando llego a la sala de personal, me relajo al ver que la puerta del despacho de Lena está cerrada. No está aquí. Si estuviera dentro, estaría abierta: la deja abierta incluso cuando atiende llamadas personales, y su voz de barítono puede oírse por todo el salón. Dejo el bolso en mi cubículo y me tomo un minuto para calmarme.

Me rehago el moño para recolocar los pelos sueltos y luego cojo mi carrito y lo empujo hacia mi puesto. La cabeza de la mujer que me espera queda oculta por el libro de tapa dura que está leyendo. En la muñeca derecha, lleva un fino brazalete del que cuelga una delicada gema verde. Lo veo, pero no lo reconozco.

—¿Ha elegido un color? —le pregunto con una sonrisa. Lo que sucede a continuación parece desarrollarse a cámara lenta.

Cuando la mujer baja el libro, lo primero que advierto es el inesperado destello rojizo de su pelo. Es la coleta caoba brillante que le cae por un hombro. Se me eriza el vello de la nuca. Conozco ese color, esa tonalidad. Es entonces, con el estómago encogido, cuando finalmente reparo en su rostro. Pómulos altos, boca con forma de corazón, nariz fina y respingada. Es ella. Tiene exactamente el mismo aspecto, a pesar de que ha pasado más de un año. Empalidezco de golpe. Tengo la sensación de que voy a desvanecerme. Si no estuviera sentada, mis rodillas habrían cedido bajo el peso de mi cuerpo. «¿Qué hace Allison aquí?»

Ella me reconoce al mismo tiempo que yo a ella. Su rostro reproduce mi expresión de sorpresa. Abre la boca y sus ojos azules, también abiertos como platos, casi parecen salírsele de las órbitas.

Está pensando exactamente lo mismo que yo. No hace falta que lo diga en voz alta, puedo darme perfecta cuenta. «¿Qué hace ella aquí?»

Abro la boca —para decir algo, lo que sea—, pero ella reacciona antes de que yo pueda hablar. Saca de golpe los pies de la palangana, vertiendo algo de agua por los lados. La expresión de sorpresa de su rostro ha dado paso a una combinación de ira y miedo, arremolinándose como un cono de helado de chocolate y vainilla.

—¡Te dije que te mantuvieras alejada de mí! —dice en un tono agudo y chillón mientras coge a tientas su bolso y se lo cuelga torpemente del hombro.

Yo miro a mi alrededor desesperada. Natasha me mira fijamente y las demás clientas se han vuelto hacia nosotras. En el salón suele haber mucho ruido —Chloe hablando por teléfono, la otra línea sonando sin parar, mujeres charlando—, pero la voz de Allison, cercana a la histeria, se ha elevado por encima del estrépito.

Me vuelvo otra vez hacia ella.

—Por favor —digo, bajando el tono de voz y alzando las manos sumisamente, esperando de algún modo amainar su ira y calmar la situación—. Por favor. No sabía que ibas a venir aquí, te lo juro, esto no es lo que...

Pero ella no me escucha.

—¡Se suponía que debías dejarme en paz! —exclama. Se ha puesto los zapatos, un par de sandalias de tiras con tacón cuadrado, y, rodeándome, ha comenzado a retroceder hacia la entrada. Algunos mechones de pelo suelto le caen por la cara cual fénix levantándose para recibir el sol.

Allison llega a la puerta de entrada y, alzando un dedo, me señala. Tiembla un poco, lo que hace bailar la gema de su brazalete (el Bulgari que me sonaba, pero que no he llegado a reconocer). Un rubor se ha extendido por sus mejillas de color crema. Aprieta los labios con fuerza. Quiere gritar, pero la boca no se le abre.

Permanece ahí, señalándome con el dedo, temblando, mirándome fijamente, y yo puedo sentir mis pulsaciones en la garganta.

Un momento después, se marcha. La puerta se cierra de un portazo a su espalda y las campanitas de la entrada tintinean alegremente. El salón se ha quedado en silencio. O, al menos, eso me parece a mí. Ya no oigo el parloteo ni el bullicio. Es como si alguien hubiera presionado el botón de silencio.

—¿Qué diantre...? —comienza a decir Natasha, pero yo ya me he puesto de pie y me dirijo al fondo, a la sala del personal. Noto las miradas de todo el mundo clavadas en mi nuca. El rostro me arde. Un ruido blanco, alto y ensordecedor, me anega los oídos. Se me llenan los ojos de lágrimas. Cojo mi bolso, me doy la vuelta y recorro el salón a toda velocidad.

—Necesito aire fresco —le mascullo a Chloe al salir. Me parece oír a Natasha llamándome, pero no me doy la vuelta. He de salir de aquí. Me pregunto si volveré. Quizá, si tengo suerte, se me tragará un agujero negro y desapareceré de golpe, vaporizándome en un millón de átomos diminutos.

Manipulo torpemente el tirador de la puerta, pues tengo las palmas resbaladizas a causa del sudor, y salgo a la concurrida acera, aspirando una bocanada de aire como si saliera a la superficie del mar con los pulmones llenos de agua salada.

No me detengo hasta que estoy a tres manzanas del salón, en la entrada de un estrecho callejón flanqueado por dos bloques de pisos. Una vez ahí mis pies dejan de avanzar, negándose a dar otro paso. Me apoyo en la pared de ladrillo, fría por la falta de sol, y luego me siento en el suelo y me quedo mirando inexpresivamente el pavimento que tengo delante: asfalto sucio, restos ennegrecidos de chicle. Finalmente, respiro con normalidad y se me calma el corazón.

«De todos los bares de todas las ciudades del mundo, ha tenido que entrar en el mío.» De hecho, Allison se parece un poco a Ingrid Bergman en *Casablanca*, con esos ojos azul claro y esos pómulos marcados. Obviamente, sin embargo, no se trata de ninguna coincidencia. Vive en un barrio cercano, en uno de esos edificios nuevos tan altos. El suyo tiene cincuenta y siete pisos de altura y desde su apartamento puede verse la silueta de Manhattan. Me encantaban esas vistas. Me encantaba apoyarme en el ventanal de su salón, que iba del suelo al techo, y ver cómo se ponía el sol y se iban encendiendo las lucecitas del paisaje urbano hasta que todo relucía como un infinito mar de estrellas. Si ese ventanal hubiera estado al otro lado de la estancia, habría podido verse el tejado del apartamento en el que vivimos mi madre y yo. De puerta a puerta había un paseo de apenas dieciséis minutos. Veinte, quizá, si se contaban los pasos necesarios para recorrer el vestíbulo de mármol del edificio y el tiempo que tardaba el ascensor en subir al piso treinta y seis.

Así pues, no habría sido extraño que nuestros caminos se hubieran cruzado antes, que hoy no hubiera sido la primera vez que la veía desde finales del pasado otoño. Habían pasado casi dieciocho meses. ¿De verdad tanto? Algunos días parece más; otros, como si fuera ayer.

Solía estar pendiente de si la veía. Escudriñaba los rostros de la gente de la calle, buscando el suyo, preguntándome si me toparía con ella, cuándo volvería a aparecer. Pero nunca sucedió; era como si hubiera desaparecido. Finalmente, dejé de buscarla. Dejé de preguntarme por ella. La aparté de mi mente. La metí dentro de una caja de cartón bien cerrada y la almacené en el rincón de un ático repleto de telarañas.

Hasta el día de hoy. Hasta que nos hemos encontrado cara a cara. Casi la toco y sostengo sus pies en mis manos.

Siento un dolor sordo en el pecho. Desearía haber tenido la posibilidad de explicarme. Si ella hubiera estado dispuesta a escucharme, quizá las cosas habrían sido distintas. Creo que quizá debería haberla seguido, haber ido corriendo tras ella, aunque probablemente solo habría empeorado las cosas. Si es que eso es posible.

El timbre del móvil me sobresalta. Su estridente pitido resuena en el callejón silencioso. Cierro los ojos y me armo de valor, segura de que se trata de Lena llamando para despedirme. ¿Quién se lo habrá contado? ¿Chloe? ¿Natasha? ¿Alguna de las otras manicuras con las que me llevo bien, pero de las que no soy amiga? Meto la mano en el bolso con un nudo en el estómago. Compruebo, sin embargo, que no se trata de una llamada de Lena. Es un mensaje de texto de Violet. De inmediato, el nudo se deshace y sonrío. Un rayo de luz se asoma entre las nubes.

Me limpio la cara con la manga y me sorbo la nariz. El mensaje ilumina mi pantalla. «¡Aquí tienes nuestra dirección! ¡Nos vemos a las seis!»

Clico en el enlace. La flecha de localización está situada en el corazón de Cobble Hill y, al tocar con el dedo la imagen en miniatura de la fotografía de la calle, compruebo que la suya es una hermosa casa unifamiliar de dos pisos en vez de los tradicionales tres, pero más ancha que la mayoría, con una escalinata que conduce a una puerta principal negra.

Copio la dirección y la busco en Redfin. Una imagen de la misma casa aparece en la pantalla con una pequeña etiqueta en la esquina superior izquierda en la que puede leerse VENDIDA. Deslizo el dedo por la pantalla del móvil para seguir leyendo y averiguo que se

vendió el pasado abril por tres millones doscientos cincuenta mil dólares. Tres millones doscientos cincuenta mil dólares. Sonrío de oreja a oreja. Esta noche, voy a ir a cenar a una casa de tres millones doscientos cincuenta mil dólares. Yo.

Cierro Redfin y levanto la mirada del móvil. El callejón está sucio, con varias cajas de cartón aplastadas en el suelo y un contenedor de basura junto a la pared del edificio de enfrente. Huele a humedad y hojas podridas. Me pongo de pie y yergo la espalda. He de salir de aquí.

Cuando emerjo de las sombras y vuelvo a salir a la luz de la calle principal, giro a la izquierda para ir a casa. No voy a regresar al salón. Es arriesgado —si Lena no está cabreada por el altercado, lo estará porque me haya largado—, pero me siento incapaz de hacer frente a mis compañeras y su incomodidad: el modo en que me mirarán sin mirarme, moviendo los ojos nerviosamente de un lado a otro antes de mirarse entre sí. No, no puedo volver. Y —me doy cuenta al mirar la hora— tengo que prepararme, quitarme este uniforme y ponerme algo más decente.

No dejaré que Allison me arruine la velada. Ya me ha quitado suficiente.

Cojo lo que sucedió y vuelvo a meterlo en su caja. Abro la puerta del ático y, alzando la caja, vuelvo a meterla en la oscuridad, fuera de mi vista y fuera también de mi alcance. Todo va bien. Todo va bien, me repito a mí misma una y otra vez, hasta que me lo creo. Para cuando llego al edificio donde vivo, ya no estoy pensando en Allison, sino en Violet. Y en Jay.

En casa, preparo a toda prisa un revuelto de verduras para mi madre y se lo llevo con un vaso de té helado decorado con una hoja de menta. Los cubitos de hielo repiquetean contra el vaso.

—¿Tú no comes? —me pregunta, levantando la mirada hacia mí.

—Voy a cenar fuera.

Ella enarca una ceja.

—¿Ah, sí?

Asiento.

—He conocido a alguien. Una amiga, tal vez. En el parque. Me ha invitado a cenar esta noche a su casa.

—Qué bien —dice mi madre. Parece estar a punto de decir algo más y se queda con los labios abiertos, como si estuviera esperando que las palabras adecuadas se formaran en su boca. Finalmente, sin embargo, se limita a sonreír y vuelve a centrar su atención en el programa de televisión que estaba viendo. Un viejo episodio de *Dateline* sobre un allanamiento de morada que acaba fatal. Me quedo mirando un momento —una de las víctimas está contando lo sucedido— y luego salgo del salón para prepararme.

En el cuarto de baño me cambio las gafas por unas lentillas. Parpadeo rápidamente al ponérmelas. Rara vez las llevo. Cuando me las pongo, se me secan los ojos y al final del día los tengo rojos y me pican. Me acostumbraría si las llevara más a menudo, pero suelo salir con prisas o me he quedado sin solución para lentes de contacto. Tengo mejor aspecto sin gafas; a algunas personas les quedan bien, pero los cristales hacen que mis ojos parezcan pequeños y brillantes, de modo que, al menos esta noche, soportaré los ojos secos y sonreiré. Con cuidado, me pongo un poco de rímel y luego me cepillo el pelo y me lo recojo en una cola alta. Tras humedecerme las manos, me aliso los pelos sueltos.

Me pruebo tres camisetas distintas, finalmente me decido por una negra de cuello alto y me ato una camisa de franela a la cintura. Aunque los días son cada vez más cálidos, por las noches todavía refresca. Me quito los pantalones del uniforme, me pongo unos vaqueros (escojo unos sin agujeros) y me calzo unas botas negras.

—No me esperes levantada —le digo a mi madre antes de irme, dándole un beso en la frente. Ella se sorbe la nariz y sonríe. Ambas sabemos que hacia las ocho y media ya se habrá quedado dormida en el sillón. Cuando llegue a casa, el salón estará a oscuras, con la televisión encendida y a todo volumen.

—Que te diviertas —me dice.

Yo sonrío. Lo haré. Sé que lo haré. Nunca he estado más segura de algo.

6

La casa de los Lockhart está a tan solo quince minutos de mi apartamento. Camino deprisa, con pasos cortos y rápidos. El corazón me late al doble de velocidad y tengo los nervios de punta, pero en el buen sentido, como al final de una cita que no quieres que termine nunca, en la que tú y tu pareja no dejáis de sonreíros mutuamente, el aire está cargado y la noche llena de posibilidades; o cuando es la mañana de Navidad y estás a punto de ir al salón a por los regalos. No dejo de mirar en el bolso para asegurarme de que el libro para Jay sigue dentro. Lo está, claro, pero no puedo evitarlo.

Llego a la dirección indicada dos minutos antes de las seis. Desde la acera, levanto la mirada hacia la fachada de la casa. Es la misma que la imagen de Google Maps, pero aún más impresionante: parece más grande, el hierro forjado de las barandillas reluce más y la fachada, recientemente restaurada, está prístina. Vale todos y cada uno de los tres millones doscientos cincuenta mil dólares que han pagado. Silbaría de admiración si supiera cómo.

Subo la escalinata y me detengo en el escalón superior, cambiando nerviosamente el peso de un pie a otro. Por un momento, visualizo el rostro de Allison y su largo pelo rojizo. De repente, considero la posibilidad de dar media vuelta. Tengo la sensación de que si estoy aquí es gracias a mis mentiras. Y supongo que es cierto. Marcharme ahora sería lo más prudente. Pero entonces vislumbro a Violet a través del ventanal en saledizo. Está

inclinada por encima del hombro de Harper mientras esta dibuja en una mesita del salón. Violet señala el dibujo y asiente con una sonrisa y las mejillas sonrosadas. Parpadeo para alejar la imagen de Allison de mi cabeza. Sé que no voy a marcharme.

Yergo la espalda y me ajusto la camisa de franela que llevo sujeta alrededor de la cintura. Me llamo Caitlin. Soy enfermera. Una, dos. Tacho de la lista las mentiras que he contado y las repito hasta sentir que son ciertas. Entonces llamo.

Un momento después, la puerta principal se abre. En la entrada aparece Violet, casi sin aliento y con los ojos relucientes. Lleva la misma ropa que esta tarde —los pantalones de lino y la camisa blanca— debajo de un delantal con volantes y un estampado de cachemira. También se ha puesto encima un cárdigan, que lleva arremangado.

—¡Hola, Caitlin! ¡Entra!

Dejo atrás el porche y entro en el vestíbulo. Ante mí veo una escalera de roble que conduce al primer piso y, a la derecha, un enorme salón con el ventanal en saledizo que he visto desde la calle. Al otro lado del salón está la cocina. Suena música a volumen bajo: una voz de mujer con una guitarra. La casa está caldeada y huele a pan recién horneado.

—Sígueme —dice Violet, haciéndome una señal con la mano—. Justo estaba terminando la cena. Jay llegará de un momento a otro. Di hola, Harper.

La sigo por el salón hasta la cocina. Harper levanta la mirada de su pequeña mesita cuando pasamos por delante, sonríe y me saluda con una mano. Luego sigue dibujando mientras tararea en voz baja la canción *Let It Go*, de *Frozen*.

La cocina es más grande de lo habitual en las casas de Brooklyn (y, desde luego, más que la caja de zapatos con fogones del

apartamento que comparto con mi madre). Los armarios son blancos con relucientes detalles dorados, y tiene seis fogones y una nevera de puerta francesa. A la derecha, hay un rincón para comer con una mesa para cuatro, pero en la que caben seis. Por encima de la mesa cuelga una lámpara grande de ratán.

—Siéntate, siéntate. —Violet me señala un taburete alto que hay junto a la isla de la cocina, con encimera de mármol. En el centro, descansa un aromático jarrón con gardenias que huelen como un jardín después de la lluvia—. Ya casi está todo listo. La pasta está hirviendo y la salsa ha comenzado a hacer chup-chup. Solo he de sacar el pan del horno.

Cuelgo el bolso en el respaldo del taburete y me siento. Al mirar alrededor, he de pellizcarme. Si alguien me hubiera dicho por la mañana que hoy cenaría aquí, me habría reído y le habría contestado que miente aún más que yo.

—¿Quieres un poco de vino? —me pregunta Violet al tiempo que saca de la nevera una botella de vino blanco a medias, con el cristal empañado a causa de la condensación.

Niego con la cabeza.

—No, gracias. No bebo —me sorprendo a mí misma diciendo. Es cierto, pero rara vez lo admito. Espero que enarque las cejas, ladee la cabeza y me mire sorprendida, como si le hubiera revelado que tengo un tercer pezón. ¿No bebes? La mayoría de la gente reacciona como si le hubiera dicho que mi *hobby* es despellejar cachorritos. ¡Dios mío, qué horror!

En cambio, una amplia y afectuosa sonrisa se extiende por su rostro.

—¡Yo tampoco! —Devuelve la botella a la nevera y luego mete la mano al fondo—. Entonces serviré otra cosa. ¿Te gusta el ginger ale?

Asiento, entusiasmada. Otra rara con tres pezones, como yo. Me encanta que ya tengamos algo en común.

—Perfecto. —Coge una lata, cierra la nevera y saca dos copas de champán del armario que tiene detrás. Abre la lata con un fuerte chasquido, claro y nítido, y, con cuidado, llena las copas. La espuma asciende—. Mi ginger ale favorito —constata—. Nadie diría que no es champán.

Violet sonríe y me tiende una copa.

—¡Salud!

Chocamos las copas y luego me llevo la mía a los labios. Sabe dulce y algo picante.

—Delicioso —digo.

—¿Verdad? —asiente ella—. Es lo que suelo hacer en los bares, me pido un ginger ale en copa de champán. —Arruga la nariz—. Odio decirle a la gente que no bebo. Decir que no nunca es suficiente, ¿verdad? Los demás siempre quieren saber por qué no bebes, como si el hecho de rechazar una bebida alcohólica significara que tienes un problema serio.

Yo asiento enfáticamente.

—Desde luego. —No suelo salir con amigos, pero tiene razón; cuando lo hago, me invento algo. Digo que estoy tomando antibióticos o que la noche anterior me excedí demasiado. La verdad (que me produce urticaria y me salen unas enormes ronchas de un rojo como el de cerezas pasadas) es mucho menos interesante.

—Lo peor es cuando te dedican una sonrisa cómplice con la mirada puesta en la barriga, como si les hubieras revelado algún estúpido secreto. Deben pensar que la única razón por la que una mujer no quiera beber es que está embarazada. —Violet pone los ojos en blanco.

—Entonces ¿me odiarías si te pregunto por qué no bebes? —digo, inclinándome hacia delante en la encimera. No puedo evitarlo. Ya he dicho que soy entrometida—. Yo primero. Soy muy alérgica al alcohol. No me importaría tomar una copa o dos si luego no pareciera una enferma de viruela. Resulta que a la gente no le gusta estar demasiado cerca de María Tifoidea. —Esto, lamentablemente, también es cierto. Lo descubrí mi primer fin de semana en la universidad, cuando di un trago de cerveza caliente en una fiesta y casi de inmediato me convertí en un tomate: la velocidad a la que la gente se distanció de mí fue alarmante.

Violet se ríe.

—¡Menudos imbéciles! —Y luego exclama—: ¡Oh, mierda! —Y corre hacia los fogones. El agua hirviendo está saliéndose de la olla y vertiéndose por los costados—. Soy una cocinera pésima —dice, sonriendo con impotencia por encima del hombro—. Pero de aquí saldrá algo comestible, te lo prometo.

Mientras me tomo mi ginger ale la examino, observando cómo va de un lado a otro de la cocina y las suaves y brillantes ondas de su pelo moreno se mueven al compás de sus movimientos. Tiene un aire *cool* y relajado incluso estando atareada.

Se vuelve hacia mí y abre la boca para decir algo, pero, antes de que llegue a hacerlo, oímos como la puerta principal se abre y se cierra y ambas nos volvemos hacia el salón.

Desde donde estoy sentada, puedo ver a Jay en el vestíbulo con las manos todavía en el tirador. Luego se vuelve y lo veo de cara, pero él todavía no me ve a mí. Vuelvo a sentir ese aleteo en el pecho. Va vestido con camisa y pantalones chinos azul marino y lleva la corbata aflojada. Es todavía más guapo de lo que recordaba. Una expresión turbia, sin embargo, ensombrece su rostro; parece preocupado, no distendido y relajado como en el parque.

—¡Ya estoy en casa! —exclama.

Se quita del hombro la correa de una bolsa de cuero marrón y, tras colgarla del pasamanos de la escalera, se dirige hacia el salón. Al llegar junto a la mesita de Harper, se detiene y se inclina para darle un beso y alisarle el flequillo. Luego viene a la cocina.

Violet sonríe, radiante.

—Te acuerdas de Caitlin, ¿verdad?

Al oír eso, la expresión de su rostro cambia, suavizándose alrededor de la boca y los ojos. Me mira y sonríe. Es la misma sonrisa del parque: amplia, con hoyuelos, que deja a la vista sus dientes. Por un momento, me olvido incluso de respirar.

—Claro que sí —dice—. ¿Cómo podría olvidar a nuestra salvadora? Nuestro ángel de la guarda. La santa patrona del parque. Me alegro de verte de nuevo, Caitlin.

Yo me sonrojo.

—Solo fue una picadura de abeja —digo.

—Bueno, aun así tus conocimientos fueron de gran ayuda —dice Violet—. Fuiste el tema principal de la cena esa noche. Jay y Harper no podían dejar de hablar de ti.

A Jay parece congelársele la sonrisa. Vacila un momento y luego dice:

—Tiene razón. Si no hubieras aparecido, Harper no habría sido la única en llorar.

Suelto una breve risita.

—De nada, pues. Me alegro de haber podido ser de ayuda.

Jay inspecciona la cocina y sus ojos se posan en las copas de champán que sostenemos.

—Veo que ya habéis comenzado —dice en un tono socarrón.

Violet pone los ojos en blanco, falsamente indignada. No es más que una broma tonta que Jay ya ha hecho antes. Me recuerda a

cuando era pequeña y pedía un Shirley Temple en una cena y el camarero me guiñaba un ojo con complicidad, como diciendo: «Ya veo que te gusta empinar el codo». La broma resulta más encantadora si la hace Jay.

—¿Quieres una cerveza? —le pregunta ella.

—Ya me la cojo yo —contesta él, y cruza la cocina. Me gusta que no encaje con ese estereotipo de la década de los cincuenta del hombre que llega del trabajo, se deja caer en su sillón y acepta (espera) una bebida fría preparada por su esposa perfectamente peinada y ataviada con un delantal, a pesar de que Violet cumple con ambos requisitos.

Al dirigirse hacia la nevera, sus cuerpos se rozan. La espalda de él con la de ella. Ambos se dan la vuelta y se quedan un momento mirándose a los ojos. No puedo evitar sentir una fugaz pero intensa punzada en el estómago y, tanto avergonzada como celosa por la intimidad entre ambos, aparto la mirada.

Jay abre su cerveza y, tras darle un trago, se apoya en la encimera, junto a los fogones. Luego alza la botella hacia mí. Yo sonrío y hago lo mismo con mi copa. Ambos bebemos.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunta a Violet, y ella asiente agradecida.

—¿Puedes rallar parmesano? —contesta—. ¿Y podrías alcanzarme la fuente del armario superior? La pasta ya está casi lista para servir.

Él deja a un lado su cerveza para hacer lo que le pide y coge la fuente que guardan en un armario superior del rincón de la cocina. La deja al lado de su esposa y luego coge el queso y comienza a rallarlo. Mientras tanto, Violet vuelca la pasta en un colador que ha dejado en el fregadero. Luego traslada los fideos a la fuente y vierte con un cucharón la salsa hirviente.

—Bueno —dice Violet inspeccionando la cocina con los brazos en jarras—. Creo que ya estamos listos para cenar. ¡Harper, ve a lavarte las manos!

Unos pocos minutos después, estamos todos sentados. Jay y Violet en las puntas, y yo frente a Harper. Violet sirve la pasta mientras Jay me tiende una cesta de pan caliente y crujiente. Yo cojo una rebanada y luego le paso la cesta a Harper, que coge dos.

Cuando todo el mundo se ha servido, Violet alza su vaso.

—¡Salud! Gracias por unirte a nosotros esta noche, Caitlin.

—¡Salud! —exclama Harper, alzando su taza de plástico llena de leche. Yo sonrío y choco mi vaso con el suyo, luego con el de Violet y, finalmente, con el de Jay. Nuestras miradas se cruzan y ambos sonreímos.

—Gracias a vosotros por haberme invitado —digo yo después de darle un sorbo a mi ginger ale. Vuelvo a mirar a Jay y luego a Violet —. Bueno, ¿dónde os conocisteis?

Esperaba que recordaran la ocasión con una sonrisa en los labios y los ojos vidriosos, pero, en cambio, sus ojos se cruzan y sostienen un momento las miradas. No soy capaz de interpretar la expresión de sus rostros. Violet es la que habla primero, volviéndose hacia mí mientras con la mano hace un gesto como si le quitara importancia.

—En la universidad —dice—. Me gustaría que fuera una historia más interesante, pero, si te la contara, probablemente te morirías de aburrimiento.

Seguro que no, quiero decirle, pero hay algo en su tono que me lo impide; un tono ligeramente brusco, pero, al mismo tiempo, casi demasiado alegre. Me vuelvo hacia Jay con la esperanza de que él cuente algo más, pero no lo hace. Permanece con la mirada baja y una extraña sonrisa que parece forzada, como si se la hubieran planchado en el rostro.

Cambio de posición en la silla mientras me devano los sesos para decir algo más, pero antes de que se me ocurra nada Harper exclama:

—¡Mirad esto! ¡Un gusano!

Sostiene en alto un fideo y lo agita. Todos nos reímos. Enseguida Harper se convierte en el centro de la conversación. Nos explica animada qué tal le ha ido el día y se muestra de lo más feliz cuando le pregunto por su libro favorito. *Winny de Puh*, me anuncia ella, y sonríe cuando le digo que también es uno de mis favoritos.

—Nina me leyó *La casa en el rincón de Puh* entero. Es un libro de capítulos —dice con orgullo.

—¿Quién es Nina? —pregunto.

—Nuestra niñera —interviene Violet—. Bueno, nuestra antigua niñera. Dejó de trabajar para nosotros hace unos meses. Una pena, la verdad. Harper la adoraba. A todos nos encantaba. ¿Verdad, querido? —Se vuelve hacia Jay—. Era la mejor, ¿no es así?

Jay deja de masticar, parpadea y luego asiente moviendo la cabeza una única vez.

Violet exhala un suspiro y se vuelve otra vez hacia mí.

—No consigo encontrarle una sustituta. —Y comienza a explicar la serie de entrevistas que ha estado realizando estas últimas dos semanas. Una candidata se había presentado dos horas tarde todavía con maquillaje escénico en la cara, pidiendo perdón por una audición teatral que se había alargado y al final había terminado reconociendo que en realidad no tenía experiencia en el cuidado de niños, pero que una vez había hecho el papel de mamá en un anuncio—. Al parecer —prosigue Violet—, si quieres una buena niñera en Nueva York, debes empezar a buscarla cuando tu hijo todavía está en el útero.

Sonrío. Tiene razón.

—Tiempo atrás ejercí de niñera —digo—. Antes de hacerme enfermera. —Te lo creas o no, esto es cierto. Comencé durante la universidad, cuando una de mis profesoras dijo que estaba buscando a alguien que recogiera a su hija del colegio. Esta profesora me recomendó a una compañera suya y, antes de que me diera cuenta, tenía reservados casi todos los fines de semanas. Me gustó tanto que cambié de grado, de Inglés a Educación Infantil, y, cuando me gradué, me puse a hacer de niñera a tiempo completo. Finalmente, empecé a trabajar en una escuela infantil no muy lejos de aquí. Es el trabajo que perdí antes de trabajar con Lena. Pero eso no lo cuento, claro está.

Violet me devuelve la sonrisa.

—¡Ah, eso explica que se te dé tan bien tratar con Harper!

Siento una inesperada punzada de dolor. Era buena en mi trabajo. Tiene gracia: mis mentiras, que generalmente se consideran, en el mejor de los casos, un desliz social y, en el peor, un atroz defecto moral, son en parte la razón por la que les gustaba tanto a mis alumnos. Era una experta cuentacuentos, una increíble narradora de historias, la reina de las fantasías. A los niños les encantaban mis extravagantes historias y se sentían embelesados por los exagerados relatos que les contaba sobre mis fines de semana. Era un público de lo más entusiasta. Jamás llegaron a preguntarme si era todo cierto. No les importaba.

Me quedé hecha polvo cuando tuve que dejarlo. Si cierro los ojos, puedo recordar el último día como si fuera ayer mismo. Fue inesperado. Me retiraron la alfombra de debajo de los pies con tal rapidez que perdí el equilibrio. Quise plantar cara, decirles a gritos que no era justo, explicarles que era todo un malentendido, pero sabía que sería una pérdida de tiempo. Nadie me creería a mí antes que a ella.

Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando les dije a los niños que me marchaba y ya no regresaría. Me preguntaron por qué, pero, obviamente, no podía explicarles la razón. Tenía un nudo en la garganta y no podía pronunciar palabra. Me limité a arrodillarme y abrir los brazos. Uno a uno, fueron acercándose a mí y presionaron sus pequeños cuerpos contra el mío. Mientras tanto, la directora del centro permanecía de pie en la puerta, apoyada en el marco con los brazos cruzados, esperando para acompañarme fuera. Todavía los echo de menos: sus dedos pegajosos, sus gritos, sus alegres risotadas...

Me fuerzo a mí misma a devolverle la sonrisa a Violet.

—Me gustaba mucho —digo—. De hecho, me encantaba.

Antes de que pueda decir nada más, Harper vuelca su taza de leche al alargar una mano para coger más pan. Tanto ella como Violet sueltan un grito de sorpresa. Instintivamente, me pongo de pie de un salto, cojo el rollo de papel de cocina que hay junto al fregadero de la cocina y corro de vuelta para limpiar el charquito de leche justo antes de que comiencen a caer gotas al suelo.

—Gracias —dice Violet, sonriéndome con gratitud.

—Cuando una ha sido niñera, ya nunca deja de serlo —digo con afecto. La suya es exactamente el tipo de familia para la que me habría gustado trabajar cuando comencé. De hecho, todavía lo es. Me imagino a mí misma en la cocina, preparándole la merienda a Harper, cortando sus sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada con forma de corazón; o en el salón, doblando las pequeñas camisetas de unicornio de la niña mientras ella dibuja feliz a mi lado. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no ofrecerles mis servicios, decirle a Violet que ya no es necesario que entreviste a más candidatas, que con mucho gusto yo me ocuparé de ello. Dios sabe que, después de lo sucedido hoy, necesitaré un nuevo trabajo.

Y desesperadamente. Procuro apartar el recuerdo de lo de esta tarde mordiéndome el interior de la mejilla.

Seguimos con la cena hablando de esto y aquello con algunas interrupciones de Harper para contarnos cómo le ha ido el día. Violet la escucha con atención, animándola a desarrollar sus historias. En un par de ocasiones consigo echarle un vistazo a Jay y en ambas está mirando fijamente a Violet, observándola. Lo entiendo. Está radiante. Algunos mechones le enmarcan la cara y las mejillas se le sonrojan cuando ríe. Si repara en la mirada de Jay, lo disimula. Permanece con la atención puesta en Harper, y también en mí, asegurándose de que tengo el plato lleno y estoy disfrutando de la comida. En una ocasión, me pilla mirándola y sonríe. Yo le devuelvo la sonrisa, encantada. Me pregunto qué debe sentirse siendo tan guapa como ella y ejerciendo esa atracción magnética. Debe ser mágico, imagino.

Justo después de las siete, cuando los platos ya están limpios y los vasos vacíos, Violet se aclara la garganta y, mirando a Jay, señala a Harper ladeando la cabeza. Él asiente.

—¿Estás lista para darte un baño? —le pregunta Jay a Harper.

De inmediato, la niña comienza a protestar haciendo pucheros, pero Violet interviene:

—¡Dos M&M's si subes al baño en treinta segundos o menos!

—¿De los rojos? —pregunta ilusionada Harper.

Violet asiente.

Harper suelta un grito de alegría y se levanta de un salto de la silla. Sale de la cocina y, pisando con fuerza los tablones de madera del suelo, cruza el salón corriendo y luego sube la escalera a cuatro patas.

—¡Lo he hecho! —se la oye exclamar con voz leve en algún lugar sobre nuestras cabezas. Todos reímos.

Todavía sonriendo, Jay pregunta:

—¿Cuántos ha tomado ya hoy?

—Un puñado —contesta Violet, encogiéndose de hombros, y luego, volviéndose hacia mí—: No me opongo a los sobornos. —Me guiña un ojo—. De hecho, en mi opinión es el único modo de criar a un hijo.

Jay parece estar a punto de decir algo más, pero en vez de eso, echa su silla hacia atrás y se pone de pie.

—Te avisaré cuando esté lista —le dice a Violet, y, volviéndose hacia mí, añade—: Si no he bajado antes de que te vayas, me alegro de haberte visto de nuevo, santa Caitlin.

Ambas le sonreímos. Ya se ha quitado la corbata y lleva el botón superior de la camisa abierto y las mangas subidas. Me gusta cómo dice mi nombre. Mi nombre falso. Incluso tiene un apodo para mí. Me hace sentir radiante y dichosa.

—A mí también —digo yo. Violet y yo observamos cómo deja la cocina y desaparece escalera arriba.

—Es muy dulce con Harper —digo yo entonces. Me parece adorable que se preocupe por la cantidad de azúcar que consume y también que sea él quien le llena la bañera y la envuelva en una toalla suave cuando ha terminado.

—Ella lo adora. Todo el mundo lo quiere —dice Violet, soltando una risita—. Jay es así; hace que la gente se sienta muy... —busca la palabra adecuada— especial.

Sé lo que quiere decir. El otro día lo sentí en el parque. Tiene esa forma de ser, ese carisma que te atrae a su órbita. Aunque no estuviera casado, yo jamás tendría la menor posibilidad con él —juega en otra liga—, pero hubo algo en su sonrisa que me hizo sentir que tal vez, en una realidad paralela, estábamos destinados.

Insisto en ayudar a Violet —en verdad es una excusa para poder quedarme más tiempo—: recogemos la mesa, enjuagamos la vajilla, metemos los platos y cubiertos sucios en el lavaplatos. Trabajamos en un cómodo silencio, riéndonos cuando una de nosotras choca con la otra y de fondo repiquetean las sartenes y las cacerolas.

Cuando la cocina ya está limpia y las encimeras recogidas, Violet se quita el delantal y lo cuelga de un gancho que hay junto a la nevera.

Debería ser la señal para que me marchara, pero decido quedarme un poco más. Todavía no estoy lista para despedirme. Temo que, si lo hago, ya no volveré a ver el interior de esta casa. Violet, Jay y Harper se desvanecerán poco a poco hasta que no pueda evitar preguntarme si no me los habré inventado.

Violet me mira y sonríe. Me preparo para oír que se hace tarde y que debería subir para meter a Harper en la cama. Antes de que diga nada, pienso que quizá podría ofrecerme para ir a buscar algo de postre a una pastelería cercana. Pero cuando abro la boca para proponérselo, me pregunta:

—¿Quieres un poco de té? ¿Café, tal vez? —Su tono es dubitativo, como si temiera que pudiera decir que no.

Yo asiento y tengo que morderme el labio inferior para no ponerme a reír como un bufón mientras lanzo vítores mentalmente.

—Me encantaría una taza de té. —Ella tampoco está lista para que me vaya.

—Genial, pondré a calentar un poco de agua —dice con una sonrisa—. Ve a sentarte. —Señala el salón—. Ahora voy.

Dejo la cocina y me dirijo al enorme sofá situado contra una pared. Me siento con cautela, me hundo en los almohadones de color crema y apoyo la espalda en los suaves cojines.

Desde el sofá, echo un vistazo alrededor de la estancia. Delante de mí está el gran ventanal en saledizo con unas diáfanas cortinas blancas descorridas. Fuera está oscuro y la luz de la farola de la esquina crea un reflejo en el cristal que me impide ver la calle. Debajo del ventanal, hay dos sillones en diagonal y una mesita entre ambos con una pila de libros encima. En el rincón, a la izquierda de los sillones, otra de tamaño infantil para Harper: es la mesita en la que estaba dibujando antes. Sobre el tablero hay botes con ceras y lápices de colores. A su lado, una estantería y unos cuantos cestos repletos de juguetes, peluches de animales y muñecas.

Es una de esas casas cálidas y acogedoras, pero fastidiosamente pulcras. Todo está en su sitio; no hay pilas de correo basura ni zapatos tirados por ahí, tampoco chaquetas olvidadas sobre algún mueble o baratijas huérfanas. Entonces advierto algo extraño.

Dejando de lado una fotografía enmarcada de Harper que descansa en la librería, en la que aparece sonriendo en lo alto de un tobogán, no hay fotografías. Todos los cuadros que cuelgan de las paredes son pinturas: acuarelas y óleos de paisajes marinos, nenúfares y una de un desvaído paraguas rojo y blanco en una playa vacía. Extrañamente, no hay ninguna fotografía ni de Violet ni de Jay. Ninguna imagen de su boda, ella con el pelo recogido y ataviada con un elegante vestido blanco, de camino al altar, o él vestido con un esmoquin y mirándola con adoración. Tampoco fotografías de vacaciones, ni retratos familiares, solo la foto de Harper. Resulta raro: si yo me pareciera a Violet y mi marido a Jay, las paredes estarían forradas con nuestras caras.

Me levanto y me dirijo a la entrada. Allison tenía fotos por todas partes: ampliaciones enmarcadas de fotografías de sus hijos, de sí misma y de su marido. Así es como me enteré de su viaje anual a Catskills o de que llevaba puesta una corona de caléndulas en su

baby shower. Para su cuarenta cumpleaños, la sorprendí con un ramo de esas flores amarillas.

—¡Mis favoritas! —me dijo, hundiendo la nariz en los pétalos—. ¿Cómo lo has sabido?

También había otras fotografías en casa de Allison, aunque no en las paredes. Unas que no quería que viera. Una imagen en concreto, entre docenas desperdigadas sobre su alfombra, me viene a la memoria. La aparto enseguida de mis pensamientos. A lo mejor Violet tiene colgadas sus fotos familiares arriba o...

—Aquí tienes.

Me doy la vuelta con un sobresalto. Violet está de pie junto a la mesita con dos tazas en las manos. No la he oído entrar en el salón.

Me acerco a ella y, con una sonrisa de agradecimiento, cojo la humeante taza de té que me ofrece. La porcelana está caliente. Vuelvo a sentarme e inhalo profundamente. La infusión huele a piel de naranja, a clavo picante y a nuez moscada. Las bolsitas son de las caras, con una delicada malla en vez del endeble papel lleno de hojas resecas molidas.

—Bueno —dice Violet, acomodándose a mi lado en el sofá y sonriéndome afectuosamente tras sentarse con las rodillas dobladas de lado—. Háblame de ti. ¿Antes eras niñera y ahora trabajas de enfermera?

Procuro que mi sonrisa no flaquee. Sabía que esto llegaría; de camino he pensado qué podría contarle. Ahora, sin embargo, se me ha ocurrido otra idea. Una mejor tanto para mí como para Violet.

—Lo era —comienzo a decir, recogiendo el sedal de la mentira muy poco a poco. Le doy un sorbo a mi té—. Bueno, en realidad estaba en la escuela de enfermería. En el segundo año. Pero he solicitado una excedencia para poder cuidar de mi madre. Hoy mismo, de hecho.

Es otra cosa que he aprendido con el tiempo. Si alguien te pregunta demasiadas cosas acerca de una mentira, lo mejor es rectificar, contestar con evasivas y añadir nuevos detalles, de tal forma que, más tarde, cuando esa persona piense en ella, no pueda tener claro qué le has contado exactamente. A continuación, hay que cambiar de tema, pero no de forma brusca, ha de ser una transición natural. En este caso, he introducido a mi madre en la conversación.

Violet pica el anzuelo.

—Oh, no, lo siento mucho. ¿Está enferma?

Asiento.

—Tiene lupus. —Es la mentira número tres. Soy Caitlin, soy enfermera y mi madre tiene lupus. Una, dos y tres—. Ha sido duro, pero su médico ha comenzado a darle una nueva medicación que parece estar ayudando. Solo quiero estar a su lado mientras se adapta al tratamiento.

—¡Me alegro de oír eso! —dice Violet. Sonríe como si le importara de verdad.

Quien realmente tiene lupus es la madre de Natasha, que me describió el caso al detalle, desde los síntomas iniciales al diagnóstico. Durante un año no tuvieron ni idea de qué le pasaba. Al principio pensaban que se trataba de la enfermedad de Lyme o fibromialgia. La historia me fascinó. Hasta hacía poco no habían conseguido encontrar un tratamiento que le proporcionara cierto alivio. Si las comparamos, la artritis de mi madre no tiene el mismo impacto.

—Así pues, he dejado mi apartamento y me he mudado con ella para poder cuidarla —prosigo—. Resulta más barato que contratar una enfermera interna. Se trata de algo temporal, claro está, solo hasta que se nos ocurra otra cosa o se mejore.

Violet asiente en señal de comprensión. Una mujer en la treintena que vive con su madre es patética, a no ser que dicha mujer sea una cuidadora y dicha madre esté enferma; en ese caso pasa a ser algo altruista y noble.

Y entonces, antes de que Violet tenga la oportunidad de inquirir más al respecto, planto la semilla que se me ha ocurrido poco antes.

—Oye, ya que me he tomado un tiempo libre, podría cuidar de Harper si alguna vez necesitas que te echen una mano. Si te sirve de ayuda, claro está. —Contengo la respiración.

Solo necesito que me deje hacerlo una única vez, así tendría la oportunidad de demostrarle lo bien que se me da. Esa ocasión podría dar lugar a una segunda, sobre todo si Harper pide que regrese, y luego a una tercera, lo cual a su vez podría dar pie a algo semanal y terminar desembocando en un puesto fijo. La mayoría de las familias de este barrio tienen niñeras internas, y estoy segura de que los Lockhart cuentan con una habitación extra en esta casa tan grande; quizá, solo quizá, un día Violet podría darse cuenta de lo útil que resulta tenerme en su casa. Así daría igual que Lena me despidiera. O, si no lo hace, podría renunciar yo. Y decirle finalmente a mi madre que me voy de casa. Me entusiasma la idea.

Violet me sonríe y siento una oleada de dicha.

—¡Gracias! Te lo agradezco mucho. Como he dicho antes, encontrar a una buena niñera me está resultando muy difícil. Cuando regreso a casa después de haber llevado a Harper a la escuela, tengo la sensación de que ya he de volver para recogerla. No recuerdo siquiera la última vez que pasé la aspiradora. —Mira alrededor del salón, aparentemente avergonzada.

—Bueno, pues para mí sería un placer —digo, satisfecha conmigo misma y mi plan—. Y lo cierto es que lo de la aspiradora no se nota nada. La casa está impecable. ¿Hace mucho que vivís aquí?

—La verdad es que no. Nos trasladamos hará un año por el trabajo de Jay. —Violet niega con la cabeza—. No puedo creer que haya pasado tanto tiempo. Todavía no conozco a mucha gente. Por eso me ha hecho tanta ilusión que aceptaras venir a cenar esta noche. —Me sonríe y yo le devuelvo la sonrisa.

—¿Dónde vivías antes? —le pregunto. Ya lo sé por el perfil de LinkedIn de Jay, pero quiero oírlo de su boca.

—En San Francisco. Nos mudamos allí después de graduarnos para que yo pudiera ir a la facultad de Derecho. Mi familia vive en el área de la bahía de San Francisco y mi padre me ofreció un empleo en su bufete cuando aprobé el examen del colegio de abogados estatal. Vivimos allí casi diez años. No fue fácil marcharse. Formábamos parte de una comunidad muy buena. Si no hubiera surgido una oportunidad tan prometedora para Jay, no creo que hubiéramos venido a Nueva York. A ver, no es que no se esté bien aquí —añade—. Es distinto. ¿Has estado en San Francisco?

—Una vez —digo, asintiendo. No es cierto, pero mientras me preparaba para esta noche, he hecho un pequeño *tour* por la ciudad mediante Google Maps y luego he consultado cuáles eran los principales lugares de interés, las atracciones más visitadas y los mejores restaurantes—. Me alojé en el barrio de Nob Hill, cerca de la calle Polk.

A Violet se le ilumina la cara.

—¡Me encanta esa zona! Nuestro primer piso estaba ahí. —Sonríe con melancolía, recordando esa época—. ¿Y tú? ¿Hace mucho que vives en este barrio?

—Casi toda la vida. Mi madre y yo nos mudamos aquí cuando yo iba al instituto. Para cuidar de su hermana. Murió al poco de que llegáramos, pero nosotras terminamos quedándonos. Y desde entonces vivimos aquí. —Me encojo de hombros.

—¿Y tu padre?

Vacilo, sorprendida por la pregunta. Hacía mucho que nadie me preguntaba por él. La gente suele tomarse como una señal el hecho de que no lo mencione, pero lo cierto es que no me importa que Violet lo haya hecho. Considero la posibilidad de inventarme algo, pero decido no hacerlo. Hay algo en el modo en que está inclinada, con el cuerpo hacia mí como si de verdad le interesaran mis cosas, que me hace querer contarle la verdad.

—Nunca he llegado a conocerlo —digo con toda honestidad—. Desapareció cuando mi madre le dijo que estaba embarazada de mí. Lo suyo fue un rollo de verano. Mi madre estaba haciendo de camarera en Daytona Beach y él había ido allí a pasar unas semanas para visitar a un amigo de la universidad.

Violet enarca las cejas.

—¿Y nunca volvieron a hablar?

—No que yo sepa. Pero ella siempre me ha dicho que fue mejor así. Había decidido tenerme y no quería que él intentara convencerla de lo contrario. Por lo que me ha explicado, en una ocasión, después de que yo naciera, llamó al número que él le había dado, pero la línea estaba fuera de servicio. —Se lo cuento a Violet exactamente del mismo modo en que mi madre me lo contó a mí, como si no tuviera la menor importancia que él hubiera contestado o no. «No me importó —solía decirme, dándome un apretón en la mano—. Sabía que podía tirar adelante yo sola.» Aun así, yo nunca he dejado de preguntarme qué habría pasado si mi padre hubiera contestado.

—Guau —dice Violet, reclinándose de nuevo en los almohadones.

—Lo único que sé de él es que era de Filadelfia. Bueno, de las afueras. Mi madre me dijo que ni siquiera recordaba su apellido.

—¿Filadelfia? —repite con una extraña expresión en el rostro.

—Sí. —Sonrío—. Mi madre todavía tiene una camiseta suya de los Phillies. Se la dio la noche en la que se conocieron, en la playa, cuando el sol se puso. ¿Has estado ahí? —pregunto.

Ella comienza a asentir y entonces oímos:

—¡¿Vi?! —Es Jay desde el piso de arriba—. ¡Harper está esperando su beso! —añade.

Esa expresión extraña en el rostro de Violet desaparece tan rápidamente que me pregunto si no la habré imaginado.

—¡Ahora voy! —responde ella y, volviéndose hacia mí, dice—: Lo siento. Es el acuerdo que tenemos. Si Jay se encarga del baño y de los cuentos, yo la arropo y le doy el beso de buenas noches.

Echo una mirada a la pantalla del móvil. Son casi las ocho y media.

—No pasa nada. De todos modos debería ir tirando —digo. No quiero marcharme. Todavía no, pero tampoco quiero imponer mi presencia. Esta noche he de jugar bien mis cartas.

—No tienes por qué marcharte —me dice Violet—. Solo tardaré un minuto.

—No. —Niego con la cabeza, dejando mi taza de té vacía en la mesita de centro—. Es mejor que me vaya. Tengo que ir a ver qué tal está mi madre.

—Está bien, de acuerdo. —Sonríe y ambas nos ponemos de pie—. Muchas gracias por venir —dice—. Y por ofrecerte a ayudarme. Te lo agradezco de veras.

—No hay de qué —digo yo, siguiéndola al vestíbulo. «Solo una vez —pienso—. Eso es todo lo que necesito.»

Ella me acompaña a la escalinata de la entrada. Luego se despide de mí con la mano y, tras meterse de nuevo en casa, cierra la puerta con cuidado. A través del ventanal, puedo ver cómo sube al primer piso. Me quedo mirándola hasta que desaparece de mi vista.

Al darme la vuelta me siento algo mareada. Como si estuviera flotando. Me detengo un momento cuando llego a la acera y, volviéndome, levanto la mirada hacia la fachada de la casa. Las luces siguen encendidas y las habitaciones resplandecen suavemente detrás de las cortinas corridas de las ventanas. Cuesta creer que acabe de estar en su interior y haya pasado la velada con los Lockhart (y que, a lo mejor, pronto pueda llegar a formar parte de sus vidas).

Cuando llego a casa, mi madre está dormida en su sillón, roncando un poco tal y como esperaba. Cojo el mando a distancia de su regazo y bajo el volumen del televisor. A continuación, tiro de la manta de punto que hay sobre sus piernas y la tapo hasta el pecho. Luego apago la lámpara de la mesita que hay al lado del sillón.

Sin hacer ruido me dirijo al cuarto de baño que compartimos ella y yo, cerrando la puerta tras de mí. Después de quitarme las lentillas, cepillarme los dientes y ponerme un viejo chándal, me meto en la cama y cierro los ojos. Pero no puedo dormir. Permanezco ahí tendida, recordando la cena, pensando en Violet, Jay y Harper. En su hermoso hogar. En su calidez y en el olor que desprende. En el modo en el que me he sentido mientras estaba sentada a la mesa de la cocina, como si yo fuera un miembro más de la familia. O en el modo en el que Violet se reía de mis bromas y se inclinaba al hacerme una pregunta. Había algo eléctrico en ella —en ellos, en todos ellos—. Algo especial. Y me ha hecho sentir especial también a mí.

Me doy la vuelta debajo de la maraña de mantas. Hace calor, la oscuridad es como otra manta gruesa. La cómoda proyecta una acechante sombra en la pared de enfrente. Me pregunto qué estarán haciendo ahora Jay y Violet en su dormitorio, debajo de las sábanas.

¿Qué debe llevar puesto él para dormir? ¿Y ella? ¿Duermen con las piernas y brazos entrelazados y los cuerpos pegados, o extendidos y rozándose los dedos de las manos y los pies toda la noche? ¿La ha atraído él hacia sí cuando ella se ha metido en la cama, pegando sus labios a los de ella con apetito y urgencia?

A continuación me imagino que soy yo quien se mete en esa cama, no Violet, y que me quedo dormida al lado del cálido y pesado cuerpo de Jay mientas él respira hondo con un brazo alrededor de mi pecho. Este pensamiento, la idea de su piel contra la mía, hace que me acalore aún más y noto que me sonrojo. Me quito la sábana de encima y le doy la vuelta a la almohada para apoyar la cabeza en el lado fresco. «No, Sloane.»

Vuelvo a pensar en Violet.

«Hemos de repetir esto algún día», ha dicho. ¿Iba en serio o solo lo ha dicho por educación y no ha sido más que una invitación inconsciente, hecha sin intención alguna de cumplirla?

No, le he gustado. De lo contrario, no me habría dicho que me quedara después de cenar. Y tampoco me habría hecho todas esas preguntas personales. Sonrío en la oscuridad. Quiere ser amiga mía tanto como yo de ella. No me equivoco. Esta vez no.

7

De camino al trabajo a la mañana siguiente, me preparo para lo peor y ensayo mentalmente lo que voy a decir sobre lo que pasó ayer. Sobre Allison. He decidido asegurar que no tengo ni idea de quién era. Lo diré con una expresión de perplejidad y pura confusión. Admitiré que fue algo desconcertante y que por eso me marché. Está un poco cogido por los pelos, pero una clienta contrariada no es algo tan extraño; de vez en cuando estalla una disputa, hay un desacuerdo sobre la cantidad a pagar o alguna queda insatisfecha con el servicio y las voces se alzan en un tono hostil y acusatorio. Luego la escena remite y el salón vuelve a la normalidad. Esto no tiene por qué ser distinto de una de esas ocasiones. ¿Por qué debería?

Cuando entro en el salón, Chloe levanta la mirada con una sonrisa en el rostro pensada para dar la bienvenida a una clienta. Al ver que soy yo, sin embargo, cambia la expresión. La sonrisa flaquea. Parece nerviosa y me mira con inquietud, como un ciervo en medio de la carretera con los ojos fijos en unos deslumbrantes faros blancos.

—¿Lena...? —comienzo a decir, y Chloe niega con la cabeza.

—No está aquí. No creo que hoy venga. Mencionó algo sobre que esta semana su hermana estaba en la ciudad.

Asiento, aliviada. Me había olvidado de la visita de la hermana. Lena se había pasado semanas hablando de ello; sería la primera vez que se vieran en dos años. Algo relativo a unos problemas con el visado.

Le ofrezco a Chloe una sonrisa de disculpa.

—Lo siento —digo—. Por lo de ayer, quiero decir. Creo que esa mujer debió confundirme con otra persona. Me dio muy mal rollo.

—Fue una locura —dice Chloe. Su nerviosismo parece disiparse y se relaja.

—¿Verdad que sí? —Bajo el tono de voz y, acercándome al mostrador de recepción, añado—: Así es Nueva York, repleta de lunáticos.

Chloe asiente, mostrándose de acuerdo.

—Llamó para pedir cita en el último momento. Dijo que le habían hablado de este sitio. Si llego a saber...

—No lo sabías —digo yo, interrumpiéndola—. En fin, será mejor que lo olvidemos. —Y, señalando mi puesto con el pulgar, digo—: Voy a preparar mis cosas.

Sonrío a Chloe, contenta porque se ha creído mi versión de lo sucedido la tarde anterior, y voy a buscar mi kit.

Al poco, el ajetreo en el salón es absoluto. Toda la mañana se suceden las citas con mujeres que quieren los dedos de las manos y los pies de un determinado tono de rosa o de rojo fuego. Yo debería concentrarme en el trabajo, pero no lo consigo. Estoy distraída y no dejo de sacar el móvil del bolso a la espera de que aparezca un mensaje. Luego me lo guardo en el bolsillo y sigo consultándolo cada poco tiempo. Me quedo mirando la pantalla como si pudiera manifestar el nombre de Violet a voluntad. Soy un disco rayado y mi mente no deja de rememorar la cena del día anterior, reviviendo mentalmente la velada una y otra vez.

Hacia las once, tengo un nudo en el estómago. He de rehacer dos uñas a la mujer que tengo delante porque no dejo de mover nerviosamente las piernas mientras trabajo y no se las he pintado bien. «¿Por qué no me ha escrito todavía?»

Y, de repente, siento en el muslo la vibración del móvil que he guardado en uno de los bolsillos delanteros del pantalón. Lo cojo y, al ver la alerta, sonrío. Es un mensaje suyo. De Violet. Una oleada de euforia me embarga. Rápidamente desbloqueo el móvil y abro el mensaje de texto.

«Hola! —dice—. Anoche me lo pasé genial, gracias por venir! Creo que te dejaste la camisa, una roja de franela. Quieres que te la lleve a casa?»

Sonrío y siento un aleteo en el estómago. No estaba segura de cuánto tardaría Violet en encontrar la camisa. Estaba empezando a preguntarme si sabría siquiera que era mía. Antes de marcharme de su casa, me la desanudé de la cintura y la dejé hecha un gurruño en un rincón del sofá, medio enterrada bajo un cojín decorativo de punto. No era nada obvio. El rojo de la manga apenas era visible.

Sí, ya sé cómo suena eso, de verdad, pero necesitaba darle una excusa para que me escribiera un mensaje. Dijo que le encantaría que la ayudara, pero yo no soy la única persona que miente. Y la gente está muy ocupada —trabajo, niños, recados inesperados— y, antes de que una se dé cuenta, ya ha pasado una semana, y luego dos, y un mes y luego seis. Y, aunque inicialmente ella tuviera intención de llamarme, me habría disuelto en su memoria hasta que la imagen que tenía de mí se desenfocase, se volviera borrosa, y ni siquiera esforzándose conseguiría reconocerme. «¿Quién? —preguntaría entonces si Jay me mencionara—. ¡Ah, sí, la enfermera! ¿Cómo se llamaba?»

No podía permitir que eso sucediera. Violet es demasiado interesante, demasiado simpática. No quería que se me escapara entre los dedos de la mano, de modo que busqué un modo para evitarlo.

—Disculpe un momento —le digo a la mujer a la que estoy atendiendo y, tras apagar la lámpara, me dirijo rápidamente a la sala de personal. Necesito algo de espacio para pensar mi respuesta.

Una vez allí dentro, me quedo mirando el móvil y, sin dejar de morderme una uña, comienzo a componer mi mensaje. Tecleo y borro, tecleo y borro. Quiero que sea perfecto.

Finalmente, lo envío. Mi mensaje dice: «Oh, lo siento mucho! Puedo pasar a recogerla mañana por la mañana? Y, si quieres, tal vez podríamos ir a tomar un café».

No he de entrar a trabajar hasta las once, así que dispondríamos de varias horas para retomarlo ahí donde lo dejamos. Contengo el aliento, esperando su respuesta. Los pulmones comienzan a arderme hasta que, al fin, recibo un mensaje. Exhalo y una sonrisa se dibuja en mi rostro.

Cuando lo leo se me cae el alma a los pies. «Lo siento, mañana por la mañana Harper tiene cita con el médico.»

Luego mi móvil vuelve a encenderse. «Y si quedamos por la tarde? Sobre la 1 te iría bien? Mismo parque?»

Doy vivas mentalmente. «Sí! Me encantaría. Nos vemos mañana!» La una de la tarde es justo en medio de mi turno, pero no puedo decirle que no. No ahora, no en el principio de nuestra amistad, cuando todavía es tan frágil que podría desaparecer como un diente de león con apenas un soplo. No, no podía decir que no. Ya se me ocurrirá algo: le suplicaré a Natasha que me cubra o fingiré una llamada falsa a media mañana. «Se trata de mi madre —podría decir con el rostro pálido—. Me necesita.»

Vuelvo a guardarme el móvil en uno de los bolsillos delanteros del pantalón del uniforme y regreso corriendo junto a la mujer que he dejado esperando. Cuando me siento me mira con expresión irritada y le echa un vistazo rápido al reloj que hay en la pared, pero no me

importa. Le sonrío y le pido disculpas por mi ausencia. De hecho, no puedo dejar de sonreír. Ni siquiera cuando la clienta me deja una propina del diez por ciento en vez del veinte habitual. Ha merecido la pena.

—Estás de buen humor —dice Natasha en un momento excepcional en el que nuestras sillas están vacías y podemos tomarnos un breve descanso.

Asiento sin dejar de sonreír.

—Ese tipo con el que salí la semana pasada acaba de enviarme un mensaje. Dice que quiere que salgamos juntos otra vez mañana por la noche.

Ella enarca una ceja.

—¿No habías dicho que estaba fuera de viaje de negocios?

—Y lo está —digo rápidamente. Es cierto, le dije eso—. Pero han cancelado una de sus reuniones, de modo que regresará a casa antes de tiempo.

Ella se queda mirándome un largo rato antes de sonreír melancólicamente.

—¿Dónde te llevará esta vez?

Hago un gesto con los hombros.

—Todavía no lo sé. Me ha dicho que pasará a recogerme a las siete.

—Qué suerte tienes. La última vez que pasaron a recogerme para una cita fue... —Repiquetea una uña acrílica contra un diente incisivo—. Ah, ya recuerdo: ¡nunca!

Tiene razón. Soy afortunada. Afortunada por haber encontrado a alguien tan genial como Violet.

—Ya lo sé —digo, asintiendo—. No dejo de pellizcarme para saber si estoy soñando.

De camino a casa, paso por delante de la pequeña tienda en la que compré aquel collar, el que le dije a Natasha que era una reliquia familiar. De repente, algo me llama la atención y ralentizo el paso. En el escaparate hay un maniquí ataviado con un bohemio vestido de estampado floral, mangas abullonadas y cuello alto, y de su rígido brazo cuelga un bolso de cuero. Pero no me interesan ninguna de esas dos cosas. Lo que me quedo mirando es el sombrero de fieltro de ala ancha que el maniquí lleva en la cabeza. Es casi idéntico al que Violet llevaba ayer en el parque. Tiene incluso la misma tira de cuero alrededor de la copa y un pequeño lazo en la parte trasera.

Entro en la tienda. Al abrirse la puerta, suena una campanilla mecánica: «¡Ding-dong!». La mujer que hay detrás del mostrador levanta la mirada y me saluda con una sonrisa.

Yo le devuelvo la sonrisa y comienzo a deambular por la tienda. Finalmente, me dirijo a la dependienta.

—Ese sombrero del escaparate... —comienzo a decir.

—¿El fedora? Es bonito, ¿verdad? —dice ella—. También lo tenemos en otros colores. Venga conmigo. —Se levanta del taburete y me conduce hacia el fondo de la tienda, en dirección a una mesa con una variedad de sombreros de distintos colores: marrón, beis, gris y negro.

—La semana que viene me voy de vacaciones —digo detrás de ella—. A Europa. Estaba buscando un sombrero para el viaje.

—¡Eso es genial! —exclama—. Yo nunca he estado en Europa. —Chasquea la lengua para expresar su pena, exhala luego un suspiro y coge un sombrero de color caramelo como el que hay en el escaparate (y como el de Violet) y me lo tiende.

Lo cojo y sonrío como si la entendiera perfectamente. Cosa que, es obvio, puedo hacer sin el menor problema, ya que yo tampoco he

estado nunca en Europa.

—Pruébeselo —dice ella, animándome—. Será perfecto para su viaje.

Deshago el enmarañado moño que llevo en lo alto de la cabeza y me aliso el pelo. Lo tengo muy largo, me llega casi a media espalda; hace siglos que no voy a la peluquería. Me coloco el sombrero en la cabeza e inclino ligeramente el ala tal y como Violet llevaba el suyo. La dependienta me señala un espejo que hay detrás de mí.

—Mírese —dice—. Si necesita alguna cosa más, no dude en avisarme. —Y, antes de darse la vuelta para volver al mostrador, me sonríe y dice—: Le queda genial, por cierto.

Me vuelvo hacia el espejo. Para mi sorpresa, sí que me queda bien. El sombrero oculta mi pelo encrespado y enmarca mi rostro de un modo favorecedor. Parezco más arreglada, más chic. Me sonrío a mí misma en el espejo. Me resulta agradable verme así.

No siempre he sido tan poco atractiva. A ver, nunca he sido tan guapa como Violet, pero hubo una época en la que me esforzaba algo más. Antes de perder el trabajo, llevaba el pelo bien cortado (y peinado) y la ropa que vestía no tenía arrugas; iba con blusas en vez de camisetas y pantalones de vestir en vez de vaqueros anchos. No era la Venus de Milo, pero mi aspecto era mejor que el de ahora. Quizá pueda volver a tener ese aspecto. Quizá hasta consiga tener mejor aspecto que antes. Más parecido al de Violet. Y este sombrero podría ayudarme.

Me lo quito y le doy la vuelta para examinarlo. En la etiqueta veo que cuesta ochenta y cinco dólares. Dios mío.

Debería dejarlo en su sitio. No debería gastar dinero en cosas como esta. Anoche le dije a Violet algo que era cierto: me gustaría vivir sola en mi propio apartamento. Hace siglos que estoy planeándolo. De hecho, estuve a punto de firmar un contrato de

alquiler, ahora hará unos dieciocho meses. Se trataba de un estudio renovado en el barrio de Brooklyn Heights, en el tercer piso de un edificio de siete plantas, con mucha luz. Tenía ahorrados el alquiler del primer y el último mes, así como la comisión del agente inmobiliario, pero mi solicitud no prosperó. La empresa encargada de la administración de la finca quiso llamar a mi empleador. Un mes antes, eso no habría supuesto ningún problema, pero la mala suerte quiso que hubiera perdido el trabajo el viernes previo a que mi agente inmobiliario me llamara para avisarme de que estaban comprobando mis referencias. Pregunté si no sería suficiente con que les mostrara los comprobantes de mis dos últimas nóminas, pero la respuesta fue negativa. E incluso si hubiera sido posible, lo cierto es que sin trabajo no habría podido permitirme el alquiler. De modo que, puf, en un abrir y cerrar de ojos se acabó todo.

Pensé que el hecho de que me contrataran en el salón de belleza de Lena me ayudaría a retomar el plan, pero la mayoría de mi salario procede de las propinas —una fuente de ingresos poco fiable, según mi agente inmobiliario—, de modo que ya no soy la candidata deseable que era antes. Conservo aún el importe de la fianza en mis ahorros y permanezco a la espera, procurando no perder la esperanza. Por eso la idea de ser niñera interna me resulta tan atractiva: sin comprobación de referencias ni comprobantes de ingresos, solo una invitación y una puerta abierta.

Paso el pulgar por la suave ala del sombrero. No debería. Un momento después, sin embargo, me dirijo hacia el mostrador con el sombrero en la mano. Salgo de la tienda con él puesto.

8

A la una menos cuarto de la tarde, le digo a Natasha que he de salir a hacer un recado urgente y le pido que esté pendiente de mi puesto. Por suerte, ya he terminado con la clienta de las doce y la siguiente cita no la tengo hasta las dos. A regañadientes, Natasha accede a ocuparse de esta si no he llegado y yo le prometo que se lo compensaré. Mañana por la mañana le traeré un café y su bollo danés favorito, el *strudel* de albaricoque de la pastelería que hay a la vuelta de la esquina. Me perdonará, sé que lo hará.

Antes de marcharme, me pongo un suéter holgado encima de la parte superior del uniforme y me cambio los pantalones por unos *leggings*. Me dirijo al parque a paso rápido. También llevo puesto el sombrero que me compré el día anterior. Me siento algo insegura, como si fuera una impostora jugando a disfrazarse. Sé que no me queda bien, pero decido dejármelo e inclino el ala para llevarlo igual que Violet.

Cuando llego al parque Harper ya está en el columpio y Violet la empuja por detrás. Ambas sonríen cuando me ven. Violet dice algo que no puedo oír y Harper salta del columpio y corre hacia mí. Violet viene detrás, saludándome con la mano. Hoy lleva un vestido de cuello alto y manga larga, con un estampado de pequeños lunares blancos que le llega hasta la mitad de la pantorrilla. En los pies lleva las mismas sandalias con tacón de cuña que calzaba cuando nos conocimos.

Harper se frena cuando llega a mi lado y me sonríe tímidamente.

Violet se une a nosotras un momento después y coloca una mano sobre el hombro de su hija.

—¡Hola! —dice—. Bonito sombrero.

—Gracias —digo despreocupadamente, pero el pecho se me hincha de orgullo, alegrándome de habérmelo puesto. Luego me pongo de cuclillas para quedar a la altura de los ojos de la niña—. Hola, Harper —le digo—. Me encanta tu camisa. Es roja, como la que lleva Winny de Puh. —El rostro de la pequeña se ilumina—. ¿Te gusta la miel tanto como a él?

Ella asiente.

—Mi mamá la pone en las fresas. A veces —dice, inclinándose hacia mí—. Yo la lamo de la cuchara. Si me porto muy bien, mamá me compra un bastoncito de miel en el mercado. Pero es nuestro secreto.

Me río.

—¡Mmm! Delicioso.

—Lo es —dice ella—. ¿Sabes cuántos años tengo?

Niego con la cabeza.

—A ver si lo adivino.

—De acuerdo —acepta Harper. Parece encantarle la idea.

—¿Veinticinco? —pregunto. Cuando dice que no con la cabeza con una risita, yo me hago la sorprendida—. ¿Cómo? ¿Más mayor? ¿Veintiocho? ¡¿Treinta?!

Ella sigue riéndose.

—¡No! Casi cinco. Mi cumpleaños es en agosto. El veintidós de agosto. Lo celebraré con *cupcakes* de chocolate con virutas de color rosa. Y he pedido un gatito, pero mamá me ha dicho que no. —A continuación, volviéndose hacia Violet, pregunta—: ¿Puedo ir a jugar ahí? —Señala un arenero que hay en un rincón del parque. Violet asiente y Harper sale corriendo, moviendo las extremidades como

una cachorrita. Coge un cubo de plástico abandonado, desvaído a causa del sol, y comienza a meter arena dentro.

—¿Nos sentamos? —Violet se vuelve hacia un banco que hay a unos pocos metros.

Me siento a su lado. Ella huele al ramo de gardenias que tiene en la encimera de la cocina.

—¡Ah! —dice, como si recordara algo de repente—. Antes de que se me olvide. —Mete una mano en su bolsa y saca mi camisa de franela roja—. Aquí tienes.

—Gracias —digo despreocupadamente mientras cojo la camisa y la guardo en mi bolso. Estoy satisfecha conmigo misma por lo bien que ha funcionado el plan—. Lamento habérmela dejado.

—No pasa nada —contesta ella. Luego se inclina hacia mí—. Me encanta tu collar —dice, aguzando la mirada para verlo mejor. Me llevo una mano al cuello. La perla es suave y está fría—. ¿Dónde te lo has comprado?

—Era de mi abuela —digo, repitiendo la mentira que le conté a Natasha.

Ella parece decepcionada.

—Vaya. Esperaba que me dijeras dónde podía comprarlo. He estado buscando uno igual.

Me entran ganas de darme una patada a mí misma. Ahora desearía haberle dicho la verdad. Me gusta la idea de que ambas llevemos el mismo collar.

—Bueno, en realidad lo compró poco antes de fallecer. Si quieres, puedo intentar averiguar dónde lo encontró —le ofrezco—. Creo que fue en alguna tienda del barrio. Mi madre lo sabrá.

A Violet se le ilumina el rostro.

—Me encantaría, gracias. —Sonríe y se vuelve hacia Harper, que ahora está haciendo tortitas de arena con otra niña, dándoles forma

cuidadosamente con sus pequeñas manos y luego haciendo ver que se las comen de un bocado.

—¿Estás en casa con ella todo el día? —pregunto.

Ella asiente.

—Dejé el trabajo cuando nos mudamos de San Francisco. Al poco de llegar a Nueva York contratamos a una niñera, Nina, para que yo tuviera tiempo de estudiar para el examen del colegio de abogados estatal, pero, como ya sabes, Nina lo dejó, así que... —No termina la frase y se encoge de hombros—. Ya veremos. Lo gracioso es que este trabajo, el de mamá y ama de casa, es cien veces más duro que ser abogada. Aunque también más divertido. —Esboza una sonrisa—. Antes de ser mamá no podía pasar las tardes de los miércoles en el parque.

—¿Quieres tener más hijos? —pregunto. De inmediato, sin embargo, desearía no haber hecho esa pregunta. Es algo demasiado personal, demasiado prematuro, teniendo en cuenta que apenas acabamos de conocernos. Espero que no le moleste.

La sonrisa de Violet no titubea, pero cambia. Baja la mirada fugazmente al regazo y luego me mira a mí.

—Antes sí. Pensaba que tendríamos una familia numerosa. Al menos tres hijos. Pero... —Se calla de golpe y se aclara la garganta —. Harper tiene algunos problemas médicos. Ha sido duro para nosotros. Con continuas visitas a médicos y citas con especialistas...

Se me forma un nudo en la garganta.

—¿Qué... le pasa? —pregunto.

—Tiene un problema en el corazón. —Violet vuelve a bajar la mirada a las manos, que descansan sobre su regazo. Juguetea con el diamante de su anillo—. Es débil. Tuvo una infección cuando era pequeña y le dañó el tejido. Ahora no siempre bombea bien la sangre. A veces sufre desmayos. No son frecuentes. El último fue

hace más de un año y suelen durar apenas unos pocos segundos, pero en una ocasión necesitó un desfibrilador.

Ambas nos quedamos mirando a Harper, que sigue jugando feliz en la arena. Con el corazón en un puño, me compadezco de ella. Y de Violet. Y también de Jay.

—Probablemente esa es la razón por la que el otro día Jay estaba tan aturullado con lo de la picadura de abeja. Siempre estamos conteniendo el aliento, confiando en que no le pase nada. Jay ni siquiera habla del tema, finge que todo va bien. Creo que no quiere admitir que podemos perderla. —Entonces Violet sonríe—. En cualquier caso, es una niña fuerte. Y procuramos no tratarla como si le pasara algo; no queremos que piense que no puede hacer lo mismo que cualquier otro niño. Pero es una de las razones por las que me está costando tanto encontrarle una niñera. Quiero que sea alguien con formación médica. Ya sabes, por si acaso.

Entonces se muerde el labio inferior y me mira tímidamente.

—Lo cual me lleva a la verdadera razón por la que quería quedar contigo hoy. Además de devolverte la camisa, claro.

Yo la miro expectante, esperando que prosiga.

—Sé que te ofrecí la posibilidad de hacer de niñera de vez en cuando, pero no he podido evitar pensar si no estarías interesada en algo más que eso. No sé, hacer quizá unos pocos turnos a la semana. Solo hasta que vuelvas a la escuela de enfermería.

—¿Quieres que sea tu niñera? —repito.

Violet asiente.

—Solo serían unas pocas horas a la semana. Estaba pensando en las tardes de los martes y los jueves, cuando Harper sale de la escuela, y quizá algún viernes. Así yo podría dedicar unas pocas horas semanales al estudio otra vez. Y quizá hacer el examen del colegio de abogados en febrero. Espero no estar extralimitándome,

pero tenía que preguntártelo. Como te comenté, nos está costando mucho encontrar a alguien a quien confiar a Harper y, con tu formación, todo parece... ideal.

Tengo la sensación de que el corazón me late al triple de la velocidad normal. Es justo lo que quería, lo que esperaba cuando le hice la oferta, pero —y es un gran «pero»— eso fue antes de saber que Harper está enferma. Necesita una enfermera de verdad, no una falsa estudiante de enfermería. Debería decir que no. Debería contarle a Violet la verdad. Sé que debería hacerlo. Quiero hacer lo correcto, pero también quiero gustarle. Deseo gustarle con todas mis fuerzas. Y cuando quieres gustarle a alguien, le dices lo que quiere oír.

—Yo... —titubeo sin saber bien cómo terminar la frase—. Estoy...

—Te pagaríamos, obviamente —dice Violet—. ¿Qué te parece treinta y cinco dólares a la hora? ¿Es una tarifa justa?

Treinta y cinco a la hora es más de lo que gano en el salón de belleza. Más de lo que ganaba de profesora. Un par de turnos a la semana supondrían otros mil dólares al mes, fácilmente. Y si hiciera un buen trabajo —cosa que sin duda haría— esos turnos podrían conducir a más. Quizá incluso a una posición de interna, como me gustaría. Y eso significaría que podría marcharme del apartamento que comparto con mi madre. Me encanta cuidar de ella, siempre lo he hecho, pero en los últimos años las paredes han comenzado a caérseme encima y tengo la sensación de que el apartamento se ha vuelto más pequeño, haciendo que mi vida se vuelva asimismo más pequeña. Y yo también. Por una vez, me gustaría independizarme y buscarme la vida yo sola. Esta oferta me permitiría hacerlo.

Violet me mira con esperanza y con las cejas enarcadas, pendiente de mi respuesta. Quiere que le diga que sí. Yo quiero decirle que sí.

Una sonrisa se extiende por mi rostro.

—Me encantaría hacerlo —le digo. No puedo evitarlo. Parece mi destino. Cada momento ha ido encajando a la perfección, desde la picadura de abeja hasta este encuentro en el parque. Los últimos dieciocho meses han sido muy duros, pero esto, esta oportunidad de volver a comenzar, es justo lo que estaba esperando. Y no todo han sido mentiras, en realidad. Tengo experiencia con niños, dentro y fuera de las aulas, y también algunos conocimientos médicos.

No, no soy enfermera, pero poseo conocimientos de primeros auxilios, algo requerido en la enseñanza infantil. He tenido que lidiar con un montón de niños heridos: esguinces en muñecas y tobillos, rodillas sangrientas a causa de una caída, fiebres, dolores de barriga, de oídos y de cabeza o alergias al cacahuete (media clase iba con autoinyectores de epinefrina en las mochilas). Y varios de mis alumnos tenían problemas médicos. Riley, una niña de cuatro años de mi primer año como profesora, tenía epilepsia; Cleo, de mi tercer año, tenía diabetes. Me tuve que reunir con sus padres y guardar los expedientes médicos de sus hijos en el cajón superior de mi escritorio, de forma que sabía qué debía hacer si Riley tenía un ataque o si el aparato de monitorización de Cleo se apagaba. Esto no es tan distinto, en realidad. Investigaré la afección de Harper. Estaré preparada. Y la misma Violet ha dicho que su hija no ha sufrido ningún desmayo desde hace mucho tiempo.

—¿De verdad? —dice Violet, alzando ligeramente la voz. Aplaude de felicidad—. Me salvas la vida, en serio.

—Sí —asiento con una sonrisa—. Estaré encantada de hacerlo.

A ella se le ilumina la cara.

—¡Genial! ¿Podrías empezar este viernes o es muy pronto? Quizá podrías venir unas pocas horas por la mañana mientras Harper todavía está en la escuela y hablamos un poco de la logística.

Siento un aleteo en el estómago. No es una ilusión; está pasando de verdad.

—Sí, claro. ¿Qué te parece a las diez?

—¡Perfecto! —dice Violet, entusiasmada.

Yo sonrío hasta que veo la hora que es en su Apple Watch. Mierda. Son casi las dos y media. He de volver al trabajo. Si no lo hago, Natasha me matará. Y luego me dará de comer a sus primos de Jersey.

—Debería irme —digo a regañadientes—. He de pasar por la farmacia para que me renueven una receta.

Violet asiente.

—Nosotras también deberíamos ir tirando. Si es que consigo sacar a Harper del parque infantil, claro. Y gracias de nuevo. De veras.

—Me alegra poder hacerlo —digo yo, procurando sonar tranquila. Por dentro, sin embargo, me siento eufórica. Voy a trabajar para los Lockhart. He de morderme el interior de la mejilla para no sonreír. Me pongo de pie—. ¿Nos vemos el viernes?

—¡A las diez! —dice ella.

Cuando me marcho, estoy en el séptimo cielo.

Cuando llego a casa todavía estoy flotando. Natasha me ha fulminado con la mirada cuando he regresado a mi puesto junto al suyo, pero no me ha importado. Lo superará; como siempre. Le llevaré dos bollos daneses en vez de uno tal y como había planeado. Otro día su actitud me habría molestado, pero hoy no. Nada puede hacer estallar mi burbuja.

Mi madre se da cuenta. ¿Cómo no iba a notarlo? La felicidad irradia de mi ser como una bañera rebosante tras haber dejado el

grifo abierto al máximo. El agua va subiendo de nivel hasta que termina derramándose por el borde de porcelana al suelo.

—Estás tarareando —dice desde su sillón. Yo simulo que no la oigo. Pero tiene razón: tarareo. Estoy en nuestra pequeña cocina, junto al salón, preparando la cena. Intentando recrear los *pappardelle* a la boloñesa que hizo Violet la otra noche.

Vierto la pasta hervida en un colador y una vaharada de vapor asciende del fregadero. Mezclo la salsa sin prisa, pensando en lo que voy a decirle a mi madre.

Entro en el salón con un plato en cada mano y el tarro con parmesano rallado debajo del brazo. Le tiendo a mi madre un plato y luego el queso. Ella le añade más queso del que debería, pero no digo nada.

—¿Qué has dicho? —pregunto yo.

—Estabas tarareando —vuelve a decir ella—. ¿Un buen día en el trabajo?

Me siento en el sofá, en el asiento más cercano a ella, y dejo mi plato en la mesita de centro.

—He vuelto a ver a Violet. Y a Harper. En el parque —admito. No la miro a los ojos. Mantengo la mirada puesta en la televisión silenciada. Están emitiendo una reposición de *Seinfeld*, el capítulo del *babka*, creo—. Me ha pedido que les haga de niñera. Unas pocas veces a la semana.

No tenía intención de contárselo —se preocupará, como es habitual—, pero no puedo evitarlo. Estoy tan entusiasmada ante la perspectiva de pasar tanto tiempo con Violet y Harper —y Jay— que desearía anunciarlo a gritos desde el tejado.

—¿De niñera? —repite mi madre.

Yo asiento.

—Sí. Le he contado que tengo experiencia. Solo serán un par de horas a la semana. —Intento sonar despreocupada, pero no lo consigo. Se me nota que estoy muy ilusionada. Echo un vistazo a mi madre; aprieta los labios formando una línea fina.

—¿Ella sabe lo que pasó?

La miro y luego niego con la cabeza.

—No —digo en voz baja—. No se lo he contado.

Y no lo haré nunca. Violet no puede descubrir por qué ya no trabajo en la escuela Mockingbird Montessori.

Mi madre me mira fijamente. Parpadea unas pocas veces y luego asiente.

—Irá todo bien —digo—. Es lo mejor que me podía pasar. Echo de menos estar con niños. Además, pagan bien. Lo cual significa que estaré más cerca de tener mi propio apartamento —añado. Sabe lo mucho que lo deseo.

Relaja la boca. A continuación alarga una mano y me da un apretón en el muslo.

—Me alegro por ti —dice. Luego se vuelve hacia el televisor y coge el mando a distancia. Apunta hacia la pantalla, pero vacila antes de presionar el botón—. Pero ten cuidado, ¿me oyes? —No me mira al decir esto.

Yo asiento. Tiene razón. Ambas sabemos cómo soy. Luego sube el volumen. Kramer irrumpe en el apartamento de Jerry y ambas nos reímos junto con el público del estudio.

Esa noche, cuando me voy a la cama, me doy cuenta de que todavía estoy tarareando. Se trata de mi canción favorita de Taylor Swift, esa de los mujeriegos y los resentidos, los rompecorazones y los farsantes; la canción en la que dice que todo va a salir bien.

9

A la mañana siguiente, estoy llenando la palangana de mi puesto cuando Laura entra en el salón de belleza. Al oír la campanilla levanto la mirada y la saludo con la mano. Ella me devuelve el saludo y se dirige hacia mi puesto. Su abundante melena se balancea con su contoneo al caminar.

No necesito preguntarle qué quiere que le haga; viene cada semana y alterna manicura y pedicura. Se pone uñas acrílicas en los dedos de las manos y de gel en los de los pies, en ambos casos del mismo color carmesí oscuro. Cuando termino, se depila las cejas con Kristen, nuestra esteticista principal.

—Hoy se te ve muy contenta —dice Laura, acomodándose en la enorme silla de cuero y hundiendo sus pies en el agua.

—¿Yo? —digo. Agacho la cabeza y me muerdo el labio inferior; no he dejado de sonreír como una idiota desde que Violet me ofreció el trabajo.

—Ha conocido a alguien —le explica Natasha a Laura, inclinándose hacia mi puesto. Su clienta está al teléfono con los auriculares puestos—. Un importante hombre de negocios. —Hace estallar un globo del chicle que tiene en la boca y me guiña un ojo.

—¿Un hombre de negocios? —dice Laura con el acento todavía más marcado. Con cada sílaba suena más a Dolly Parton—. ¡Eso es genial!

—Es un emprendedor —digo yo, sonrojándome—. Se trata de algo nuevo. —Por un momento, considero la posibilidad de entrar en

el perfil de LinkedIn de Jay y mostrarles a ambas una fotografía suya, pero soy consciente de que sería pasarme de la raya.

Le cuento a Laura que es padre soltero y le detallo la primera tarde que pasamos juntos, explicándole lo de la picadura de abeja, los lloros de Harper y cómo le enseñé a sacar el aguijón. Lo único que omito son mis mentiras. Ella se alegra por mí y no deja de asentir con el rostro iluminado mientras le cuento mi historia.

Cuando termino con sus uñas, Laura me tiende un billete de cien dólares con una sonrisa cómplice.

—Por si acaso necesitas algo para tu próxima cita.

—Gracias, Laura. —Le devuelvo la sonrisa y me guardo el billete en un bolsillo de mi uniforme. Me encantó el cárdigan que Violet llevaba el otro día, puede que también me compre uno.

Cuando la silla de mi puesto se queda vacía, decido salir un momento e ir a la pastelería que hay a la vuelta de la esquina para comprarle un bollo a Natasha. Justo cuando estoy cogiendo mi bolso de la sala de personal, Lena entra en el salón. Sonrío educadamente e intento rodearla, pero ella se queda en la entrada y no se aparta.

—¿Podemos hablar? Será rápido —dice. Pronuncia «será» como «serrá»—. En mi despacho. —Señala la puerta que hay a mi izquierda. Es una diminuta habitación con un escritorio pegado a una pared, un ordenador y dos sillas. El escritorio siempre está repleto de papeles, facturas desperdigadas y libros de contabilidad.

«Mierda.»

—Claro. —Exhalo un suspiro y entro en su despacho. Aquí viene.

Lena pasa a mi lado y se sienta en la silla más cercana al escritorio. Su despacho tiene un olor característico, una espesa y empalagosa mezcla de acetona e incienso. Se cruza de piernas y me mira directamente a los ojos. Una de las cosas que me gusta de

Lena es que no se anda por las ramas. Lo que tiene que decir, lo dice sin rodeos. Me preparo para lo que sea.

—Últimamente has estado llegando tarde —comienza a decir—. Y también alargando tus descansos. El lunes te saltaste medio turno.

—Lo siento —digo—. No volverá a pasar, te lo prometo.

Niega con la cabeza pesarosamente.

—No puedo arriesgarme. Lo siento. Ya te lo dije cuando te contraté. Necesito personal de confianza.

La miro fijamente mientras asimilo sus palabras. El olor a incienso me hace sentir algo grogui.

—¿Estás despidiéndome?

Lena asiente.

—Te deseo lo mejor —dice, y se pone de pie empujando la silla hacia atrás. Las patas rechinan al arrastrarse por el suelo. La conversación ha terminado.

Yo también me pongo de pie. Nos quedamos cara a cara, lo cual resulta algo incómodo. Luego Lena se acerca a mí y me da un breve abrazo.

—Cuídate, Sloane.

Salgo de su angosto despacho aturdida. A pesar de que no ha sido exactamente una sorpresa, me ha dolido la premura con la que Lena se ha mostrado dispuesta a echarme después de un año de trabajo duro. Todo por haber alargado unos pocos descansos y saltarme medio turno. Es como si me hubieran dado una bofetada y ahora la mejilla me ardiera.

Recorro el salón para recoger unos pocos objetos personales y me dirijo hacia la puerta de entrada. Las otras manicuras me miran cuando paso a su lado. Nadie me dice nada. Al pasar junto al puesto de Natasha, parece estar a punto de levantarse, pero no lo hace y se vuelve hacia su clienta. Seguramente es quien me ha delatado,

quien le contó a Lena lo de Allison. Durante todo el tiempo que hemos trabajado juntas le he hecho millones de favores. Es tan ingrata como Lena.

Dejo atrás el frescor del aire acondicionado y salgo al calor de la tarde. Las puertas del salón de belleza se cierran a mi espalda. Por un momento, me quedo ahí inmóvil. Luego sonrío.

Se terminó lo de pasarme los días encorvada sobre los pies callosos de las clientas, con una falsa sonrisa en el rostro tan amplia que temía partirme los labios. Se terminaron las llagas de acetona en las manos y los nudillos resecos y agrietados a causa del agua demasiado caliente. Se terminó levantar la mirada para ver a mujeres que te miran con menosprecio desde arriba —en sentido literal y figurado— mientras yo me rebajo para recibir sus propinas. Soy libre, por fin libre. Mi servidumbre ha finalizado. Al llegar a la esquina, tiro mi kit de manicura a una papelera y oigo el ruido que hace al golpear contra el fondo metálico.

Que le den a Lena. Que le den a Natasha. Y que le den a este trabajo. No lo necesito. Y no las necesito a ellas. Ahora soy la niñera de Harper.

10

A la mañana siguiente, viernes, me despierto sintiéndome más ligera de lo que me he sentido en años. Ya no tengo que volver al salón de belleza. Nunca más. Y, lo que es mejor aún, he quedado con Violet para ir a dar un paseo. Anoche me envió un mensaje de texto preguntándome si me parecía bien quedar en el parque en vez de en su casa, pues así podría hacer algo de ejercicio antes de ir a buscar a Harper a la escuela. «¡Por supuesto!», le contesté. Habría aceptado quedar con ella en cualquier sitio. Me levanto de la cama con la sensación de estar flotando y unos pájaros de dibujos animados parecen cantar alegremente mientras me visto.

La mayoría de la ropa de deporte que tengo está vieja y mohosa, pero en el fondo del armario encuentro un par de pantalones de chándal que no me he puesto demasiadas veces y los combino con una camiseta holgada que tiene un nudo en un costado. Luego me calzo mis New Balance, deseando que estuvieran un poco más nuevas y menos gastadas. A continuación, me calo una gorra de béisbol y me ato una sudadera de capucha en la cintura. Considero la posibilidad de ponerme lentillas, pero cuando miro el móvil me doy cuenta de que —«mierda»— no tengo tiempo, así que cojo el bolso y me dirijo a la puerta.

Quince minutos después, diviso a Violet en la entrada del parque. Cuando me ve, me saluda con la mano. Yo le devuelvo el saludo y acelero el paso.

Lleva el pelo moreno recogido en una coleta alta con unos cuantos mechones sueltos cayéndole por la nuca y el flequillo peinado a un lado. Al igual que yo, calza zapatillas deportivas, pero las suyas están más nuevas y, además, va mejor vestida que yo. Se ha puesto unos *leggings* de canalé y cintura alta que ha combinado con un sujetador deportivo con el logo de la herradura bien visible y que le deja la barriga al aire.

—¡Hola! —dice cuando me acerco a ella—. Gracias de nuevo por quedar conmigo aquí. Tengo la sensación de que ya nunca hago ejercicio, así que últimamente intento sacar tiempo de donde sea. La pasada Navidad, Jay me compró una bicicleta estática Peloton, pero lo cierto es que la uso más como burra para la ropa.

—¿Ejercicio? ¿Qué es eso? —bromeo yo, arrastrando las palabras como si pronunciara la palabra por primera vez. Violet se ríe y no puedo evitar sentirme exultante.

En verdad, a mí también me iría bien hacer un poco de ejercicio. No estoy gorda ni tampoco exactamente delgada. Diría que tengo una constitución media. Un poco rolliza en la cintura y algo fofa en los muslos (a diferencia de Violet, que es esbelta y tiene las piernas largas). Probablemente me iría bien perder algunos kilos, pero detesto el gimnasio. Odio el olor a desinfectante mezclado con el del sudor, la atmósfera cargada y a las mujeres con sus Nike prístinas y sus vientres bronceados y planos. No necesito sentirme menos atractiva de lo que ya me siento, gracias. De hecho, yo también consideré la posibilidad de comprarme una bicicleta estática Peloton, pero cuando vi su exorbitante precio la fantasía se esfumó. La idea de usar un regalo de tres mil dólares como burra para la ropa me resulta tan ridícula que casi me río.

—Yo también hace tiempo que quiero volver a hacer ejercicio —digo—. En la universidad hacía atletismo. Corría. —Es una buena

incorporación a mi lista de mentiras: una, me llamo Caitlin; dos, soy enfermera; tres, mi madre tiene lupus; cuatro, soy corredora. Me gusta como suena.

—¡Yo también corría en el instituto! —dice Violet—. A campo traviesa.

Yo le devuelvo la sonrisa, haciendo ver que estoy encantada con la coincidencia. «Mierda.»

—A mí me encantaba, pero me rompí un ligamento de la rodilla justo antes de graduarme. Desde entonces ya no puedo correr, así que salir a caminar ya me parece bien. —Lo último que quiero es que me sugiera que salgamos a correr juntas. Solo la idea me resulta aterradora.

—¡Genial! —dice—. Había pensado que podíamos subir hasta la ribera del río y luego ir al parque del puente de Brooklyn. ¿Qué te parece?

Hago un gesto con los hombros.

—Me parece bien.

Comenzamos a caminar. Violet va más rápido de lo que esperaba. Para seguir su ritmo, he de dar un acelerón cada pocos pasos. Pronto, noto gotas de sudor en la frente y mi respiración se vuelve más pesada.

—Estoy en peor forma de lo que esperaba —digo un poco avergonzada y mientras hago todo lo posible para no resollar. Violet me sonríe, pero no aminora el paso.

Al cabo de pocos minutos, el ritmo pasa a ser algo más cómodo y comenzamos a charlar mientras caminamos. Hablamos sobre Harper. Violet me explica sus horarios y me cuenta lo que le gusta y lo que no y algunos hábitos alimentarios que Violet cree que debo conocer (como que la única fruta que come son las fresas y que le encanta el yogur, pero solo el de sabor a vainilla).

Yo me las arreglo para hacerle algunas preguntas sobre Jay y averiguo que tiene una hermana mayor, tres sobrinas y que siempre había querido vivir en Nueva York.

—A mí no me encantaba la idea de criar a Harper aquí —dice Violet—, pero él me convenció. Jay puede convencer de lo que sea a cualquiera. —Sonríe afectuosamente, poniendo los ojos en blanco.

Para cuando llegamos al parque, el sol ya es una bola abrasadora y reluciente en lo alto del cielo. La temperatura casi alcanza los treinta grados y el día es pegajoso y húmedo, incluso para tratarse de abril. Yo estoy completamente sudada y unas visibles manchas de humedad decoran mis axilas y mi espalda.

A Violet, en cambio, se la ve tan fresca como cuando hemos comenzado a caminar. Su rostro está un poco sonrosado, pero, por lo demás, el calor no parece afectarle lo más mínimo.

Aminoramos el paso y nos dirigimos a un banco que hay junto a la orilla, pero no nos sentamos, sino que nos quedamos de pie detrás del banco y usamos su respaldo para mantener el equilibrio mientras hacemos unos cuantos estiramientos, pegando los talones a las nalgas y luego inclinando el torso para alinearlo en horizontal con una pierna estirada. He recobrado algo el aliento, pero tampoco mucho.

—¿Cómo lo haces para que parezca tan fácil? —pregunto—. Yo me siento como si acabara de correr un maratón. ¡Estoy hecha unos zorros! —Despego la camiseta mojada de mi cuerpo y la agito para que entre algo de aire con la esperanza de refrescarme un poco.

—No es más que un espejismo —dice Violet, riéndose—. Apenas puedo con mi alma. Bajo esta apariencia, estoy hecha un desastre.

—¿Tú? Sí, seguro... —Arrugo el rostro para mostrar mi incredulidad.

Ella niega con la cabeza.

—Esto —señala todo su cuerpo— exige mucho trabajo.

—Estás de broma. —Enarco una ceja, algo que domino gracias a la cantidad de horas que de niña me pasé sola frente al espejo del cuarto de baño.

—Para nada. Esto me ha llevado una hora con la plancha esta mañana. —Señala su reluciente coleta—. Si no lo hago, se convierte en un nido de ratas. De esas del tamaño de un gato que viven en las alcantarillas.

—Lo dudo mucho —digo, poniendo los ojos en blanco.

—Solo el flequillo me ha llevado quince minutos. Y, sin corrector, cabría todo un guardarropa en las bolsas que tengo debajo de los ojos. Podría decirse que, más que bolsas, son maletas. Y no de las de mano. En serio, es terrible. —Suelta un quejido—. Y no hablemos de las cejas.

—¿Las cejas? —pregunto con auténtica curiosidad—. ¿Qué les haces a tus cejas? —Me las quedo mirando, son espesas y tienen una buena forma, pero parecen naturales. Yo no presto demasiada atención a las mías, aunque arranco algún pelo demasiado largo de vez en cuando. Las tengo poco pobladas y no son muy llamativas, y nunca se me ha ocurrido hacerles nada.

—Recortar, delinear, cepillar... —dice y, al ver mi expresión, se ríe —. Te lo enseñaré. Te haré las tuyas. Ya verás como notas la diferencia.

Yo vuelvo a poner los ojos en blanco, sonriendo al mismo tiempo. Es algo que las mujeres guapas dicen para congraciarse con la gente del montón. Sin duda, está exagerando. Estoy segura de que nada más levantarse podría caminar por una alfombra roja. Me la imagino con la piel recubierta de rocío y los ojos relucientes, con o sin cejas. La Venus de Milo no necesita maquillaje, y tampoco Violet.

—¡En serio! Sin cejas parezco un *gremlin*. Por eso todos los días me pongo la alarma a las cinco y media de la mañana.

Yo me estremezco. Despertarse a cualquier hora antes de las siete me parece algo inhumano.

—Oh, Dios mío, ¿por qué? —Y luego, rápidamente, añado—: Desde luego yo no lo hago. —Doy un resoplido como si me burlara de mí misma y señalo mis gafas y mi gorra de béisbol—. Me gustaría hacerlo, quiero hacerlo, pero no puedo evitar... presionar el botón de repetición de la alarma. Aunque, si no quieres, ¿por qué lo haces?

Violet se ríe.

—No lo sé —dice al fin y, a continuación, tras pensarlo un momento—: Jay... —comienza a decir, hace una pausa y se detiene un instante. Luego vuelve a comenzar—. No solo Jay, sino todo el mundo... Bueno, las otras mamás de la escuela de Harper. Me hacen sentir... No lo sé, es solo que son... demasiado —termina diciendo.

Al ver mi expresión se ríe.

—No se entiende nada de lo que estoy diciendo. Probablemente no tienes ni idea de a qué me refiero.

Pero mi expresión no se debe a que no entienda lo que está diciendo, sino a que lo entiendo perfectamente. Mockingbird, la escuela en la que trabajaba, era igual. Se trataba de una escuela Montessori privada cuya matrícula se acercaba a los cincuenta mil dólares anuales. Esa es la razón por la que reconozco todas esas marcas, bolsos de diseñador y joyas. Los padres parecían salidos de una pasarela. Sobre todo las madres: iban de punta en blanco, con bolsos de Chanel y zapatos de tacón Louboutin, brazaletes Cartier y anillos con diamantes de tres quilates, permanentes recién hechas, bótox en la frente y relleno en los labios. Pasando fugazmente por el aula para dejar a sus hijos de camino al trabajo.

Se despedían de ellos (también vestidos con ropa de Balenciaga o Dolce & Gabbana) dándoles besitos en las mejillas sin llegar a rozárselas y luego les decían adiós agitando una mano por encima del hombro mientras con la otra ya se llevaban el móvil a la oreja. No todas trabajaban, claro está. Como en el caso de Violet, había algunas cuyos maridos ganaban más que suficiente o que procedían de una familia con dinero y generaciones de riqueza acumulada que llenaban sus bolsillos. Estas se dedicaban a organizar actos benéficos, celebraban almuerzos en el restaurante Clover Hill, coordinaban calendarios sociales y supervisaban su personal doméstico, vestían a sus niñeras con abrigos Burberry de la temporada pasada y calzaban zapatillas deportivas Golden Goose gastadas a propósito que parecían costar sesenta dólares en vez de seiscientos (y que regalaban después de haberlas llevado apenas unas pocas veces).

—Es una estupidez, ya lo sé —dice Violet—, pero esas mujeres me hacen sentir que no soy suficiente. Esto —vuelve a señalarse— es lo que hago para intentar encajar.

La observo, examinando su perfil de reojo. Es curioso que alguien con el aspecto de Violet, con pómulos marcados y labios carnosos, se sienta como yo cuando me miro en el espejo. Y hace que me pregunte cómo debe de verme la gente a mí.

—A mí me parece que tienes un aspecto fantástico —le digo, porque es cierto. Mejor que fantástico.

—Gracias. Yo creo que se me ve vieja. Cumplo treinta y dos años pronto. En junio —dice Violet con la mirada puesta en sus uñas. Mantiene una expresión serena. No tengo claro cómo se siente respecto a lo que acaba de decir. ¿Está entusiasmada, decepcionada o un entremedio?

—¿En junio? ¡Mi cumpleaños también es en junio! —digo.

Se vuelve hacia mí, animada de nuevo.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—El dieciséis.

—¡Otra géminis! —dice—. Yo soy del dieciocho. Gemelas.

Una sonrisa me ilumina el rostro. No sé si se refiere al símbolo zodiacal o a nosotras por la cercanía de nuestros cumpleaños, pero no me importa. Es otra cosa que nos une. Nacidas con apenas dos días de diferencia. Y esto ni siquiera es mentira.

A lo mejor quiere que lo celebremos juntas. «Íbamos a hacer algo solo los tres —la imagino diciendo—, una pequeña celebración, pero ahora que sé que también es tu cumpleaños quizá deberíamos hacer algo especial.» Una fiesta en su casa, un pícnic en el parque o una cena en un restaurante caro donde, cuando ya casi hayamos terminado, nos traerán dos postres, uno para cada una, ambos coronados por velas con una llama danzante. Y mientras nosotras nos miramos con una sonrisa a cada lado de la mesa, Jay y Harper se pondrán a cantar a pesar de que les hemos pedido que no lo hagan.

Iré a la tiendecita en la que encontré mi collar y le compraré otro. Le diré que, como le había gustado tanto el mío, decidí encargarle uno. «No tenías por qué hacerlo», me dirá ella mientras abre el paquete, pero yo notaré que está contenta. Luego su rostro se iluminará cuando vea lo que hay dentro. Sonreirá y se lo pondrá allí mismo, colocándoselo en el cuello. «¿Qué tal me queda?», me preguntará volviéndose hacia Jay y Harper. Ambos le dirán que muy bien, claro está, porque obviamente será así.

Regreso de mi ensueño momentáneo. ¿Me ha preguntado algo?

—Perdona. ¿Qué has dicho? —digo.

—Te he preguntado cuántos cumples.

—¡También treinta y dos! —No es así. Mentira número cinco.

—¿De verdad? —Ladea la cabeza con los ojos abiertos como platos—. ¡Deberíamos hacer algo juntas!

Yo asiento entusiasmada.

—¡Me encantaría!

Una amplia sonrisa se dibuja en su rostro y luego dice:

—¿Lista para volver?

Yo inclino la cabeza en señal de acuerdo y reanudamos la marcha, regresando por donde hemos venido. Ella me cuenta como, de pequeña, odiaba que su cumpleaños fuera en verano porque no podía celebrarlo en el colegio. Estaba celosa de todos los niños cuyos padres traían pastelitos o bolsitas con dulces y que se sentaban en medio de la clase mientras los demás alumnos les cantaban *Cumpleaños feliz*.

—Bueno —dice Violet haciendo un gesto desdeñoso con la mano —, ya he hablado suficiente de mí. Cuéntame más cosas de ti. ¿A qué universidad fuiste?

Esto es lo que ella no entiende. A mí no me aburre oírla hablar de sí misma. No creo que llegue a aburrirme nunca. Pero, aun así, satisfago su curiosidad saltándome los dos años que pasé en una escuela universitaria antes de trasladarme al Brooklyn College, una universidad estatal, mezclando la verdad con algunas mentiras. Le cuento que mi madre me crio ella sola y que estuvimos yendo de ciudad en ciudad por todo el sur hasta que finalmente nos instalamos en Nueva York a causa de la enfermedad de mi tía.

—¿Y comentaste que tu padre es de Filadelfia? —pregunta cuando termino.

Yo asiento.

—Eso es lo que le dijo a mi madre.

—Yo también nací en Filadelfia —dice ella—. Y mis padres. Se trasladaron a Piedmont, cerca de San Francisco, cuando yo tenía seis

años.

Siento una descarga eléctrica que sacude cada una de mis células.

—Qué casualidad —consigo decir.

—El mundo es un pañuelo. —Sonríe—. Como he dicho, gemelas géminis.

Gemelas no, pero quizá sí hermanas. Siempre deseé tener una. Más que nada en el mundo. Y lo peor es que existe la posibilidad de que, efectivamente, tenga una en algún lugar. Siempre lo he pensado. Es posible que mi padre se casara y tuviera más hijos. Y estos serían mis hermanos. Si el padre de Violet es de Filadelfia, quizá... No. Pongo freno a mis pensamientos.

Le devuelvo la sonrisa.

—Una vez visité Filadelfia. Fui de excursión con el colegio.

—En ese caso seguramente la conoces mejor que yo. La verdad es que apenas la recuerdo. —Entonces me cuenta cómo fue crecer en San Francisco y me explica como ella y sus amigos solían coger trenes de la línea BART para moverse por el área de la bahía y que algún día espera mudarse de nuevo a California.

Antes de que me dé cuenta, hemos vuelto al barrio y nos encontramos en la esquina de la Quinta y Smith. Son casi las once y media. Según el Apple Watch de Violet, hemos estado caminando durante poco más de una hora y hemos recorrido cuatro kilómetros. Estoy acalorada y sudada. No hace falta que me mire en ningún espejo, sé perfectamente que tengo las mejillas sonrojadas y el pelo encrespado bajo la gorra.

—¿Quieres ir a tomar un café? —me pregunta Violet.

Me muerdo el labio inferior.

Quiero hacerlo, qué duda cabe, pero prefiero no mostrarme demasiado entusiasta. Sé bien la impresión que puedo llegar a

causar. Es mejor que me contenga y me lo tome con calma. Debo evitar los movimientos bruscos o cualquier otra cosa que pueda asustarla.

—Me gustaría, pero he de llevar a mi madre a una cita —digo a regañadientes.

—¡No pasa nada! ¿Nos vemos el martes por la tarde, entonces? Harper llega a casa a la una, ¿te parece bien venir un poco antes?

—Claro que sí —digo yo—. Me parece perfecto.

—De acuerdo, pues. ¡Que tengas un buen fin de semana! —Comienza a darse la vuelta, pero de repente se detiene—. ¡Ah! —dice—, antes de marcharme, quiero enseñarte lo que quería decir. —Y comienza a rebuscar algo en su bolso.

—¿A qué te refieres?

Con expresión triunfante, Violet sostiene en alto lo que parece un lápiz.

—¡La diferencia que supone arreglarse las cejas! Ven aquí.

—¿Ahora?

Ella asiente.

—Ahora.

Con vacilación, doy un paso hacia Violet. Ella le quita el tapón al lápiz, se inclina hacia mí y, con cuidado, me baja un poco las gafas. Somos prácticamente igual de altas. Cierro los ojos y noto su aliento cálido y mentolado en el rostro y la ligera presión de la punta del lápiz contra mi piel.

—Hay que comenzar por la parte más gruesa —murmura—, y subir hasta la punta. Luego vamos hacia abajo y finalmente definimos.

Al cabo de un momento, Violet pasa a la otra ceja y repite el procedimiento.

—Muy bien, ya está —anuncia, retrocediendo un paso. Coge un espejito de su bolso y, tras abrirlo, me lo acerca para que me mire.

—Bueno, ¿qué te parece?

Me estudio en el espejito. Sorprendida, enarco mis nuevas cejas. Parecen más pobladas, como las de Violet, y también más oscuras y arqueadas. Incluso detrás de las gafas, mis ojos parecen más brillantes y, de algún modo, el ángulo de mis pómulos se ve más pronunciado. Tiene razón. Mi aspecto es distinto.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunto, mirando todavía mi reflejo mientras vuelvo mi cabeza de un lado a otro.

—¡Ya te lo dije! —contesta con una sonrisa de satisfacción—. Con esto. Ten, quédatelo. —Me lo tiende—. Tengo unos tres más en casa.

—¿De verdad?

—De verdad.

Lo cojo, sosteniéndolo como si fuera un tesoro.

—Gracias.

Ella sonríe.

—¡Nos vemos el martes! —Se vuelve, se despide con la mano y se marcha calle abajo.

Una gran sonrisa se dibuja en mi rostro. Me muero de ganas. Yo también me doy la vuelta para irme a casa. Al hacerlo, veo mi reflejo en un escaparate. Por primera vez en mucho mucho tiempo, me gusta lo que veo.

11

Para cuando llego a mi apartamento, me duelen la espalda y los pies. Me he pasado el resto del día entrando y saliendo de tiendas de comestibles especializadas, comprando los ingredientes para la comida celebratoria que quiero preparar para mi madre y para mí: una carnicería de Prospect Heights, una tienda de quesos artesanales de Park Slope, una pastelería francesa que Allison mencionó una vez. Voy cargada hasta los topes cuando entro en el edificio donde vivo con mi madre y, pasando por delante de la pared de buzones de aluminio, cruzo el pequeño vestíbulo hacia la puerta de nuestro apartamento. La luz que hay encima de la puerta de entrada no va bien y parpadea cual atrezo de una película barata de terror.

Dejo las bolsas con la compra en el suelo para abrir la puerta. En cuanto meto la llave en la cerradura, oigo mi nombre a mi espalda. Resuena por el pasillo de linóleo.

—¿Sloane Caraway? —pregunta en un tono brusco una voz desconocida. Me quedo petrificada.

Lentamente, retiro la llave de la cerradura y me doy la vuelta.

Veo a una mujer ataviada con un uniforme de policía completo, incluidos el sombrero reluciente, la placa de hojalata y las botas negras de cordones. En la pequeña tarjeta identificativa que lleva colgada en el pecho puedo leer su nombre: «Martínez, C.». Se me hace un nudo en el estómago. Sé por qué está aquí. Siento náuseas.

Debe de haber entrado detrás de mí, impidiendo con el pie que la puerta llegara a cerrarse y procurando no hacer el menor ruido.

—¿Señorita Caraway? —repite.

Comienzo a negar con la cabeza, pero me lo pienso mejor. No quiero empeorar las cosas.

—Sí —digo cautelosamente—. ¿Puedo ayudarla en algo?

Ella asiente. Se quita el sombrero y, tras colocárselo debajo del brazo, da un paso hacia mí. Lleva el pelo moreno peinado con la raya en medio y recogido en un moño bajo a la altura de la nuca. No va maquillada, pero no porque no lo necesite. Tiene la nariz y la frente aceitosas, con un cutis aceitunado y salpicado de desvaídas marcas de acné, algunas de las cuales le han dejado cicatriz. A pesar de esto, no es fea. Tiene unos ojos almendrados de color castaño oscuro, una mirada profunda, las pestañas largas y los labios carnosos. Es más joven que yo, debe tener unos veintimuchos, y luce curvas en los lugares adecuados.

Se aclara la garganta.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas sobre lo que sucedió el otro día.

El otro día. ¡El otro día! Ya sabía a qué venía todo esto, pero oírselo decir en voz alta hace que me sienta indispuesta y noto un sabor metálico en el fondo de la garganta. Comienzo a sudar.

—En Rose & Honey —prosigue—. ¿Tuvo usted un encuentro con la señorita McIntyre? —Lo dice como si me lo preguntara, pero ambas sabemos que se trata de una afirmación.

Imagino a Allison saliendo del salón de belleza y yendo directamente a la comisaría, todavía temblando. Seguro que exigió hablar con el jefe superior de la policía con los brazos cruzados y golpeteando el suelo con la punta de un pie.

El vestíbulo está en silencio. Me parece oír el sonido del televisor de nuestro apartamento al otro lado de la puerta cerrada, pero tal vez solo estoy imaginándomelo. La agente se me queda mirando, a la espera. Me pregunto si es ella la que habló con Allison cuando esta acudió a la comisaría. Finalmente, digo:

—No hice nada malo.

—Nadie dice que lo haya hecho —me explica con calma—. Como he dicho, solo he venido a hacerle algunas preguntas. ¿Sabía usted que la señorita McIntyre había concertado una cita en el salón?

Niego con la cabeza.

—No. No sabía que iba a venir. No lo supe hasta que la vi.

—¿Y qué hizo usted cuando se dio cuenta de que era ella?

—¡Nada! Ella salió corriendo. No tuve oportunidad de hacer ni decir nada.

La agente me estudia atentamente y asiente con la cabeza.

—¿Comprende usted que los términos de la orden indican que no puede ponerse en contacto con la señorita McIntyre? No puede haber entre ambas comunicación de ningún tipo.

Aprieto los labios. La orden. La orden de alejamiento. Siento un dolor apagado y palpitante en el pecho.

—Ya lo sé —digo tranquilamente—. No fue intención mía que nos viéramos.

—Razón por la cual no quedará registrado como una violación de la orden. —No me queda claro si, a su parecer, debería serlo. ¿Habrá leído el informe? Sé lo que parece. Yo desaliñada, con una sudadera de capucha demasiado grande y las gafas sucias y Allison impecablemente arreglada, con sus rasgos cincelados y el pelo impoluto. En esta historia no soy el personaje por quien sentir simpatía.

Me muerdo con fuerza el labio inferior.

—Entonces ¿por qué está aquí? —pregunto. Pero ya conozco la respuesta. Porque Allison montó una escena; porque alguien se lo prometió: «Hablaremos con ella».

—No es más que un recordatorio. La orden requiere que mantenga usted con ella una distancia de cien metros. Es importante que se ciña usted a estos parámetros.

—Y lo he hecho —mi tono de voz se alza una octava. Sé perfectamente lo que dice la orden. Tengo una copia guardada en el fondo de un cajón de mi dormitorio—. ¡Es ella la que vino a mi salón de belleza! Es ella la que violó la orden, no yo.

—Lo comprendo —dice. Me lanza una mirada compasiva y me entran ganas de gritar.

—No es lo que piensa. —Noto la tensión en mis cuerdas vocales. Sé que sueno a la defensiva e incluso patética, pero no puedo evitarlo. Quiero que sepa que está equivocada, que no es lo que parece—. No fue más que un gran malentendido.

Ella asiente lentamente.

—Siempre lo es. Que tenga una buena tarde, señora. —Vuelve a colocarse el sombrero y comienza a caminar en dirección a la puerta de entrada al edificio. Lo hace con rigidez, sin balancearse, como si caminara por una cuerda floja. Un paso en falso y se caería. Me pregunto si practica esta forma de andar, colocando cuidadosamente un pie delante del otro con la columna tiesa.

Me quedo ahí de pie, mirando cómo se va. Cuando desaparece de mi vista, me giro y vuelvo a meter la llave en la cerradura. Me tiembla la mano. Me enjugo una lágrima de un ojo con la manga de la sudadera. No quiero que mi madre me vea llorar.

Un momento después, respiro hondo y entro en el salón. Mi madre está en su sillón reclinable con las piernas extendidas y

cruzadas a la altura de los tobillos. Sobre la mesita que tiene a un lado descansa un té helado con el vaso cubierto de condensación.

—¿Quién era? He oído voces —dice, apartando su atención de la televisión. Cambia de postura en el sillón y se reacomoda.

—Gabby, del piso de arriba —digo—. Estaba contándome que ha vuelto a romper con su novio. Lo ha pillado con otra.

Mi madre pone los ojos en blanco y vuelve a mirar la televisión. No soporta a Gabby.

Sé que he dicho que no le miento a mi madre. Eso tampoco era del todo cierto.

El lunes por la mañana, un día antes de que empiece a trabajar con los Lockhart, le envío un mensaje de texto a Violet diciéndole que tengo muchas ganas de comenzar. Como no me responde, al poco le escribo otro mensaje, este solo con un emoji sonriente, pero tampoco me contesta. Pasan cinco minutos, diez, una hora.

Sin el trabajo en el salón de belleza, no tengo nada que me mantenga ocupada. Ninguna distracción salvo el sonsonete de la tele del salón. A media tarde, he cogido el móvil mil veces para comprobar si he recibido algún mensaje, pero en la pantalla no hay nada. No puedo parar de moverme. ¿Debería enviarle otro mensaje por si no ha visto los dos que le he enviado? Borro cada mensaje que escribo. Con cada hora que pasa, me pongo más nerviosa. Apago el móvil, lo guardo en mi mesita de noche y salgo de mi dormitorio solo para regresar al cabo de cinco minutos y encenderlo otra vez. Ningún mensaje nuevo.

¿Se debe quizá a algo que dije? Repaso mentalmente nuestras conversaciones una y otra vez. Ella parecía estar contenta cuando nos separamos después del paseo. Me sonrió mientras se despedía

con la mano y se alejaba por la acera. A lo mejor no disfrutó tanto del tiempo que pasamos juntas. Quizá le molestó que no aceptara su invitación para ir a tomar un café. O tal vez al final ha decidido que no soy la persona adecuada para Harper.

Pero mi auténtico miedo —aunque sé que es imposible— es que haya descubierto lo que sucedió la otra tarde en Rose & Honey. O, peor aún, lo que sucedió antes de que empezara a trabajar ahí, lo de la orden de alejamiento.

A las cuatro y media, ya no puedo soportarlo más. Tengo la sensación de que voy a perder la razón. Le digo a mi madre que voy a dar un paseo y me calzo y cojo el bolso. Cuando salgo a la calle, he de protegerme los ojos con la mano. El sol todavía está en lo alto del cielo. Los días son cada vez más largos y cálidos a medida que el verano se acerca. No estoy segura de adónde voy, pero en la calle me siento mejor. Lo más seguro es que Violet esté ocupada, me digo a mí misma. Casi me lo creo.

Decido ir hasta el parque, dar unas cuantas vueltas y volver a casa, pero no me detengo cuando veo la zona de juegos infantil. Sigo caminando. Sé perfectamente cuál es mi destino.

Doblo la esquina y llego a la calle de los Lockhart. Aquí las casas son más grandes, los olmos más altos, las hojas más verdes y la acera más ancha. Voy por la acera opuesta a la de su casa. Cuando la veo, aminoro el paso y agacho la cabeza hasta que, finalmente, me detengo y me oculto detrás de un coche aparcado y el tronco de un árbol. No debería estar aquí, obviamente, pero debo averiguar si Violet está en casa. Será poco rato, solo quiero echar un vistazo.

Las cortinas del ventanal en saledizo de la fachada están descorridas, lo cual me proporciona una vista completa del salón. El sol todavía brilla con fuerza e ilumina el interior de su casa.

Al principio no consigo divisar a nadie. Puedo ver las estanterías, el sofá, el cuadro que hay encima, la mesita de centro... ¿Hay alguien en casa?

Y entonces, como contestando a mi pregunta, Violet aparece en el salón. Inspiro bruscamente y vuelvo a esconderme detrás del tronco. Cuando asomo un poco la cabeza para echar un vistazo, compruebo que todavía está ahí, de pie ante el ventanal. Está hablando acaloradamente por el móvil. Parece molesta. Incluso desde esta distancia, puedo ver que tiene el ceño fruncido y la frente arrugada. Comienza a deambular de un lado a otro frotándose una sien con la mano libre.

A continuación aparece Harper. Corre hacia su madre y le rodea la cintura con los brazos. Violet baja la mirada y acaricia la cabeza de su hija distraídamente. Harper levanta la mirada con una sonrisa y Violet alza un dedo como diciéndole: «Un minuto». La niña asiente y se aleja en dirección a la escalera.

Violet permanece de pie con el móvil en la oreja, escuchando con los labios firmemente apretados. ¿Han temblado? Es difícil de decir desde aquí. Luego se pasa la palma de una mano por la mejilla. Está llorando, creo. Se ha enjugado las lágrimas de la cara. Asiente una vez, bruscamente y con los ojos cerrados. Se queda así, inmóvil como una estatua de mármol, hasta que al fin vuelve a asentir y abre de nuevo los ojos.

Se retira el móvil de la oreja y lo pliega. Las dos mitades se cierran de golpe. Por un momento, se lo queda mirando fijamente con los hombros caídos y el rostro inexpresivo.

De repente, sin previo aviso, echa el brazo hacia atrás y arroja el móvil al sofá cual lanzador de un equipo de béisbol apuntando al guante del receptor. Lo hace con la boca abierta, como si emitiera un grito que no puedo oír. El móvil impacta con un cojín del respaldo y

rebota, desapareciendo de mi vista. No puedo evitar estremecerme detrás del árbol.

Los hombros de Violet suben y bajan como si estuviera respirando con dificultad. Sé que debería marcharme, pero es como si estuviera anclada al suelo. ¿Con quién estaba hablando? ¿De qué hablaban? ¿Se ha peleado con una amiga? ¿Con un familiar?

Luego vuelve la cabeza hacia la escalera como si le hubieran dicho algo. Rápidamente, recompone su expresión y la ira se desvanece. Tras volver a coger el móvil y metérselo en el bolsillo, se aleja en dirección a la escalera y desaparece de mi vista.

Espero un momento para ver si alguien reaparece, sin éxito. El salón sigue vacío. Ni Violet, ni Harper, ni Jay. Me digo a mí misma que debería ir tirando, pero un minuto se convierte en cinco, y cinco en diez, hasta que pasa casi una hora. Todo este tiempo lo paso con el móvil en la mano, esperando en balde que Violet me llame.

Para cuando al fin me marcho, ya está oscureciendo y el cielo pasa del gris al azul oscuro mientras recorro las doce manzanas hasta mi casa, desconcertada por lo que acabo de ver.

Mi madre y yo no hablamos mucho durante la cena. Sé que ha advertido mi estado de ánimo, pero no me pregunta nada. De vez en cuando, estira una mano mientras vemos la tele y me da un apretón en el brazo sin llegar a apartar la mirada de la pantalla. Con eso quiere decirme que está ahí si la necesito.

Después de comer, cambio la camisa de franela y los pantalones vaqueros por el pijama y me meto en la cama sin lavarme la cara ni cepillarme los dientes. Sé que debería hacer ambas cosas, pero soy incapaz de reunir la energía necesaria.

Extiendo una mano y, tras apagar la lamparita de la mesita de noche, permanezco tendida con la mirada puesta en el techo. ¿Qué habrá molestado tanto a Violet? ¿Y por qué no me ha llamado?

¿Están relacionadas ambas cosas? Desanimada, me tumbo de lado. Puede que mi mayor miedo se haya hecho realidad. Quizá ha descubierto lo que hice y ahora esté enfadada y no sabe cómo pedirme explicaciones.

La oscuridad de mi dormitorio me resulta pesada y asfixiante. Las sombras de las paredes parecen acecharme. Aguzo el oído y concentro mi atención en el tráfico de la calle: las lejanas bocinas de los cláxones, el leve aullido de las sirenas, voces apenas audibles. Poco a poco, mis párpados se vuelven más pesados y comienzo a quedarme dormida. Finalmente sucumbo al sueño.

Pero entonces el móvil vibra. Abro los ojos de inmediato y me incorporo de golpe. Cojo el aparato que descansa sobre la mesita de noche con el corazón latiéndome con fuerza y entrecierro los ojos para ver la pantalla, resplandeciente en medio de la oscuridad del dormitorio. Es Violet. Contengo el aliento mientras abro el mensaje. «Hola! Disculpa la tardanza de mi respuesta. He tenido un día ajetreado. Sigue en pie lo de mañana?»

La ansiedad que he sentido durante todo el día desaparece al instante. De repente, me siento más ligera y animosa. Toda esa preocupación para nada. Tecleo mi respuesta moviendo los dedos a toda velocidad. «No pasa nada! Sí, allí estaré! A la una?»

Al instante, veo que está escribiendo su respuesta. Un momento después: «Qué te parece a las doce y media?».

Le sonrío a la pantalla. «Nos vemos entonces!»

Me giro para dejar el móvil, pero vacilo. Una imagen acude a mi mente. Su aspecto de esta tarde, con el rostro desencajado y enjugándose airadamente las lágrimas de las mejillas. Me entran ganas de preguntarle si va todo bien, pero no sé cómo hacerlo sin revelarle lo que he visto. No puedo admitir que he ido a su casa esta tarde. Soy consciente de la impresión que causaría. Finalmente, dejo

el móvil en la mesita de noche. Decido que ya se lo preguntaré mañana si todavía parece disgustada.

Me tapo bien con las sábanas y cierro los ojos. Esta vez no tengo ningún problema para quedarme dormida.

12

A las 12.25 del día siguiente asciendo la escalinata que conduce a la puerta de entrada de la casa de los Lockhart. El corazón me late con fuerza. A partir de este momento, soy la niñera de los Lockhart. Ya no soy manicura, sino niñera. Me siento bien, como si estuviera haciendo exactamente lo que me corresponde.

La puerta de entrada está entreabierta, con el borde apoyado en el marco. En el interior se oye música. Llamo con los nudillos, pero como nadie contesta abro la puerta y entro en el vestíbulo.

La música viene de la cocina. Suena a todo volumen e inunda toda la casa. Reconozco la canción. Voy hacia el lugar del que procede.

—¿Violet? —exclamo.

Me dirijo a la cocina y veo a Violet al otro lado de la isla, bailando animadamente. Sostiene un molinillo de pimienta como si fuera un micrófono y canta con los ojos cerrados. Si fuera otra persona —si fuera yo— tendría un aspecto ridículo. Parecería un inflable, uno de esos personajes con forma de tubo que no dejan de agitarse y doblarse, moviendo frenéticamente las extremidades, o tal vez Elaine en *Seinfeld*. Pero Violet no es cualquier persona. Es magnética. Podría pasarme todo el día mirando cómo baila.

Un momento después abre los ojos. Al verme de pie en el umbral pausa momentáneamente su actuación y sonríe. Extiende los brazos y exclama:

—*Welcome to New York!*

Entonces empieza el estribillo de la canción de Taylor Swift y, con la mirada puesta en mí, sigue cantándole a la ciudad que estaba esperándola. Y en ese momento, en su cocina, es como si efectivamente hubiera sido así. Esta Nueva York con Violet en ella es distinta de la ciudad en la que he vivido los últimos quince años. Es nueva y especial. Finalmente, encajo en ella.

Sin dejar de cantar, Violet coge un salero a juego y, bailando, se acerca a mí y me lo tiende. Tenía intención de preguntarle si todo iba bien, preocupada por cómo estaba después de lo que había visto la tarde del día anterior, pero aquí y ahora se la ve radiante. Parece estar mucho mejor que bien.

Dejo el bolso en el suelo y cojo el salero que me ofrece. Vacilo solo un instante y me pongo también a cantar. Ambas nos sabemos la letra a la perfección. Nos meneamos y balanceamos, bailando al ritmo de la canción y cantando con nuestros micrófonos. La música está tan alta que no se nos oye a ninguna de las dos.

Cuando termina la canción, Violet le grita a Alexa que baje el volumen, luego se sienta en un taburete de la cocina y, con una mano, se levanta el pelo de la nuca mientras se abanica con la otra.

—Siéntate —me dice, y me siento frente a ella. El corazón me late con fuerza a causa del bailoteo. Ambas respiramos pesadamente con una sonrisa en la cara, encantadas con nosotras mismas—. Algunos días piden un poco de marcha.

—Estoy totalmente de acuerdo. —De hecho, es algo que hacía cuando trabajaba en la escuela infantil. De vez en cuando, si los ánimos parecían estar algo bajos, ponía música bien alta y todos los niños bailaban por el aula hasta que caían rendidos en la moqueta sin dejar de reír. Nos recargaba las pilas. Quiero contárselo a Violet, pero no lo hago. No puedo.

—Harper debería llegar de un momento a otro. Una de las madres se ha ofrecido a acompañarla a casa. ¿Quieres un café? —me pregunta, y yo acepto.

Se levanta, coge un par de tazas y las deja sobre la mesa delante de cada una.

—Cuando nos mudamos aquí me ponía esta canción todos los días —me explica—. Ridículo, ¿no?

—A mí no me lo parece —contesto—, pero, claro, yo soy una superfan de Taylor Swift.

—¡Ah, es cierto! —Sonríe—. Me lo dijiste cuando nos conocimos en el parque. Así es como supe que seríamos amigas.

Mi expresión se ilumina, emocionada por el hecho de que se acuerde de nuestra primera conversación.

Me mira directamente a los ojos.

—Sé que ya te lo he comentado antes, pero lo cierto es que no he hecho ninguna amiga de verdad desde que nos trasladamos. Resulta agradable tener una por fin. Me alegro de que nos hayamos conocido.

Noto una cálida sensación en mi pecho. Ha dicho que soy su amiga. No su niñera. Su amiga.

—Yo también —digo. No tiene ni idea de cuánto. La examino atentamente mientras me coloco el pelo detrás de una oreja tal y como ella ha hecho y yergo la espalda.

—Pero tú hace mucho que vives aquí, debes de conocer a mucha gente. —Violet sopla su café y luego le da un sorbo.

Yo aprieto los labios y asiento lentamente.

—Supongo que sí. —Antes conocía a más gente. Era amiga de muchas de las otras profesoras de la escuela infantil. Los fines de semana íbamos a almorzar juntas o alguna organizaba una cena para todas el domingo, pero desde que me echaron eso quedó atrás

—. El problema es que últimamente, con mi madre enferma, no veo a mucha gente.

Violet asiente.

—¿Y qué hay de citas? ¿Estás soltera? ¿Sales con alguien?

Considero la posibilidad de inventarme un novio, pero decido que es demasiado arriesgado. Si, tal y como espero que suceda, nuestra relación se vuelve más estrecha, querrá conocerlo y quizá incluso que salgamos todos juntos en una cita doble. En ese caso, tendría que inventarme excusas para justificar sus ausencias o, de nuevo, decir que está de viaje de negocios.

—Soltera —digo.

—Soltera en Nueva York. El sueño —dice con un tono melancólico —. Bueno, al menos lo era para mí cuando iba al instituto por culpa de *Sexo en Nueva York*.

—Oh, Dios mío —me quejo—. No puedes ni imaginarte cómo está la cosa ahora. —Hago una mueca—. Tinder lo ha echado todo a perder. Es un calvario.

Exagero: en realidad, lo hace interesante. Tengo perfiles en varias apps, Tinder incluida. Todos con fotos de otras mujeres que he encontrado en internet, mujeres que con toda seguridad llamarán la atención del tipo de hombre que me interesa. Es una de mis cosas favoritas para los viernes por la noche: prepararme un bol de helado y, ataviada con unos pantalones de chándal, repantigarme en el sofá para ponerme a revisar los perfiles de los hombres disponibles y leer sus intentos de resultar ingeniosos (a veces lo consiguen). Envío un *like* o un corazón a los que encuentro particularmente interesantes y luego espero que suene la campanilla avisándome de que he recibido un mensaje. Es divertido tener tíos diciéndome lo guapa que soy e intercambiar con ellos mensajes subidos de tono hasta altas horas de la madrugada.

De vez en cuando, uso un perfil con una fotografía mía de verdad y quedo con alguien para cenar o tomar un café, pero en esos casos las citas suelen ser incómodas y la cosa no pasa de una conversación forzada. Puede que termine con una sesión de magreo en la acera o sexo mediocre en el futón del tipo en cuestión, pero casi nunca hay una segunda cita. Ellos no la piden y, si lo hicieran, probablemente los rechazaría.

Me digo a mí misma que todo será distinto cuando tenga un trabajo mejor o cuando al fin viva en mi propio apartamento. Puede que entonces tenga alguna posibilidad con el tipo de tío que quiere salir conmigo cuando finjo que soy otra persona.

—¿Es raro que me dé un poco de envidia? —dice Violet, riéndose —. Jay y yo comenzamos a salir justo antes del lanzamiento de Tinder. Me habría gustado poder probarlo. Al menos una vez.

—Sí —contesto, asintiendo enfáticamente—. Muy muy raro. Sobre todo teniendo en cuenta el marido que tienes. Lo has visto, ¿verdad? ¿O es que necesitas una revisión de la vista?

Violet se tapa la cara con las manos fingiendo sentirse avergonzada y niega con la cabeza.

—Tienes razón —dice con la voz ahogada por las manos. Luego vuelve a erguir la espalda y exhala un suspiro—. Es solo que, como nos casamos tan jóvenes, a veces pienso que me perdí toda la diversión. —Distraídamente, se lleva un dedo al flequillo y enrolla un mechón en él—. Y ahora soy una mamá con estrías.

Sonrío. Dudo mucho que tenga estrías.

—No te has perdido nada —digo—. Te lo prometo. A no ser que te haga gracia la idea de que montones de mensajes de pervertidos y fotografías no solicitadas de genitales masculinos inunden tu móvil.

—¿Eso no es un mito?

—¿El qué? ¿Las fotografías de pollas? —Niego con la cabeza—. No. Ni mucho menos. Si quieres puedo enseñártelo... —Extiendo la mano para coger mi móvil.

—¡No! —exclama Violet con una risita—. Te creo. ¡Por favor, no me lo enseñes!

Yo me río.

—Está bien, no lo haré. ¿Y antes de Jay? En el instituto debías tener un millón de novios.

Seguro que fue la reina del baile de su promoción. Y la capitana de las animadoras. Me la puedo imaginar más joven, ataviada con unos pantalones de cintura baja y rodeada de otras chicas populares, los chicos dándose codazos para acercarse a ella y ser quien le lleve la mochila de camino a casa. Yo, en cambio, estaba en las gradas —como diría la canción de Taylor Swift—, observando a las chicas como Violet, deseando que alguien me mirara a mí como las miraban a ellas.

La sonrisa de Violet mengua un poco, pero no desaparece. No del todo.

—La verdad es que no —dice encogiéndose de hombros—. Antes de Jay, básicamente me pasé la vida enamorada de un chico. Tuve algunas citas con algunos chicos con la esperanza de superarlo, pero no llegó a funcionar. —Suelta una risita, como reconociendo lo idiota que había sido por creer que eso podía pasar.

—¿Cómo se llamaba? —Le doy un sorbo a mi café y apoyo la espalda en el respaldo de la silla. No hay nada que no quiera saber sobre Violet, pero me encanta en particular descubrir cosas de su juventud y cómo era de adolescente.

Vacila un momento y luego dice:

—Danny. De pequeños era mi mejor amigo. Éramos inseparables. Lo hacíamos todo juntos. Todo el mundo pensaba que

terminaríamos casándonos. Yo también. —Sonríe al rememorar su yo más joven—. Tenía un gran corazón. Y era muy guapo. Un chico guapo que se convirtió en un hombre guapo. Con unos rizos rubios y rebeldes. Y unos ojos castaños preciosos. —Su mirada se pierde en la distancia, como si estuviera recordando—. Y una pequeña cicatriz justo en la punta de la ceja. —Violet toca el lugar en su propia cara —. Teníamos dieciséis años cuando me besó por primera vez. Y cuando... —Su voz se apaga y yo me inclino hacia delante, conteniendo la respiración. Ella me ve y se ríe. Luego exhala un suspiro y su mirada vuelve a suavizarse—. Fue como si hubiera estado toda la vida esperando que llegara ese momento.

Puedo verlo y sentirlo como si fuera mi corazón el que latiera mientras los labios de él se pegan a los míos. El mundo entero abriéndose de par en par.

—¿Qué pasó? —pregunto, pues se ha quedado callada. Estoy en el borde de la silla.

—Perdimos el contacto cuando me fui a la universidad. Y luego conocí a Jay. —Se encoge de hombros, como si ese fuera el final de su historia de amor. O el principio. No lo tengo claro—. En cualquier caso —añade con una sonrisa—, la cuestión es que no, no tuve un millón de novios en el instituto.

Luego echa un vistazo al reloj que hay en la pared y frunce el ceño.

—Harper ya debería estar en casa. Me pregunto por qué está tardando tanto —dice—. La escuela está a diez manzanas, pero normalmente no tarda más de veinte minutos. Va a la Mockingbird Montessori. Tal vez la conoces.

La sonrisa desaparece de mis labios. De repente, es como si la estancia se encogiera y las paredes de la cocina se me cayeran encima.

Noto cómo empalidezco al tiempo que una oleada de náuseas me recorre el cuerpo y pierdo la sensibilidad en las extremidades. «¿Ha dicho...?»

—¿Mockingbird? —repito débilmente. Mi voz suena grumosa y poco clara, como si tuviera algo en la boca.

Violet se vuelve hacia mí.

—¿La conoces?

Trago el ácido que se me ha acumulado de golpe en el fondo de la garganta. Me pregunto si voy a vomitar. ¿Cómo es posible que no supiera que Harper va a Mockingbird? ¡Claro! Es la mejor escuela infantil de Brooklyn, cualquiera que se lo pueda permitir enviaría allí a sus hijos.

Asiento, moviendo la cabeza como una tonta.

—Hice de niñera para una niña que iba allí. —Es la verdad, aunque no toda la verdad. Aun así, me arrepiento de haberlo dicho en cuanto las palabras salen de mi boca. Es más de lo que quería que Violet supiera.

—¡Qué casualidad! ¿Para qué familia? —ladea la cabeza.

Fuerzo mis labios para que formen una sonrisa mientras finjo despreocupación.

—¡Oh, se trasladaron! A Connecticut, creo. —Procuro no contestar su pregunta—. Fue hace siglos.

Obviamente, esto es mentira. Hice de niñera para esa familia hace apenas dieciocho meses. Antes de ser su niñera, Ellie McIntyre estaba en mi clase matutina. No era raro que los fines de semana las profesoras hicieran de niñera a los niños que iban a la escuela para ganar algo de dinero extra. Todas lo hacíamos. Las familias que llevan a sus hijos ahí son adineradas y pagan bien, al menos veinticinco dólares la hora, treinta o más por dos niños (lo mismo que ganábamos con nuestro puesto de profesoras).

La madre de Ellie es Allison. Allison McIntyre. Ella es la razón por la que ya no hago de niñera, por la que ya no soy profesora de educación infantil, por la que me vi obligada a trabajar en un lugar en el que nadie se preocupó de comprobar mis referencias. Ella es quien pidió la orden de alejamiento. Quien acudió al salón de belleza y se comportó como si temiera por su vida, a pesar de que era la mía la que se había venido abajo.

Tiene dos hijos, ambos pelirrojos, como ella. Ellie, que tenía cuatro años cuando nos conocimos, y Benji, de siete. El marido de Allison viajaba durante la semana y ella necesitaba ayuda por las tardes, cuando la escuela ya había terminado, pero ella todavía tenía que trabajar. Al principio, era solo de vez en cuando, los días en los que ella tenía alguna reunión fuera y alguna noche de viernes o sábado, pero pronto se convirtió en algo más regular: las tardes de los lunes, cuando Allison tenía que ir a Manhattan y no podía llegar a casa hasta las siete, y luego también los miércoles y los jueves y, poco después, los fines de semana. Llegó un momento en el que me pasaba el día en su casa y era como si formara parte de su familia. Hasta que dejó de ser así.

Seguramente Ellie todavía está matriculada en la escuela Mockingbird. Es mayor que Harper, de modo que no deben de ir a la misma clase, pero es posible que jueguen juntas en la entrada y en el patio. Y es muy probable que Violet y Allison se hayan visto al ir a buscar o recoger a sus hijas; puede incluso que se hayan saludado o que hayan charlado mientras esperan que las niñas salgan. Esta idea hace que se me revuelva el estómago.

No puedo decirle a Violet el nombre de la niña porque si, por lo que fuera, le hablara a Allison sobre mí, todo esto se vendría abajo. La mirada de esta se endurecería, su expresión se volvería gélida y

le contaría a Violet cosas sobre mí que no son ciertas. Al menos no del todo. No pienses que no veo la ironía que hay en ello.

Luego recuerdo que Violet cree que me llamo Caitlin y, por una vez, en lugar de avergonzarme, me alegro de ser una mentirosa.

—¿Estás bien? —pregunta Violet.

Me obligo a mí misma a asentir, pero no consigo pronunciar palabra alguna.

Justo entonces, suena el timbre de la entrada.

—¡Oh! ¡Debe de ser Harp! —dice Violet.

En cuanto sale de la cocina, dejo caer la cabeza sobre las manos. Estoy segura de que, cuando dejé la escuela, tanto los profesores como los alumnos y los padres hablaron de mí. Se trata de una comunidad muy cerrada, y esa era una de las razones por las que me gustaba tanto trabajar ahí: si un niño o una profesora enfermaban (aunque se tratara únicamente de un resfriado), todo el mundo firmaba una tarjeta deseándole una pronta recuperación; si había alguna emergencia familiar, un grupo de mamás enviaba a sus *au pairs* con comidas preparadas. Había flores el Día de Apreciación al Profesor y *cupcakes* con exquisitos glaseados cuando se celebraba un cumpleaños. Pero por esa misma razón, también circulaban chismorreos cuando los progenitores de algún alumno se divorciaban o cuando uno de los papás era acusado de uso de información privilegiada, así que no tengo la menor duda de que también los hubo sobre mí. Hasta qué punto, no lo sé. Ignoro si los cotilleos persistieron en los rincones de las aulas y las bocas de los padres mientras acompañaban o iban a buscar a sus hijos a la escuela.

Si hubiera mantenido el contacto con alguien, podría haberlo preguntado, pero no lo he hecho. Desde que dejé la escuela no he hablado con ninguna de las otras profesoras. Eran pocas, apenas doce, pero solo una de ellas intentó ponerse en contacto conmigo

después de que me despidieran. Se llamaba Rachel, era una de las profesoras de la clase de niños de cinco años y solíamos comer juntas a menudo. Me llamó un día, pero no contesté. Me sentía demasiado avergonzada. Unas pocas semanas después, cuando la soledad comenzó a hacérseme insoportable, intenté devolverle la llamada, pero esta vez fue ella quien no contestó. Le dejé un mensaje en el buzón de voz preguntándole si quería ir a almorzar algún día y luego le envié un mensaje de texto, pero ya no recibí respuesta alguna. En los meses siguientes intenté ponerme en contacto con otras profesoras, pero ninguna me devolvió la llamada. Tampoco se puso en contacto conmigo ningún padre, ni siquiera aquellos que me habían enviado cestas de regalo al término del curso o me habían abrazado entre lágrimas cuando su hijo se graduaba de mi clase y pasaba al siguiente curso. Era como si estuviera infectada y nadie quisiera contagiarse.

De repente, oigo voces alzándose en la estancia contigua y el pánico me atenaza, apretándome la garganta cual boa constrictora. ¿Y si Violet invita a entrar a quienquiera que haya acompañado a Harper a casa? ¿Y si esa persona me reconoce? Miro a mi alrededor en busca de un lugar en el que esconderme; el armario de la escoba, tal vez, o detrás de la isla.

Justo cuando estoy a punto de salir disparada de la silla, oigo que Violet se despide y, a continuación, como se cierra la puerta de entrada. Luego oigo a Harper charlando animadamente. Exhalo una gran bocanada de aire mientras niego con la cabeza. «Tranquilízate, Sloane.» Ha pasado ya más de un año. Estoy segura de que, para cuando Harper comenzó a ir a Mockingbird, ya nadie se acordaba de mi nombre. Y si no es así tampoco importa. Para Violet, soy Caitlin, no Sloane. Eso sí: a partir de ahora me aseguraré de llegar después de que Harper haya vuelto de la escuela, nunca antes.

Un momento después, cuando Harper viene a la cocina con su madre detrás, ya luzco una sonrisa en el rostro.

—¡Caitlin! —exclama la niña—. ¡Mira lo que he hecho hoy en la escuela! —Sobre su cabeza mueve de un lado a otro una construcción de papel multicolor con los bordes irregulares por los tijeretazos—. ¡Es Júpiter!

—¡Guau! —digo, cogiéndolo—. ¡Debes de haber trabajado muy duro! —Elogia el esfuerzo, no al niño: una máxima que el director de Mockingbird no dejaba de repetir. Supongo que las viejas costumbres nunca mueren.

Tanto Harper como Violet me sonríen.

—¿Quieres ir a un parque nuevo hoy? —pregunto—. Conozco uno muy chulo cerca de la calle Hoyt.

—¡Sí! —contesta Harper—. ¿Podemos, mamá?

Violet asiente.

—¡Claro que sí! ¿Te gustaría comer algo antes?

—¡Una magdalena! —dice la niña dando un brinco entusiasmada.

—De acuerdo. Ve a lavarte las manos y yo iré a buscarte una.

Harper arruga el rostro.

—¡Odio lavarme las manos! —protesta, y luego se tira al suelo y comienza a darle patadas al sofá.

—Harper —dice Violet. Su tono de voz es severo, pero percibo cierta preocupación en su rostro. Noto que las manos comienzan a sudarme y el corazón se me acelera. He vivido un millón de rabietas infantiles en la escuela, pero esto es distinto. ¿Y si le falla el corazón?

Parcialmente presa del pánico, me agacho junto a Violet.

—Oye, Harper —digo—. ¿Podrías enseñarme a mí a lavarme las manos? ¡Se me ha olvidado cómo hacerlo! ¿Tenía que mojarme los pies? ¿O tal vez la cabeza?

La niña deja de llorar, se sorbe la nariz y levanta la mirada hacia mí.

—No —dice, negando con la cabeza.

—¡Ah, ya! ¡Entonces la nariz!

Ella se limpia los mocos de la cara con la manga y suelta una pequeña risita.

—No.

—¿Puedes enseñarme?

Ella asiente y se pone de pie. Violet me sonríe agradecida. Yo le devuelvo la sonrisa, pero me siento intranquila. ¿Y si no hubiera podido hacer que dejara de llorar? ¿Y si se hubiera desmayado? Violet habría esperado que yo supiera qué hacer. Confía en mí.

Noto los afilados dientes de la culpa clavándoseme en la piel. Claro que confía en mí. Le dije que era enfermera. ¿Me convierte eso en mala persona? Prefiero no contestar a eso.

Harper está esperándome, de modo que me pongo de pie y la sigo a la cocina. Podría haber pasado algo, pero no ha sido así. No ha sido así.

—A ver —le digo a Harper mientras la agarro de la mano—. ¿He de ponerme jabón en las orejas?

Ella se ríe y tira de mí hacia el fregadero.

13

A lo largo de las semanas siguientes, a medida que los días se han ido haciendo más luminosos y cálidos, y los pantalones largos se han visto reemplazados por los cortos y los suéteres por camisetas, Violet, Harper y yo hemos ido desarrollando una rutina familiar. Tal y como esperaba, mis tres turnos a la semana rápidamente se han convertido en cuatro, y luego en cinco, de lunes a viernes.

Cada día llego a casa de los Lockhart poco después de que Harper vuelva de la escuela. Sobre la una, las tres vamos al parque. De camino, la niña nos coge a ambas de la mano y nos pide que la balanceemos hasta que tememos que vayan a dislocársele los hombros. Violet y yo nos turnamos para empujarla en el columpio o perseguirla por la zona de juego. Cuando terminamos, yo llevo a Harper a clase de ballet o a gimnasia mientras Violet se va a casa a estudiar.

Cuando Violet y yo estamos juntas, nuestras conversaciones fluyen con facilidad. Charlamos sobre nuestros días y nuestras vidas, o sobre el último cotilleo de alguna celebridad, como, por ejemplo, a quién han enviado a casa en el último episodio de *The Bachelor*. Unas semanas atrás me mencionó que lo veía, de modo que yo también he comenzado a verlo en el portátil, cuando mi madre se queda dormida en el sofá. También he comenzado a comprar la revista *Vogue* después de que me hablara de un artículo que había leído allí, para poder estar al día de las mismas cosas que ella.

También me habla mucho de Harper y me cuenta cosas divertidas que ha dicho o hecho, o de sus últimos trucos para esquivar la hora de ir a la cama. Últimamente pide que le rasquen la espalda durante al menos diez minutos. Me río cuando Violet me explica cómo Harper la obliga a declarar su amor por cada uno de sus animales de peluche y a darles besitos en las mejillas y arroparlos antes de poder marcharse finalmente del dormitorio. A veces, Harper también le exige que les rasque la espalda a todos ellos. Se nota lo mucho que a Violet le gusta ser madre y lo bien que le sienta la maternidad.

También me habla sobre Jay. Sobre sus gustos y sus manías, o los lugares que han visitado juntos. Antes de que Harper naciera viajaron mucho a lugares tan interesantes como Shanghái, Bali, la Patagonia o el *outback* australiano. Yo le cuento que también he viajado, como por ejemplo cuando hice de mochilera por Italia después de graduarme en la universidad. No lo he hecho nunca, pero no puedo evitar sentir como si fuera cierto cuando le describo el viaje recurriendo a las películas que he visto y comparto detalles procedentes de libros que he leído. Del tipo *Come, reza, ama*.

En realidad, nunca he salido de la Costa Este de Estados Unidos. De pequeña solía ir con mi madre de vacaciones una semana a Daytona Beach, donde ella había hecho de camarera (y había conocido a mi padre). Cargábamos el coche con toallas, juguetes de arena y neveras portátiles llenas de fiambre y tarros de mantequilla de cacahuete, alquilábamos una habitación en un motel de la costa y nos pasábamos los días tostándonos al sol; yo jugando con las olas y ella sentada en una tumbona con un libro. Siempre fue algo especial, pero no era Europa.

Las vacaciones favoritas de Violet son las que hizo con Jay en Escocia justo antes de quedarse embarazada de Harper. Habla de ellas con cierta nostalgia y me pregunto si echa de menos cómo

eran las cosas antes de que fueran padres. Se ríe cuando me cuenta cómo se metieron en un bar de las afueras de Edimburgo y pensaron que todo el mundo hablaba otro idioma de lo marcado que era el acento de la gente. Jay abrió incluso Google Translate solo para darse cuenta de su error cuando el camarero tecleó: «¡Ya estoy hablando inglés, tarugo!».

Hago acopio de todos estos detalles sobre Jay como si de piedras preciosas se tratara, envolviéndolos cuidadosamente y almacenándolos en mi memoria. Tengo la sensación de que lo conozco de veras. Sé dónde nació, dónde se crio, qué estudió en la universidad. Sé cómo le propuso matrimonio a Violet y cuáles son sus comidas favoritas. Me pregunto si ella le habla a Jay de mí y si él también tiene la sensación de que me conoce.

En dos ocasiones, Danny ha vuelto a salir en la conversación. Solo brevemente, de pasada, pero en ambos casos Violet parece comportarse como una niña. Se le sonrojan las mejillas y sus labios reprimen una sonrisa. Es imposible no preguntarse si piensa en él por las noches, si imagina cómo habría sido su vida si no hubieran roto.

Cuando va a hacer recados, yo me quedo en casa con Harper. Le leo en el sofá o jugamos a las cocinillas y hacemos tortitas, sándwiches y perritos calientes de plastilina. También le encanta escuchar a Taylor Swift, a quien ella llama «Twaylor», y canta los estribillos de sus canciones favoritas. Un día me cuenta con pesar que tres de sus compañeros de clase la han visto en directo, de modo que al día siguiente llevo a su casa tiras y cuentas de plástico de colores y hacemos brazaletes de la amistad como los de los *swifties* y luego nos los ponemos y hacemos ver que tenemos asientos de primera fila en un concierto de su Eras Tour. Al principio, sentía pánico de quedarme a solas con Harper, preocupada por si le

pasaba algo y solo estaba yo con ella, pero cada vez me siento más cómoda. Me recuerdo a mí misma que puedo llamar al número de emergencias y que sé hacer reanimación cardiopulmonar; si pasara algo, podría mantenerla a salvo.

Mis momentos favoritos, sin embargo, son cuando Violet me escribe un mensaje proponiéndome que vayamos a tomar un café y a caminar por el paseo marítimo hasta el puente de Brooklyn mientras Harper todavía está en la escuela. Contamos los pasos en su reloj con brazalete de oro y brindamos con nuestros capuchinos si hemos llegado a los cinco mil. Algunas mañanas vamos a una clase de yoga o, si hace demasiado calor, extendemos nuestras esterillas en el parque, nos estiramos con la camiseta levantada para broncear nuestras espaldas y barrigas, y nos pegamos latas frías de agua con gas La Croix al cuello para refrescarnos. En días como estos, no soy solo la niñera de Harper, sino la amiga de Violet. Y puede que más que su amiga, soy su mejor amiga. Desde luego ella es la mía.

Cuando Violet y yo estamos juntas, tengo ganas de pellizcarme para asegurarme de que no se trata de un sueño y que, efectivamente, me ha dejado entrar en su vida, que alguien como ella quiere ser amiga de alguien como yo. A veces me pregunto qué saca ella de todo esto, si es que quizá hago que se sienta mejor consigo misma o si simplemente está agradecida de haber encontrado una niñera, pero entonces se ríe de uno de mis chistes o me da un apretón en el brazo y sé que nuestra amistad es real. Incluso después de todas las semanas que han pasado, todavía me emociono al ver su nombre en la pantalla del móvil cuando me ha escrito un mensaje y siento una oleada de entusiasmo cuando llamo a la puerta su casa. Algunas personas, cuando las conoces, pierden su brillo. La novedad se desvanece y el misterio se evapora. Comienzas a ver las grietas que hay debajo de la superficie, las

pequeñas imperfecciones. Con Violet no. Ella sigue siendo igual de interesante, igual de reluciente.

Sé que he de tener cuidado. A pesar de que con ella soy yo misma, mi lista de mentiras sigue creciendo: soy Caitlin, estudiante de enfermería de treinta y dos años, tengo una madre enferma, de joven corría y he viajado bastante. Y no tengo antecedentes policiales. Ahora que somos amigas, me gustaría poder sincerarme con ella. En serio. Pero no puedo. Y nunca podré. Si llega a descubrir que he mentido acerca de mi experiencia médica y he puesto en peligro la seguridad de su hija —a pesar de que nunca permitiría que le pasara nada a Harper—, todo habría terminado. Todo. Y no puedo permitir que eso suceda.

Pues he aquí toda la verdad: desde que me contó que su padre había nacido y se había criado en Filadelfia, igual que el mío, a veces finjo que no somos solo amigas, sino hermanas. Me he fijado en que ambas tenemos el mismo hoyuelo en la barbilla y que nuestra cara tiene una forma de corazón similar, redondeada en las mejillas y con la barbilla ligeramente afilada. Y nuestras narices no son tan distintas: ambas fuertes y angulares. Ella es más guapa que yo, claro está: sus ojos son más brillantes, su piel más suave, su pelo más lustroso..., pero hay algunas similitudes.

Podría ser. Lo de que fuéramos hermanas, quiero decir. Era algo a lo que solía jugar de pequeña. Me imaginaba a mi padre y a su familia y pensaba en mis posibles hermanos y hermanas. Serían un poco más jóvenes que yo; mi padre tenía veintipocos cuando conoció a mi madre, de modo que seguramente tardó todavía unos pocos años en casarse y formar una familia. Al pensar en esta, me inventaba los nombres de mis posibles hermanos y hacía dibujos con la apariencia que creía que tendrían. Violet tiene solo treinta y un

años, es dos años más pequeña que yo. Tiempo suficiente para que mi padre conociera a alguien y tuviera un bebé.

Nunca he insistido a mi madre al respecto. Solo sé lo que ella me ha contado acerca de la noche en la que se conocieron: que él era de Filadelfia y que se llamaba Joe. Incluso si ya hubiera existido internet cuando era pequeña, no habría podido llegar muy lejos.

Pensaba que, al crecer, se me pasaría. Pensaba que, a estas alturas, ya había aceptado que nunca llegaría a saber si tenía algún hermano o hermana, pero está claro que no es así. ¿Y por qué tendría que serlo? ¿No quiere todo el mundo saber de dónde viene? ¿Averiguar si hay alguien más con quien tengan una relación de parentesco? De vez en cuando, considero la posibilidad de hacerme una prueba de ADN escupiendo en uno de esos tubitos y enviando el sobre por correo, pero no estoy preparada para afrontar la posibilidad de que la respuesta sea negativa y no haya nadie ahí fuera con quien esté emparentada.

Una noche, después de cenar y de haber pasado el día en casa de los Lockhart comparando el rostro de Violet con el mío, no puedo aguantarlo más. Me aclaro la garganta y me humedezco los labios.

—¿Cuál era el apellido de mi padre? —pregunto, alzando la voz un poco demasiado. No aparto la mirada del televisor. De reojo puedo ver que mi madre se vuelve hacia mí, cambiando de postura en su sillón.

Se me queda mirando sin decir nada hasta que se vuelve de nuevo hacia el televisor.

—No lo sé. Fue hace tanto que apenas lo recuerdo —dice al fin.

No respondo. Sé que no es cierto, lo noto por el modo en el que su cuerpo se ha puesto tenso. No quiere hablar sobre mi padre. ¿Y por qué querría hacerlo?

—¿Por qué? —pregunta.

—Por nada —digo yo enseguida—. Mera curiosidad.

—Es mejor dejarlo estar —prosigue ella—. Ya nos ha ido suficientemente bien por nuestra cuenta, ¿no?

—Sí —digo, sin poder evitar un leve remordimiento—. Claro.

Admitir lo contrario sería como darle una bofetada en la cara. Ella renunció a todo por mí. Aun así, sin embargo, quiero algo más que «bien». Quiero una hermana.

14

Es una nublada mañana de viernes y, después de dejar a su hija en la escuela, Violet me invita a tomar café en su casa. Por la tarde Harper ha quedado con una amiguita para jugar, de modo que tengo el día libre. Cuando salgo de mi apartamento, el cielo está completamente encapotado. Hace frío, más del que ha hecho en semanas. Son los últimos remanentes de la primavera antes de que el verano llegue definitivamente y el calor y la humedad se infiltren en todos y cada uno de los recovecos de la ciudad. Me pongo la capucha de la sudadera y la ajusto tirando de los cordones debajo de la barbilla. También aprieto el paso para entrar más rápidamente en calor.

De camino, decido dar un rodeo para pasar por una cafetería que sé que a Violet le encanta y pido para ambas cafés con leche de avena y azúcar moreno, su bebida favorita. Ahora también es la mía.

Con los cafés en la mano, noto que al subir la escalinata que conduce a la puerta de entrada comienzo a ponerme nerviosa. ¿Y si Jay está presente? Es algo en lo que pienso siempre que acudo a su casa: me pregunto si se dejará caer al mediodía para almorzar o si se tomará la tarde libre y llegará antes. Pero nunca lo hace. Siempre está trabajando, siempre en la oficina.

De vez en cuando, Violet me dice que Jay le ha preguntado por mí o que me envía saludos y siento una oleada de excitación. Es como si una corriente eléctrica me recorriera el cuerpo. No puedo

evitar preguntarme si hablan sobre mí o si ella le cuenta detalles de nuestras conversaciones.

No sé por qué me importa tanto. Bueno, esto no es del todo cierto. Para nada. Me importa porque me gusta. Aunque no lo he visto desde esa primera cena, no he dejado de pensar en él. Pero no es más que un enamoramiento. Un arrebato estúpido y ridículo. Es el marido de mi mejor amiga. Tampoco es que la cosa pudiera llegar a prosperar.

Poniendo los ojos en blanco ante mis propios pensamientos, presiono el botón del timbre con el codo. Doy saltitos de un pie a otro para no coger frío. Vuelvo a presionar el timbre, y luego otra vez más. «Vamos, Violet.»

Cuando la puerta al fin se abre, sin embargo, no es Violet quien aparece. Esta vez es Jay. Y parece tan sorprendido de verme a mí como yo a él. Está a medio vestir, con unos pantalones chinos y sin camisa. Sostiene una toalla pequeña en la mano y tiene el pelo húmedo. Se lo acaba de lavar. Puedo oler su champú.

—¿Caitlin? —dice, frunciendo el ceño y ladeando la cabeza.

Yo me quedo mirándolo sin decir nada, estupefacta. A pesar de que llevo tiempo deseando encontrarme con él, no pensaba que fuera a suceder. Parpadeo unas pocas veces, preguntándome si no estaré alucinando. Como Jay no desaparece, decido que no es así.

—Hola —digo finalmente—. Buenos días.

—Buenos días —contesta él. Sonríe, echándome un vistazo de arriba abajo. Su expresión de sorpresa da paso a una risueña.

Bajo la mirada a mi atuendo. Pantalones vaqueros rotos en la rodilla y una sudadera extragrande con la capucha puesta como si fuera el niño de *E.T.* Alta costura, vamos. Desearía al menos poder aflojar los cordones de la capucha, pero, ya sabes, las putas tazas

de café no me dejan. Noto que me sonrojo. Al menos me he hecho las cejas, gracias a Dios.

—¿Qué puedo hacer por ti? —pregunta Jay.

—Nada —digo yo—. Es decir, había quedado con Violet. ¿Está en casa? Íbamos a tomar un café juntas. —Alzo las manos con los cafés a modo de prueba—. ¿No ha mencionado que iba a pasarme?

Él vuelve a negar con la cabeza.

—Ha ido a llevar a Harper a la escuela y todavía no ha vuelto. Yo estaba en la ducha cuando ha salido. Debería volver de un momento a otro. —Echa un vistazo al reloj—. Normalmente no tarda tanto.

Vuelvo a cambiar el peso de un pie a otro.

—No pasa nada. Puedo esperarla fuera...

—No, no —dice—. Entra. Justo estaba terminando de desayunar —añade con una sonrisa. Abre la puerta del todo y me indica que pase.

Cruzo el umbral hasta el vestíbulo y luego lo sigo hasta la cocina.

—¿Quieres algo? —me pregunta por encima del hombro—. ¿Una tostada? ¿Unos huevos?

—No, gracias. —Niego con la cabeza—. No soy mucho de desayunar. —Aunque podría serlo si me despertara lo bastante temprano para prepararme algo—. Con un café tengo suficiente.

Sobre la encimera, hay un plato con una tostada de pan de centeno a medio comer y una taza de café todavía humeante. Me siento en un taburete y dejo las tazas de poliestireno que llevo en las manos delante de mí.

La calefacción está encendida, de modo que me quito la sudadera. La camiseta holgada que llevo debajo, sin embargo, tampoco es que resulte muy favorecedora. Ojalá hubiera dedicado cinco minutos más a arreglarme esta mañana.

El ruido sordo que hace el bolso cuando lo dejo caer sobre el taburete de al lado me recuerda lo que llevo dentro.

—¡Ah! —digo, cogiéndolo de nuevo y sacando el ejemplar de *Diez negritos*—. Aquí tienes. —Le tiendo el libro a Jay, que lo coge y lo mira sorprendido—. Dijiste que te gustaría leerlo —añado—. Cuando nos conocimos en el parque.

Hace casi dos meses que lo llevo siempre encima. Pensaba dárselo la noche que Violet me invitó a cenar, pero él subió a acostar a Harper antes de que yo tuviera oportunidad de hacerlo. Desde entonces, no he dejado de decirme a mí misma que debía dárselo a Violet para que se lo diera a él, pero nunca daba el paso. Quería dárselo yo misma. Me parecía algo especial entre nosotros, solo de los dos.

Jay examina la cubierta mientras asiente lentamente. Por un momento, me da la impresión de que tal vez no recuerda nuestra conversación y comienzo a sentir náuseas y las palmas de las manos se me humedecen. Pero entonces levanta la mirada hacia mí con una amplia sonrisa en el rostro y los ojos radiantes.

—Gracias —dice—. En serio, gracias. Me muero de ganas de leerlo.

Yo le devuelvo la sonrisa. El nudo que se me había hecho en el estómago se deshace y las extremidades se me relajan.

Todavía estamos sonriéndonos cuando mi móvil vibra encima de la encimera. Lo cojo. He recibido un mensaje de texto de Violet. «Lo siento, me han entretenido en la escuela, voy para casa ahora!»

Siento una breve punzada de decepción. No quiero que vuelva todavía. Llevaba mucho tiempo esperando que se materializara este momento para volver a ver a Jay. En cuanto Violet entre por la puerta, todo cambiará. La electricidad que siento se disipará. Él se irá a trabajar y volveremos a estar solo Violet y yo. A continuación,

me embarga una profunda vergüenza. ¿Qué me pasa? Violet es mi amiga. Y Jay es suyo, no mío. Nunca lo ha sido, nunca lo será. Aparto esos pensamientos desleales de la cabeza. «Sé mejor persona, Sloane», pienso.

Rápidamente, tecleo mi respuesta. «No pasa nada! Jay me ha abierto la puerta. Nos vemos ahora!»

—Es Violet. Dice que está de camino a casa —explico yo, volviendo a levantar la mirada hacia Jay.

Él asiente y, tras arrojar la toalla que ha usado para secarse el pelo sobre la encimera, coge su taza de café.

—Bueno, ¿qué tal está mi santa patrona? —me pregunta, sonriéndome—. No te he visto desde la cena. No estoy seguro de cómo me las he arreglado para estar a salvo sin ti.

Yo me sonrojo.

—Estoy bien —digo—. Ocupada.

—¿Salvando a la gente de picaduras de abeja? ¿No tienes tiempo para papás necesitados?

Sonrío sarcásticamente.

—Así es. Voy de parque en parque, con una bolsa de cubitos de hielo en una mano y unas pinzas en la otra. Soy la prima segunda de Batman: Beewoman.

Él se ríe.

—Nuestra superheroína local. —Luego su sonrisa se desvanece y dice—: Tú y Violet habéis estado pasando mucho tiempo juntas. —No estoy segura de si está haciéndome una pregunta o simplemente señalando lo obvio, teniendo en cuenta que me pagan por ello. Es Violet quien lo hace, en efectivo. Cada semana me entrega un sobre blanco con billetes nuevos en su interior. Me pregunto si es él quien los retira del banco o si lo hace ella—. Y Harper dice que preparas las mejores meriendas.

Sonrío.

—Es una dulzura.

—Le gustas de veras —dice Jay—. Y también a Violet.

Me emociona oírle decir eso.

—A mí también me gustan. Violet se ha convertido en una buena amiga. —Mi mejor amiga. Esto no se lo digo a Jay, pero es cierto.

Se hace un silencio momentáneo mientras él considera lo que he dicho y luego pregunta:

—¿Te ha contado algo sobre nosotros? —El cambio de tono es abrupto y no me mira. Abre el lavaplatos y comienza a sacar los cubiertos. Por un momento, pienso que tal vez no lo he oído bien.

—¿Quieres decir sobre tú y ella? —pregunto con el ceño fruncido.

Jay yergue la espalda, cierra el lavaplatos y asiente.

—Sí, ¿te ha dicho algo? —repite.

No estoy segura de qué quiere decir.

—¿Como qué?

Me mira fijamente a los ojos, estudiándome. Luego se encoge de hombros, niega con la cabeza y sonríe tímidamente.

—Nada. Olvídalo.

—¿Va todo bien? —le pregunto.

Él asiente, pero hay algo en el modo en que aprieta los labios que me hace dudarlo. Por un momento, la cocina queda en silencio. Me siento incómoda, un poco desorientada. ¿De qué está hablando? ¿Acaso sucede algo que Violet no me ha contado?

Lo observo mordiéndome el labio, pero él no me mira, sino que se vuelve para echarle un vistazo a los números azules del reloj del microondas. Estoy a punto de preguntarle si está seguro de que no pasa nada, pero él habla antes de que yo lo haga.

—Voy a terminar de prepararme para ir al trabajo —dice.

Pero yo no quiero que se vaya. Todavía no. Me gusta hablar con él. Ojalá no fuera así, pero lo es.

—¿Y cómo te va? —suelto de repente. Es lo único que se me ocurre—. El trabajo, quiero decir.

—Bien. —Jay se encoge de hombros—. Pero sería mejor que fuera vestido. —Me sonríe—. No estoy seguro de que sea apropiado que el jefe se presente en la oficina medio desnudo.

—¡Qué anticuados! —digo, siguiéndole la broma—. ¿Es que acaso estamos en la década de los cincuenta?

—Entonces ¿crees que a nadie le importaría que me presente así? —me pregunta, bajando la mirada a su cuerpo y luego volviendo a levantarla hacia mí.

—A mí no me importaría —digo, y luego me sonrojo. Dios mío, ¿de veras acabo de decir eso en voz alta?—. Es broma. A ver, sí, es posible que llevar una camisa puesta tampoco sea tan mala idea —hablo con tal rapidez que apenas puedo pronunciar las palabras. Debe pensar que estoy pirada. Francamente, yo misma pienso que lo estoy.

La sonrisa de Jay se ensancha todavía más. Está claro que mi comentario le ha hecho gracia.

Por suerte me salva una campana metafórica: en ese momento, la puerta de entrada se abre y cierra ruidosamente. Violet ha llegado a casa.

—¡Lo siento mucho, Cait! —exclama—. Una de las madres me ha acorralado. No podía...

Entra en la cocina y se queda callada de golpe al ver a Jay.

—¡Oh! —dice—. Pensaba que ya te habrías marchado.

No puedo evitar sentirme avergonzada por el hecho de estar sentada en la cocina junto a su marido descamisado. Es como si

llevara escrito en la cara con un grueso rotulador negro que estoy colada por él. Noto cómo vuelvo a sonrojarme.

—Ya me iba —dice Jay, todavía con la taza de café en la mano. Luego coge su platillo de la encimera y lo deja en el fregadero.

—¿Así vestido? —pregunta Violet. Entonces enarca una ceja y me guiña un ojo. Jay hace una mueca que viene a ser una mezcla entre una sonrisa burlona y un mohín, y comienza a alejarse hacia el salón —. Un momento, Jay. Antes de que te vayas... —dice Violet a su espalda. Él se da la vuelta y se detiene bajo el gran arco del marco de la puerta—. Había pensado en invitar a Caitlin a la salida en barco de este domingo. Te lo apuntaste en la agenda, ¿verdad?

Sin esperar la respuesta de su marido, se vuelve hacia mí.

—Siempre hacemos una salida en barco para mi cumpleaños —dice—. Y había pensado que tal vez querrías venir. —Y luego, volviéndose hacia Jay—: Caitlin cumple años dos días antes que yo. Me pareció que sería divertido celebrarlo juntas. —Su mirada pasa de Jay a mí sin dejar de sonreír—. Me habría gustado preguntártelo antes, pero este año se me ha echado la fecha encima. ¿Te apetecería unirte a nosotros?

Siento una oleada de emoción. Pienso en el calendario que cuelga de la pared de mi dormitorio, con las fechas de los cumpleaños de ambas marcadas con un círculo hecho con rotulador. A medida que se iban acercando los días, esperaba cada vez con más ansias esta invitación. Esperándola, deseándola, anhelándola.

—¡Sí! —digo—. Me encantaría. Suena muy divertido. ¿Solo nosotros cuatro?

Violet asiente.

—¿Te parece bien?

—Claro que sí —contesto radiante. Más que bien, en realidad. Es genial, tal y como lo había imaginado.

—¿Has hecho la reserva? —pregunta Jay. Su voz suena extrañamente tensa.

Ella asiente.

—La semana pasada. ¿Por qué? ¿Tienes que trabajar? Ya le dije a Harper que...

—No, está bien —la interrumpe él—. No pasa nada.

—¡Perfecto! —dice Violet, volviéndose exultante hacia mí—. Tenemos hora a las diez.

Jay asiente.

—De acuerdo. —Y luego añade—: He de marcharme ya. Tengo una reunión a las nueve y media. —Coge el ejemplar de *Diez negritos* de la encimera y lo sostiene en alto—. Gracias de nuevo, Caitlin. Te lo agradezco.

—De nada —le contesto, y noto cómo mis mejillas vuelven a sonrojarse. No miro a Violet. Espero que no le importe que le haya traído el libro a su marido.

—¡Adiós! —dice ella cuando él se marcha de la estancia. Luego se vuelve hacia mí con una sonrisa—. Me alegro de que puedas venir con nosotros al barco.

Una calidez agradable recorre mi cuerpo. Me siento agradecida de que se haya acordado de mi cumpleaños, y todavía más de que quiera celebrar el suyo conmigo.

—Yo también. Gracias por la invitación, de verdad.

—¡Bueno, gracias a ti por el café! —dice Violet, señalando los dos cafés con leche que descansan sobre la encimera—. Mi favorito.

Llevamos nuestras tazas al sofá. Mientras estamos acomodándonos, Jay baja por la escalera, ahora ya completamente vestido. De su hombro cuelga una cartera de cuero y lleva un paraguas en la mano. Sonríe, se despide con la mano y yo me sonrojo por enésima vez. Unos pocos minutos después, comienza a

llover y Violet y yo observamos la lluvia por el ventanal del salón. Cuando nos terminamos el café, Violet coge unos álbumes de la estantería y me enseña algunas fotografías de su boda. Me encanta ver esas imágenes de ella y de Jay tan elegantes y con los rostros radiantes.

Estudio su perfil mientras ella se inclina sobre las lustrosas páginas del álbum, señalando distintas fotografías y contándome anécdotas de los invitados, como la del brindis del padrino que hizo sonrojar a la madre de Jay (algo relativo a los hábitos de cuidado personal de Jay antes de una cita). Intento concentrarme en sus palabras, pero mi mente no deja de divagar.

¿Qué ha querido decir Jay cuando me ha preguntado si Violet me había dicho algo sobre ellos dos? ¿Tienen problemas matrimoniales? ¿Se trata acaso de algo relacionado con la llamada que vi por la ventana unas semanas atrás? ¿Estaba hablando Violet con él? Había conseguido olvidarme de ello —de la ira en el rostro de Violet, de su expresión al arrojar el móvil al sofá— y había decidido finalmente que no debía tratarse de nada importante; Violet parecía estar bien. Al fin y al cabo, si ella y Jay tuvieran algún problema, me lo habría contado, ¿no?

Estas últimas semanas, Violet me ha confiado muchas cosas, como por ejemplo su miedo a no encontrar trabajo en Nueva York (sobre todo porque para ello debe aprobar antes el examen del colegio de abogados estatal y no tiene tan claro que pueda lograrlo), lo fuera de lugar que se siente con las otras madres de la escuela de Harper o incluso su temor a estar mimando excesivamente a su hija. Me cuesta creer que no me hubiera mencionado algo tan importante como sus problemas conyugales en caso de tenerlos. Ella confía en mí, sé que lo hace.

Finalmente, cuando Violet cierra el álbum, me aclaro la garganta, respiro hondo y le pregunto con timidez:

—¿Va todo bien?

Ella frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Muevo la cabeza.

—Me refiero a ti, si estás bien. —No quiero revelarle lo que me ha dicho Jay. No quiero que piense que estábamos hablando de ella a sus espaldas. Y tampoco quiero que él piense que no puede confiar en mí.

Ella sonríe. Su expresión es alegre y le brillan los ojos.

—Sí, estoy muy bien, gracias. ¿Quieres más café? Puedo preparar otra cafetera.

Yo asiento. Puede que tuvieran una pelea, pero que ya se hayan reconciliado. O quizá Jay solo quería averiguar cuán estrecha era la relación entre nosotras dos y si ella me hablaba de la vida sexual de ambos. Mirándola ahora, con esa diáfana expresión en el rostro, estoy segura: si algo fuera mal me lo contaría.

—Me encantaría otra taza —digo.

Cuando llega la hora de marcharme, Violet me acompaña a la puerta.

—¿Nos vemos el domingo? Te enviaré un mensaje de texto con la dirección —dice. Permanece en el umbral, apoyada contra el marco. El domingo celebraremos nuestros cumpleaños con una salida en barco.

Sintiendo de nuevo esa sensación de euforia, asiento y sonrío.

—Nos vemos el domingo —digo. Feliz cumpleaños para mí.

15

El sábado por la noche, pongo la alarma para despertarme al día siguiente a las siete y media de la mañana. Finalmente, sin embargo, no la necesito: a pesar de que me acosté pasada la medianoche, el domingo me despierto cuando sale el sol, justo antes de las seis.

Intenté ir a la cama temprano para estar descansada al día siguiente, pero estaba demasiado nerviosa para dormirme. Por más que lo intentara, no conseguía dejar de pensar en que iba a pasar el día con Jay. Sé que me prometí a mí misma que intentaría ser mejor persona en nombre de mi amistad con Violet, pero no puedo ignorar cómo me siento cuando estoy cerca de él, cómo se me acelera el corazón, el rubor en mis mejillas. Es inofensivo, me digo a mí misma, como la mayoría de los encaprichamientos. ¿Y quién no estaría coladita por él? Que yo sepa, sigo siendo una mujer con sangre en las venas.

Ahora me tomo mi tiempo para vestirme. Encuentro unos pantalones vaqueros oscuros en el fondo del armario y una blusa ancha de estilo bohemio que solía llevar cuando trabajaba en la escuela. Luego me lavo la cara y, tras ponerme las lentillas, rebusco en los cajones del cuarto de baño hasta que encuentro un frasco de base de maquillaje medio seca y colorete en crema. Aplico la base sobre un puñado de granitos que me han salido en la barbilla (algo con lo que no esperaba estar lidiando en la treintena, pero así estamos) y un poco de colorete en las mejillas. Es sutil, pero ayuda.

Antes de salir del dormitorio, me pongo el sombrero aquel de la tienda y el collar que Violet elogió. En el bolso, llevo una cajita con otro parecido. Lo encontré en la misma tienda. No es idéntico, ya que supuestamente el mío es una reliquia familiar, pero se parece mucho. Me lo envolvieron en papel dorado y remataron el paquete con un lazo. Me muero de ganas de dárselo.

En la cocina, me preparo unas tostadas y me sirvo una taza de café. Apenas puedo saborear el desayuno. Un cosquilleo me recorre todo el cuerpo. Un día entero con la familia Lockhart. Me siento tan afortunada que podría gritar. Cuando termino de desayunar, salgo a la calle. Hace una mañana despejada y en el cielo, de un azul radiante, no se ve ni una nube. El puerto deportivo está a poco más de un kilómetro y medio de mi apartamento, así que, en lugar de coger el metro, decido caminar.

Llego poco después, en apenas quince minutos en vez de los veinte que me indicaba el móvil, y me dirijo directamente al muelle. El aire aquí es distinto al de la ciudad: está más claro aún, es más limpio y tiene un regusto húmedo y salobre. Los yates y los veleros que hay a cada lado son grandes y se alzan imponentes. Sus relucientes exteriores brillan bajo los rayos del sol.

El tiempo es cálido, pero no llega a hacer calor. Una leve brisa se desliza por la superficie del mar. Es una mañana de verano perfecta, de esas que una se pasa todo el año esperando. La sonrisa que decora mi rostro parece inamovible.

Cuando me acerco al final del muelle, oigo la voz de Violet llamándome. Entrecierro los ojos y me llevo una mano a la altura de las cejas para tapar el sol.

—¡Hola, Caitlin! —Violet está de pie en la proa de un gran velero, saludándome con la mano. A su lado está Harper con el brazo

también en alto y agitándolo de un lado a otro. Ambas van tocadas con sombreros de paja y llevan gafas de sol de plástico rojo a juego.

Yo les devuelvo el saludo con una amplia sonrisa. Siento ganas de apretar a correr hacia ellas, rodearlas con los brazos y darles un fuerte abrazo.

Cuando llego al barco, Jay está a un lado y Violet y Harper detrás de él. Él me ofrece una mano y, tras cogerme a ella, subo a la embarcación. El barco se balancea con el cambio de peso y casi me caigo de espaldas. Rápidamente, Jay me coge por la cintura y me atrae hacia sí para evitarlo. De repente, nos quedamos cara a cara, tan cerca el uno del otro que puedo sentir su pecho contra el mío y el cosquilleo de su respiración en mis labios. Huele a chicle de menta.

—¡Cuidado! —dice él con una sonrisa, y todo el mundo se ríe. No me suelta de inmediato y, cuando al fin lo hace unos segundos después, exhalo la bocanada de aire que había estado conteniendo y el corazón me late con fuerza.

—Bienvenida a bordo —dice Violet extendiendo un brazo y haciendo un barrido para mostrar el barco—. ¡Y feliz cumpleaños!

—¡Gracias! ¡Felicidades a ti también! Esto es una maravilla —digo mirando a mi alrededor—. Nunca he ido en barco. ¿Vosotros venís mucho?

—Comenzamos la tradición en San Francisco —me explica Violet —. El primer año que pasamos allí, Jay me sorprendió con un crucero a la puesta de sol y desde entonces lo hacemos cada año. Con el tiempo, hemos ido subiendo un poco el nivel, ¿no, cariño? — se ríe con cierta timidez.

Jay sonríe de un modo extraño. No estoy segura de si no le gusta que su esposa presuma del dinero que tienen o si se trata de otra cosa. A lo mejor me equivoqué y sí tienen un problema del que no

estoy enterada. Miro a Violet, pero esta sigue sonriendo, imperturbable.

—Bueno, vamos a zarpar —dice Jay, y, al dirigirse hacia la popa, me roza y vuelvo a percibir el olor a menta. El corazón me da un vuelco.

—¿Te sirvo una copa? —me pregunta Violet sosteniendo en alto un vaso de plástico. A los pies tiene una nevera portátil de la que sobresale una botella de champán, así como otra de sidra espumosa. Ambas están abiertas y medio llenas.

—Claro que sí —digo yo. Ella coge la botella de sidra, pero la inclina con excesiva rapidez y el vaso se desborda, y cae un poco de sidra a la cubierta. Violet suelta un chillido y todos nos reímos.

—¡Ups! —dice, sosteniendo el vaso lo más lejos posible para no mojarse—. ¡Sería una pésima camarera! —Cuando las burbujas remiten, me tiende el vaso—. Para la cumpleañera. —Yo lo cojo con una sonrisa—. ¡Salud! —Violet alza el vaso. Harper y yo hacemos lo mismo.

—¡Salud! —decimos nosotras dos, y todas chocamos nuestros vasos.

La sidra es fresca y dulce, y sus efervescentes burbujas me hacen cosquillas en la boca. Es todo tan perfecto como lo imaginaba.

—¿Listas? —pregunta Jay, y nosotras asentimos.

Las tres nos sentamos en la proa —Harper en el regazo de su madre— para ir de cara al viento. A nuestra espalda, las velas se despliegan y se hinchan. El barco comienza a moverse, lentamente al principio y luego más rápido, hasta que salimos del puerto deportivo y comenzamos a surcar el mar abierto.

—Me encanta esto —dice Violet, inhalando profundamente—. Un compañero de Jay tiene un barco con el que a veces salimos. Es una de mis cosas favoritas en verano. Si nunca has navegado, deberías

pedirle que te enseñe —añade, señalando a Jay con un movimiento de cabeza.

—¿A navegar? —Me vuelvo hacia Jay. Está de pie en la popa del barco, sosteniendo un cabo con una mano enguantada. Lleva puestas unas gafas de sol Ray-Ban Wayfarer con montura de carey y tiene el pelo alborotado a causa del viento. Está más atractivo que nunca.

Ella asiente.

—Es divertido. Y más fácil de lo que parece.

Yo vacilo.

—¡Vamos, ve! —me anima ella con una sonrisa.

Me pongo de pie con mucho cuidado, pues pequeñas olas balancean el barco, y, con paso tambaleante, me dirijo hacia Jay. Echo un vistazo por encima del hombro a Violet, que ya se ha dado la vuelta y está señalándole algo a Harper —otro barco, tal vez— mientras esta asiente con energía.

Al acercarme a Jay, él me sonríe.

—¿Va todo bien? ¿No estarás mareada?

Yo niego con la cabeza.

—Violet me ha dicho que tal vez podías enseñarme a manejar los cabos. —Bajo la mirada a los que sostiene en la mano.

—Sí, claro, me encantaría. —Su sonrisa se ensancha aún más, dejando a la vista sus dientes blancos. Parece realmente entusiasmado por mi interés.

Sonrío.

—Genial —digo y, mirando las velas, los cabos y las poleas, añado —: Aunque parece complicado.

Él se ríe.

—No lo es para nada. Comenzaremos por lo básico. Esta es la caña del timón —dice, señalando una especie de palanca de madera

—. Con ella se maneja el barco.

Asiento.

—Entendido.

—Adelante, pues —dice, como desafiándome.

Con cierta vacilación, extiendo una mano y envuelvo los dedos alrededor de la caña. Luego me vuelvo hacia él.

—Un buen agarre —dice en un tono burlón. Me sonrojo de golpe y noto como el calor se extiende por todo mi cuerpo.

Vuelve a sonreír y se muerde el labio. Dios mío, qué guapo es. Me llevo la mano libre a la nuca, todavía ardiente. ¿Está flirteando conmigo?

—Y estos cabos se llama escotas. —Sin dejar de sonreír, Jay señala unos cabos—. Cada una hace referencia a la vela que controla. Esta —señala la que tenemos justo encima— es la vela mayor. La que hay delante, hacia la proa, es el foque. Así, cuando quieres mover la vela mayor, usas la escota de la mayor; y si quieres mover el foque, tiras de la escota del foque. ¿Lo pillas?

Yo trago saliva haciendo ruido, concentrándome al máximo para que mi sonrojo se disipe.

—Sí. Parece fácil —consigo decir.

Él me enseña entonces la botavara, a la que, al parecer, he de vigilar si no quiero que me tumbe de un golpe, así como los estayes y los obenques, que parecen alambres, y las drizas, que también parecen alambres.

—¿Me sigues? —me pregunta Jay.

—Ajá —asiento, procurando sonar convincente. Pero no lo sigo para nada. En realidad, me cuesta concentrarme en otra cosa que no sea el modo en el que su brazo no deja de rozar el mío.

—Perfecto. La navegación propiamente dicha es muy simple. Para empezar solo hay que seguir unas pocas reglas. En primer lugar, no

puedes navegar en contra del viento. De modo que, si queremos ir allí —señala un punto justo delante de nosotros—, tenemos que navegar cuarenta y cinco o cincuenta grados a la izquierda o derecha del viento, y luego hacerlo en la otra dirección. A eso se le llama «navegar de bolina», y se hace moviendo las velas de las que acabamos de hablar.

—Esto ya no parece tan fácil. Ahora parece más bien una clase de matemáticas.

Jay se ríe.

—Una vez que le pillas el tranquillo, te prometo que es muy fácil. Mira lo bien que has manejado la caña del timón —me guiña un ojo.

Yo vuelvo a sonrojarme y las piernas me flaquean.

—En serio, ya lo verás —prosigue—. ¿Estás lista para probarlo? —Retrocede un paso y me indica que ocupe su lugar.

—¿Qué? Ni hablar —digo, negando con la cabeza y alzando ambas palmas—. ¡Haré que volquemos! ¡Será como el *Titanic*, segunda parte!

Jay sonríe divertido.

—Yo iré indicándote qué debes hacer —dice—. El único modo de aprender es practicando. Y, por suerte para nosotros, en el East River no hay icebergs. Vamos, coge esta escota —dice, tendiéndomela—. La mano derecha sobre la izquierda.

A regañadientes, hago lo que me dice. A decir verdad, sin embargo, si me pidiera que saltara del barco con un ladrillo atado a un tobillo, probablemente también lo haría. ¡A la orden, capitán!

Cojo el grueso cabo trenzado y tiro de él.

—¿Así? —Miro a Jay por encima del hombro.

—Un poco más alto. —Jay se acerca a mí y, tras rodearme con los brazos, posa sus manos sobre las mías y, haciéndolas deslizar por el cabo, me las coloca un poco más arriba. El corazón se me acelera

ante la cercanía de nuestros cuerpos—. Perfecto. Ahora tira inclinándote un poco hacia atrás.

Hago lo que me dice, apoyándome en su pecho. Es cálido y firme. ¿Es imaginación mía o se ha acercado más a mí?

—Muy bien —dice. Noto su aliento en el pelo, en la oreja, en el cuello. Quiero cerrar los ojos, pero no lo hago. Mantengo la mirada al frente y el cuerpo rígido.

La proa del barco comienza a girar.

—¡Oh! —digo, sorprendida por el movimiento y volviéndome para mirar a Jay. Él se ríe.

—Mola, ¿eh?

Yo asiento. Empezamos a ganar velocidad. Cojo el cabo con más fuerza. Sus brazos todavía me rodean.

—Muy bien. Ahora suelta y tira de aquí. —Me guía las manos a otro cabo—. ¡Cuidado con la botavara! Ahora suelta un poco y vuelve a tirar. Así, muy bien.

El barco comienza a moverse en la otra dirección. Él retrocede un paso.

—¿Ves? ¡Ya estás navegando! —dice con orgullo.

Yo le sonrío.

—¿Estoy navegando?

—¡Estás navegando! Eso es todo. Bueno —se ríe—, no exactamente, pero es un comienzo. Ajustaremos la mayor cuando el viento cambie. Hasta que lo haga, puedes relajarte y disfrutar del trayecto.

—¿Dónde has aprendido todo esto? —le pregunto.

—En un campamento de verano. Cuando tenía diez años.

Por supuesto. Los únicos barcos que había en el campamento de verano al que fui yo eran unas canoas viejas y herrumbrosas que flotaban en un lago cálido y cenagoso de Carolina del Sur. Aunque a

ninguno de nosotros le importaba, la verdad. Los pies se nos hundían en el cieno al adentrarnos en las aguas turbias y al subir a las canoas debíamos tener mucho cuidado de no volcarlas. No era más que un campamento diurno de mala muerte que organizaba la YMCA; mi madre no podía permitirse enviarme a uno con cabañas, literas y hogueras en el que pudiera quedarme a dormir. ¿Navegar a vela? Sí, claro.

Jay se percata de mi expresión y se ríe.

—¿Qué?

—Solo estaba pensando en los botes que había en el campamento al que fui yo. Nos dijeron que se trataba de canoas, pero parecían más bien viejas latas de sardinas. Usábamos ramas que encontrábamos en la orilla a modo de remos.

—Yo estaba becado, si eso te hace sentir mejor —dice—. No teníamos mucho dinero cuando era pequeño.

—¿De veras? —digo. Me vuelvo hacia él, sorprendida—. No pareces... —No llego a terminar la frase.

—¿No parezco qué? ¿Pobre? —Sonríe irónicamente—. Gracias, supongo. Pero lo era. Mis padres no terminaron el instituto, de modo que siempre tuvieron empleos de mierda. Llegábamos a fin de mes, pero nunca teníamos mucho más.

Ambos nos quedamos callados. Él ya no me mira, sino que permanece con la mirada al frente. Yo me aclaro la garganta y digo:

—Yo también crecí sin dinero. Mi madre trabajaba de empleada doméstica, pero tenía problemas de salud y faltaba muchos días al trabajo, así que siempre terminaban echándola. Nos mudábamos a menudo porque no podíamos pagar el alquiler.

Es lo más sincera que he sido con nadie en mucho tiempo. Ni siquiera con Violet lo he sido tanto. Quizá porque él era como yo, un niño pobre que solo quería encajar.

Esta vez, cuando Jay me mira es como si lo hiciera por primera vez. Asiente lentamente.

—Es muy duro crecer así. Yo lo odiaba.

—Yo también. Y esa es la razón por la que nunca se lo contaba a nadie. Me inventaba excusas para no tener que invitar a nadie a nuestro apartamento. Y puesto que nadie venía a visitarnos, podía decirles a los demás que vivíamos en una mansión. Y que mi padre era una estrella de cine de Hollywood. Pensaba que así conseguiría gustarle a la gente. —Me encojo de hombros.

Jay asiente.

—Es difícil explicarles a los demás lo que supone crecer así. No creo que Violet haya llegado a comprenderlo nunca. Aunque, claro, tampoco debería sorprenderme.

—¿Por qué? —pregunto.

Hace un leve gesto con los hombros.

—Su familia siempre ha tenido dinero. Su padre es un importante abogado, y Violet trabajó en su bufete de San Francisco, pero ya venía de una familia rica. Antes de morir, la abuela de Violet creó un fondo fiduciario para ella.

Yo frunzo el ceño, confundida. Ella nunca ha mencionado que su familia tuviera dinero. Ni un fondo fiduciario. Pero tiene sentido: la gran casa unifamiliar, la ropa cara, la despreocupación con la que se desenvuelve. Aun así, me sorprende que no surgiera la cuestión.

Él vuelve a reparar en mi expresión.

—No suele hablar de ello. Cree que la gente la miraría de un modo distinto si lo supiera. Incluso en Brooklyn, donde todo el mundo proviene de una familia rica. Me parece que le gusta que los demás piensen que nos hemos hecho a nosotros mismos, aunque no estoy seguro de la razón. Aquí a nadie le impresionan los nuevos ricos. —Percibo cierto resentimiento en su tono de voz—. Es curioso,

crecí deseando tener el dinero que tiene la familia de Violet, pero ella solo quiere ocultarlo.

—A no ser que seas miembro del Club de los Niños Pobres, no puedes entenderlo, ¿verdad? —Suelto una risita—. Un club para el que no hay cuotas, gracias a Dios.

Jay también se ríe.

—Me alegro de que hayas venido hoy. Me gustas.

Se me ilumina el rostro.

—A mí también me gustas tú. —Y lo digo en serio. Más de lo que nunca podría llegar a confesarle.

Y entonces:

—¡Oh! —exclamo, sorprendida—. Eso se ha movido. Lo de la dirección.

—¡Buen ojo! De acuerdo, coge la escota de la mayor. Así, muy bien. Ahora tira un poco. ¡Eso es, muy bien! Aprendes rápido —dice con aprecio.

Me encojo de hombros con modestia, aunque por dentro estoy eufórica. Le gusto.

Jay se sienta en el banco que hay a mi lado y, juntando las manos detrás de la cabeza, se inclina hacia atrás con los ojos cerrados y la cara al viento. Este le alborota el pelo, poniéndoselo de punta. Es tan guapo que casi duele. Aparto la mirada y me vuelvo hacia el mar antes de que abra los ojos y me pille mirándolo fijamente.

Durante la siguiente hora, Jay me enseña a acelerar y reducir la velocidad, a cambiar de dirección y a maniobrar las velas. Yo lo escucho atentamente, deseosa de agradarle. Mueve mis manos y mi cuerpo para colocarlos en la posición correcta, demostrándome la técnica adecuada. Cuando me toca, siento que ardo. El aire es cálido y húmedo y el rocío del mar nos salpica el rostro y nos moja la piel.

Una vez, solo una, me permito a mí misma imaginar que su boca se posa sobre la mía y saboreo la sal en sus labios y su lengua.

Finalmente, Jay consulta su reloj.

—¿Tienes hambre? —pregunta—. Podemos tomarnos un descanso.

En realidad, no quiero (resulta demasiado fácil fingir que estamos él y yo solos en el barco), pero asiento.

—Sí, claro. Me parece bien.

Él ahueca las manos a ambos lados de la boca y grita con fuerza para que Violet lo oiga:

—¿Te parece bien almorzar aquí?

Desde el otro lado del barco, ella alza los pulgares.

Jay se vuelve hacia mí.

—Ahora ya me encargo yo. Voy a echar el ancla. Me reuniré con vosotras en unos minutos.

Comienzo a alejarme, pero me vuelvo un momento hacia él:

—Gracias —le digo.

—¿Por qué? —Él ladea la cabeza.

—Por enseñarme. Por dejarme manejar el barco contigo.

—De nada. —Una sonrisa traviesa se forma en sus labios—. A lo mejor la próxima vez puedes enseñarme tú algunas cosas. —Está intentando hacer que vuelva a sonrojarme. Lo consigue.

—¡Basta ya! —digo, dándole un pequeño empujón en el hombro. Ahora entre nosotros hay una confianza, una cercanía que antes no había.

—¿Basta de qué? —Se ríe y una cálida sensación recorre mi cuerpo. Yo niego con la cabeza, riéndome también.

—Eres lo peor.

—Solo bromeaba —dice—. En serio, me alegro de que te lo hayas pasado bien.

Nos quedamos ahí de pie, sonriéndonos el uno al otro hasta que, finalmente, señalo con el pulgar a Violet y Harper.

—Bueno, voy tirando. Nos vemos ahora. —«*Cool*, Sloane. *Très cool*.»

Me vuelvo y camino con cuidado hacia la popa del barco, que no deja de mecerse a causa de las olas. Tengo que cogerme a la baranda para no caer.

—¿Qué tal? —pregunta Violet cuando me siento frente a ella.

—Tenías razón —digo—. Ha sido muy divertido.

A Violet se le ilumina el rostro.

—Sabía que te gustaría. —Vacía su vaso como si hubiera brindado consigo misma para celebrar un trabajo bien hecho. Parece más tranquila de lo habitual, más relajada. Al percatarse de que la estoy mirando, alza el vaso en mi dirección y me guiña un ojo.

Al instante, me siento culpable. Es una muy buena amiga. ¿Y cómo se lo devuelvo yo? Flirteando con su marido, deseando que sea mío y que me bese. Me obligo a mí misma a sonreírle. Nunca haría nada, me digo a mí misma. No es más que un encaprichamiento ridículo, como la obsesión que sentí en el instituto por Robert Pattinson: lujuriosa, febril y perpetuamente confinada a los rincones más oscuros de mi dormitorio, donde noche tras noche fantaseaba con que él hundía sus colmillos de vampiro en mi tierna carne adolescente.

Unos pocos minutos después, Jay aparece con una neverita y una bolsa marrón con comida. Deja ambas cosas entre nosotras y se sienta a mi lado, frente a Harper y Violet. Su muslo roza el mío y nuestras miradas se encuentran.

«Solo es un encaprichamiento», me digo. En realidad, sin embargo, sé que no es así.

—¿Más sidra? —pregunta Violet, alargando una mano hacia la neverita. Tanto Jay como yo asentimos y le ofrecemos nuestros vasos. A pesar de que solo es sidra, me siento un poco borracha, mareada y eufórica, embriagada por el aire salado y lo bien que estoy pasándomelo. Y por Jay. Y su pierna—. Para ti —dice Violet, tendiéndome mi vaso—, y este otro para ti. —Se lo da a Jay. Luego coge el suyo y lo alza para chocarlo con el mío—. ¡Por mi gemela Géminis!

Yo sonrío y choco mi vaso con el suyo.

—¡Salud!

Jay mete una mano en la bolsa de papel marrón.

—¿Quién tiene hambre? —pregunta.

—¡Yo! —exclama Harper, extendiendo un brazo al cielo y agitándolo incontroladamente—. ¡Tengo tanta hambre que podría comerme diez sándwiches!

—¿Y si empiezas por uno? —dice Jay afablemente, que tras desenvolver unos bocadillos de fiambre, abre unas pocas bolsas de patatas fritas y otra de uvas y lo reparte todo. Comemos con calma mientras el barco se mece en el agua y las velas ondean al viento.

—Por alguna razón, estar en un barco me da muchísima hambre —dice Violet, abriendo una segunda bolsa de patatas fritas—. ¿Vas a terminártelo, Jay? —le pregunta con los ojos puestos en el sándwich de su marido.

—Ten, puedes terminarte el mío —le digo yo rápidamente. Solo he comido la mitad y se lo tiendo, contenta de hacerla feliz.

—Será mejor que le des las gracias a Caitlin, Jay —dice Violet, guiñándome un ojo—. De no ser por ella, te morirías de hambre.

—Gracias, santa Caitlin. Vuelves a ser mi heroína. —Me lanza de nuevo esa sonrisa pausada que me hace temblar. Me sonrojo y le sonrío también.

Cuando hemos terminado de comer y ya está todo recogido, Violet junta las manos y pregunta:

—¿Repartimos los regalos?

—¡Sí! —exclama Harper dando botecitos en su asiento—. ¡Abre el mío primero! ¡Abre el mío, abre el mío!

Violet se ríe, rodea la cabeza de Harper con una mano y, acercándola hacia sí, le da un beso en una mejilla.

—Está bien, cariño, abriré el tuyo.

Jay mete la mano en una bolsa grande y le da a Harper dos regalos envueltos en papel plateado.

—Dáselos a mamá —le indica.

Harper obedece exultante y, llena de orgullo, se los da a Violet.

—¡Este es el mío! —dice, sosteniendo en alto el más grande de los dos.

Violet deshace el lazo y rompe el envoltorio. Dentro hay una gran caja blanca. Violet abre la tapa y saca su contenido. Es una bata rosa, de un aspecto tan suave que te dan ganas de hundir la cara en ella.

—¡Me encanta! —dice. Pasa una mano por el suave tejido—. ¡Gracias, Harpie, es preciosa!

—¡La elegí yo misma!

—Es cierto —confirma Jay—. Nos pasamos toda una tarde buscando el regalo perfecto, y decidió que era este.

Violet abraza a Harper y la cubre de sonoros besos. Entre chillidos y risitas, la niña se contonea para liberarse.

—¡Ahora abre el de papá!

Violet se vuelve hacia Jay y coge el segundo paquete. Lo desenvuelve con cuidado, más que con el regalo de Harper, y le da la vuelta con las manos, estudiándolo. Es un libro, un ejemplar en tapa dura de un título de Bill Bryson.

Abre la cubierta y luego pasa a la página del título. Ambas están en blanco. Rápidamente, cierra el libro y levanta la mirada hacia Jay con una sonrisa.

—Gracias, Jay. Bryson es su favorito —dice, volviéndose hacia mí —. ¿Has leído alguno de sus libros?

Yo niego con la cabeza. He oído hablar de él —es un escritor de viajes, creo—, pero nunca he leído nada suyo.

—Es el mejor —dice Jay—. *En las antípodas* es mi favorito.

—Por eso fuimos a Australia en nuestra luna de miel —añade Violet.

Jay cambia de postura y se aclara la garganta.

—Bueno, deberíamos... —comienza a decir, pero lo interrumpo.

—Espera, yo también tengo algo para Violet —digo al tiempo que extiendo un brazo para coger mi bolso—. Aquí está.

Saco la pequeña caja envuelta en papel de regalo y se la tiendo. El corazón se me acelera y el estómago se me revuelve como si hubiera montado en una montaña rusa demasiado rápida. ¿Y si no le gusta? ¿Y si piensa que es una estupidez? ¿O que es feo? A lo mejor elogió mi collar solo por educación. Sonrío. Mis labios están tensos.

Violet lo coge devolviéndome la sonrisa. Deshace el lazo y retira el envoltorio. Luego abre la tapa de la cajita dejando a la vista el collar. Sus pequeñas perlas relucen bajo la luz del sol.

—Es como el mío —digo tímidamente—. Como el de mi abuela.

—Gracias, Caitlin —dice en voz baja, levantando la mirada hacia mí. El viento le ha alborotado el pelo y unos mechones sueltos y enmarañados le enmarcan la cara—. Me encanta.

Aliviada, una sonrisa se extiende por mi rostro. Le gusta. Aunque me doy cuenta de que no se lo pone. Siento una punzada de decepción. Entonces veo que se da la vuelta y rebusca algo en una

gran bolsa de tela. Cuando se vuelve otra vez hacia mí, sostiene una bolsita de regalo rellena de papel de seda dorado.

—Los genios piensan igual... —dice, guiñándome un ojo.

—¿Es para mí? —digo, aunque obviamente lo es. No quepo en mí de gozo. Violet asiente.

Emocionada, meto una mano en la bolsa y mis dedos rozan un sobrecito. Es un cuadrado de papel de seda doblado. Lo saco y lo desenvuelvo. Dentro hay un colgante de oro que cuelga de una fina cadena, también de oro. El colgante es un cuadrado metálico del tamaño de una moneda de cinco centavos y con un estallido estelar grabado. Parece una antigüedad, una reliquia del pasado, pero lo he visto con anterioridad. En el cuello de Violet.

—Yo también tengo uno. —Sonríe y, tras meter las manos por el cuello del suéter que lleva puesto, saca la cadenita para enseñármela.

—Gemelas Géminis. —El corazón se me desborda.

—¿Quieres que te lo ponga? —pregunta, y yo asiento, incapaz de hablar. Coge el collar de mis manos y se acerca a mí. Cuando se inclina para cerrar el broche, noto su aliento en la nuca, ligero y suave—. Veamos qué tal —dice, y se echa hacia atrás.

Alzo la barbilla y yergo la espalda.

—Te queda genial —declara Violet, y tanto Harper como Jay asienten. Entonces anuncia—: ¡Ha llegado el momento del pastel! —Mete las manos en otra bolsa y saca una caja con una tapa de plástico dentro de la que hay un pequeño pastel. A continuación, abre la tapa y coloca con cuidado dos velas en el glaseado. Luego enciende las mechas y Jay y Harper comienzan a cantar a grito pelado y desafinando.

Miro a mi alrededor a Violet, Jay y Harper, todos con el pelo alborotado por el viento y las mejillas sonrosadas, y no recuerdo

haber sido nunca tan feliz. Cierro los ojos y soplo mi vela.

16

Han pasado unas pocas semanas desde la salida en barco y estoy repantigada en el sofá de casa de Violet. En la calle, la humedad de principios de julio es como una manta espesa y opresiva. Dentro de casa el aire acondicionado está a tope, pero el calor todavía persiste en nuestras extremidades.

Trabajo oficialmente como niñera de Harper a tiempo completo. Voy a casa de los Lockhart cinco días a la semana y, a veces, el sábado o el domingo (y, a veces, ambos días). Aun así, tengo la sensación de que soy algo más que una mera niñera. Es como si hubiera pasado a formar parte de la familia: tal es mi implicación en su día a día, en sus vidas. Aquí me siento en casa. Como por ejemplo hoy: en estos momentos estoy tendida junto a Violet con la cabeza apoyada en un reposabrazos del sofá y ella con la suya en el otro, abanicándonos ambas con unas revistas. Mientras las páginas se agitan, la letra de una canción de Taylor Swift me viene de repente a la cabeza. Esta situación es una buena representación del título de la canción: podría decirse que es cosa del karma, dulce como la miel.

Harper está durmiendo en el piso de arriba. En vez de ir al parque, hemos hecho una cama de almohadas en el suelo de su habitación. Ella ha encajado entonces su pequeño cuerpo entre ambas y Violet y yo hemos comenzado a leerle cuentos en voz alta por turnos. Cuando he terminado mi libro, Harper me ha suplicado que le leyera otro, de modo que lo he hecho. Contar historias era lo

que más me gustaba hacer en la escuela. Me encantaba tener a todos los niños sentados en círculo a mi alrededor, con las piernas cruzadas sobre la moqueta y las pequeñas barbillas apoyadas en las manos. Yo iba cambiando de voz según el personaje y mantenía el libro abierto de cara a ellos para que pudieran ver los dibujos. Mientras leía, Harper se ha acurrucado debajo de mi brazo, pegándose más a mí. Y, para cuando he terminado, tenía los ojos cerrados.

Hemos salido del dormitorio de puntillas y Violet ha cerrado suavemente la puerta a nuestra espalda. Luego hemos bajado la escalera sin hablar y procurando no hacer ruido. En el salón, Violet se ha desplomado en un extremo del sofá y yo me he acomodado en el otro.

Ahora ella recuesta la cabeza y cierra los ojos.

—No sé quién fui en mi vida anterior para merecer una niña que todavía hace la siesta a su edad, pero debí ser alguien realmente bueno —dice.

—Como poco la Madre Teresa —digo, mostrándome de acuerdo.

—O Juana de Arco. —Alza la cabeza y abre los ojos.

—Tal vez Eleanor Roosevelt. Entre otras cosas, fue fundamental en el movimiento por los derechos de las mujeres. No era muy guapa, la pobrecita, pero eso no la detuvo. Dejó un legado enorme.

Violet se ríe.

—Bueno, quizá alguien menos honorable, como...

Su móvil la interrumpe. Se ha puesto a vibrar ruidosamente sobre la mesita de centro. Ambas nos volvemos hacia él.

—Lo siento —dice. Lo coge y frunce el ceño al ver la pantalla. Cuando vuelve a levantarla, exhala un suspiro—. Jay se ha olvidado un *pendrive* que necesita para una presentación a un cliente. Quiere que se lo lleve a la oficina.

Vuelve a mirar la pantalla del móvil y luego otra vez a mí.

—¿Te importa que vaya? No tardaré. Treinta minutos, cuarenta y cinco como mucho. A no ser que muera de un ataque al corazón en el camino de vuelta.

—Claro que no —digo yo, encogiéndome de hombros—. ¡Por eso estoy aquí!

Violet me sonríe.

—¡Eres la mejor! Estaré de vuelta en un santiamén.

Sube la escalera a toda velocidad y, unos pocos minutos después, regresa con un pequeño artilugio en la mano. El *pendrive*.

—Ahora vuelvo —dice—. ¡Llámame si necesitas algo!

Luego cierra la puerta de entrada tras de sí y se oye un clic cuando hace girar la llave en la cerradura. La casa se queda en silencio. Solo se oye el zumbido de la nevera en la estancia contigua. Echo un vistazo alrededor del salón, evaluando la situación. Entonces me pongo de pie.

No es nada habitual que esté aquí sola, sin Harper dibujando en un rincón o sentada a la encimera de la cocina tomándose la merienda. Resulta raro estar así; es como si tuviera la casa para mí.

Deambulo sin rumbo fijo por el salón, primero hacia la mesita auxiliar que hay junto al ventanal, donde examino una a una las revistas que hay apiladas; luego a la librería, donde paso los dedos por los lomos de los libros. *Thrillers* populares, ediciones baratas de novelas de misterio. También unos pocos clásicos: *Orgullo y prejuicio*, *Fiesta*, *Al este del Edén* y... *El gran Gatsby*. Sonrío y lo cojo. El lomo cruje cuando lo abro, como si estuviera cerrado desde hace mucho. Tiene ese olor característico de los libros viejos, como a polvo y naftalina. Acerco la nariz y lo inhalo profundamente. Luego lo abro por la portadilla.

En tinta negra y con grandes letras redondeadas: «A mi Gatsby. Haces que mi corazón cante. Por muchos muchos más. xx».

Fue un regalo de Violet a Jay.

Me la imagino dándole a su marido por su cumpleaños el paquete envuelto en papel y atado con un cordel, quizá a primera hora, en la cama, después de haberlo sacado de debajo de una almohada. Luego los visualizo a ambos ataviados con sus respectivos pijamas (ella con una de las camisetas de él, cuyo tamaño la empequeñece, y él solo en calzoncillos bóxer). Él habría sonreído al abrirlo y habría levantado la mirada hacia ella mientras Violet lo examinaba con ojos impacientes y las manos juntas como si rezara.

Luego se habrían tumbado en la cama y habrían leído pasajes juntos, Jay con la cabeza apoyada en la barriga de su esposa mientras ella le acariciaba el pelo con los dedos. Tal vez ese día ya no salieron de la cama salvo para hacer café y abrirle la puerta a un repartidor, y luego volvieron a la cama para comer pizza y helado directamente del envase.

Vuelvo a cerrar el libro con cuidado. El lugar del estante en el que se encontraba me recuerda al hueco de un diente caído. De repente, me siento inquieta e incómoda. Aunque, en realidad, no es ese espacio vacío en el estante lo que me molesta.

Se trata de la pregunta que Jay me hizo en la cocina unas pocas semanas atrás. «¿Te ha dicho algo sobre nosotros?» ¿Acaso tienen problemas? Parece improbable, pero ¿qué otra cosa podría ser? ¿Han estado discutiendo? Odio pensar que pueda haber un secreto entre nosotros, algo que Violet no me haya contado. Varias veces he querido preguntárselo, pero el comentario de Jay parecía algo privado entre él y yo, y temía violar su confianza si decía algo. Es como si estuviera atascada entre ellos dos mientras ambos tiran de

mis brazos. Me gustaría cortarme por la mitad y darle una parte a cada uno.

Vuelvo a dejar el libro en la biblioteca y me dirijo a la cocina. Ahí, cojo una lata de refresco de la nevera y la abro. Al tirar de la pestaña, el chasquido metálico resuena en el silencio. Le doy un sorbo y miro a mi alrededor. El reloj del microondas indica que son las dos y cuarto. Violet se ha marchado hace apenas quince minutos. Regreso al salón. Debería sentarme, sé que debería hacerlo, pero no lo hago.

Resisto la tentación todo lo que puedo. Luego dejo la lata sobre la mesita de centro y me dirijo lentamente hacia la escalera que conduce al primer piso. Al llegar al pie, me quito las zapatillas deportivas y las dejo una al lado de la otra en el primer escalón. Poso una mano sobre el pasamanos con mucha suavidad, como si estuviera hecho de cristal.

Exhalo una profunda bocanada de aire y asciendo silenciosamente los escalones enmoquetados. Al llegar a lo alto de la escalera, me detengo un momento. A mi izquierda, hay una puerta cerrada. El dormitorio de Harper. Doy un paso hacia ella. De su interior procede un zumbido amortiguado. A medida que me acerco, se oye cada vez más alto. Es su máquina de ruido blanco. Violet la ha encendido antes de que bajáramos al salón. Son olas, creo, o el latido de un corazón: un sonido uniforme y relajante. A medio pasillo hay otra puerta cerrada, y, al otro extremo, una tercera que está entreabierta. Me dirijo hacia ella. Al acercarme, veo los pies de una cama: es el dormitorio de Violet y Jay. Con cuidado, abro esa puerta del todo.

El suelo cruje cuando entro. Los tablones de madera de color caramelo protestan bajo mi peso. El dormitorio es luminoso y espacioso, con dos grandes ventanas que dan a la calle. Hay una bici

Peloton en un rincón con unos pantalones cortos sobre la pantalla. La cama, de estilo *mid century*, es de madera, pero todo lo demás es blanco. Las vaporosas cortinas, las sábanas de lino, la funda del edredón, los cojines decorativos. Paso una mano por la suave colcha e inhalo profundamente. Huele igual que un jardín de gardenias o lilas en primavera, el olor de Violet.

La cama está flanqueada por dos mesitas de noche y sobre cada una hay una lamparita dorada. En una, descansan también unos pocos libros de tapa dura y un paquete de Kleenex. En la otra, una bandejita que hace las veces de joyero y una crema de manos. Me dirijo hacia el lado de Violet, más cercano a la ventana, y me siento. El colchón se hunde ligeramente bajo mi peso. Me tiendo con cuidado, recuesto la cabeza en la almohada y coloco las piernas sobre la cama. A juzgar por el olor a detergente y suavizante, las sábanas están recién lavadas. Cierro los ojos e inspiro con fuerza la fragancia.

Luego abro los ojos y me coloco de costado, de cara al lado de Jay. Me quedo mirando su almohada e intento imaginármelo a mi lado, tan cerca que casi puedo tocarlo. Recuerdo la sensación de su pecho contra mi espalda en el barco. Ancha, firme. Desde entonces solo lo he visto unas pocas veces de pasada, pero no he olvidado cómo bromeaba conmigo mientras tenía sus manos sobre las mías y nuestras piernas se rozaban.

Vuelvo a incorporarme y, tras levantarme de la cama, me dirijo a las ventanas. Aparto con una mano las cortinas y miro al exterior. Unos pocos niños están jugando en la acera al otro lado de la calle; dos de ellos se lanzan una pelota el uno al otro mientras otros permanecen sentados en la escalinata de una casa, mirándolos. A través del cristal, oigo sus gritos y vítores amortiguados.

Podría pasarme horas contemplando por esta ventana cómo la vida del barrio se desenvuelve ante mí: una pequeña y hermosa viñeta del distrito. Casi parece un escenario por el modo en el que el sol se filtra por las ramas de los árboles, iluminando la acera como un foco.

Probablemente es lo primero que Violet ve al levantarse de la cama. Se despereza estirando los brazos por encima de la cabeza y luego se dirige a la ventana y descorre las cortinas para dejar que entre la luz matutina. Puede que entonces Jay suelte un gruñido de protesta y tire del edredón para taparse la cabeza.

¿Qué hace ella a continuación? ¿Se viste? Examino la habitación. Hay dos puertas en la pared opuesta a la cama, ambas cerradas. Cruzo la estancia y abro la que está más cerca, la de la derecha.

Es un pequeño vestidor. A la izquierda, está la ropa de Jay; a la derecha, la de Violet. El lado de él está organizado según el tipo de prenda —en primer lugar, pantalones, tanto de vestir como vaqueros, luego camisas y finalmente chaquetas—, el de ella por colores. Debajo de los colgadores hay una serie de pequeños cajones. Abro el superior y descubro la ropa interior de Violet. Docenas de tangas de encaje y sujetadores con y sin aro a juego. Acaricio la tela. ¿Es esto lo que le gusta a Jay? Imagino a Violet con uno de estos conjuntos. ¡Claro que es lo que le gusta! Siento una punzada de celos y, a continuación, una oleada de culpa. Cierro el cajón.

En la parte trasera de la puerta del vestidor hay dos albornoces colgados: el de ella es de seda de color lavanda y está ribeteada con pequeños pimpollos cosidos a mano; el de él, de algodón gofrado de color blanco. Cojo el de Violet y me lo pongo encima de la camiseta y me ato el cinturón. Noto la frescura de la tela en la piel.

En el lado de Violet hay un estante sobre el colgador de ropa con un montón de cajas alineadas. Extiendo los brazos y bajo una de las cajas para echarle un vistazo. En su interior hay un par de zapatos de tacón de aguja de color carne en cuyas suelas puede leerse TOM FORD en grandes letras mayúsculas. Probablemente cuestan tanto como el alquiler mensual de mi apartamento. Vuelvo a cerrar la caja y, tras dejarla en su lugar, cojo la que hay al lado. Al inclinarla hacia mí, algo se desliza por el interior de la caja de la parte trasera a la frontal y se oye un golpe sordo. Con el ceño fruncido, levanto la tapa. Dentro, junto a un par de zapatos de tacón de Manolo Blahnik, veo un móvil.

Es un pequeño móvil plegable de plástico gris. Desconcertada, me lo quedo mirando fijamente. Luego, una serie de imágenes acude a mi cabeza de repente: Violet en el salón hablando por el móvil el día en el que, apostada detrás de uno de los olmos que hay en la calle frente a su casa, estuve observándola a través del ventanal; Violet poniendo fin a la llamada; Violet plegando el móvil cuando hubo terminado. Plegándolo. No estaba hablando con su iPhone, sino con este móvil.

Con cuidado, lo cojo y lo abro. La pantalla está oscura. El móvil está apagado. Vacilo, pero solo por un segundo. Mantengo apretado el botón de encendido. La pantalla se ilumina y el móvil se enciende. A continuación, aparece una pantalla de bloqueo. Está protegido por una contraseña. ¿El cumpleaños de Harper? ¿El de ella? Comienzo a teclear los números, pero luego niego con la cabeza. No. No puedo. No debería. Pero termino haciéndolo.

Tecleo la fecha del cumpleaños de Harper y contengo el aliento. No, esa no es la contraseña. Pruebo la del de Violet. Tampoco. ¿Quizá el cumpleaños de Jay? Cuatro de enero, justo después de las fiestas. Violet me comentó en una ocasión lo difícil que le resultaba

pensar qué regalarle tan pronto después de la Navidad. Cuando lo hizo, me pasé el resto del día imaginando qué le regalaría yo si fuera ella: un reloj con nuestras iniciales grabadas en el dorso o un jersey de marinero de lana que hiciera juego con sus ojos. Y luego me lo imaginé a él abriendo el regalo y envolviéndome con sus brazos mientras me decía lo mucho que le gustaba. Tecleo cero cuatro cero uno. Se me hace un nudo en el estómago.

No, tampoco es el cumpleaños de Jay. Exhalo una bocanada de aire. Decido entonces que es mejor dejarlo estar. Guardaré de nuevo el móvil en la caja y la devolveré al estante. Pero, justo cuando coloco el dedo en el botón de apagado que hay a un lado del aparato, el móvil vibra. Todo mi cuerpo se pone tenso. Es la alerta de recepción de un mensaje de texto. Abro el móvil.

Solo puedo ver un fragmento en el que apenas puede leerse la primera línea del mensaje. Se lo ha enviado un contacto guardado. No se ve el nombre, solo las iniciales: DS. Esta primera línea reza: «Necesito saber qué día tú...».

Me quedo mirando el móvil con el ceño fruncido hasta que las letras se vuelven borrosas. ¿Quién es DS? ¿Qué día Violet qué? Intento abrir el mensaje, pero vuelve a abrirse la pantalla de bloqueo. «Mierda.»

¿Será este mensaje de la misma persona con la que Violet estaba hablando aquel día? DS. DS. Muevo los labios como si pronunciara las letras, susurrándolas en el vestidor. DS. D de... ¿Danny? ¿No es ese el nombre del chico que tanto le gustaba a Violet? ¿Ese del que había estado irremediablemente enamorada? Por lo que me dijo, había perdido el contacto con él, pero a lo mejor lo han retomado recientemente y están planeando encontrarse. ¿Acaso tienen una aventura?

«¡Ya basta, Sloane! —me digo a mí misma, negando con la cabeza—. Siempre haces lo mismo: dejas correr la imaginación y te inventas historias.» Seguro que hay una explicación razonable para todo esto (aunque ahora mismo no se me ocurre ninguna). Hay un montón de gente cuyo nombre comienza por «D», y un millón de razones por las que alguien podría estar escribiéndole a Violet un mensaje de texto y que nada tienen que ver con un amante secreto. ¿Verdad?

Permanezco un momento a la espera por si recibe otro mensaje. Pasa un minuto, luego otro. El móvil sigue en silencio. Al fin, lo apago y vuelvo a dejarlo donde lo he encontrado.

No le encuentro sentido. Si no tiene una aventura con un amante, ¿por qué hay un móvil prepago escondido en una caja de zapatos? Es obvio que no puedo preguntárselo. «Oye, Vi, ¿se puede saber para qué tienes el móvil ese que encontré mientras fisgoneaba en vuestra habitación?» Sé que yo le oculto muchas cosas, pero odio que ella me oculte cosas a mí. Dejo el vestidor sintiéndome inquieta.

De vuelta en el dormitorio, aguzo el oído por si oigo a Harper. La casa sigue en silencio. Bajaré en un minuto, me digo a mí misma. En apenas un minuto. Cierro la puerta del vestidor y abro la otra pensando que tal vez, solo tal vez, ahí dentro encontraré las respuestas que busco. Entro en un gran cuarto de baño *en suite* que parece recién remodelado. Las baldosas del suelo conforman un patrón geométrico blanco y negro y las encimeras son de mármol blanco.

Hay dos lavabos —uno para él y otro para ella— con sendos espejos. A su izquierda, un retrete, y, junto a este, una ducha a ras de suelo en vez de bañera.

La encimera está más desordenada de lo que habría esperado, más abarrotada de cosas. Lo primero sobre lo que se posan mis ojos

es una caja de tinte de pelo de un color castaño profundo, el mismo que el pelo de Violet. Lo cojo. Está sin abrir, sin usar. Me sorprende descubrir que se tiñe el pelo ella misma. La mujer de la fotografía de la caja sonríe alegremente con el pelo lustroso y reluciente. Sostengo la caja junto a mi cabeza y me miro en el espejo. Junto a la modelo, mi pelo parece apagado y pajizo; no lo tengo ni rubio ni castaño. No siempre ha sido de este color, pero ha pasado mucho tiempo desde que me lo teñí por última vez.

Antes de dejar la caja, tomo nota del color —«castaño oscuro»— y de la marca —una genérica de una parafarmacia— y sigo adelante con mi inspección.

Sé que no debería estar aquí. Lo sé en lo más profundo de mi ser, pero es como si fuera una niña de cinco años y, justo antes de salir de la estancia, alguien dejara una nube de caramelo delante de mí y dijera: «No te la comas». ¿Cómo podría no hacerlo? Sé perfectamente lo dulce que será su sabor.

Examino la encimera y, junto al lavabo, veo un tubo de crema para el acné y varias botellitas de loción. Me cuesta imaginar a Violet con granos. Tiene la piel cremosa y sin manchas, como una piedra pulida. Quizá porque se la cuida más que yo. Estudio mi reflejo, el suave resplandor de las lámparas es más indulgente que la luz fluorescente de mi cuarto de baño y su tinte amarillento. Aun así, mi cutis es irregular, seco en algunas partes y graso en otras. Me inclino para acercarme más al espejo. En la barbilla veo una hilera de granitos rojos, fina pero visible. Abro el tubo de crema y lo aprieto para verter un poco en un dedo. Luego me la aplico sobre la piel, vuelvo a cerrar el tubo y lo dejo de vuelta en la encimera.

Junto a la loción, a la derecha del lavabo de Violet, hay un neceser de maquillaje con la cremallera abierta. Revuelvo en su interior y saco un tubo de rímel, una brocha de colorete y una

polvera. Considero la posibilidad de usarlos, pero al final decido no hacerlo y vuelvo a dejarlos rápidamente en el neceser antes de que cambie de opinión.

El suelo cruje cuando regreso al dormitorio. Un pequeño rayo de sol ilumina un punto junto a la ventana, me dirijo hacia ese haz cálido. Me asomo esperando ver a los chicos de antes, los que estaban jugando a béisbol.

Se me escapa un grito ahogado. En vez de los niños, diviso a Violet caminando por la calle de vuelta a casa. «Mierda.» Miro a mi alrededor por si he dejado algo fuera de lugar. Hay una hendidura en la almohada en el lugar en el que he recostado la cabeza y algunas arrugas en la funda del edredón. Ahueco la almohada y luego paso la mano sobre la funda para alisarla.

Tras comprobar que todo está en su lugar, salgo del dormitorio y recorro el pasillo a toda prisa en dirección a la escalera, procurando no hacer ruido. En cuanto mi mano se posa en el pasamanos, sin embargo, me doy cuenta de que todavía llevo puesto el albornoz de Violet. Se me hace un nudo en la garganta. Me doy la vuelta y corro hacia el dormitorio mientras me lo quito. Abro la puerta del vestidor e intento dejar el albornoz en el colgador donde lo he encontrado, pero no consigo que se aguante.

No tengo tiempo que perder, así que finalmente lo dejo en el suelo y vuelvo a salir pitando del dormitorio, recorro el pasillo a la carrera y bajo la escalera de dos en dos escalones.

Estoy a punto de llegar al pie cuando la puerta de entrada se abre y aparece Violet. Respiro hondo para intentar controlar los nervios.

—¡Hola! —digo, forzando una sonrisa.

—¡Ah, hola! —dice ella, levantando la mirada hacia mí—. ¿Va todo bien?

Desciendo el último escalón asintiendo y luego me inclino para volver a ponerme las zapatillas deportivas.

—Me ha parecido oír a Harper, de modo que he subido por si se había despertado, pero sigue dormida. Debe de haber sido un ruido de la calle.

—Gracias por haber ido a comprobarlo —dice ella con una sonrisa —. Y por quedarte en casa. Te lo agradezco.

—No hay de qué. —Hago un ligero gesto con los hombros.

—Voy a buscar un refresco. Estoy sedienta. ¿Quieres uno? —me pregunta—. Podríamos ver una peli. Harper estará dormida al menos hasta las tres.

Niego con la cabeza.

—Me había olvidado de que esta tarde mi madre tiene una cita con el médico. ¿Te importa que hoy me vaya pronto? —El corazón todavía me late con fuerza.

—Claro que no —dice.

Violet me acompaña a la puerta y se despide de mí con la mano desde la escalinata de la entrada. Yo me obligo a mí misma a sonreírle y devolverle el saludo con la mano, reprimiendo las ganas de salir corriendo por la acera.

Mantengo el paso a un ritmo normal por si ella sigue mirándome mientras me alejo y, al llegar a la esquina, mi respiración ya vuelve a ser normal. «No es para tanto —me digo a mí misma—. He echado un vistazo arriba y he husmeado un poco en su armario. ¿Qué más da? Somos amigas.» Exhalo una bocanada para aliviar la tensión que siento y procuro relajar los hombros. «No es para tanto», me repito.

Pero no puedo dejar de pensar en el móvil del armario y en lo que Violet puede estar ocultando. O a quién puede estar ocultando.

Y también sigo pensando en la caja de tinte que había en la encimera del lavabo.

De camino a casa, me detengo brevemente en la parafarmacia Duane Reade que hay en la esquina, la que tiene el letrero luminoso de veinticuatro horas en la fachada.

En el mostrador de caja, un aburrido adolescente con los ojos vidriosos apenas levanta la mirada cuando dejo la caja de tinte —«castaño oscuro»— delante de él junto con un tubo de crema para el acné, un corrector y una paleta de coloretes. Mis compras no significan nada para él, pero lo son todo para mí. Es arriesgado, pero esta vez es distinto, sé que lo es.

Me pregunto qué aspecto tendré con el pelo castaño. Luego me digo a mí misma que en realidad todavía no he decidido si terminaré haciéndolo, pero no es cierto. Sé que lo haré.

La forma de adulación más sincera es la imitación, ¿no?

17

Esa noche, después de cenar, mi madre se queda dormida con el plato en el regazo. Ronca tranquilamente y su pecho asciende y desciende con cada exhalación, de manera lenta y constante. Con cuidado de no despertarla, cojo su plato y lo dejo en el fregadero sin hacer ruido.

No quiero que sepa lo que voy a hacer. Me miraría decepcionada, negando con la cabeza. No creería que esta vez la cosa es distinta. No lo parece, pero lo es. No es como la última vez, con la caja de tinte rojo (un tinte tan rojo que manchó nuestras toallas). Mi relación con Violet es distinta. Distinta, distinta, distinta. A pesar incluso del descubrimiento del móvil prepago, tengo la sensación de que la conozco mejor de lo que he conocido a nadie en mucho tiempo. Ella me diría que lo hiciera, sé que lo haría.

En el cuarto de baño, sostengo la caja al lado de mi cabeza, igual que he hecho en casa de Violet, y me miro en el espejo. Ahora el tinte me parece más oscuro que esta tarde. Es al menos tres o cuatro tonos más oscuro que mi color actual. Vacilo, pero tan solo un momento. Luego abro la caja.

Treinta minutos después, me meto en la ducha para enjuagarme el tinte del pelo. Noto cómo el agua sucia me cae por la cara y la veo desaparecer por el desagüe, negra como la tinta. El corazón me va a mil. ¡Ya está hecho! A mi alrededor asciende el vapor mientras imagino cuál será mi aspecto cuando salga de la ducha. En cuanto el

agua que tengo a los pies vuelve a ser clara, cierro el grifo y me envuelvo una toalla en la cabeza como si fuera un turbante.

Rápidamente, me pongo el pijama y vuelvo a mirarme en el espejo para ver qué tal me queda el color. La revelación resulta bastante decepcionante. Unos mechones desaliñados mojados caen por mi rostro. Es tan oscuro que casi parece negro, sobre todo en contraste con mi pálido cutis, que no tiene nada que ver con el suave y achocolatado color de Violet, cálido e intenso. Me parezco más bien a Miércoles Addams, algo que, obviamente, no era mi intención.

Es demasiado largo, decido. Me quedaría mejor más corto, como el de Violet. Y con flequillo.

Con animación renovada, meto la mano en el cajón y saco unas tijeras. Luego me peino el pelo hasta que el flequillo me tapa los ojos y, con pulso firme, lo corto. Las tijeras se cierran con facilidad y el pelo cae en el lavabo.

A continuación, me hago dos coletas. Conteniendo el aliento, corto unos siete u ocho centímetros de la primera. Y luego hago lo mismo con la segunda. Ahora en la pila del lavabo hay dos grandes montones de pelo. Me quito las gomas y hago una mueca. El lado derecho me ha quedado un centímetro más corto que el izquierdo. Me lo corto un poco, y luego un poco más.

Finalmente, vuelvo a dejar las tijeras en el cajón. Me quedo mirando en el espejo y no puedo evitar que me entren ganas de llorar. Como cabría esperar, el largo no era el problema. Ahora el color está mal y el corte es un desastre. El flequillo me ha quedado irregular y demasiado largo, pero no me atrevo a cortármelo aún más y empeorarlo.

Debería secarme el pelo, pero no lo hago. Teñírmelo me ha llevado más tiempo de lo esperado y ya es tarde, así que me limito a

pasarme un cepillo y luego me hago una coleta baja y floja. De repente, me siento muy cansada. Puede que el pelo me quede mejor por la mañana, cuando esté seco. O no.

Derrotada, me meto en la cama y apago la luz.

Voy al espejo en cuanto me levanto. Al verme, no puedo evitar encogerme avergonzada.

Tengo el pelo encrespado y apelmazado. Ahora que está seco, resulta todavía más obvio que hice un trabajo pésimo al aplicarme el color; las raíces están más claras que las puntas, y algunas zonas se ven más saturadas que otras. Es un tono o dos demasiado oscuro para mi cutis. Se me ve pálida como un fantasma y, como me lo hice tan tarde, alrededor de los ojos me han salido unas ojeras moradas que me dan un aspecto de mapache cansado. Parezco la chica de la película *El círculo*.

Exhalando un suspiro, me lo recojo en un moño alto. Las puntas del flequillo se me meten en los ojos. Muy favorecedor. Encuentro una cinta ancha en el fondo de un cajón y me la pongo para apartar los mechones de la cara. Ahora que tengo la cara despejada, me pongo un poco de maquillaje. Uso el delineador de cejas que Violet me dio, así como el corrector y el colorete que compré el día anterior en Duane Reade. Cuando he terminado mi aspecto ha mejorado un poco, pero sigue sin ser bueno. «¡Uf!»

Me dirijo hacia el salón, aunque me detengo. Mi madre está en la cocina, llenando el filtro de café. Siento un nudo en el estómago. No estoy preparada para que vea mi pelo y descubra lo que he hecho. Considero la posibilidad de correr de vuelta a mi habitación y esperar a que ella se retire a la suya para salir otra vez, pero, antes de que pueda hacerlo, levanta la mirada.

Sus ojos se posan un momento en mi pelo y luego bajan hasta encontrarse con los míos. Sale de la cocina y cruza el salón hasta donde estoy yo. Suspira y aprieta los labios con fuerza.

—Sloanie —dice moviendo la cabeza. Ha visto fotografías de Violet; sabe a qué viene esto.

Yo comienzo a mordisquearme la suave carne del labio inferior. De repente, el aire parece espesarse y la estancia me resulta sofocante.

—Esta vez es distinto —digo, bajando la mirada al suelo.

Y lo es. La última vez que me teñí el pelo lo eché todo a perder.

No pienso cometer la misma equivocación. No podría soportar que Violet me mirara del mismo modo que lo hizo Allison, con la boca desencajada y los ojos abiertos de par en par, horrorizada ante la persona que tenía delante. Horrorizada ante mi presencia.

Nunca olvidaré la expresión de su rostro. Todavía ahora sigo viéndola tan claramente como si hubiera sucedido ayer. Yo estaba en su apartamento, sentada con las piernas cruzadas en el suelo de su gigantesco vestidor, de espaldas a la puerta. Ese espacio olía a detergente, un olor fresco y reconfortante que te hacía sentir en casa. De hecho, me sentía tan en casa y estaba tan absorta que ni siquiera oí llegar a Allison. Cuando me volví, permanecía inmóvil en la entrada, aferrada al marco de la puerta como si estuviera intentando asimilar lo que estaba viendo.

—¿Qué cojones estás haciendo? —preguntó casi con asombro. Su tono de voz sonó extraño, enturbiado por la confusión.

No tenía preparada una buena respuesta. Me limité a permanecer allí sentada, ataviada con su ropa, sus zapatos y sus pendientes. Mi pelo recién teñido relucía.

—Tu pelo... —Por un momento, no dijo nada más. Y luego—: Esa es mi ropa.

—Yo solo... —comencé a decir, pero ¿qué podía decir? ¿«Yo solo» qué? —. Has llegado temprano a casa —dije finalmente, en un tono débil y suplicante. Podía notar que Allison estaba enfadada a pesar de que no tenía malas intenciones.

Yo la adoraba. La admiraba. Y quería ser como ella. ¿Por qué no podía ver que solo se trataba de un cumplido?

Dejó de mirarme a mí y sus ojos deambularon por el resto del vestidor. Todos los cajones estaban entreabiertos. Yo había entrado en busca de una bufanda, algo para completar el *look*. En cuanto comencé a buscarla, sin embargo, ya no pude parar y, de rodillas, me puse a inspeccionar el contenido de todos los cajones en busca no sé bien de qué. En uno descubrí un montón de fotografías viejas. Abarcaban muchos años, algunas incluso se remontaban a la universidad: Allison con el rostro joven y radiante, con los brazos rodeando los hombros de amigos, riendo; algunas de ella y su marido cuando comenzaron a salir, otras de su luna de miel, algunas de ambos desnudos, fotos de ella en ropa interior. Ahora estas fotografías estaban desperdigadas alrededor de mí cual confeti. Sus ojos se posaron en una de ellas en la cama, vestida únicamente con unas bragas negras. Sentí cómo se me revolvía el estómago.

Supuestamente, no iba a regresar a casa hasta el lunes. Nadie iba a aparecer. Toda la familia había ido a pasar un largo fin de semana a casa de los padres de ella en Boston y esa tarde iban a asistir a un partido de los Red Sox. Yo estaba presente cuando ella había comprado las entradas. «¿Deberíamos sentarnos aquí o aquí?», me había preguntado, señalando los asientos en la pantalla de su ordenador.

Sus ojos volvieron a posarse sobre mí. El color había desaparecido de sus mejillas.

Yo pensaba que iba a desmayarme. Había estado tan absorta en mi fisgoneo que no había oído cómo se abría la puerta de entrada, ¿lo he dicho ya?

Me habían dejado a cargo de su gato, Nibbles. Habíamos quedado en que iría a ponerle comida y asegurarme de que su bol de agua estuviera lleno. Allison me había ofrecido cien dólares adicionales a la paga de la semana siguiente por hacerlo, pero yo rechacé su oferta. No tenía planes, así que no me suponía ningún problema echarle una mano a una amiga. No lo olvidemos: yo pensaba que éramos amigas.

Mi intención era marcharme en cuanto hubiera dado de comer a Nibbles. Antes de hacerlo, sin embargo, había tenido que usar el baño. Normalmente, habría ido al que había en el recibidor, pero ese día me sorprendí a mí misma dirigiéndome al del dormitorio de Allison.

Cuando hube terminado, me había quedado de pie ante el lavabo, lavándome las manos y mirándome en el gran espejo oval. Casi parecía otra persona: el rojo intenso de mi pelo relucía bajo las luces del cuarto de baño.

Acababa de teñírmelo el día anterior. No era algo que hubiera planeado. Nada de todo aquello lo era. Sé que esto suena como si estuviera intentando eludir mi responsabilidad, pero es la verdad. Ese viernes habíamos salido temprano de la escuela y teníamos por delante un fin de semana largo porque el lunes era festivo (la Fiesta del Trabajo, creo; esa era la razón por la cual Allison y su familia habían viajado a Boston), de modo que había decidido pasar por la parafarmacia para comprar algunas cosas: champú, bolitas de algodón, unas pinzas nuevas para reemplazar las que había perdido.

De camino a la caja registradora, me había llamado la atención la fotografía de una mujer con una melena roja que decoraba una caja

de tinte. No era la primera vez que me preguntaba qué aspecto tendría de pelirroja; viendo a Allison, resultaba difícil no imaginar qué se sentiría al tener un pelo como el suyo o cómo sería una si tuviera su aspecto.

Sin darle la menor importancia, casi sin pensarlo, había metido la caja en la cesta. No era exactamente del mismo tono que el pelo de Allison, pero se acercaba. Una hora después, estaba secándome el pelo recién teñido con una toalla.

Al verme, me había gustado. Por supuesto, el color no me favorecía tanto como a ella, pero quedaba bien. Mira si había sido idiota que pensaba que a Allison le haría gracia. «¡La gente creerá que somos hermanas!», había imaginado que me diría con una sonrisa. Menuda idiota, repito.

Al día siguiente, cuando estaba en el cuarto de baño de Allison, había visto un tubo de rímel en la encimera y me había preguntado qué aspecto tendría con un poco de maquillaje, así que lo había abierto. Y una cosa había conducido a otra. Me había puesto perfume en las muñecas, pasado su cepillo por el pelo, puesto unos pendientes de aro suyos en las orejas... Antes de que me diera cuenta, estaba quitándome los pantalones vaqueros y poniéndome uno de sus vestidos.

Fue divertido fingir por un momento que era ella y sentir lo que era llevar su ropa, sus zapatos, sus joyas. No tenía ninguna otra intención, de verdad.

Quise decírselo mientras ella estaba ahí de pie en la entrada, pero no podía abrir la boca. El modo en el que estaba mirándome me impedía hacerlo. Y finalmente quien habló fue ella.

—Sal de aquí. Sal de una puta vez —dijo con voz entrecortada. Mientras me dirigía hacia la puerta todavía con su vestido y sus zapatos de tacón alto, los bajos del vestido se me enredaron en un

pie y tropecé hacia delante. Estiré los brazos para intentar apoyarme en algo, lo que fuera. Fue mera casualidad que me agarrara al colgador de joyas hecho de mármol que descansaba sobre la cómoda. Di otro paso antes de recobrar el equilibrio, balanceándome todavía sobre los finos tacones con los brazos extendidos hacia ella.

Tanto Allison como yo bajamos entonces la mirada hacia el pesado objeto que yo estaba sosteniendo en la mano. Cuando ella volvió a levantarla hacia mí, advertí que había miedo en sus ojos. Boquiabierta, negué con la cabeza. No, yo nunca haría algo así. Aunque entonces, durante apenas un milisegundo, pensé: si lo hiciera, ella no podría contarle a nadie lo que fuera que pensara que estaba haciendo yo en su vestidor.

No, yo nunca haría algo así. Solté el colgador de joyas, que cayó al suelo con un fuerte ruido sordo al impactar en la suave moqueta, y salí corriendo. Nuestros hombros se rozaron cuando salí de ahí. Me pregunté si habría reparado en el perfume que me había puesto y no pude evitar sentirme abochornada.

Al llegar a casa me metí directamente en mi habitación. Cerré la puerta con pestillo —algo que casi nunca hago— y no contesté cuando mi madre llamó con los nudillos. Cuando al fin salí más tarde esa misma noche, mi madre me rodeó con sus brazos y me abrazó con fuerza. Se lo conté todo.

La mañana siguiente parecía más brillante, más prometedora. Lo sucedido no había sido nada más que un malentendido, nos repetimos mi madre y yo mientras desayunábamos. Ella alargó una mano por encima de la pequeña mesita de la cocina y me dio unas palmaditas en la mano. Un mero malentendido. Aunque no lo había sido. No exactamente.

Cuando regresé al trabajo después del largo fin de semana, la directora de la escuela estaba esperándome fuera de la clase. Su

expresión, normalmente alegre, era sombría. Miró mi pelo teñido y luego, como si hubiera visto algo que desearía no haber visto, apartó la mirada. Nerviosa como estaba, hice una broma estúpida, algo sobre las probabilidades de encontrarnos casualmente de este modo, pero ella no sonrió. Me habían buscado una sustituta, me explicó, ¿podía hacer el favor de acompañarla? Recorrimos el pasillo la una al lado de la otra en completo silencio.

Ya sentadas en su despacho, intenté explicarle lo sucedido, pero ella alzó una mano mientras negaba con la cabeza y comenzó a hablar. Yo apenas oí lo que me decía y solo registré algunas de sus palabras. No tenía otra elección, anunció en un momento dado, y luego dijo algo acerca de mi comportamiento inaceptable y también las palabras «con efecto inmediato». Yo levanté la mirada del punto de su escritorio que me había quedado mirando fijamente. Ella rehuyó mis ojos. Añadió que me permitiría despedirme de mi clase y luego me escoltarían a la salida.

Esta vez, al recorrer el pasillo fui detrás de ella en vez de hacerlo a su lado. Me sentía avergonzada y tuve que hacer un esfuerzo para no llorar. Había trabajado allí durante seis años. Seis años, y ahora a causa de un malentendido todo terminaba.

Cuando empujé las pesadas puertas dobles y salí de la escuela, pensé que eso sería todo y que lo peor ya había pasado. Buscaría otro trabajo, me dije a mí misma. En otra escuela de otro distrito. Estaba equivocada, claro está. Al día siguiente, dos agentes de policía llamaron a la puerta de nuestro apartamento y me acusaron de acoso y amenazas en tercer grado.

En comisaría, me dijeron que podía llamar a un abogado de mi elección o que el juzgado me asignaría uno de oficio. Acabé con este último, pues no podía permitirme a nadie más, sobre todo ahora que ya no tenía trabajo. La primera reunión con mi abogado tuvo lugar

en un edificio de oficinas cutre de la zona de Midtown. Era joven y el traje le quedaba mal —hombros demasiado grandes, bajos de los pantalones que tocaban el suelo—, y de uno de sus hombros colgaba una bolsa de mensajero llena hasta reventar. Pensaba que podría ayudarme. Pensaba que quería hacerlo.

—No forcé la entrada —insistí antes incluso de que él tuviera la oportunidad de abrir la boca—. Ella me había dado la llave. Había ido a su casa para dar de comer al gato. Éramos amigas. Nunca le haría daño. —Y no mentía. Éramos amigas. A veces, si sus hijos estaban dormidos cuando ella llegaba a casa, se abría una botella de vino y, tras servirse un vaso en la encimera de la cocina, me preparaba un té a mí y nos poníamos a hablar de su día, del mío, de nuestras familias y nos contábamos historias sobre nuestra infancia (algunas verdaderas, otras no). Luego, cuando ya se hacía tarde, me acompañaba a la puerta y me daba un rápido abrazo y se despedía de mí hasta el día siguiente. Éramos amigas.

Mi abogado me escuchó con desgana, asintiendo mientras se lo explicaba todo, aunque no creo que me oyera realmente. Tenía la mirada ausente. Sus ojos eran como el neón medio encendido de un motel y apenas parpadeaban de vez en cuando. Estoy segura de que estaba saturado de trabajo, sepultado bajo casos como el mío, además de exhausto y mal pagado. Cuando terminé de hablar, respiró hondo y me dijo que había llegado a un acuerdo con el abogado de Allison y que debería aceptarlo. Habían accedido a retirar la acusación de amenazas si me declaraba culpable de acoso en cuarto grado, un delito menor. No tendría que entrar en prisión —me explicó—, pero se emitiría una orden de alejamiento, claro está. «Claro está», había añadido, como si eso fuera lo único que tenía sentido.

—¿Una orden de alejamiento? —repetí en un tono de voz ronco y lloroso. Él asintió.

—Prohibiría todo contacto entre usted y la señora McIntyre.

Le pedí que me disculpara un momento para ir al cuarto de baño y me alejé por el pasillo —sobre cuyo suelo de linóleo moteado las suelas de mis zapatos rechinaban— y vomité en el retrete. Las arcadas resonaron por las paredes.

En cuanto volví a sentarme en su despacho, el abogado me repitió lo que me había dicho antes: debería aceptar el acuerdo. Las empresas no pueden investigar los antecedentes penales de los aspirantes durante el proceso de contratación. Era el mejor escenario posible. Si esto llegaba a juicio, podía enfrentarme a cargos por delitos graves.

—Acepte el acuerdo —dijo por tercera vez.

Yo me lo quedé mirando con la boca abierta como un pez estúpido. ¿Acaso ya se había olvidado a lo que me dedicaba? Era profesora. Cualquier escuela respetable comprobaría si tenía antecedentes penales. Un delito menor saldría a la luz. Cualquier cosa sale a la luz. Y nadie contrataría a una profesora con cargos de acoso. Menos todavía si la denuncia la había presentado una madre. Si aceptaba el acuerdo, me estaría atando un nudo corredizo alrededor del cuello o, como mínimo, dejando que él lo atara por mí.

Pero al final eso fue lo que hice. ¿Qué otra cosa habría podido hacer? Y esa es la razón por la que estuve tanto tiempo sin trabajo y también por la que terminé de manicura en vez de estar al frente de un aula. Por culpa de una caja de tinte. Más o menos.

De modo que entiendo por qué mi madre me mira de este modo. Yo también lo haría en su lugar. Pero mi amistad con Violet es distinta.

—Esto es distinto —repito en tono suplicante.

Mi madre no dice nada más. Con delicadeza, me acaricia una mejilla, luego asiente y se va a la cocina.

Dejo caer los hombros. Desearía poder hacérselo entender. Desearía poder poner en palabras lo sola que me sentía antes de conocer a Violet. Allison y sus hijos eran como mi familia. Mockingbird era mi casa. Sin ninguna de las dos cosas, tenía la sensación de estar ahogándome.

Al fin estaba consiguiendo salir otra vez a la superficie cuando conocí a Violet. Ahí estaba ella, cual salvavidas flotando en el agua. Me agarré a ella y aspiré hondo, llenándome de aire los pulmones por primera vez en meses.

Pero lo mejor de Violet es que me necesita tanto como yo a ella. Me lo ha dicho. Una y otra vez. Puede que con Allison malinterpretara cosas, puede que confundiera su cortesía con amistad, pero esta vez no estoy equivocada. Sé que no.

Yergo la espalda y sonrío para mí. Esta vez es distinto.

18

A la una menos cuarto subo la escalinata que conduce a la puerta de la casa de los Lockhart. La certeza que tenía esta mañana —que Violet se sentiría halagada por mi nuevo color de pelo— está disipándose rápidamente. ¿Y si lo odia? Coloco una mano en el tirador —Violet me dijo que dejara de llamar—, pero acto seguido vuelvo a retirarla de golpe.

Me balanceo de un pie a otro. La tela bajo mis axilas se ha humedecido. Y la zona lumbar también la tengo empapada.

El calor veraniego hace que me resulte difícil respirar.

Aunque Violet no es Allison —no he dejado de recordármelo una y otra vez de camino a aquí—, ahora que he llegado a la puerta de su casa la idea de que me vea así me revuelve el estómago. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? ¿Marcharme? ¿Llamarla y decirle que estoy enferma? Aunque lo hiciera, es imposible que pueda recuperar mi color normal sin teñírmelo, y eso parece una decisión todavía más estúpida que la de la noche anterior. Creo que a esto se le llama cosechar lo que uno siembra. Solo desearía haber sabido que la cosecha iba a resultar condenadamente incomible.

«A la mierda —pienso—. Déjate de rodeos.» Al fin abro la puerta y entro en la casa. El interior está deliciosamente frío.

Justo en ese momento, Violet está bajando la escalera.

—¡Oh! —dice al verme. Se detiene en el último escalón y se me queda mirando fijamente. Su mano izquierda agarra con fuerza el pasamanos. En su rostro me parece ver algo que no consigo

identificar. No es exactamente sorpresa, aunque sus cejas se enarcan y la boca se le abre un poco. Luego sonríe de oreja a oreja.

—Necesitaba un cambio —digo, sonriendo tímidamente y repitiendo lo que anoche no dejaba de decirme a mí misma mientras me ponía los guantes y mezclaba el tinte con el acelerador.

—¡Te queda bien! —dice al llegar al vestíbulo, y añade mientras me conduce al salón—: ¡Quién habría dicho que el castaño te favorecería!

Me siento aliviada. No está enfadada. Podría llorar.

Me acomodo en su sofá doblando las rodillas.

—Me ha quedado algo desigual. Se me da fatal teñirme el pelo yo misma —admito—. Nunca me sale del todo bien. Pero tu color es muy bonito y pensé... —Avergonzada, no llego a terminar la frase—. Bueno, a mí no me queda tan bien como a ti —digo finalmente.

—Para nada, yo creo que te queda genial —dice Violet—. Estás guapa, en serio. Deshazte el moño para que pueda verlo bien.

Yo vacilo. Teñirme el pelo del mismo color que ella es una cosa; cortármelo igual es otra.

—Vamos —insiste ella.

Que sea lo que Dios quiera. Me quito las horquillas y suelto el pelo que me había recogido en el moño. A continuación, me quito la cinta y el flequillo cae sobre mis ojos.

Ella me estudia detenidamente tapándose la boca y con el ceño fruncido. Extiende una mano y sus dedos me rozan la frente cuando intenta colocarme bien el flequillo.

—Está un poco desigual —digo, sosteniendo un mechón mal cortado.

—No está tan... mal —dice con escasa convicción. Luego aprieta los labios y yo enarco una ceja con escepticismo.

Entonces Violet comienza a reír. No con maldad, sino de un modo afable. Yo también lo hago y, al poco, ambas estamos resollando histéricamente mientras nos caen lágrimas por las mejillas.

—¡Oh, Dios mío, no puedo respirar! —dice ella con las manos en la barriga.

—Es un desastre —digo yo al fin, cuando hemos dejado de reír y mientras me enjugo las mejillas con la manga de la camisa—. Un auténtico código rojo. O negro. El que se use para las amenazas de bomba.

—Lo es. —Violet se muestra de acuerdo, todavía riendo un poco —. Deja que llame a mi peluquero —añade—, es el mejor. Miraré a ver si puede colarte y arreglártelo.

—¿Ahora? ¿Dónde está Harper? —Miro a mi alrededor y caigo en la cuenta de que no está.

Ella asiente.

—Iba a escribirte un mensaje de texto. Esta tarde ha ido a jugar con una amiga. No llegará a casa hasta dentro de unas horas. ¡Será divertido! Me irá bien tomarme un descanso. —Señala la cocina. Sobre la encimera de la isla está su portátil abierto y, a su alrededor, hay desperdigados varios libros de texto y tarjetas con apuntes—. ¿Qué te parece? ¿Lo llamo?

Yo sonrío y asiento con vehemencia. Tenía razón, no se ha enfadado.

Una hora después estoy sentada en el sillón de una peluquería, con una capa de nailon envolviéndome los hombros mientras Nolan, el peluquero de Violet, pasa sus dedos por mi pelo.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer hoy? —dice, dirigiéndose a mi reflejo en el espejo. Es un tipo alto y desgarbado con un rostro

atractivo de piel morena brillante y clara y unos pómulos que parecen cincelados. Sus dedos se quedan atascados en un enredo.

—Córtaselo como el mío —interviene Violet—. A la altura del hombro y con flequillo. Creo que le quedará bien. Nuestros rostros tienen una forma parecida, ¿no crees? Y corrígele un poco el color. Que sea más así. —Coloca su cabeza cerca de mi rostro y, tras cogerse un mechón, lo sostiene en alto para compararlo con mi pelo —. ¿Recuerdas qué tono me pusiste la semana pasada?

Nolan asiente.

—El de matices cálidos. Le quedará perfecto.

Entusiasmada, Violet aplaude en silencio. Me gusta cómo hablan sobre mí como si yo no estuviera ahí, y también cómo Nolan me alborota el pelo con las manos mientras escucha a Violet.

Sigo a Nolan hasta un lavacabezas, reclina el asiento hacia atrás y me dice que cierre los ojos. Un ligero rocío me salpica la cara mientras me moja el pelo con la boquilla extensible del grifo. Masajea mi cuero cabelludo con los dedos para aplicar bien el champú, haciendo que salga mucha espuma. Luego enjuaga el pelo y lo acondiciona. Cuando ha terminado, me envuelve la cabeza en una toalla y me señala una silla.

Violet me trae unas cuantas revistas y ambas nos ponemos a charlar mientras Nolan me aplica el tinte en el pelo con una brocha, sección a sección. Luego espero un rato sentada a que el tinte actúe y, a continuación, sigo a Nolan de vuelta a la hilera de lavacabezas, donde me lo enjuaga. Al regresar a la silla me da la vuelta para que no me vea en el espejo.

—Nada de mirar hasta que no haya terminado —me dice, y sigue trabajando concienzudamente, con gesto grave, mientras las tijeras se abren y cierran a gran velocidad y mechones de pelo caen flotando al suelo.

A mi lado, Violet sonríe.

—Ya tiene buen aspecto —me asegura, y yo le devuelvo la sonrisa.

Cuando por fin Nolan le da la vuelta a la silla y me veo en el espejo, me llevo una mano a la boca y me inclino hacia delante para ver mejor mi reflejo. No parezco la misma persona. O, al menos, no la persona que ha entrado a la peluquería hace un par de horas. Adiós a Sloanie la Trolera. Nolan ha arreglado el color y ahora es de un castaño profundo e intenso, casi dorado bajo las luces de la peluquería. Lo tengo tan brillante, lustroso y sedoso como el de Violet. Vuelvo la cabeza a la izquierda y luego a la derecha. Es más corto, un centímetro y medio más, y ahora me roza los hombros y el flequillo me enmarca el rostro como a ella.

—¿Te gusta? —me pregunta Nolan al tiempo que pasa los dedos de una mano por el pelo y agita las ondas—. Estás espléndida.

Yo asiento, sin palabras. Con cuidado, alzo una mano y lo toco. Su tacto es ahora suave como la seda.

Violet se inclina a mi lado para que su rostro quede junto al mío.

—¡Parecemos gemelas! —dice con entusiasmo.

Tiene razón, ahora que nuestro pelo es del mismo color e igual de largo, tenemos un aspecto muy parecido. Incluso el flequillo cae del mismo modo sobre nuestros ojos. Burbujas de felicidad me hacen cosquillas en el estómago. No tenía ni idea de que podía tener esta apariencia. Igual que ella.

Con el pelo más corto, parece que tenga los ojos más grandes y los pómulos más altos. Por alguna razón, el cutis también se me ve mejor. Anoche usé la crema para el acné y me apliqué un poco en la cara antes de acostarme. No puedo dejar de mirarme. Ni de sonreír. Me pregunto qué pensará Jay cuando me vea.

Nolan nos acompaña a la entrada de la peluquería y se despide de ambas con un abrazo.

—Gracias, gracias —le digo una y otra vez y, sin dejar de sonreír, él me da un apretón en las manos antes de marcharse.

La recepcionista, joven y lozana, sonríe y nos pregunta qué tal ha ido todo.

—Genial —digo yo—. Realmente genial —insisto mientras meto la mano en el bolso en busca de la cartera. Me preparo para la clavada.

—No, no —dice Violet, apartándome la mano—. Yo pago.

La miro sorprendida.

—¿Qué? ¡No tienes por qué!

—Ya lo sé. Pero quiero hacerlo. Ha sido idea mía, así que pago yo.

Al sacar su tarjeta de crédito y tendérsela a la chica de detrás del mostrador, tira sin querer algo más al suelo. Es una tarjeta comercial. Violet no parece darse cuenta, de modo que me agacho para recogérsela. Cuando veo de qué es, se me hace un nudo en la garganta. De repente, me cuesta tragar saliva.

¿Es...? ¡Sí que lo es! Pierdo la sensibilidad en los dedos. Se trata de una tarjeta de Rose & Honey. ¿Por qué lleva Violet una en la cartera? ¿Acaso ha estado allí? La mera idea me provoca palpitaciones y me entran ganas de vomitar. No me habrá visto alguna vez ahí..., ¿verdad?

Cuando levanto la vista, todavía agachada, tanto Violet como la recepcionista están mirándome.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Violet preocupada.

Yo muevo lentamente la cabeza arriba y abajo.

—Sí, lo siento. Ten —digo, tendiéndole la tarjeta—. Se te ha caído esto de la cartera. —Las palabras se me atascan en la garganta cual moscas a un atrapamoscas, incapaces de despegar sus patas del pegajoso papel. Mi voz suena ronca y pastosa.

—¡Ah, gracias! —dice Violet, cogiendo la tarjeta. Le echa un vistazo y vuelve a guardársela en la cartera.

—¿Has estado? —me oigo preguntar a mí misma en ese mismo tono congestionado.

—¿Dónde? —pregunta frunciendo el ceño.

—En ese salón de belleza, el de la tarjeta... —Soy incapaz de decir su nombre.

—¡Ah, no! —dice, negando con la cabeza—. Todavía no. ¿Tú sí? Una de las madres de la escuela de Harper me la recomendó —añade con una expresión franca e inocente.

No ha estado. Exhalo un suspiro de alivio. No ha estado; pero alguien de Mockingbird sí. Quizá la misma persona que se lo recomendó a Allison. Tal vez esa es la razón por la que vino. Pero ¿quién se lo dijo? Habría reconocido a cualquiera de las madres, sobre todo si venía con tanta frecuencia al salón como para recomendarlo.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —pregunta Violet—. Te veo algo pálida.

—No es nada. —Niego con la cabeza—. Debe ser cosa de los vapores del tinte. Me siento un poco colocada —digo, procurando no sonar como si no estuviera al borde de un ataque de nervios—. Y hace mucho que no me fumo nada a las tres de la tarde. Desde la universidad, de hecho. —Fuerzo una sonrisa.

Violet también se ríe y luego enlaza su brazo con el mío.

—Entonces salgamos de aquí. ¡Quizá podríamos ir de compras! Necesitas ropa nueva que vaya a juego con tu nuevo peinado. —Comienza a tirar de mí en dirección a la puerta.

Le devuelvo la sonrisa. Quiero estar alegre, de veras, pero ver esa tarjeta me ha dejado inquieta y me siento como si el suelo temblara bajo mis pies. Quiero estirar un brazo y cogerme a algo para no caer.

Lo que estoy haciendo es una estupidez. Se me olvida lo pequeño que es este barrio y la frecuencia con la que mi camino se cruza con el de gente que conozco. Los fines de semana suelo encontrarme con padres de antiguos alumnos en el supermercado, en el patio de algún restaurante o en la calle. Alguien podría vernos juntas, alguien de Mockingbird. No se me había ocurrido hasta ahora. Si me vieran, todas mis mentiras quedarían al descubierto y esta identidad que he construido se vendría abajo. He de tener más cuidado. Debería irme a casa.

—Violet, yo... —comienzo a decir, pero me detengo al ver el reflejo de ambas en un espejo de la peluquería.

La semejanza es asombrosa. Nos parecemos muchísimo. Es como si fuéramos gemelas. Una luz hace relucir nuestros collares parejos, ambos con el colgante del estallido estelar. Puede que, al fin y al cabo, la idea de que seamos hermanas no sea tan disparatada. Cosas más extrañas suceden continuamente. Sin ir más lejos, la semana pasada leí un artículo sobre unos trillizos separados al nacer que terminaron yendo a la misma universidad.

—¿Sabes qué? —dice Violet—. He tenido una idea mejor. Volvamos a casa. Tengo algunas cosas que te quedarán de maravilla. No aceptaré un «no» por respuesta.

Aparto la mirada del espejo y me vuelvo hacia Violet. Me observa con una expresión franca y entusiasta que me resulta tan familiar como la mía. Le sonrío también. Si alguien de Mockingbird me ve, no tendrá ni idea de quién soy.

—Está bien —digo—. Vamos.

Sloanie la Trolera ya no existe.

Violet

19

La expresión en el rostro de Sloane cuando ve la tarjeta de Rose & Honey es hilarante. Creo que va a darle un patatús. He de morderme el labio por dentro para evitar que se me escape una sonrisita. Me ha parecido que sería un buen toque fingir que se me caía al suelo de ese modo, como si no me diera cuenta. Lo he ignorado adrede, esperando que ella se agachara y la recogiera.

Empalidecida y con aspecto indispuesto, me la tiende para devolvérmela. Un enfermizo color verde amarillento le tiñe el rostro.

—¿Estás bien? —le pregunto, esperando sonar preocupada. De hecho, lo estoy: parece que vaya a vomitar en el suelo.

Sloane asiente de un modo poco convincente, meneando débilmente la cabeza arriba y abajo. Su expresión no es difícil de interpretar. Está preguntándose si he ido alguna vez al lugar en el que trabajaba, y la respuesta es que sí, lo he hecho.

—No es nada —dice—. Debe ser cosa de los vapores del tinte. Me siento un poco colocada. —Suelta una risita un poco más aguda de lo normal—. Y hace mucho que no me fumo nada a las tres de la tarde. Desde la universidad, de hecho.

Me río como si hubiera hecho una broma increíblemente ingeniosa.

—Entonces salgamos de aquí —digo animadamente—. ¡Quizá podríamos ir de compras! Necesitas ropa nueva que vaya a juego con tu nuevo peinado. —Enlazo mi brazo con el suyo y comienzo a tirar de ella en dirección a la puerta.

Ella me sonríe débilmente. Está nerviosa. Eso está bien, pero no puedo dejar que se vaya a casa. Todavía no. Su cambio de imagen todavía no está listo del todo. Cuando haya terminado con ella, se parecerá más a mí que yo misma.

—Violet, yo... —comienza a protestar, pero se queda callada al ver el reflejo de ambas en un espejo de la pared. Gemelas géminis: nuestros rostros son casi intercambiables. Ambas sonreímos satisfechas. Por razones distintas, claro está.

—¿Sabes qué? —digo—. He tenido una idea mejor. Volvamos a casa. Tengo algunas cosas que te quedarán de maravilla. No aceptaré un «no» por respuesta.

Y no lo hago. Treinta minutos después, estamos en mi dormitorio. Sloane va vestida con un top de ganchillo de Carolina Herrera y se admira en el espejo de cuerpo entero del vestidor mientras yo permanezco apoyada en el marco de la puerta.

—No puedo aceptar esto —dice Sloane sin apartar la mirada del espejo.

—Bueno, ¿qué te parece si hacemos un trueque? —le ofrezco—. El top a cambio de tu camisa de franela. —Señalo la camisa que lleva atada a la cintura a pesar de que hoy pasamos de los treinta grados. Está gastada y desvaída y tiene los puños deshilachados. Debería haberla tirado a la basura hace años, pero la lleva a todas partes. Y la quiero.

Sloane enarca las cejas.

—¿Quieres esto? —pregunta con incredulidad, sosteniendo en alto una manga de la camisa—. ¿A cambio de un top de Carolina Herrera?

Yo me río. Efectivamente, es un cambio absurdo si se desconoce la razón por la que la quiero.

—Tengo otros dos tops iguales, pero ninguna camisa de franela. Qué puedo decir, me gusta tu estilo. ¿Es eso un «sí»?

—¡Claro! —La desata y me la tiende.

Yo la cojo, sorprendida por lo sencillo que ha resultado, y luego señalo el vestidor.

—¿Quieres alguna otra prenda? Tengo mucha ropa. Demasiada. De hecho, pensaba deshacerme de todo lo que ya no me pongo. —Sloane me mira con escepticismo—. Vamos, ¿unos pantalones vaqueros, tal vez? —digo, tentándola, mientras señalo los agujeros en las rodillas de los que lleva puestos.

—¿Qué tienen de malo mis pantalones? —bromea Sloane—. Los vaqueros del 2005 ya pueden considerarse *vintage*, ¿no? ¡Pensaba que los agujeros estaban de moda!

—Bueno, los agujeros están de moda, pero los boquetes no —digo para persuadirla—. Además, te van un poco grandes. —Ladeo la cabeza—. ¿Has adelgazado? Se te ve genial. A pesar de los pantalones.

Sloane se sonroja. No es consciente de que debería agradecérmelo a mí. Cuando nos conocimos, ella pesaba un poco más que yo; no mucho, apenas unos cuatro o cinco kilos. Para reducir la diferencia, yo comencé a comer más, pero también decidí invitarla a hacer tantas caminatas como pudiera —marcando un paso enérgico—, además de pedirle que llevara a caballito a Harper por todo el parque y que me acompañara a clase de yoga. Ha funcionado. Últimamente he notado que la mayoría de los pantalones que lleva le van un poco grandes. Tanto la cintura como las perneras a la altura de los muslos le quedan demasiado holgados. Y sus camisetas, ya de por sí enormes, le van todavía más grandes, así que no había podido apreciar bien cuánto peso había perdido. Hasta ahora.

—Ten. —Cojo unos pantalones vaqueros oscuros y se los tiendo—. Pruébatelos. Y también esto... —Me doy la vuelta, cojo una blusa de cuello alto Trina Turk del colgador y se la coloco en las manos.

Sloane se pasa la hora siguiente probándose ropa mía. Ella posa para mí en el espejo y yo aplaudo alegremente cuando algo es de su talla. La pila de camisas, vestidos y pantalones que le doy, insistiéndole en que ahora es suya, es cada vez más grande. Me alegro de deshacerme de todo esto; es ropa bonita y cara que debería querer llevar y que me queda bien, pero no me reconozco en ella. La odio toda. Me gustaría prenderle fuego a todo el vestidor, pero, si no puedo hacerlo, darle la ropa a Sloane es la segunda mejor cosa que puedo hacer.

Cuando al fin se marcha de casa, va vestida de arriba abajo con ropa totalmente nueva: unos pantalones estrechos de cintura alta y el top de Carolina Herrera que se ha probado al principio. También se lleva una bolsa repleta hasta arriba de prendas. Ante mi insistencia, la ropa que llevaba puesta cuando ha venido se ha quedado en el vestidor, doblada en una pila. Le he ofrecido la posibilidad de donarla a finales de semana junto a un montón de ropa de Harper que ya le va pequeña. No se trataba de nada especial, solo una camiseta harapienta y unos pantalones vaqueros viejos, ya gastados después de tanto usarlos, pero ella ha vacilado un momento antes de dármelos. Finalmente, sin embargo, ha cedido. Ambas hemos sonreído por su renuencia inicial y la concesión posterior. Lo que no sabe es que he guardado su ropa y no tengo intención de donarla.

Observo cómo se aleja por la acera. De espaldas, nadie podría distinguirla de mí. Cuando la pierdo de vista, cierro la puerta y miro la hora. Las cuatro y media. Harper no llegará a casa hasta las seis.

Y Jay está de viaje por trabajo y no volverá a casa hasta mañana. Aunque nunca ya sería demasiado pronto.

Cruzo el salón para ir a la cocina y me subo a un taburete para llegar al armario que hay encima de la nevera. Con cuidado, cojo la botella de Grey Goose que hay detrás de unos rollos de papel de reserva y me sirvo una copa. Los cubitos crujen cuando el vaso se llena. Luego le echo un poquito de limón exprimido.

Llevo la bebida al salón y me acomodo en el sofá. El vodka está frío y suave. Sonrío. Todo esto resulta casi divertido. Sloane y yo mintiéndonos la una a la otra. ¿Ella no bebe? ¡Oh, Dios mío, yo tampoco! ¿Su padre es de Filadelfia? ¡Qué coincidencia, el mío también! ¿Es una gran fan de Taylor Swift? Pues claro, ¿quién no lo es?

Durante todo este tiempo, ella ha creído que se había metido en nuestras vidas gracias a sus mentiras, pero lo cierto es que soy yo quien se ha metido en la suya gracias a las mías.

Esto es lo que pasó. Hace un año, al acompañar a Harper a Mockingbird una mañana, oí a un grupo de madres cotilleando en el patio. Harper y yo todavía éramos nuevas y ambas nos sentíamos algo inseguras cuando la dejaba por las mañanas, por lo que, a medida que nos acercábamos al patio, yo me limitaba a sonreír con nerviosismo a los demás padres y ella me cogía con fuerza de la mano. Desde fuera, parecíamos encajar —yo iba vestida con una falda por debajo de la rodilla de Marni y Harper con un pichi de Pepa London, ambas cosas regalos de Jay—, pero no era así, todavía no.

—¡Aún no me lo puedo creer! —estaba diciendo una de las madres con vehemencia y en un tono de voz alto—. ¡Estaba en mi apartamento! ¡Vestida con mi ropa! —Quien hablaba era una mujer pelirroja que se encontraba en un corro de madres con los ojos como platos y cuya voz podía oírse desde el otro lado del patio.

Tenía unos rasgos afilados y delicados y un cutis de porcelana. Permanecía con los brazos envueltos alrededor del torso, abrazándose con fuerza.

Levantó la mirada al decir esto último, lo de que alguien se había vestido con su ropa, y nuestros ojos se encontraron. Las otras mujeres también se volvieron y vieron que las estaba mirando.

—Estoy hablando de una antigua profesora —me dijo, alzando ligeramente la voz, invitándome de este modo a que me uniera a la conversación.

Yo me acerqué al corro y, volviéndome hacia Harper, extendí un brazo, como indicándole: «Ve a jugar, cielo». Las mujeres me hicieron un hueco para que me uniera a ellas.

—Me llamo Allison —dijo la pelirroja, tocándose el pecho con una mano. Una a una, las demás madres se presentaron, tendiéndome las manos para estrechar la mía con delicadeza.

—Violet —dije una y otra vez, sonriendo educadamente a cada una de las mujeres.

Todas ellas se morían de ganas de compartir la historia con alguien nuevo. Unos meses atrás, una de las profesoras de educación infantil se había obsesionado con Allison y esta se la había encontrado una tarde en su vestidor, ataviada con uno de sus vestidos de noche —un Jason Wu, nada menos— y con el pelo teñido del mismo tono caoba que ella. Allison se estremecía al contarlo de nuevo.

—¡Había dejado que esa mujer cuidara de mis hijos! —dijo, moviendo la cabeza. Todas las demás madres chasquearon la lengua al tiempo que murmuraban palabras de consternación ininteligibles —. Fue realmente perturbador. Creo que quería ser yo —dijo Allison bajando el tono de voz hasta casi susurrar.

Yo reprimí una risa ante el dramatismo con el que Allison contaba la anécdota. Me parecía una reacción excesiva y me hizo pensar en aquella vez en la que hice de canguro para unos vecinos cuando iba al instituto. Mientras los niños estaban durmiendo, me había metido en el dormitorio de los padres, y había experimentado con el maquillaje de la madre y me había probado algunas de sus caras joyas, como pendientes de diamantes o anillos de esmeralda. Al escuchar a Allison, pensé que era algo que todo el mundo hacía cuando estaba a solas en casa de otra gente, pero por aquel entonces yo tenía catorce años y no era profesora en una escuela de educación infantil, de modo que puse una expresión de disgusto e imité los murmullos de preocupación de las otras madres.

No volví a pensar en esa profesora hasta unos meses más tarde, después de que mi mundo se hubiera hecho añicos, con metralla saliendo despedida en todas direcciones, y me quedara completamente hecha polvo y hundida en la desesperación. Estaba tendida en la cama a las tres de la madrugada. La luz de la luna se filtraba por una de las ventanas del dormitorio y Jay se encontraba en su despacho, pasillo abajo. Podía oír sus ronquidos a través de las paredes. Yo seguía sin poder dormir. ¿Cómo iba a hacerlo con toda esa rabia en mi corazón y mis huesos?

Recordé entonces las palabras de Allison. «Creo que quería ser yo.» Imaginé a la profesora como una versión más joven de Allison: una mujer de piel clara y pálida, delgaducha y con el pelo largo teñido de un sorprendente tono rojizo. Puede que una noche se aburriera y que hubiera decidido entretenerse probándose ropa de Allison; el pelo podría no ser más que una coincidencia. O tal vez esta tenía razón. A lo mejor esa profesora había cruzado una línea roja y la admiración que sentía por ella se había convertido en otra

cosa. Algo más oscuro. Me dio una idea. Una idea de esas que se tienen cuando más oscura es la noche.

Cogí mi móvil y me puse a revisar concienzudamente antiguos boletines informativos en la página web de Mockingbird. No tardé en encontrar lo que buscaba: un artículo anunciando una nueva profesora de educación infantil que se incorporaba a mitad de curso. La última frase rezaba: «La antigua profesora Sloane Caraway no se reincorporará». Busqué en Google y encontré fácilmente una fotografía suya. No se parecía nada a Allison: pelo castaño claro, rostro con forma de corazón, nariz prominente, no muy distinta de la mía. No era particularmente guapa, pero tampoco fea.

Me quedé mirando su rostro en la pantalla del móvil, cuyo resplandor azulado iluminaba ahora la habitación. Tenía un aspecto rematadamente corriente. Quería saber más. No tardé en descubrir que trabajaba en un salón de belleza del barrio de al lado. Su fotografía aparecía en la sección «Sobre nosotros» de la página web del salón. A partir de ahí, hallé su Instagram y su TikTok. Cuando finalmente me quedé dormida, todavía estaba cotilleando sus fotografías, y al despertarme a la mañana siguiente el móvil descansaba sobre mi pecho.

Después de dejar a Harper en la escuela, me sorprendí a mí misma dirigiéndome al salón de belleza. Al acercarme, aminoré el paso y, cuando llegué al lado, en vez de pasar de largo, me detuve y eché un vistazo por el escaparate. Más allá del mostrador de recepción, distinguí una hilera de sillones de pedicura alineados a lo largo de la pared de la izquierda. Y ahí estaba ella, en carne y hueso, inclinada sobre los pies de alguien, aplicando cuidadosamente esmalte en las uñas de cada dedo.

Cuando levantó la mirada por encima de la manicura que tenía al lado, pude verle bien la cara. Casi se me escapa la risa al recordar

las palabras de Allison. No podían parecerse menos. Pero —reparé con satisfacción—, a pesar de que no tenía nada que ver con ella, sí que se parecía un poco a mí. Teníamos el mismo perfil y el mismo tono de cutis, aunque el suyo estaba salpicado de acné. Mi pelo era más oscuro que el suyo, y ella era un poco más gruesa que yo y llevaba gafas, pero el parecido estaba ahí. Mi idea avivada por la furia tal vez podía funcionar.

Luego negué con la cabeza, me volví y emprendí el camino de vuelta a casa. «No, es una locura —pensé mientras me alejaba—, es imposible que funcione.» Y acto seguido: «Aunque quizá sí podría hacerlo».

Al día siguiente volví al salón de belleza, y también al otro. Dos días después, la seguí a casa. Y entonces comencé a seguirla a todas partes hasta que me aprendí sus horarios: cuándo se tomaba sus descansos, el pequeño rincón del parque donde los pasaba, la zona en la que se tumbaba sobre la hierba para leer libros.

Y, un día, se me ocurrió de repente enviar a Jay al mismo parque con Harper diciéndole que era su nuevo parque favorito. Lo hice con la esperanza de que Sloane estuviera ahí y reparara en él. No era algo tan improbable: todo el mundo repara en Jay. Si tenía suerte, ella encontraría un modo de hablar con él. Las mujeres suelen hacerlo, sobre todo desde que no lleva el anillo de casado. Y a Jay siempre le gusta la atención y no es demasiado exigente al respecto. Si Sloane se acercaba a él, su ego se hincharía, listo para que se lo acariciara, y se pondría a hablar con ella.

Si ese encuentro casual con Jay no ocurría, había planeado llevar a Harper al parque a la semana siguiente y buscar alguna excusa para presentarme, como por ejemplo chocando accidentalmente con ella mientras jugaba a pillar con Harper o tropezando con uno de sus zapatos, que siempre dejaba a su lado en el césped; pero me

pareció que lo de Jay era una buena treta. Como poco, le llamaría la atención. Y luego yo podría decirle algo como: «¿No habrás visto a mi marido por aquí? ¿Un tipo alto y de pelo moreno?». Sus ojos se iluminarían y, de repente, le resultaría interesante. Eso era todo lo que necesitaba.

Seguí a Jay y Harper al parque y me senté en un banco aislado con el pelo cubierto bajo un pañuelo y los ojos ocultos tras unas enormes gafas de sol como las de *Desayuno en Tiffany's* por si miraban en mi dirección. Sloane se encontraba donde siempre: tendida en la hierba leyendo un libro. Cuando vi que echaba un vistazo alrededor y que sus ojos se posaban sobre Jay, no pude evitar sonreír para mis adentros. Como no habló con él, le ofrecí a Harper un puñado de M&M's a cambio de que le pidiera a Jay que la llevara otra vez a ese parque al día siguiente, y también al otro. En esas ocasiones, en vez de leer su libro, Sloane los observaba mientras yo la observaba a ella.

De modo que yo también estaba ahí cuando la abeja picó a Harper. No sé exactamente lo que pasó, solo que esta comenzó a gritar. Me costó horrores no salir corriendo a abrazarla. Y tal vez habría terminado haciéndolo si Sloane no hubiera llegado antes. En cuanto Harper dejó de llorar, me fui a casa. Los esperaría allí, muerta de ganas de que me contaran su interacción.

—¡Me ha picado una abeja! —anunció Harper en cuanto cruzó la puerta de entrada. Alzó el pie para enseñármelo. Yo la senté en mi regazo y, tras examinar la roncha con mucho cuidado, le di un beso y ella no dejaba de soltar risitas.

—¿Quieres que te ponga una tirita? —pregunté—. He comprado unas nuevas de Minnie.

—Una enfermera nos ha ayudado —me contó entonces Jay mientras yo me ponía de pie con Harper todavía en brazos.

—¿Una enfermera? —Lo miré desconcertada. ¿Le había dicho Sloane que era enfermera? Mi tono debió de sonar algo raro porque Jay me miró extrañado—. Quiero decir, ¿cómo has encontrado a una enfermera? —añadí enseguida—. ¡Menuda suerte!

Él se encogió de hombros.

—Me ha dicho que se llamaba Caitlin. Era simpática.

«Menuda mentirosa», pensé. Y entonces fue cuando decidí que mi plan realmente podía funcionar.

—La próxima vez que vayamos a ese parque la buscaré para darle las gracias —respondí, y, como suele decirse, el resto es historia.

Me termino el vodka y noto cómo el alcohol recorre todo mi cuerpo. Sonrío. He estado mucho tiempo esperando que llegara este día: Sloane vestida con mi ropa, con mi maquillaje y mi mismo peinado y color de pelo. Sloane disfrazada de mí. Dudo si servirme otra bebida para celebrarlo, pero finalmente decido no hacerlo. El riesgo no merece la pena. Llevo el vaso a la cocina y, tras lavarlo y secarlo, vuelvo a dejarlo en el armario del que lo he cogido. ¿Beber yo? ¡Nunca!

20

A la tarde siguiente, cuando abro la puerta de entrada y veo a Sloane en la escalinata, sonrío de oreja a oreja. Es como si me mirara en el espejo. Su aspecto es del todo distinto al que tenía hace apenas unos días.

Lleva puestas algunas de las prendas que le di ayer, unos pantalones vaqueros oscuros y una camiseta de tirantes de color crema. Y también va maquillada. Pero no se trata solo del nuevo corte de pelo, la ropa, el rímel y el colorete. Va con la espalda más recta y los hombros erguidos; sacando tetas, la muy descarada. Es como si hubiera desarrollado una nueva confianza en sí misma.

Sloane se detiene un momento antes de entrar y ladea ligeramente la cabeza, estudiándome. Voy vestida de un modo más informal de lo que ella suele ver, con unos pantalones de chándal y una camiseta deportiva. También llevo el pelo sin lavar, recogido en un moño alto y con el flequillo sujetado con un clip. No es una transformación completa —todavía llevo algo de maquillaje y mi ropa es de marca y de mi talla—, pero es un comienzo.

Y es que esta es la otra pieza del puzle: no solo quiero que Sloane tenga mi aspecto, sino que yo quiero tener el suyo.

—¡Mírate! —digo—. ¡Casi no te reconozco! Esta camiseta te queda de muerte. ¡A Jay le encantará, es su favorita! —Se trata de una camisola de seda, un regalo que me hizo al poco de nacer Harper. Su favorita, pero no la mía: es incómoda y poco práctica. Me ha alegrado enormemente deshacerme de ella.

Sloane se sonroja.

—Gracias a ti. Ayer por la mañana estuve a punto de afeitarme la cabeza cuando me vi en el espejo. Y estoy segura de que eso habría sido un error aún mayor. Gigantesco.

Desdeño su comentario con un movimiento de mano indicándole que no ha sido nada. En realidad, le había prometido a Nolan quinientos dólares adicionales al precio del corte si me hacía un hueco en cuanto lo llamara. Y había dejado la caja de tinte que había comprado en una tienda en la encimera del cuarto de baño con la intención de que lo pusiera todo en marcha, algo que, para mi regocijo, sucedió.

—Entra, entra. —La hago pasar y le indico con la mano que me siga a la cocina—. Acabo de preparar café. ¿Quieres una taza? ¿Un pequeño chute de cafeína para aguantar la tarde? Sé que los jueves son largos.

Los jueves, Sloane recoge a Harper de gimnasia y la lleva primero a natación y luego al parque para que yo pueda disponer de unas pocas horas para «estudiar». Normalmente, yo regreso a casa, desperdigo los libros de derecho que pedí por correo y luego me pongo a escuchar un pódcast. *Crime Junkie*, para los yonquis del crimen, o *My Favourite Murder*, mi asesinato favorito; ya sabes, así me inspiro. Hoy le he pedido que venga a casa con el pretexto de haberme olvidado de meter el bañador en la mochila de Harper. En realidad, he de pedirle una cosa. Algo importante.

Sloane asiente, se sienta a la encimera y deja su bolso en el taburete de al lado.

—Oye, ¿ha ido Harper alguna vez a Coney Island? —me pregunta —. A mí me gustaba mucho de pequeña. ¡Me encantaría llevarla! — Y, a continuación, frunciendo el ceño—: ¿Su enfermedad del corazón le permite subir a montañas rusas?

Yo asiento.

—La llevamos el año pasado y se lo pasó pipa. ¡Las montañas rusas no suponen ningún problema!

Eso es porque, en realidad, su corazón no tiene ningún problema. Nunca lo ha tenido. Tuvimos un susto cuando era pequeña, pues el pediatra pensó que su latido era irregular, pero el ecocardiograma lo descartó. Cuando Sloane le dijo a Jay que era enfermera, sin embargo, no pude contenerme. Era la excusa perfecta para ofrecerle el puesto de niñera.

—¡Genial! —dice Sloane—. Quizá podríamos volver a ir. En agosto Harper no tiene clase, ¿verdad? ¿El viernes de la semana que viene no es su último día? ¡Podríamos ir al siguiente fin de semana!

Noto que se me acelera el corazón. Aquí está. La oportunidad que esperaba.

—Me parece muy buen plan —digo, dejándole una taza de café delante—, pero... —«Con calma, Violet, tómate tu tiempo. Juega bien tus cartas, no te precipites»—. Ese fin de semana no vamos a estar aquí. Ni tampoco al siguiente, de hecho.

—¿Ah, no? —El rostro de Sloane se ensombrece y las comisuras de los labios se le curvan hacia abajo. Parece como si le hubieran dado un puñetazo en la barriga. Exactamente la reacción que quería —. ¿Adónde vais? —pregunta con desolación.

—Al norte, a la costa de Rhode Island. A un pueblecito que se encuentra en la isla de Block. Es diminuto, tan solo viven unas mil personas, pero es precioso. Pasamos un fin de semana allí el pasado verano, al poco de mudarnos, y me moría de ganas de volver. Serán nuestras últimas vacaciones antes de que Harper comience primaria. —Exhalo un suspiro exagerado—. No puedo creerme que mi hija vaya a cumplir cinco años.

Sloane fuerza una sonrisa.

—Suena divertido —se las arregla para decir—. Ya iremos a Coney Island cuando regreséis.

—Bueno, me alegro de que lo pienses —digo con una sonrisa—, porque hay una cosa que quería preguntarte. —Hago una pausa dramática. Preparados...—. ¿Te gustaría venir con nosotros?

—¿Ir con vosotros? —repite Sloane. Sus ojos se abren de par en par, redondos cual platillos.

Yo asiento con entusiasmo.

—Es una casa grande, de tres dormitorios, así que no tendrías que compartir habitación con Harper. —Como no contesta, añado—: ¡Con vistas al mar! Y a tan solo dos minutos andando de la playa. ¿Qué te parece? ¡A todos nos vendrían bien unas vacaciones!

Yo contengo el aliento, a la espera, confiando en no resultar demasiado insistente.

Sloane traga saliva.

—Me encantaría, pero... —se remueve incómodamente en el taburete y a mí se me hace un nudo en la garganta; ¿va a decir que no? — no estoy segura de que pueda permitírmelo.

«¿Eso es todo?» Me relajo. Le aumenté las horas cuando descubrí que la habían echado, pues quería integrarla en nuestra familia lo más rápidamente posible. Esa había sido mi intención cuando le había dado a Allison la tarjeta de Rose & Honey diciéndole que allí trabajaba la mejor manicura de la ciudad («Y es un establecimiento de lo más chulo. Tienes que ir —le dije—. La manicura que te digo está todos los lunes»). Esperaba que montara una escena; con gritos, tal vez. Allison parecía de las que gritan. Cuando llamé al salón de belleza a la semana siguiente haciendo ver que quería una cita con Sloane, me alegró oír que ya no trabajaba allí. Colgué emocionada. Eso la liberaba para convertirse en nuestra niñera a

tiempo completo, y podría apuntarse a nuestro futuro viaje a la isla de Block.

Dejar caer ayer la tarjeta no fue sino otra provocación. «Mira la facilidad con la que podrían descubrirte —quería recordarle—. Aquí la gente te conoce. Saben que eres Sloane, no Caitlin.» Aunque no esperaba tener que esforzarme para convencerla. Ya solo el calor veraniego suponía razón suficiente para querer marcharse de la ciudad. En verano, el asfalto de las aceras prácticamente echa humo y tanto los edificios como todos aquellos que viven en ellos no pueden evitar cocerse.

Niego con la cabeza.

—¡Obviamente te pagaría! —digo con una sonrisa de disculpa—. Perdona que no lo haya dejado claro. Es decir, serías nuestra invitada, claro, pero seguiría necesitando tu ayuda con Harper. ¡La misma tarifa! Jay tendrá que trabajar un poco cuando estemos allí, así que me iría bien contar con un par de manos extra.

A Sloane se le ilumina el rostro.

—¡Entonces sí! —dice con una amplia sonrisa antes incluso de que haya terminado de hablar—. ¡Me encantaría!

—¿De verdad? ¡Oh, me alegro tanto! —No tiene ni idea de cuánto. Una energía eléctrica hace vibrar todo mi cuerpo. Está sucediendo—. Y Jay también se alegrará —añado, sabiendo lo feliz que le hará eso a ella—. De hecho, él es quien lo propuso. Sabe lo mucho que me has ayudado últimamente y cuando le comenté lo mucho que te echaría de menos cuando nos marcháramos, sugirió que te invitara. Dijo que sería una estupidez no hacerlo.

Las mejillas de Sloane se sonrojan en cuanto pronuncio su nombre. Está embelesada por él. Seguro que cree que no se le nota, pero lo tiene escrito por toda la cara. No me importa, claro está. Lo hace todo más fácil. Quiero que lo desee. De hecho, necesito que lo

haga. Esa es la razón por la que le conté lo de Danny. Fue un modo de minimizar la culpa que pudiera sentir: quise descorrer la cortina y mostrarle las grietas de mi deteriorado matrimonio (si es que todavía se le puede llamar así; el mero hecho de pronunciar la palabra hace que me entren ganas de vomitar).

Obviamente, Jay no me ha sugerido que invite a Sloane. De hecho, se mostró reticente ante la idea misma del viaje. Convencerlo ha sido una de las partes más difíciles de mi plan.

Se lo propuse la semana pasada mientras desayunaba con Harper y ambos comían cereales distraídamente, Jay mirando su móvil y Harper con la vista puesta en la tira de cómic de la caja de cereales.

—Hagamos un viaje —dije con naturalidad. Él levantó la mirada hacia mí, confundido—. Volvamos a la isla de Block —añadí con una sonrisa.

Él ladeó la cabeza y me miró con desconfianza.

—¿Juntos? —preguntó. Unos meses antes, poco después de que Sloane apareciera en nuestras vidas, le había propuesto hacer un esfuerzo para tratar de solucionar las cosas. Él se había mostrado de acuerdo, pero también receloso. Con razón. De hecho, si hubiera sabido lo mucho que me costaba siquiera mirarlo y cómo la mera idea de su existencia me irritaba, se habría sentido aterrorizado.

Yo asentí. Luego me mordí el labio inferior, suavicé mi expresión y sonreí con la esperanza de transmitir un aire un poco nostálgico.

—Creo que a Harper le encantaría —dije—. La última vez nos lo pasamos muy bien. —«Bueno, al menos tú lo hiciste, desgraciado.» Jay siempre se lo pasa bien. No puede evitarlo. Al menos, esa es la excusa que da.

Y a continuación, alzando más la voz, dije:

—¿Qué te parecería ir a la playa conmigo y con papá, Harpie?

Fue un truco barato y lo sabía. También Jay, que apretó los labios con fuerza al tiempo que Harper se volvía hacia mí con la cuchara de cereales suspendida en el aire y una expresión de puro entusiasmo en el rostro.

—Vamos, Jay, ¿qué dices? La isla de Block te encantó.

Al poco de trasladarnos a Nueva York, habíamos pasado allí un fin de semana largo. Harper tenía casi cuatro años por aquel entonces, y Jay y yo nos sentíamos optimistas acerca de nuestro futuro, convencidos de que habíamos dejado en San Francisco los días más duros de peleas y discusiones. Nos pasamos todas las vacaciones tumbados en la playa sobre una manta mientras Harper cavaba en la arena a nuestros pies o, cuando teníamos hambre, paseando por el pueblecito en busca de rollitos de langosta y helado batido a mano, felices y con la piel quemada por el sol.

Era la primera vez de Jay en la isla de Block, pero no la mía. Ni mucho menos. De pequeña pasaba allí todos los veranos, desde el final de las clases en junio hasta el último fin de semana de agosto, en la casa de vacaciones de mi abuela. Ella también había pasado allí los veranos de su infancia y, más adelante, cuando se jubiló y mi abuelo murió, se trasladó de forma permanente.

Al principio, yo iba con mis padres, pero luego estos me enviaban y venían más tarde a pasar una semana o así para regresar a San Francisco, lo cual ya me parecía bien. «Cuidado con la puerta al salir», me entraban ganas de decirles cuando se marchaban tirando de sus maletas por el sendero hacia la limusina. Me alegraba que se marcharan y yo pudiera quedarme a mi aire. Me encantaba estar allí. Tanto que, en mi último año de instituto, metí todas mis cosas en la cómoda de la habitación de invitados y me trasladé a vivir a casa de mi abuela. Más que ningún otro sitio en el que hubiera residido, para mí aquel era mi hogar.

Adoraba a mi abuela. No era una de esas ancianas con una permanente rígida y un rictus aún más rígido. A diferencia de mis padres, a ella no le importaba que mis camisetas estuvieran manchadas de polo, que nunca me cepillara el pelo o que tuviera la piel pegajosa a causa del protector solar. Sus camisas también estaban manchadas y también iba despeinada. Llevaba pantalones vaqueros cortados e iba descalza. Le gustaba navegar y desbullar ostras. Se reía con la boca abierta. Desde el principio fuimos iguales, socias en nuestras aventuras isleñas. Con ella podía ser yo misma, y ella me quería precisamente por ello.

Comenzábamos nuestras mañanas en el porche, tomando café (el mío era básicamente leche y azúcar) y hojeando el periódico. Luego íbamos en bici al pueblo a comprar comida para la cena. Durante el día, nadábamos en el mar, buscábamos conchas en la playa o leíamos tendidas en la arena sobre nuestras toallas. Yo se lo contaba todo: mi vida en casa, lo que quería ser de mayor o lo que realmente había sentido cuando Caroline (mi mejor amiga, creía yo) no me había invitado a su fiesta de cumpleaños, a pesar de que había fingido que no me importaba.

Ella fue la primera persona a quien conté que Danny me había besado. Yo había estado encandilada por él desde el primer día que había llegado a la isla de Block. Nos habíamos conocido cuando teníamos seis años, en la playa, delante de la casa de mi abuela.

—¿Quieres ayudarme a construir un castillo? —me había preguntado él. Tenía unos radiantes ojos de color ámbar, una espesa mata de pelo rizado a juego, la nariz espolvoreada de pecas y, ya por aquel entonces, una voz profunda y melodiosa que hacía que cualquier cosa que dijese sonase como una serenata. Había estado esperando diez años a que me diera aquel beso. Diez años en los que nos habíamos perseguido el uno al otro por la isla, habíamos

pescado en su bote, nos habíamos escabullido de noche para nadar en la oscuridad y habíamos saltado sobre mi cama mientras cantábamos canciones de Prince a grito pelado: *I would / die for / you / yeah / darlin' if you want me to!* Él me conocía mejor de lo que yo me conocía a mí misma. Sabía quién era yo realmente, no la persona que fingía ser delante de mis padres, siempre formal y sonriente, sin un pelo fuera de sitio.

Danny era uno de los pocos lugareños auténticos que vivían en la isla todo el año. Su padre era médico y su madre camarera en el restaurante de su tía. No eran ricos y, a pesar de que les iba bien, eso no había sido suficiente para evitar que mis padres lo miraran por encima del hombro y me dijeran que podía —y debía— encontrar a alguien mejor. Pero para mí nadie era mejor que Danny; nadie tenía su corazón.

Y entonces, unas pocas semanas después de nuestro beso, justo después de mi decimosexto cumpleaños, Danny me dijo que ya no quería que siguiéramos viéndonos. Había conocido a otra persona. Mi abuela me enjugó las lágrimas.

—Algún día lo entenderás todo —me susurró al oído, y tenía razón. Había comprendido la situación mejor que nadie, siempre lo hacía. Era el salvavidas de todo el mundo, siempre extendía sus manos para ayudarte y sacarte de las profundidades de las turbias aguas en las que te encontraras.

Cuando estaba cursando el primer año en la universidad, mi abuela murió repentinamente de un ataque al corazón, apenas unas pocas semanas antes de que yo fuera a la isla a pasar las Navidades. Mi madre me llamó a las seis de la madrugada de un domingo para darme la noticia. Era la primera vez que oía su voz en meses. La escuché soñolienta y confundida, con el rímel de la noche anterior todavía pegado a las pestañas; cuando logré asimilar lo que estaba

diciéndome, me sentí absolutamente devastada. Escribí un discurso para el funeral, pero no llegué a leerlo; era incapaz de dejar de llorar. Jay y yo habíamos comenzado a salir y permaneció sentado a mi lado en el banco de la iglesia con un brazo alrededor de mis hombros.

La primera vez que volví a la isla de Block desde que tenía dieciocho años fue cuando Jay y yo llevamos a Harper el pasado mayo. Desembarqué del ferri con el corazón en un puño. Tenía la sensación de regresar a casa. La isla estaba más poblada que la última vez que había estado allí —había más turistas, y nuevos hoteles y casas salpicaban la costa—, pero seguía teniendo el mismo olor a caramelo masticable y el mismo aire de ensueño de siempre, como si allí las cosas tuvieran los bordes suaves y vaporosos.

De camino al lugar que habíamos alquilado, le pedí a Jay que pasáramos por delante del sitio en el que había estado la casa de mi abuela. Al no verla, no pude evitar fruncir el ceño, confundida, hasta que caí en la cuenta de que la habían tirado abajo para construir en su lugar una monstruosidad de tres pisos. Me sorprendió, pero, más que sorprenderme, me enfureció. ¿Qué tipo de persona era capaz de derribar un edificio histórico? Me entraron ganas de echar abajo esos ventanales del suelo al techo y sacar a rastras a sus ocupantes tirándolos del pelo mientras les decía a gritos: «¡Esta tierra no os pertenece!». Pero permanecí en silencio, sentada en el asiento del acompañante mientras me clavaba las uñas en las palmas de las manos. Jay no se dio cuenta de nada.

Pensaba que reconocería a todo el mundo, y que todo el mundo me reconocería a mí, pero, en general, fui anónima: otra turista, otra neoyorquina que estaba de paso. Ataviada con mi chal de Missoni y mis bikinis de talle alto, muchas cabezas se volvían hacia mí. Pero no

porque nadie me reconociera: habían pasado demasiados años y los vínculos que tenía con el lugar habían desaparecido hacía mucho.

Nuestra última tarde, dejé a Harper durmiendo la siesta y fui a echar un vistazo a las tiendecitas del pueblo y me detuve en una cafetería para tomarme una copa de vino. La camarera tendría unos cincuenta o sesenta años, el pelo canoso y un rostro franco y agradable.

—¿Violet? —me preguntó, examinándome—. ¿La nieta de Rebecca?

Yo asentí, y entonces me di cuenta de que se trataba de la tía de Danny, la hermana menor de su madre. Nos abrazamos y me dijo lo mucho que había lamentado el fallecimiento de mi abuela.

—Espera a que Danny sepa que te he visto —dijo—. Siempre sintió un gran afecto por ti.

Yo no había hablado con él desde el funeral de mi abuela, hacía más de diez años; había dejado atrás esa parte de mi vida y de mí misma. La había empaquetado, la había escondido bajo una ropa que no era de mi estilo y ahora era una etapa de mi vida que apenas reconocía. Había creído que eso era lo que debía hacer, que ese era el modo a través del cual conseguiría que la gente me quisiera. De hecho, Harper era el único indicio de la persona que yo había sido en la isla: su jovialidad, sus risitas y sus rizos desmelenados venían a ser un vestigio de mi antiguo yo.

Pero ahora necesitaba volver atrás. Era el único lugar que tenía sentido. Así pues, adopté una expresión afable y, con una sonrisa, le dije a Jay:

—¡Venga, hombre! ¿Recuerdas los rollitos de langosta?

—Me lo pensaré —contestó Jay. Pero finalmente se mostró de acuerdo cuando volví a preguntárselo, esta vez a oscuras, debajo de las sábanas, con su mano entre mis piernas. Tuve que morderme el

interior de la mejilla con tanta fuerza que me hice sangre, pero necesitaba que recordara cómo solían ser las cosas y cómo podían volver a ser, tal vez, si accedía al viaje. Cerré con fuerza los ojos mientras me tocaba, imaginando que estaba en algún otro lugar.

Ahora le digo a Sloane:

—Harper estará muy contenta cuando se lo diga. Te quiere mucho, ya lo sabes.

Halagada, Sloane sonríe de oreja a oreja.

—Y yo la adoro a ella.

La creo. Al principio no me hacía mucha gracia dejar a Harper sola con Sloane y me aseguraba de estar en la habitación contigua ocupándome de la colada o buscaba alguna excusa para acompañarlas al parque, pero cuanto más las veía juntas, más claro comencé a tener lo mucho que le gustaba a Sloane pasar tiempo con Harper y lo bien que se le daba tratar con ella. Pequeñas cosas como agacharse para estar a la altura de los ojos de la niña cuando hablaban, inventarse canciones tontas cuando Harper estaba al borde de un berrinche, colocar la merienda en el plato en forma de animales (mariposas de prétzels o tostadas de mantequilla de cacahuete con forma de gato, con fresas cortadas a modo de orejas). Es una de las cosas con las que se ha ganado mi cariño. Y es que, curiosamente, no la odio. Podría pensarse que sí, teniendo en cuenta lo que planeo hacer, pero no es así. En cierto modo, me siento agradecida. Ella no es más que un medio para conseguir un fin. La respuesta a un problema. Y me hace reír.

—Entonces ¡no se hable más! —digo—. Te vienes. Lo único que necesito es tu carné de conducir. Para el billete.

La expresión de Sloane cambia y empalidece de golpe.

—¿Mi carné de conducir? —dice, soltando un gallo. Por un momento me siento confundida ante su reticencia, pero luego caigo

en la cuenta. En él aparece su verdadero nombre. No quiere que lo vea.

Asiento.

—Sí, es una nueva medida de seguridad para el ferri. Y añadiré tu nombre a la reserva del coche de alquiler por si quieres llevar a Harper a algún lugar.

Veo cómo la garganta de Sloane se mueve al tragar saliva.

—Sí, claro —dice lentamente—. Ningún problema. —Abre el bolso y comienza a rebuscar en su interior. Luego vuelve a levantar la mirada con el ceño fruncido y fingiendo sorpresa—. No está en el bolso. Debo de habérmelo dejado en casa. ¿Puedo traértelo mañana?

—Claro —digo. Me muero de ganas de oír la mentira que tendrá que soltarme cuando me lo dé.

Cuando se marcha para ir a buscar a Harper, llevo mi portátil a la encimera de la cocina y me sirvo una copa de vino hasta arriba. En cuanto me siento en un taburete, la bandeja de entrada emite un pitido. Es un correo electrónico de la agente de viajes con la que he estado escribiéndome. Lo abro ansiosa por leerlo.

«Buenas noticias —leo—. Llámame.»

Cojo el móvil con una amplia sonrisa en el rostro.

Las últimas semanas me he pasado horas al teléfono con varios agentes de viajes para asegurarme de que nos alojaremos en una casa vecina a la de otra familia joven con hijos. Muchas de las agencias de alquiler no querían proporcionarme información acerca de otros ocupantes, pero finalmente había encontrado a Gina, quien se había mostrado más que encantada de ayudarme al descubrir la comisión que ganaría con la reserva, puesto que yo estaba dispuesta a pagar más por el alojamiento que me encontrara. El dinero, descubrí hace mucho, motiva a la gente a hacer casi cualquier cosa.

—He encontrado el lugar perfecto —me cuenta Gina cuando contesta al teléfono—. La casa vecina estará ocupada por una familia con dos hijos de cuatro y seis años. La tuya es una de tres dormitorios, tal y como pediste. Frente a la playa. Acaba de quedar libre gracias a una cancelación de última hora. Es un poco más cara que...

—Resérvala —digo. No me importa el precio.

Oigo cómo teclea algo al otro lado de la línea.

—¡Hecho! —anuncia Gina.

Cuelgo y doy un largo trago a mi vino para celebrarlo. Está sucediendo.

21

A la mañana siguiente, cuando llego a casa después de haber dejado a Harper en la escuela, recibo un mensaje de texto de Sloane: «Cuándo te va bien que pase a dejarte el carné de conducir?».

«Ahora? —le contesto—. Si te va bien.» Cuanto antes lo tenga, mejor.

Treinta minutos después, le abro la puerta de entrada. No tiene buen aspecto. Su pelo sigue siendo lustroso y su cutis está limpio, pero tiene los ojos inyectados en sangre, con ojeras moradas y bolsas, como si no hubiera dormido. Seguramente no lo ha hecho, preocupada por cómo diantre iba a explicarme el hecho de que el nombre en el carné no es el que me ha dicho y temiendo que pueda reconocerlo.

—Entra —le digo—. ¿Quieres un café? —Está claro que necesita uno.

Pero ella niega con la cabeza, rechazándolo. Coge el carné que lleva en uno de los bolsillos traseros del pantalón y me lo tiende.

—Aquí tienes —dice, casi arrojándomelo a la mano.

—Gracias. —Bajo la mirada hacia el carné. Al ver la foto, me olvido de la discrepancia de nombres. La fotografía es increíblemente mala. Sale con la boca medio abierta como si fuera a decir algo, con los labios algo fruncidos y los dientes a la vista. El pelo lo lleva recogido en un moño, pero se le ha caído hacia un lado y se ha dejado un mechón en la parte delantera. También está pálida, muy pálida (probablemente a causa de la iluminación de la oficina del

Departamento de Vehículos Motorizados, pero no deja de resultar perturbador de todos modos), y, además, parece tener un ojo mucho más pequeño que el otro. En conjunto, es una de las peores fotografías de carné que he visto en mi vida.

Contengo una risotada.

—¡Guau! —digo—. Yo... ¡Guau!

—¿Qué? —dice Sloane. Parece estar al borde de un ataque de pánico.

Vuelvo el carné hacia ella y con un dedo le doy unos golpecitos a la foto. Ella se encoge, azorada.

—¡Oh, Dios mío! Se me había olvidado lo mala que era. Procuro no mirarla para no morirme de vergüenza. Parezco un extra de *The Walking Dead*. Más cerebros, por favor. —Pone los ojos en blanco y saca la lengua.

Suelto un resoplido. Como he dicho, Sloane me hace reír. Luego vuelvo a bajar la mirada.

—¡Oh! —digo, haciendo ver que acabo de darme cuenta de algo —. Tu nombre: aquí pone... —Levanto la mirada hacia ella a modo de interrogación.

—¡Ah, sí! —Sloane hace un ruido que, creo, pretende ser una risa entre dientes—. Era una niña algo rara.

Ladeo la cabeza sin tener muy claro adónde quiere llegar con eso.

Ella pone los ojos en blanco.

—Por alguna razón, de pequeña le decía a todo el mundo que me llamaba Caitlin. Me parecía un nombre bonito, supongo. Y se me quedó. Obviamente. —Suelta una risita aguda mientras con una mano se frota la nuca—. Como he dicho, era rarita. —No deja de mordisquearse el interior del labio, haciendo que le tiemble una comisura. Estas son las señales que la delatan: la mano en el cuello

y el temblor del labio. A veces también se remueve en la silla mientras cruza y descruza las piernas.

Espera nerviosa mi reacción para ver si es algo que me importa o si su nombre verdadero me suena de algo.

Tardo un momento en contestar, temerosa de ponerme a reír si lo hago. ¿Eso es lo mejor que se le ha ocurrido? Vaya mierda de excusa. De verdad, estoy decepcionada; esperaba más de ella. Al final, consigo decir:

—Bueno, yo fingí que era un gato durante todo mi primer curso, lo cual me hizo muy popular, como puedes imaginarte, así que no eras la única rarita. —Es mentira, mi madre habría hecho que me internaran.

Me fijo en que Sloane deja caer los hombros, aliviada. Me devuelve la sonrisa.

Luego desvío la vista hacia la encimera y paso las manos de un lado a otro de la suave superficie de mármol, esperando darle la impresión de que me siento inquieta.

—¿Puedo hablarte de algo? —pregunto entonces.

Hay otra cosa que necesito de ella. Algo importante.

—Sí, claro —dice ella lentamente, examinando mi rostro con desconcierto, sin saber bien de qué puede tratarse.

Le ofrezco una sonrisa.

—¿Nos sentamos? —Señalo el sofá.

Nos dirigimos al salón y nos sentamos la una frente a la otra. A nuestro alrededor, la casa permanece en silencio. Espero un momento para hablar, dejando que la tensión aumente un poco más.

—¿Qué sucede? —pregunta Sloane en un tono de voz una octava más alto de lo habitual, mientras se seca nerviosamente las palmas de las manos en las perneras de los pantalones.

—Bueno... —Me aclaro la garganta y respiro hondo—. Quería pedirte una cosa... Si me pasara algo a mí, o a nosotros, a Jay y a mí, nos preguntábamos si estarías dispuesta a encargarte de la tutela de Harper. —Mantengo la mirada puesta en ella sin parpadear.

Por un momento, se me queda mirando con expresión vacía.

—¿La tutela? —Sloane niega con la cabeza—. ¿Quieres que yo sea la tutora de Harper?

—Sí, ya sé que es mucho pedir —digo con una pequeña risa de disculpa—. Bueno, muchísimo. Pero los padres de Jay ya están acercándose a los ochenta. En unos pocos años, no estarán capacitados para ocuparse de ella. —De hecho, ya en su momento apenas estaban capacitados para ocuparse de sus propios hijos. Sirva Jay a modo de ejemplo.

—Pero... —Sloane sigue boquiabierta—. ¿Y qué hay de tu familia?

—Se puede decir que no tenemos una relación muy estrecha —digo despreocupadamente, encogiéndome de hombros. En realidad, me quedo corta: no hemos vuelto a hablar desde que me marché de San Francisco. Y no pienso volver a hacerlo.

De pequeña, la relación con mis padres fue siempre tensa. Le endosaron mi educación a una retahíla de niñeras y tutoras que me llevaban de un lado a otro, de las clases de piano a las de ballet, o a las de equitación los fines de semana. Almorzaba con la empleada doméstica, deseando tener una hermana con quien comer mientras mis padres trabajaban largas horas: mi padre era socio en su bufete y mi madre una prestigiosa marchante de arte. Nunca se molestaban en darme un beso de buenas noches cuando llegaban a casa, ni tampoco me arropaban. Si alguna vez me daban un abrazo, era con los brazos rígidos, y me dejaban fría. Yo no era más que un mero accesorio en sus ocupadas vidas, similar a una pieza de colección de Christie’s o a una silla Porta Volta: se podía admirar, pero estaba

prohibido sentarse. En público mostrábamos una relación cordial, porque era lo que se esperaba de mí —la menor falta de respeto se castigaba con una fuerte bofetada—, pero en privado era distante. Las expectativas estaban claras: yo interpretaba el papel de la hija perfecta —uniforme de escuela privada planchado a mano y sin arrugas, pelo perfectamente peinado— y ellos, por su parte, interpretaban el suyo —bien vestidos y peinados, sonrisas radiantes —. Mi padre era apuesto y mi madre muy atractiva, y ambos eran sociables.

Lo único que importaba eran las apariencias, nuestras vidas eran mero teatro. Resultaba como poco asfixiante. Me sentía como una muñeca de plástico que ocasionalmente sacaban de su embalaje y que luego volvían a guardar, colocándola de nuevo en el estante del armario y cerrándole la puerta en las narices. Nunca me conocieron, ni mostraron el menor interés en hacerlo.

Lo aguanté tanto como pude. Poco a poco, el resentimiento fue comiéndome por dentro hasta que los pulmones comenzaron a arderme y tuve que salir a la superficie para respirar. Acababa de cumplir diecisiete años y estaba terminando el penúltimo curso del instituto cuando finalmente la situación se me hizo insoportable.

Había vuelto pronto a casa de la escuela —me dolía la cabeza, creo— y acababa de aparcar el coche en el camino de entrada de casa. Me había quedado sentada en el coche un momento, consultando un mensaje de texto que acababa de recibir. Cuando levanté la mirada y me disponía a bajar, vi que la puerta de entrada estaba abierta y que del interior de la casa salía una mujer con el pelo rubio recogido en un moño. No la había visto nunca.

Mi padre apareció detrás de ella, le rodeó la cintura con un brazo y ella se volvió hacia él sonriendo coqueta. Luego él la besó con

ganas y su mano se deslizó hacia la curva de su cadera. El alma se me cayó a los pies y sentí náuseas.

Esa noche, aprovechando que mi padre se encontraba en una cena con unos clientes, acudí al cuarto de baño de mis padres cuando mi madre estaba quitándose el maquillaje. Me quedé en la entrada, toqueteándome nerviosamente las uñas.

—Deja de hacer eso —dijo ella sin volverse hacia mí. Odiaba que me toqueteara las uñas. Bajé las manos a ambos costados y me aclaré la garganta.

—He visto a papá —comencé a decir en un tono vacilante—. Esta tarde. Con...

—Ya lo sé —dijo ella sin dejarme terminar la frase. Siguió con la mirada puesta en el espejo mientras se ponía crema alrededor de los ojos. Al fin se volvió hacia mí—. Ya lo sé —volvió a decir, esta vez con más firmeza. Y lo comprendí. Era algo que ella toleraba. Aun así, percibí un ligero temblor en sus labios. Se volvió de nuevo hacia el espejo. Lo toleraba, pero preferiría no tener que hacerlo. La conversación había terminado.

La odié tanto como lo odiaba a él. A él por su infidelidad, a ella por aceptarlo. Los odiaba a ambos por sus mentiras. Su matrimonio, como todo lo demás, no era más que una farsa. Ya no pude soportarlo un segundo más. No quería tener nada que ver con sus falsas y malditas vidas. Cuando les dije que, al terminar el verano, quería trasladarme a vivir con mi abuela en vez de volver a casa, se encogieron de hombros y se limitaron a decir «vale». Fue como si me echaran sal en una herida abierta. Aunque era yo quien quería marcharse, me dolió que les importara tan poco y que accedieran sin pensárselo dos veces. El año que siguió apenas me llamaron. Lo hicieron en Acción de Gracias, en Navidad y por mi cumpleaños, pero, por lo demás, su silencio fue total.

Cuando comencé la universidad ya no volví a saber nada de ellos, hasta que mi madre me llamó para decirme que la abuela había muerto. Creo que esa puede ser una de las razones por las que me enamoré de Jay. Yo había estado viviendo en un desierto sin amor y su deseo me pareció algo auténtico después de toda una vida de insinceridad. Qué idiota fui. Sí, su deseo era real, pero casi nada más lo era.

Y entonces, cuatro meses después del funeral, cuando estaba pasando las vacaciones de primavera en casa, me pidieron que me reuniera con ellos en el despacho de mi padre. Tenían a un abogado al teléfono que, a través del pequeño altavoz, me informó de que mi abuela había dejado a mi nombre un fondo fiduciario de ocho cifras; tendría acceso a él cuando cumpliera veinticinco años. Al otro lado de la línea, pude notar cómo las mandíbulas de mis padres rechinaban y apenas conseguían disimular el enojo que sentían. Por desgracia, lo único que me importaba, la casa de la isla de Block, estaba a nombre de mi madre.

Para cuando lo descubrí, ya la habían vendido y habían usado el dinero para mejorar la categoría de su afiliación al club de campo. Me quedé lívida. Ambos sabían lo mucho que esa casa significaba para mí. Fue un castigo por el amor que me profesaba la abuela. Y fue también la gota que colmó el vaso. Les dije que los odiaba a grito pelado una y otra vez hasta quedarme ronca y luego cerré la puerta tras de mí con tanta fuerza que pensé que se iba a partir en dos.

Pero ellos eran la única familia que me quedaba. De modo que, cuando mi padre me llamó después de tres años sin contacto alguno, me mostré más indulgente. Se había enterado de que pensaba matricularme en la facultad de Derecho y me ofreció la posibilidad de que su bufete, en el que yo había trabajado de

becaria durante todo el instituto, me escribiera una carta de recomendación. Acepté.

Después de eso comenzamos a mantener un contacto esporádico (breves mensajes de texto o llamadas) y luego ya con más frecuencia, hasta que, finalmente, reanudamos nuestras vacaciones juntos como una familia. Acepté un puesto de pasante en el bufete de mi padre y luego otro a tiempo completo al graduarme. A medida que se acercaba mi veinticinco cumpleaños, se esforzaban cada vez más por acercarse a mí. Mi padre me incluía en casos importantes y mi madre me invitaba a cenar. Él me ofreció un puesto de socia en el bufete y ella un puesto en el consejo de una fundación a la que pertenecía.

No era difícil ver qué estaba pasando. Se interesaban por mí ahora que el dinero estaba a la vista. Aun así, les seguí el juego porque me ofrecían aquello que siempre había querido: su atención, su amor. Puede que hubiera una razón para ello, pero al menos era algo.

Fui una estúpida al pensar que tal vez ese tiempo juntos supondría un nuevo inicio, una oportunidad para establecer una relación auténtica. De modo que dejé que se fueran acercando a mí y disfruté de su cercanía. Pero luego, después de que naciera Harper, mencioné que iba a mudarme a Nueva York a raíz de una oportunidad de negocio que se le había presentado a Jay y la ilusión se vino abajo, haciéndose añicos. Para entonces, Jay y yo ya llevábamos cinco años casados (habíamos sido novios desde la universidad, tal y como le había contado a Sloane), pero Jay nunca había llegado a gustarles. Me suplicaron que no lo hiciera e intentaron de todo para hacerme cambiar de parecer, primero queriendo convencerme por las buenas y luego con crueles amenazas vacías.

Era plenamente consciente de la verdadera razón de su desesperación. Temían que su pozo fuera a secarse, que Jay fuera a arrebatarles lo que ellos consideraban suyo. No a mí, sino mi dinero. Me sentí devastada.

Cuando nos trasladamos, me cambié de número de teléfono y borré todas mis redes sociales. Tampoco les di nuestra nueva dirección. Desde entonces, no hemos tenido contacto alguno.

Pero todo esto es mucho más de lo que Sloane necesita saber, claro está.

Le sonrío tímidamente.

—Lo cierto es que en estos últimos meses te has convertido en alguien imprescindible para nosotros. —Aparto la mirada un instante y luego me vuelvo otra vez hacia ella—. Es como si formaras parte de la familia. —Llevo semanas esperando el momento adecuado para usar esta frase.

Sloane se me queda mirando con los ojos como platos.

—Yo me siento igual —dice ella con voz ronca.

Ya me lo imaginaba, de modo que decido mostrar otra carta.

—Puede que esto te parezca una locura, pero ¿has pensado alguna vez en la posibilidad de que tal vez sea así? —digo, inclinándome hacia delante.

—¿Que seamos familia, quieres decir? —Sloane también se inclina hacia delante, parece estar casi sin aliento.

Yo asiento.

—Hermanas. Lo único que sabes de tu padre es que procede de Filadelfia. Y mi padre también es de esa ciudad. Nos parecemos mucho, sobre todo desde que llevamos el mismo pelo. —Entonces suelto una risita y niego con la cabeza—. Ya sé que se trata de una probabilidad entre un millón, pero supongo que esa es la razón por la que me ha parecido que tenía sentido ofrecerte la tutela. —Me

paso la lengua por los labios—. Ahora bien, si te parece demasiada responsabilidad, lo entendería.

Sloane se me queda mirando. Le brillan los ojos. Me doy cuenta entonces de que he dicho lo correcto sobre la posibilidad de que seamos hermanas. Otro ladrillo en la casa de mentiras que estoy construyendo; no creo que mi padre haya llegado a pisar nunca Filadelfia, y menos todavía Daytona, lugar en el que Sloane fue concebida. Esta asiente.

—Por supuesto que acepto.

—¿Estás segura?

—Absolutamente —dice ella.

Extiendo una mano al otro lado del sofá y la coloco sobre una de las suyas.

—Gracias —digo yo—. De verdad, gracias.

Luego me levanto y cojo de mi bolso un manojo de papeles sujetos con un clip y un bolígrafo. Dejo todo en la mesita de centro y le quito el tapón al boli.

—Aquí es donde hay que firmar. —Doy unos golpecitos con el índice sobre una línea de puntos.

Contengo el aliento cuando Sloane coge el bolígrafo y lo coloca sobre la página. La tinta de color azul oscuro traspasa el papel, dejándolo mojado. Me satisface comprobar que, instintivamente, Sloane ha firmado con su nombre verdadero. Este también aparece a lo largo del documento, pero acerté cuando supuse que no me pediría verlo, encandilada como está por la fantasía que acabo de endilgarle.

Anoche me descargué el archivo —una adenda a nuestro testamento— de una página web jurídica y esta mañana he falsificado la firma de Jay colocando el papel sobre un viejo cheque firmado por él y calcándola. Se trata de algo crucial en mi plan, pues

es uno de los dos documentos legales que llevaré conmigo a la isla. El otro, sin embargo, no ha hecho falta que lo descargara de ningún lado (ni tampoco que falsificara la firma de Jay). Mi abogado me lo preparó y me lo envió ayer por mensajero. Ya lo he guardado en la maleta, dentro de un sobre de papel manila escondido entre las páginas de una revista que he guardado en un bolsillo con cremallera.

Más tarde, cuando Sloane se haya marchado, entraré en la cuenta de correo electrónico de Jay y desde esta le enviaré los documentos recién firmados a nuestro abogado con copia a mí misma. Luego bloquearé la dirección de correo del abogado para que, cuando conteste confirmando la recepción, Jay no reciba el correo electrónico. Así este seguirá sin enterarse de nada. ¿Quién es el idiota ahora, Jay?

Sloane termina de firmar los documentos y vuelve a colocarle el tapón al bolígrafo.

—Muchas gracias. En serio —digo con tanta seriedad como puedo. Vuelvo a ordenar el manojo de papeles y luego añado—: ¡Ah, antes de que se me olvide! —Me levanto, voy al armario del vestíbulo y regreso con una bolsa de regalo de Bloomingdale's de cuya abertura asoma un papel de seda rosa—. Ten. —Se lo tiendo a Sloane con una sonrisa.

—¿Qué es esto? —pregunta ella.

Yo me encojo de hombros con falsa modestia.

—Ábrelo.

Con cuidado, mete las manos dentro y saca un paquete blando que desenvuelve poco a poco. Se trata de una especie de camisa blanca, sedosa y suave, de aspecto caro, con unas delicadas puntadas en las costuras y un cinturón trenzado alrededor de la cintura. Maravillada, Sloane levanta la vista hacia mí.

—Es una bata playera —digo—. ¡Sigue abriendo los paquetes!

Vuelve a meter la mano en la bolsa y saca otro paquete envuelto, esta vez se trata de un elegante bañador negro. Es de una pieza, pero sexy, con un escote bajo.

—¡Todavía hay más! —digo guiñándole un ojo.

Cuando ha terminado, ha abierto tres bañadores en total, otra bata playera, unos pantalones cortos, otros largos y anchos de lino, una camisa de algodón y dos pares de gafas de sol. El domingo anterior me pasé la tarde en Bloomingdale's con Harper, escogiendo nuevos bañadores para Sloane. Quería asegurarme de que fuera vestida como la señora Lockhart. No hay que olvidar que yo tengo un *look* cultivado con esmero cuyo objetivo es gustar. A mi marido, específicamente. Y a Jay le encantará Sloane ataviada con estas prendas.

Al igual que mis padres, Jay siempre ha sido muy claro respecto a lo que él piensa que una mujer debe llevar. También sobre cuánto debe pesar y la ropa que prefiere. Por supuesto, sus gustos son distintos de los de mis padres, pero, al igual que ellos, cuantos más ceros aparezcan en la etiqueta, mejor. Al principio, me encantaba cuando venía de compras conmigo y sonreía vorazmente mientras yo daba una vuelta ante él con un atuendo que él había escogido. «Ahora pruébate este otro», me decía, y yo lo obedecía gustosamente. Una vez me siguió al probador, cerró la puerta detrás de nosotros y me lo comió ahí mismo. No tardé en correrme con fuerza, agarrándolo del pelo con la mano izquierda y tapándome la boca con la derecha para tratar de ahogar mis gemidos. Él siempre supo qué me gustaba y cómo tocarme. Y, por mi parte, yo estaba más que contenta de llenar el armario con prendas que le agradaran y mantener un vientre plano y un cuerpo tonificado, feliz de que se muriera de ganas de quitarme lo que llevara puesto. Esto fue antes

de darme cuenta de que se moría de ganas de quitarle lo puesto a cualquiera.

—Violet, esto es... —comienza a decir Sloane.

—¡Para el viaje! —digo enseguida—. A modo de agradecimiento por que hayas aceptado venir con nosotros.

—¡Debería ser yo quien te diera las gracias! —responde. No, no debería. En serio.

Le insisto que se tome el resto del día libre para hacer la maleta y luego la acompaño a la puerta y le doy un rápido abrazo antes de que baje la escalinata.

—El domingo a las nueve —le digo—. ¡Saldremos a y media!

En cuanto Sloane se ha marchado, miro la hora. Son solo las diez, lo cual significa que dispongo de casi tres horas antes de tener que ir a buscar a Harper. Tiempo más que suficiente para llevar el carné de conducir al Departamento de Vehículos Motorizados.

Antes de marcharme, me cambio de ropa y me pongo las prendas que Sloane dejó en casa para que donara. Luego me quito el maquillaje de la cara, me recojo el pelo en un desaliñado moño y me pongo unas gafas con montura de plástico que saco de una bolsa escondida en el fondo del vestidor.

En la sucia y mal iluminada sala de espera del Departamento de Vehículos permanezco sentada durante casi una hora y media antes de que digan mi número.

—Me gustaría cambiar la fotografía —digo, deslizando el carné de Sloane por el mostrador y pasándolo por debajo de la partición de plástico. La mujer que hay al otro lado del mostrador apenas me mira a mí o al carné antes de dirigirme a otra cola, donde otra empleada desganada me indica que mire directamente a la cámara.

Sloane y yo nos parecemos, sí, pero quiero ser yo quien salga en la fotografía de su carné. Eso hará las cosas más fáciles. Más creíbles.

Luego cambio la dirección de correo de Sloane por un apartado de correos que he contratado en la isla de Block, de forma que, cuando envíen el carné, sea yo quien lo reciba, y pago treinta y cinco dólares extra para acelerar el proceso. Debería recibirlo a finales de la semana que viene. Salgo del Departamento de Vehículos con el tiempo justo para volver a ponerme mis pantalones vaqueros y maquillarme otra vez antes de ir a buscar a Harper.

Ahora lo único que me falta es hacer la maleta.

22

Normalmente me levanto antes que Harper, pero esta mañana, el día que partiremos a la isla de Block, no he puesto la alarma a propósito. Hoy es mi primer día oficial como Sloane en vez de Violet. Voy a darle el papel de Violet a Sloane. Dejaré atrás mi vida para que sea ella quien ocupe mi lugar. Si la conozco bien, y creo que a estas alturas es así, ella aceptará felizmente e interpretará encantada el papel de mi persona. Ambas bajaremos del ferri siendo otra persona: yo seré ella y ella será yo. Solo que Sloane todavía no lo sabe.

Me despierto al oír las pisadas de Harper recorriendo el pasillo de su habitación a la nuestra y me incorporo cuando sube a la cama de un salto, rebotando en el colchón. Esta noche prácticamente no he dormido: he estado repasando una y otra vez el plan hasta que me he quedado frita cuando ya salía el sol. Ahora estoy grogui y me arden los ojos.

—¡Papá dice que ya es hora de levantarse! —dice Harper, arrebatándome la sábana—. Hoy vamos a la playa, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, cielo. —Sonrío con los ojos todavía cerrados y extiendo una mano para acariciarle el pelo. Siento el mismo entusiasmo que cuando era niña y, con las maletas ya hechas, me disponía a ir al aeropuerto. Era la mejor sensación del mundo.

—¿Ya lo tienes todo listo? ¡No te olvides de los libros! ¿Vas a llevar el reproductor de cedés?

—¡Claro que sí! —Antes de mudarnos, mis padres le compraron un viejo Discman junto con una docena de cedés con música de Disney y audiolibros para niños. A Harper le encanta. Se pasa horas tumbada en el suelo escuchando los cedés y cambiando uno por otro y volviendo a colocarlos en sus cajas. Es una de las cosas más consideradas que mis padres han hecho como abuelos. Harper baja de la cama de un salto y sale corriendo hacia su dormitorio.

—¡Voy a meterlo en la mochila! —exclama.

Yo salgo de la cama y me dirijo al cuarto de baño. Me salto mi ducha habitual y me recojo el pelo en un descuidado moño. Me lavo los dientes, pero no me maquillo. Luego me visto rápidamente con un par de pantalones de yoga negros, una camiseta holgada y unas maltrechas zapatillas deportivas Converse que encontré la semana pasada en una tienda de segunda mano. Finalmente, me ato alrededor de la cintura la vieja camisa de franela que Sloane me cambió por la de Carolina Herrera.

Cuando he terminado, me miro al espejo de cuerpo completo apoyándome en la pared. Sonrío. Parezco más joven de lo que soy, y más una niñera que una madre, como Sloane cuando nos conocimos en el parque. No es un cambio drástico —sigo siendo yo—, pero se trata del comienzo.

—¡Mamá! —exclama Harper desde su habitación—. ¡No encuentro los zapatos, mamá!

Echo un vistazo al vestidor por encima del hombro. Anoche terminé de hacer las maletas. Bueno, casi. Todavía me falta poner unas pocas cosas, pero prefiero esperar a que estemos a punto de marcharnos.

—¡Voy! —digo, alzando la voz.

Todavía estoy en el dormitorio de Harper ayudándola a buscar los zapatos en su armario cuando suena el timbre. Sloane ha llegado.

Consulto la hora. «Justo a tiempo.»

—¿Puedes abrir? —grito para que me oiga Jay, que está en la planta baja. Un momento después, oigo cómo la puerta de entrada se abre y se cierra y, a continuación, la voz de Sloane en el vestíbulo —. Voy a decirle hola a Caitlin —le digo a Harper—. Tú sigue buscando tus zapatos, ¿de acuerdo?

Bajo la escalera pisando con fuerza los escalones, pero Sloane apenas repara en mí. Está apoyada en la puerta de entrada, mirando fijamente a Jay con las mejillas sonrojadas mientras él hace una broma sobre la cantidad de maletas que hay apiladas al pie de la escalera. Sloane lleva puestos unos pantalones vaqueros míos —unos claros y de cintura alta que hacen que sus caderas parezcan diminutas— y la camisola de color marfil que le dije que era la favorita de Jay. Tiene el pelo lustroso y le brillan los ojos.

Esta es la primera vez que Jay la ve desde que ella lleva el nuevo peinado y va vestida con ropa nueva. Por el modo en que la mira, comiéndosela con los ojos, está claro que aprecia la transformación. Seguramente ya se la imagina a cuatro patas, inclinada en el borde de la cama: su posición favorita.

—¡Buenos días, Caitlin! —digo alzando la voz y deteniéndome a unos pocos escalones del pie de la escalera. Tanto Jay como Sloane se vuelven hacia mí de golpe.

Sloane parpadea un momento como si no me reconociera, pero luego sonríe.

—¡Buenos días! —contesta alegre—. ¿Puedo ayudar con algo?

Yo señalo alrededor exageradamente.

—¡Con todo! —digo, y suelto una risita—. Pero, sobre todo, a buscar los zapatos de Harper. No los encuentro en ningún sitio.

—Yo acabo de verlos... —Jay mira a su alrededor y a continuación señala un par de zapatos de Harper que hay cerca del sofá—. Ahí

están.

Me asomo por encima de la barandilla y niego con la cabeza cuando diviso sus zapatillas deportivas blancas.

—No, esas no, los zapatos rojos. Las cangrejeras. Se niega a salir de su habitación hasta que las tenga.

—Yo me ocupo —dice Sloane, dejando sus bolsas con el resto del equipaje.

Yo junto las manos fingiendo un rezo.

—Gracias. Todavía he de terminar de hacer una maleta. ¿Y podrías asegurarte de que Harper haga pipí antes de marcharnos?

Ella asiente y yo vuelvo a subir la escalera a toda prisa.

—Quince minutos —exclama Jay a mi espalda—. El coche saldrá en quince minutos. Si no salimos a las nueve y media perderemos el ferri.

—Ajá —mascullo, indicándole que lo he oído. Como si hubiera algo que pudiera impedir que subiera a ese barco.

Tras regresar al dormitorio, cierro la puerta. En el vestidor hay unas cuantas cosas que necesito. En primer lugar, el móvil prepago que guardo escondido en una caja de zapatos, un Nokia barato que compré hace unos meses en una polvorienta tienda de productos electrónicos de la zona de Midtown, con muchos minutos de saldo y que pagué en efectivo. En segundo lugar, la pistola. Antes de que dejáramos de hablarnos, mi madre insistió en dármela para que me la llevara a Nueva York. A pesar de su apariencia de persona liberal y amante de las artes, sus auténticos valores conservadores asomaban a menudo con una reluciente luz cegadora a través de las grietas de esa imagen que proyectaba. Me soltó un rollo acerca de unas estadísticas de delitos que había visto, según las cuales se había producido un aumento de los robos de casas por toda la ciudad de Nueva York. Yo puse los ojos en blanco —San Francisco era una de

las ciudades de todo el país en las que más habían aumentado los delitos en los últimos años—, pero accedí a llevármela. Jay y yo decidimos guardarla en una caja fuerte situada en un estante alto del vestidor, y la llave la ocultamos en otro lado, fuera del alcance de Harper. El arma está registrada a nombre de ambos.

En cuanto he guardado la pistola en la maleta, me llevo el móvil al cuarto de baño y cierro la puerta. Tras abrir ambos grifos, me siento en el retrete con la tapa bajada y luego llamo al único número guardado en la agenda.

—Hola —digo en voz baja. Lo informo de que ya hemos hecho las maletas y estamos a punto de salir. También le digo que me muero de ganas de verlo—. Pronto —añado, y luego le pregunto si está listo. Él me dice que sí y sonrío a pesar de que no puede verme.

Diez minutos después, abro la puerta del dormitorio al mismo tiempo que Sloane y Harper salen del cuarto de baño. La niña lleva las cangrejeras rojas que yo le había escondido al fondo de una pila de peluches para así mantener ocupada a Sloane mientras yo terminaba de hacer las maletas.

—¿Estáis listas? —les pregunto.

Ambas asienten.

—¿Y tú? —dice Sloane en un tono más agudo de lo habitual. No quiere preguntármelo abiertamente, pero le cuesta imaginar que mi intención sea salir de casa así, como si acabara de levantarme de la cama. Es tan poco propio de la Violet que cree conocer.

No le había mentido cuando, en uno de nuestros primeros paseos, le había comentado la cantidad de tiempo que pasaba cuidando de mi apariencia. Es una costumbre que sigo desde que tengo memoria. Había sido una niña desgarbada, de orejas, dientes y nariz grandes. Por fin crecí y mis rasgos se equilibraron, pero durante esos largos y difíciles años, mi madre se colocaba detrás de mí ante el

espejo con una plancha de pelo en la mano y un cepillo para las cejas en la otra. «El esfuerzo que le dediques a tu apariencia es importante», me decía mientras me alisaba y peinaba el pelo, tirando de él hasta que se me saltaban las lágrimas. Esa creencia —que, si no cuidas de tu aspecto, no le importarás a nadie— se había reafirmado más de un millón de veces a lo largo de toda mi vida. Ahora espero que sea verdad. Ya me siento más ligera.

—¡Sip, lista! —digo—. ¡Ya podemos irnos!

Sloane sonríe, disimulando hábilmente su sorpresa. Las tres bajamos la escalera: Sloane, luego Harper y por último yo. La puerta de entrada está abierta y el equipaje de todo el mundo, salvo el mío, ya está en la acera. Sujeto con fuerza el asa de mi maleta.

Jay está mirando el móvil junto a una limusina negra.

—¡Vamos! —dice, abriendo la puerta trasera—. ¡Todo el mundo dentro! —Harper y Sloane se dirigen al coche.

—¡Un momento! —exclamo, y todo el mundo se vuelve hacia mí —. ¡Tomemos una fotografía! ¿Le importa, señor? —le pregunto al conductor.

—¿Ahora? —pregunta Jay. Consulta su reloj y luego me mira a mí —. Deberíamos ir tirando.

Yo asiento.

—Solo será un segundo. Delante mismo de la escalinata. Vamos, juntémonos. —Les indico a todos que se coloquen a mi lado.

Jay exhala un suspiro, pero coge a Harper y la lleva de vuelta a la escalinata. Sloane no se mueve, se queda esperando junto al coche.

—¿Qué haces? —digo—. ¡Tú también, tonta! ¡Ven aquí! ¿Podemos usar tu móvil?

Sloane le da su teléfono al conductor, corre hacia la escalinata y se coloca a mi lado.

—¡Pataaataaa! —grito cuando el conductor alza el aparato.

Tras hacer la foto, subimos todos al coche apretujándonos como sardinas. Harper se sienta entre Sloane y yo, lleva puestos unos auriculares que están enchufados a un iPad. Va con la cabeza inclinada, concentrada en los dibujos animados de la pantalla. Sloane y yo nos sonreímos por encima de su cabeza. Ambas estamos entusiasmadas, aunque solo una de las dos debería estarlo.

Cuatro horas después, el coche nos deja en un soleado muelle repleto de viajeros. Descargamos el equipaje del maletero y lo arrastramos hacia el barco.

—¡Sonreíd! —les digo a Sloane y Harper, y alzo mi móvil. Sloane se agacha junto a Harper y coloca un brazo alrededor de sus pequeños hombros. Quiero que haya tantas fotografías como sea posible de Harper con Sloane y también de ellas dos con Jay. Quiero que haya pruebas de ellos como familia.

El trayecto de ferri dura poco menos de una hora. Mientras Jay se queda dentro del camarote simulando trabajar, Sloane, Harper y yo nos pasamos todo el viaje en la cubierta superior, contando gaviotas y buscando ballenas. Hace calor y frío al mismo tiempo: el sol se muestra inclemente y, a la vez, el viento sopla con fuerza tras deslizarse por la fría superficie salada del mar. Cuando una nube pasa sobre nuestras cabezas todas temblamos y nos abrazamos para entrar en calor.

Yo no dejo de hacer fotografías, principalmente de Harper y Sloane, además de unos pocos selfis de las tres, y rechazo el ofrecimiento que me hace Sloane de tomarnos algunas fotos solo a Harper y a mí.

—Voy hecha un guiñapo —me excuso—. Se me han pegado las sábanas —añado, cubriéndome la cara con las manos—. En serio, no me apuntes con la cámara.

Poco después, el ferri atraca y todo el mundo desciende de la embarcación por la rampa. Yo me detengo al pie de esta y aspiro una bocanada de aire dulzón colmado de rocío marino. Mi abuela solía esperarnos aquí con los brazos abiertos. Cierro los ojos y la visualizo mentalmente, con una sonrisa de oreja a oreja y una mano sujetando el gran sombrero que lleva en la cabeza para que no salga volando por el viento. Hace calor, tanto como en la ciudad, pero es distinto. Allí, el calor hace que te entren ganas de arrancarte la piel; en la isla, en cambio, lo que quieres es quitarte la ropa, desabrocharte lentamente la camisa, deslizar los pantalones por las piernas y dejar las bragas en el suelo. Es un calor voluptuoso que distiende a todos y lo relaja todo.

Esperamos junto al equipaje mientras Jay va en busca del coche de alquiler. Cuando regresa y detiene el vehículo a nuestro lado, insisto en que Sloane vaya delante con él.

—¡Así podrás ver bien la isla! —le digo al tiempo que subo al asiento de atrás. Harper parece agotada. Tiene los ojos vidriosos y caídos. La atraigo hacia mí y dejo que apoye la cabeza en mi cuerpo.

El coche avanza despacio por el camino de gravilla, deja atrás el varadero y se incorpora a una carretera asfaltada. Vamos con las ventanillas bajadas y puedo percibir el salado aire cálido y acre. Estoy en casa.

Al poco llegamos a la calle principal del pueblo, una ajetreada manzana repleta de heladerías, tiendas de *souvenirs* y restaurantes con carteles en los que ofrecen rollitos de langosta y almejas fritas. La gente pasea por las aceras ataviada con gafas de sol, vestidos de verano y sombreros de ala ancha mientras lame un helado de cono medio derretido o sorbe un vaso de granizado de limón. En parte, parece algo irreal, como si fuera el decorado de una película. Al llegar al final de la manzana, le indico a Jay que tome una calle de

un carril que avanza en paralelo al mar. A nuestra izquierda está el agua; a la derecha, una hilera de casitas de playa con porches de madera de cuyas barandillas han colgado bañadores y toallas mojados para que se sequen al sol.

A medida que avanzamos, la distancia entre las casas va en aumento. El espacio entre unas y otras está cubierto de frondosos setos y plantas de tallos altos y plumosos que se mecen al viento. Al bajar la mirada, compruebo que Harper se ha quedado dormida. Tiene la cabeza inclinada hacia delante, la boca entreabierta y el cuerpo pesado. Mi mirada se topa con la de Sloane en el espejo retrovisor y ambas sonreímos.

Unos pocos minutos después, al llegar al final de una larga manzana, el coche aminora la marcha. Bajo la mirada al mapa que he abierto en el móvil.

—Es la siguiente casa —le indico a Jay—. La de las persianas.

Jay gira lentamente para entrar en el camino de gravilla de la entrada y, tras detener el vehículo, apaga el motor. Con cuidado, le quito el cinturón de seguridad a Harper y, sujetándola con fuerza y apoyando su cabeza en mi hombro, bajo del coche cargando con ella. Harper se mueve para colocarse bien y luego acurruca la cara en mi cuello.

Jay, Sloane y yo nos quedamos un momento de pie en el camino de entrada, mirando la casa. Es un edificio de dos plantas con las paredes exteriores revestidas con tablillas azules, un tejado de madera decolorada y persianas blancas en las ventanas. No es muy diferente a la de mi abuela. En la fachada hay un porche cubierto con dos sillas Adirondack colocadas una frente a otra y, a su lado, un sendero que conduce a un trecho de arena y mar.

Recorremos el camino de entrada empedrado hasta el porche en fila india y en silencio. Tal y como Gina me dijo, en la puerta de

entrada hay una cerradura con teclado numérico. Le digo a Jay el código y abre la puerta.

Gina ha estado a la altura. El interior de la casa es tan pintoresco como el exterior. Se trata de un lugar amplio y ventilado, con suelos con tablones de madera y paredes revestidas con listones, también de madera; muebles de ratán y cojines tapizados con azules pastel y rayas náuticas. La decoración es la típica de una casita de playa: aquí y allá hay fotografías enmarcadas (en las que se ven antiguas torres de socorristas o viejas furgonetas Volkswagen aparcadas en orillas arenosas), junto a la puerta de entrada cuelga una herrumbrosa ancla y sobre la mesita de centro descansa un bol de cristal lleno de conchas y estrellas de mar. En las estanterías pueden verse las clásicas lecturas veraniegas: novelas rosas y de detectives con las cubiertas gastadas y desvaídas por el sol. La cocina, situada al fondo de la casa y de estilo *vintage*, resulta encantadora con su suelo retro de baldosas blancas y negras, unos fogones a la vieja usanza con la nevera a juego y los armarios de color turquesa. Hay también una mesa redonda con cuatro sillas y una puerta negra que parece conducir a una plataforma exterior. Tengo la sensación de que, de un momento a otro, mi abuela entrará por ella con una jarra de té helado en la mano.

Señalo la escalera con un movimiento de cabeza para indicarles a Jay y Sloane que voy a llevar a Harper a su dormitorio.

Subo los escalones con mucho cuidado. En la primera planta, hay un dormitorio con vistas al mar a mi izquierda, otro pequeño enfrente y, a mi derecha, al final del pasillo, el tercero, también grande. Llevo a Harper al pequeño, que cuenta con una cama individual, y la dejo suavemente sobre las sábanas. Ella se da la vuelta para colocarse boca abajo, suspira y sigue durmiendo.

Cierro la puerta detrás de mí y regreso a la planta baja. Llego al salón justo cuando Jay y Sloane entran por la puerta de entrada con las maletas.

—¿Las llevo arriba? —pregunta Jay.

—Aquí está bien. —Señalo un rincón del salón—. Ya las subiremos cuando Harper se haya despertado. La pobre estaba hecha polvo. —Me desplomo en el sofá del salón—. Y yo también, de hecho. Pensaba ir al colmado a comprar algunas cosas, pero... —Levanto la mirada hacia Jay—. ¿Puedes ir tú? —Sonrío esperanzada.

Él se encoge de hombros.

—De acuerdo.

—Gracias —digo—. Quizá podrías comprar perritos calientes para cenar. También leche y huevos. Y pan para las tostadas de mañana.

—¿Algo más?

Yo niego con la cabeza.

—No. Aunque... ¡Oye! ¿Por qué no te llevas a Caitlin? —digo—. ¡Podrías enseñarle la isla! En el garaje debería de haber unas bicis. ¡Ya sé! ¡Puedes llevarla a esa pequeña heladería! ¡O a la cafetería que hay junto al sitio ese en el que alquilan kayaks!

—Oh, no hace falta... —comienza a protestar Sloane. Su mirada pasa nerviosamente de mí a Jay—. No tiene por qué...

—A Jay no le importa. ¿Verdad, Jay? —La interrumpo. Y antes de que él tenga la oportunidad de responder, continúo—: En bici se puede recorrer la isla entera en apenas dos horas. Ya os pasaréis por el colmado en el camino de vuelta. Sabes ir en bici, ¿verdad, Caitlin?

Sloane asiente.

—¡Entonces está decidido! —anuncio—. Yo llevaré a Harper a la playa cuando se despierte y en cuanto volváis prepararemos la cena.

—¿Estás segura? —pregunta Sloane—. Porque si quieres puedo quedarme con Harper.

—Por supuesto —digo—. En serio, estoy agotada. Así tendré tiempo de deshacer tranquilamente las maletas. ¡Pasáoslo bien, disfrutad de la isla!

Finjo que no me doy cuenta de la mirada de Jay. Mi entusiasmo lo confunde. No entiende muy bien a qué viene. Pero yo mantengo el rostro inexpresivo y, un momento después, él se vuelve a Sloane con una sonrisa.

—De acuerdo, vamos —dice, abriéndole la puerta a ella. Ella le devuelve la sonrisa, sonrojándose un poco. Está colada por él, la pobre.

Cuando la puerta se cierra detrás de ellos, una sonrisa se dibuja en mi rostro. Es importante que estén juntos desde el primer día. El señor y la señora Jay y Violet Lockhart.

23

Una vez sola, cojo mi maleta y la subo al dormitorio principal del primer piso. La habitación es preciosa, playera y muy luminosa gracias a dos grandes ventanas con vistas al mar, desde las que se puede ver cómo la arena se extiende hasta llegar a las espumosas olas. En la pared de mi derecha hay una cama de matrimonio extragrande flanqueada por dos puertas. Una conduce a un espacioso vestidor y la otra a un cuarto de baño. En la de la izquierda, hay una moderna cómoda con sillones a cada lado.

Arrojo la maleta sobre la cama. Lo primero es lo primero. Gina, la agente, me ha asegurado que habría una caja fuerte disponible en algún lugar de la casa. La encuentro dentro del armario para sábanas y toallas del dormitorio principal; uso la fecha del nacimiento de mi abuela como código (la misma contraseña de mi móvil prepago) y en su interior dejo tres cosas: el revólver, el móvil y el sobre de papel manila que mi abogado me envió la semana pasada con los papeles del divorcio en su interior.

Después de cerrar otra vez la caja fuerte, saco de la maleta una sola cosa: un vestido rojo Hervé Léger que compré la semana pasada, y lo cuelgo en el vestidor. Lo demás —dos modestos bañadores, pantalones cortos y unas pocas camisetas— lo dejo dentro. Quiero poder trasladarlo todo fácilmente a la habitación de Sloane esta semana.

Vuelvo a la planta baja y subo el resto del equipaje: dejo la maleta de Jay en nuestra habitación, la de Sloane en la suya, la de

Harper delante de su puerta. Al dejarla en el suelo, oigo un ruido en el dormitorio.

—¿Mamá? —Oigo que dice Harper. Su tono de voz es débil y ronco a causa del sueño.

Abro la puerta con cuidado.

—¿Has dormido bien, cielo? —le pregunto—. Te has quedado frita de camino a la casa.

Harper se sienta en el medio de la cama con los ojos vidriosos y algunos mechones desgreñados en punta.

—¿Estamos en la playa? —pregunta.

Yo asiento.

—¿Quieres ir a jugar a la arena?

Media hora después estamos sobre una manta de playa con la piel reluciente por la crema solar. A un lado, Harper cava un agujero con una pequeña pala de plástico en busca de algún cangrejo mientras yo permanezco tendida en la manta con las manos detrás de la cabeza. «Quizá —pienso esperanzada— a Jay lo atropella un coche en el camino de vuelta.»

Cuando ya llevamos una hora en la playa, veo a Jay y a Sloane acercándose con sus bicis.

—¡Mira! —le digo a Harper—. ¡Ahí están papá y Caitlin! —Alzo una mano y los saludo. Harper hace lo mismo.

Tanto Jay como Sloane nos devuelven el saludo. Veo que él le dice algo a ella, y luego ambos bajan de las bicis. Jay coge entonces una bolsa de papel del cesto de la bici y se dirige a la casa mientras Sloane enfila el sendero que conduce a la playa.

Se acerca a nosotras con una amplia sonrisa. Parece embelesada. Le brillan los ojos y tiene las mejillas sonrojadas. Se lo han pasado bien, lo noto. Lo sabía. Con su sonrisa fácil y el modo en que te mira, Jay te hace sentir como si estuvieras justo al borde de la

pendiente más alta de una montaña rusa, eufórica y nerviosa, con el estómago revuelto y el corazón latiéndote con fuerza. Es como una droga. Si no tienes cuidado, puedes convertirte en una adicta con marcas en los brazos que delatan los pinchazos en las venas.

Así es como me sentí yo cuando lo conocí. Se sentó en el pupitre de al lado en mi primer año de universidad (llevaba en el campus apenas dos semanas), sin dejar de sonreírme mientras se posaba en la silla.

—¿Está libre este sitio? —me preguntó primero.

—Ya no —le dije yo.

Luego me acompañó a mi dormitorio, pero no se marchó. Nos sentamos a la cama y estuvimos charlando mientras nuestros muslos se rozaban. Yo apenas podía respirar a su lado. Jay poseía uno de esos atractivos que duelen. Y encima era divertido, me hacía reír hasta que se me retorcía la barriga. Lo definitivo, sin embargo, fue la intensidad de su mirada: todo lo demás parecía desaparecer a nuestro alrededor. Dos semanas después me preguntó si quería ser su novia y, cuando nos graduamos, me propuso matrimonio. En ambas ocasiones le dije que sí antes de que hubiera terminado siquiera la pregunta. Sabía que nunca me cansaría de su forma de mirarme, y no se me ocurrió que él pudiera cansarse. Mi cuerpo sudado y dolorido era el testimonio del gran esfuerzo que hacía para que eso no pasara.

—Jay va a encender la parrilla —dice Sloane cuando ya está cerca de nosotras—. Ha dicho que vayamos en una hora.

—¿Te lo has pasado bien? —le pregunto al tiempo que le indico con la mano que se siente a mi lado.

Ella asiente y estira las piernas en la arena.

—Este lugar es maravilloso. —Echa la cabeza hacia atrás y respira hondo—. Es como si aquí no pudiera pasar nada malo, ¿verdad? —

dice mirándome con una sonrisa.

Yo afirmo con la cabeza. Entiendo lo que quiere decir. Salvo que aquí sí pasan cosas malas. Ahogamientos, sobredosis, muertes en carretera a causa del alcohol. Más de las que podría pensarse: hay docenas cada verano. Turistas negligentes con demasiado dinero y escaso respeto por sí mismos o los demás.

Pasan cosas malas, pero, gracias al dinero y el poder, se pasa página con rapidez y todo queda en el olvido. Nada se examina con excesiva atención. Se trata siempre de muertes accidentales o por causas naturales, así lo corrobora la firma del forense, tan imprecisa y descuidada como él mismo. Se rumoreaba que, siempre y cuando le mereciera la pena, estaba dispuesto a mirar hacia otro lado y firmar los papeles sin preguntas de por medio.

Como aquella ocasión en la que una becaria desapareció de la casa de vacaciones de un senador. Así, sin más. Todo el mundo los había visto juntos aquel verano y había reparado en lo guapa que era y lo joven que parecía, sobre todo en comparación con la esposa de él. Nunca se descubrió la causa de su repentina ausencia; a nadie le importaron los gritos que todos habíamos oído la noche previa a la desaparición, ni tampoco el equipo de limpieza que se presentó en la casa del senador a la mañana siguiente. Fue algo acerca de lo cual solo los lugareños estaban al tanto, un secreto que guardar en la isla, uno de nuestros muchos Chappaquiddicks. [1] Nadie estaba más interesado que nosotros en mantener impoluta la belleza del lugar, ni siquiera aquellos que firmaban los cheques.

Nada —ni nadie— es perfecto, ni siquiera las cosas que una más ama. De pequeña, no terminaba de entender cómo un lugar tan radiante podía ser a la vez tan oscuro, pero ahora me parece de lo más conveniente. De hecho, es una de las razones por las que estamos aquí.

Extiendo una mano para estrechársela a Sloane.

—Gracias por venir, Cait.

Ella me devuelve el apretón.

—Gracias por invitarme.

Cuando regresamos a la casa, enrojecidas por el sol y con la piel cubierta de sal, Jay se encuentra en el patio trasero, al que se accede por la cocina, de pie ante una parrilla humeante.

—¡¿Quién quiere un perrito caliente?! —dice cuando nos ve—. ¿Harper?

—¡Sí! —exclama Harper—. Pero solo con kétchup. No me gustan con mostaza —le explica a Sloane, que asiente atentamente como si acabaran de compartir con ella una información muy importante. Siento una oleada de afecto tanto por Harper como por Sloane. Y, a continuación, un arrebato de ira hacia Jay. Siempre se olvida de que Harper odia la mostaza y, por más que ella se lo recuerde, siempre se la ofrece.

Comemos en la mesa pequeña que hay en un rincón de la cocina, todavía vestidos con los trajes de baño y las toallas atadas a la cintura. Jay se toma una cerveza mientras nosotras bebemos limonada fría en vasos de plástico.

Sloane apenas puede apartar los ojos de él. Se ríe a carcajadas siempre que habla y escucha atentamente todo lo que dice. Jay parece disfrutar de la atención —por supuesto, siempre lo ha hecho— y apenas me echa un vistazo de vez en cuando para ver mi reacción. Yo simulo que no me doy cuenta y me río con ellos, procurando mantener una sonrisa de felicidad en el rostro.

A las siete, cuando ya nos hemos terminado los perritos calientes —yo me he comido tres— y tenemos los vasos vacíos, me vuelvo

hacia Harper.

—Bueno, pequeñina. Hora de bañarse —digo—. ¿Estás listo, Jay?

Harper hace pucheros.

—¡Quiero que me bañes tú, no papá!

«Bien hecho, Harp.» Antes le había prometido que, si esta noche me encargaba yo del baño, me aseguraría de que fuera extradivertido.

Me vuelvo hacia Jay con una expresión interrogativa, como preguntándole: «Bueno, ¿qué quieres hacer?», y él alza las manos a modo de rendición.

—No pasa nada. Ya lavo yo los platos.

—Yo te ayudaré —dice Sloane enseguida. Le echa un vistazo a Jay y luego aparta la mirada. En silencio, me felicito a mí misma. Han mordido el anzuelo. Ha sido un tiro perfecto.

—¡Decidido, pues! —digo—. Gracias. —Cuanto más tiempo pasen juntos, mejor—. Venga, Harp. Vamos arriba. —Y, volviéndome hacia Jay y Sloane—. Después de arropar a Harper seguramente ya me meteré en la cama. Todavía estoy hecha polvo por el tute de hoy. Nos vemos por la mañana.

Ambos asienten.

Mientras estoy en el cuarto de baño del primer piso con Harper y esta chapotea alegremente en la bañera, puedo oír el ruido que hacen al lavar los platos y también la nevera abriéndose y cerrándose. Si tuviera que elucubrar, diría que Jay debe de estar lavando los platos mientras Sloane los seca y recoge la cocina. Se oyen sus voces y risas, y algún que otro gritito de vez en cuando. Seguramente, en un momento dado él le ha tirado un poco de espuma que ella ha esquivado con un salto y luego lo ha azotado con la toallita sin dejar de sonreír. Ambos están embriagados y algo atontados después de haber pasado la tarde juntos. Imagino las

chispas que deben saltar cuando él le pasa algo a ella y sus manos se rozan. Con Jay, siempre hay electricidad, el chasquido y el chisporroteo del calor, la promesa de algo más.

Estoy leyéndole un cuento a Harper en la cama cuando la puerta se abre con un crujido y Jay asoma la cabeza.

—Buenas noches, Harp —dice en voz baja cuando ve que todavía está despierta.

Cruza la habitación y le da un beso en la cabeza. Ella abre sus bracitos y los pasa alrededor del cuello de Jay.

—Buenas noches, papá —le dice—. Te quiero. —Siento una punzada. Lo echará de menos cuando no esté. Pero se lo compensaré. La querré por ambos.

Jay sale del dormitorio y oigo sus pasos bajando la escalera. Todavía no he oído subir a Sloane. Puede que se queden en el sofá juntos, viendo una película y compartiendo una manta; me pregunto cuál de los dos se bajará antes la cremallera. Pero cuando salgo al pasillo y cierro la puerta detrás de mí, veo que Sloane sube por la escalera.

—¿Duerme? —susurra sonriendo, y señala la habitación de Harper con un movimiento de cabeza.

—A pierna suelta —asiento—. Y no hace falta que bajes la voz. Cuando se queda dormida ya nada puede despertarla. Da igual el ruido que haya.

Nada la despierta. Aunque haya gritos, ruido de cristales rompiéndose o sirenas. Cómo consiguió seguir durmiendo aquella noche del año pasado, nunca lo sabré, pero me siento tan agradecida por ello que podría agacharme y besar el suelo.

—Bueno, nos vemos por la mañana —dice Sloane—. Estoy agotada. —Se despide con un leve movimiento de mano y, tras entrar en su habitación, cierra la puerta.

Treinta minutos después, Jay entra en nuestro dormitorio. Yo ralentizo mi respiración para fingir que estoy dormida. Él se desnuda y se mete en la cama a mi lado. El colchón se hunde bajo su peso.

—Violet —susurra en la oscuridad—. ¿Violet? —Acerca su cuerpo al mío y pega su cuerpo cálido a mi espalda, sondeándome. Yo permanezco inmóvil. Él presiona con más fuerza contra mí y puedo notar su aliento en mi oreja y en mi pelo. Finalmente, ante mi falta de respuesta, tira la toalla y se da la vuelta.

Aunque hubiera querido —es un suponer, porque antes me follaría un cactus—, lo habría rechazado. Jay nunca ha soportado el escozor del rechazo, de modo que necesitará algo para aliviarse. O, mejor dicho, a alguien.

Por suerte para él, no tendrá que buscar muy lejos.

24

Cuando me despierto a la mañana siguiente, la luz del sol entra por la ventana e ilumina toda la habitación con tanta intensidad que he de taparme los ojos y parpadear hasta que me acostumbro a ella. Jay sigue dormido con la boca entreabierta.

Lentamente, para no despertarlo, cojo mi móvil de la mesita de noche y, entrecerrando los ojos, consulto la hora. Falta poco para las siete. Salgo de la cama, cojo unas pocas cosas de la maleta —un bañador a rayas con tiras gruesas, una camiseta de tirantes desvaída, unos pantalones vaqueros cortados y una gorra de béisbol — y me visto sin hacer ruido en el cuarto de baño. No me lavo la cara ni me pongo nada de maquillaje.

Cuando me dispongo a salir del cuarto de baño, veo mi reflejo en el espejo. Me sorprende cómo me siento al verme así, desarreglada y con el rostro despejado. Es algo parecido a un profundo suspiro de alivio, como si finalmente exhalara tras haber estado conteniendo el aliento durante demasiado tiempo y todo mi cuerpo pudiera al fin relajarse. Me vuelvo a sentir como la chica isleña de antaño. No por ir vestida con una camiseta holgada y un cómodo traje de baño, sino porque, por primera vez en no sé ni cuánto tiempo, no me he vestido para otra persona. No me importa lo que nadie piense cuando me vea. Me he escapado del confinamiento al que me sometía Jay. Soy libre.

Es como pensaba que me sentiría en la universidad al depender por fin únicamente de mí misma y haber dejado las expectativas de

mis padres y los uniformes de las escuelas privadas hechos un gurruño en el armario. Pero antes de encontrarme a mí misma, conocí a Jay. Me pareció que él sería el antídoto al papel de hijita mojigata que debía representar en casa, la liberación que buscaba, alguien que me querría verdaderamente por ser yo. Estaba equivocada. En vez de convertirme en la persona que yo quería ser, me convertí en la que él quería que fuera. La chica de la isla volvió a quedar enterrada, igual que lo había estado en casa de mis padres. Pero ahora ha resurgido, está aquí. Me sonrío a mí misma. «Bienvenida de nuevo, Violet. Me alegro de verte.»

En la planta baja, preparo la bolsa para la playa: una pila de toallas y una manta, varias botellas de agua y unas pocas latas de refrescos, aperitivos, protector solar. También dejo preparados en el porche un par de tumbonas y una sombrilla que he encontrado en el garaje.

Justo antes de las ocho, oigo que se abre la puerta de la habitación de Harper. Rápidamente, meto dos rebanadas de pan en la tostadora y voy a buscarla al pie de la escalera. Ella baja todavía con los ojos medio cerrados y bostezando.

—Hola, cielo —digo en voz baja—. Los demás todavía están durmiendo. ¡Ponte el bañador y vamos a la playa!

Ella asiente y volvemos a subir. Su cuerpo, aún somnoliento, se mueve con pesadez, de modo que consigo vestirla sin demasiada resistencia.

Cuando regresamos a la planta baja, las tostadas ya están listas. Compruebo que se han quemado un poco y unto bien la mantequilla en la de Harper con la esperanza de que no se dé cuenta, pero lo hace.

—Esto está muy negro —dice arrugando la nariz.

Yo pongo los ojos en blanco.

—Está bien, ya me la comeré yo. ¿Qué te parece esta otra? —Alzo el platito con la otra rebanada, un poco menos hecha.

—¡No! ¡También está quemada! —Me fulmina con la mirada. Su pelo desgreñado apunta en todas direcciones. No es una persona muy mañanera.

Normalmente no se lo toleraría e insistiría en la importancia de no malgastar comida, pero quiero llegar pronto a la playa y, a no ser que ceda, me espera un escandaloso berrinche. Pongo otras dos rebanadas en la tostadora.

Mientras Harper se come su rebanada de pan perfectamente tostado, rebusco en los cajones de la cocina hasta que encuentro un trozo de papel y un bolígrafo. Rápidamente, escribo una nota para Sloane que dejo sujeta a un clip magnético que hay en la puerta de la nevera: «¡Hemos ido a la playa, ven cuando estés lista!».

—¡Venga, vamos! —le digo a Harper. Es importante que lleguemos a la playa antes de que Sloane se despierte.

Cuando llevamos en la playa una hora más o menos, diviso a una mujer y dos niños que caminan por el sendero cubierto de hierba que conduce de la casa de al lado a la playa. Gracias a una generosa propina que le di a Gina, mi excepcional agente de viajes, ya sé cómo se llaman. Llegaron hace dos días y son la razón por la que pagué un dineral por la casa en la que nos alojamos.

Veo cómo la mujer extiende una gran manta sobre la arena y, tras desplegar una tumbona de playa, saca un montón de juguetes de plástico de una bolsa.

—¡Vayamos a conocerlos! —le digo a Harper.

La cojo de la mano y nos dirigimos hacia el lugar en el que se han situado.

—¡Hola! —exclamo cuando ya estamos acercándonos.

La mujer levanta la mirada de un gastado libro de bolsillo. Un sombrero de paja le ensombrece el rostro.

—Somos vuestros vecinos —le explico al tiempo que señalo nuestra casa—. Llegamos ayer. He visto a tus niños y he pensado que a lo mejor Harper podía jugar con ellos. Saluda, Harper.

—Hola —dice mi hija tímidamente.

La mujer sonríe y se pone de pie. Es una mamá de aspecto joven, alta y delgada, con el pelo rubio claro y la piel pálida salpicada de pecas. Tiene una silueta ligeramente masculina y unos rasgos como de pájaro, pero es mona. Va ataviada con una enorme camisa chambray de color azul desvaído que lleva abierta —dejando a la vista un bikini de tirantes— y con las mangas recogidas a la altura del codo. Los huesos de las caderas se le marcan bajo las tiras del bikini.

—Hola —dice ella—. Me llamo Anne-Marie, y estos son Rooney y Claire. —Señala a los dos niños que están en la orilla, primero al niño y luego a la niña.

Yo me arrodillo y le digo a Harper:

—¿Por qué no vas a jugar con ellos?

Ella asiente y luego se dirige hacia ellos, animada. Yo la observo con una sonrisa y el corazón henchido de orgullo. ¡Así se hace! Es una auténtica mariposa social, un golden retriever hecho niña.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta Anne-Marie.

—Cumplirá cinco a final de mes —digo—. Yo me llamo Caitlin, por cierto. Soy la niñera de Harper. —Le ofrezco una mano y ella me la estrecha. Tiene la palma fría y los dedos delgados.

—Encantada de conocerte —dice ella—. ¿Has dicho que llegasteis ayer? ¿De dónde?

—De Nueva York. ¿Vosotros?

—Somos de Carolina del Norte. De Charlotte. Estamos aquí desde el viernes. Tenéis suerte, os habéis librado de la tormenta. Fue torrencial. Los dos primeros días no dejó de llover. ¡Los niños casi pierden la cabeza! Hasta que, de repente —dice chascando los dedos—, aclaró de golpe. Ya temía que fuéramos a pasar todas las vacaciones encerrados en casa. Pensé incluso en coger el avión de vuelta, aunque la idea de volver a volar tan pronto con esos dos... —Niega con la cabeza enfáticamente—. Bueno, digamos que necesito una bebida bien cargada solo de pensarlo.

Descubro que Anne-Marie habla mucho y muy rápido. Casi sin que tenga que intervenir, pasa a contarme la historia de su viaje, detallándome cómo Rooney había vomitado en el avión, lo que había provocado que Claire también vomitara, y quejándose de que su marido no hubiera sido de ninguna ayuda porque antes del despegue se había tomado un par de Valiums y una copa de vino, para calmar su miedo a volar, y para entonces ya se había quedado dormido con la cabeza apoyada en la ventanilla.

—Me costó horrores hacer que bajara del avión —dice—. Y, mientras tanto, los dos niños y yo íbamos cubiertos de vómito. —Al decir esto, Anne-Marie pone los ojos en blanco como diciendo: «Ya sabes, maridos». La comprendo perfectamente, claro está. El mío es aún peor que el suyo, aunque Fitz (no tardo en averiguar su nombre) también parece ser una auténtica joya.

Tras hacer finalmente una pausa para recobrar el aliento, Anne-Marie señala algo a mi espalda:

—¡Oh! —dice, ahuecando la otra mano sobre la frente para protegerse los ojos del sol—. ¿Es esa la mamá de Harper? —Me vuelvo y veo a Sloane recorriendo el sendero en dirección a nuestra sombrilla. Me alegra ver que lleva puesta la camisa de playa que le

compré, así como las gafas de sol de Dior. Tiene un aspecto elegante y chic. Una auténtica mamá de Nueva York de vacaciones.

Yo asiento.

—Violet Lockhart. Te caerá genial. Yo ahora debo volver con Harper, pero, si quieres, esta tarde podrías traer a tus hijos a casa y os presento.

—¡Eso nos encantaría! —dice Anne-Marie con entusiasmo.

—¡Harp! —exclamo—. ¡Vamos a tomar un aperitivo! —Y luego, volviéndome hacia Anne-Marie—: ¡Encantada de conocerte!

Como era de prever, Harper viene corriendo ante la perspectiva de comer algo y, tras despedirnos ambas con la mano, regresamos adonde están nuestras cosas.

—¡Buenos días! —le digo a Sloane cuando llegamos. Se ha colocado debajo de la sombrilla, con las piernas extendidas.

—¡Buenos días! —responde Sloane con una sonrisa radiante.

Me siento a su lado y comienzo a rebuscar en mi bolsa una barrita de granola para Harper.

—Lo siento —digo, disculpándome—. Hemos ido a conocer a los vecinos que están alojados en la casa que hay al lado de la nuestra. —Señalo a lo alto del promontorio la casa de color rosa pálido y con el mismo tejado de tablillas grises que la nuestra—. Tienen dos niños de la edad de Harper.

—¡Se llaman Rooney y Claire! —interviene Harper—. Claire es mayor que yo. Y Rooney es un niño. Aunque en mi clase hay una Rooney que es una niña.

Ante la mención de Mockingbird, Sloane se pone tensa y aprieta un poco la mandíbula. Seguramente conoce a Rooney. La madre de esta me contó que su hija iba a la escuela desde que tenía dieciocho meses. Un momento después, sin embargo, vuelve a relajar la expresión y le lanza una amplia sonrisa a Harper.

—¡Qué suerte!

—¿Verdad que sí? —respondo—. Los he invitado a que vengan más tarde para que los niños puedan jugar un poco más. Y así podrás conocer a la mamá. Es todo un personaje. Habla por los codos. Yo apenas he podido decir nada.

Sloane se ríe.

—Bueno, me alegro de que Harper pueda jugar con otros niños.

Yo asiento.

—Lo gracioso es que se ha creído que yo era la niñera —digo.

Sloane ladea la cabeza y suelta una risotada.

—¡Qué dices! —exclama—. ¿Por qué iba a pensar algo así?

—Creo que ayer os vio a ti y a Jay en el colmado y supuso que erais pareja.

Al instante, Sloane se sonroja.

—¿Y qué ha dicho cuando le has explicado que era tu marido? —pregunta.

—¡No he podido corregirla! Ya te lo he dicho, apenas me ha dejado decir nada. —Entierro el rostro en las manos fingiendo sentirme avergonzada—. No quería que se sintiera mal, así que le he seguido el juego. ¡Hasta le he dicho que me llamaba Caitlin cuando me ha preguntado el nombre!

—¡¿Qué?! —Sloane se ríe—. Entonces ¿piensa que tú eres la niñera de Harper y yo su madre?

Yo también me río, como si todo esto no fuera más que una divertida confusión. ¡Oh, vaya!, qué gracioso, ¿verdad?

—¡Sí! He imaginado que no los veríamos demasiado, así que tampoco pasaba nada.

—¡Pero si has dicho que vendrán luego! —dice Sloane.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! He metido la pata. Tú síguele el juego, ¿de acuerdo? ¿Me lo prometes? Si ahora le contamos la verdad pareceré

una pirada.

Sloane se encoge de hombros.

—Bueno, está bien. Pero eres consciente de que todo esto es una chifladura, ¿verdad? —pregunta abiertamente, enarcando una ceja.

Yo vuelvo a reírme.

—¡Sí, ya lo sé! ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor? ¿Qué tal has dormido? —pregunto entonces.

Ella asiente.

—Como un lirón. ¡Esta mañana deberías haberme despertado!

Yo hago un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Estamos de vacaciones —digo—. Y si has podido dormir durante la rabieta de Harper de esta mañana por culpa de las tostadas, seguramente yo no habría podido despertarte de todos modos.

—¡Estaba quemada! —responde Harper con indignación—. Me habría rascado el paladar.

Sloane sonríe afablemente.

—Bueno, normalmente no duermo tan profundo. Ha sido glorioso, la verdad. Aunque esta mañana me he despertado con la piel algo quemada por el sol. —Se aparta el cuello de la camisa a un lado y deja a la vista un hombro enrojecido.

—¡Ups! —digo—. Luego compraremos en el colmado un poco de aloe. Ten, no cometas hoy la misma equivocación. —Le tiendo un bote de protector solar en aerosol—. Aplícame un poco en la espalda que después te pondré yo. Harper, deja que te ponga un poco a ti también.

Cuando ya estamos todas suficientemente embadurnadas, apoyamos las cabezas en el respaldo de nuestras tumbonas con las barbillas apuntando al sol y nuestros sombreros ensombreciéndonos los rostros.

Al cabo de unos minutos, Sloane pregunta, como quien no quiere la cosa:

—¿Jay está...?

—Trabajando —termino su frase sin abrir los ojos—. Me ha dicho que intentará venir más tarde.

Por supuesto que antes de salir de casa no he hablado con Jay, pero doy por sentado que en algún momento aparecerá por la playa, feliz de poder exhibirse sin camiseta. Y así mantengo ilusionada a Sloane. Es imposible no percibir el tono esperanzado de su voz.

Y, efectivamente, justo antes del mediodía aparece Jay. Yo estoy en la orilla con Harper, corriendo arriba y abajo mientras las olas rompen y retroceden. Ella grita cuando no consigue esquivar una y le moja los tobillos. Desde el agua, veo cómo él desciende la arenosa pendiente de la duna en dirección a nuestra sombrilla. Lleva una bolsa grande y marrón en una mano y nos saluda con la otra.

Cuando lo ve, Harper suelta un grito, aprieta a correr hacia él y salta a sus brazos. Jay le da la vuelta en el aire mientras ella no deja de reír. Yo fuerzo una sonrisa.

—He traído sándwiches —dice Jay sosteniendo en alto la bolsa—. Espero que todo el mundo tenga hambre. —Esto le encanta: transmitir una imagen de persona cumplidora y buen papá. ¡Jay ha evitado una catástrofe! Menudo hipócrita de mierda. Le dedico una amplia sonrisa mientras escojo el bocadillo más grande.

Cuando hemos terminado de comer, Harper se pone de pie de un salto.

—¿Vienes a nadar conmigo, papá?

Él hace una mueca de fastidio.

—He de volver a casa a trabajar, Harp —dice—. Lo siento, cielo.

Harper hace pucheros con labios temblorosos.

—¡Pero si acabas de llegar!

Es como si me dieran una patada en el estómago. «Sí, Jay, acabas de llegar. Y ambos sabemos lo que estás haciendo ahí arriba en esa oficina, nada que te impida dedicarle diez minutos a tu hija.» Este desprecio a Harper me mata. Jay merece que lo descuarticen, que le cercenen las extremidades del cuerpo y las tiren por ahí. Chas, chas, chas.

Jay exhala un suspiro.

—Hoy intentaré terminar un poco antes, ¿vale?

Ella lo fulmina con la mirada.

—¡Quiero bañarme ahora!

—Yo iré contigo, Harper —se ofrece Sloane.

—¡Quiero ir con papá!

—¿Estás segura de que no quieres ir conmigo? Puedo enseñarte a atrapar una sirena. —Sloane se encoge de hombros despreocupadamente—. Bueno, si es que algo así te interesa, claro. —Yo disimulo una sonrisa. He de reconocerlo: se le dan muy bien los niños.

Harper no mira a Sloane. Lo que hace es darle una patada a la arena que tiene delante.

—Las sirenas no existen —dice, aunque no parece convencida del todo.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunta Sloane.

Percibo un temblor en las comisuras de los labios de Harper. Sloane se pone de pie y le ofrece una mano a mi hija. Esta la coge para levantarse.

—¿De verdad que has visto alguna sirena? —le pregunta Harper.

Sloane me mira a mí y luego a Jay. Moviendo los labios sin emitir sonido alguno él le dice «gracias» y resulta obvio lo satisfecha que se siente de sí misma.

—Solo una vez —le dice a Harper—. ¡Venga, vamos! —Salen corriendo cogidas de la mano en dirección al mar. Harper grita al meter los pies en el agua.

—Gracias por los sándwiches —le digo a Jay—. ¿Dónde los has comprado?

—En la *delicatessen* esa que tiene un colmado, la que está justo antes de llegar a la calle principal. He aprovechado para comprar también algo de comida para los próximos días. Hoy cenaremos hamburguesas. Y polos.

—Genial —digo yo. Le había pedido helado, pero es típico de Jay hacer lo que le da la gana. Más tarde volveré al colmado. Lo conozco bien, cuando pasaba aquí los veranos iba cada día con una pandilla de amigos, todos descalzos y llenos de arena, y nos quedábamos un rato delante de la nevera con las puertas abiertas hasta que el señor Menna nos decía a gritos que nos decidiéramos de una vez. Cogíamos entonces unas botellas frías de Snapple y también algunas bolsas de caramelos dulces y amargos para llevar de vuelta a la playa y comerlos tendidos en nuestras toallas. No había intercambio de dinero alguno, ni billetes de dólar mojados metidos en la cintura de nuestros bañadores. Si eras un lugareño, tenías cuenta en todas partes de la isla y, de algún modo, siempre terminabas liquidándola. El señor Menna debía andar por la setentena cuando yo era adolescente; me pregunto si todavía estará allí, todo arrugado y con el pelo blanco.

—¿Has visto a un anciano trabajando allí? —le pregunto a Jay.

Él se encoge de hombros.

—No lo sé.

Yo asiento bruscamente. Claro que no lo sabe. Él solo presta atención a un determinado tipo de persona. Y el dependiente anciano de un colmado no encaja con el perfil.

—Bueno, gracias de nuevo por el almuerzo —digo, y me las arreglo para esbozar una sonrisa—. Iremos a casa en unas horas.

Jay se marcha y, tras acomodarme otra vez en mi tumbona, miro a Sloane y Harper chapotear en las olas.

La tarde se alarga, cegadoramente luminosa y tórrida. Escuchamos música a través de un altavoz *bluetooth*: una mezcla de canciones de Taylor Swift que cantamos todas al unísono. La favorita de Harper, *Bad Blood*, suena sin parar y, cada vez que lo hace, sonrío para mí. Qué apropiada. Tomo un millón de fotografías de Harper. Tiene toda la piel pringosa y cubierta de arena; debajo de su pequeño bikini todavía puede apreciarse una barriga infantil y el pelo, rizado a causa de la humedad, forma un halo salvaje alrededor de su cabeza. Se agacha en la orilla del mar en busca de conchas y corre de vuelta a la sombrilla cuando encuentra una. Posa para mí cuando ve que sostengo el móvil en alto: sonriendo y con una mano en la cadera como si tuviera quince años en vez de casi cinco. Ser madre no es siempre fácil, pero esto, este momento aquí y ahora, es mágico.

Alrededor de las cinco, cuando el calor del sol comienza a remitir, advierto a Harper:

—¿Lista para volver a casa?

—¡No, todavía no! —dice ella, levantando la mirada del agujero que está cavando.

—Papá ha comprado polos —digo canturreando—. Podrías tomarte uno mientras preparo la cena.

Harper se pone rápidamente de pie.

—¡Me encantan los polos!

Me río.

—Ya lo sé. ¿Tú qué dices, Caitlin, quieres un polo? —pregunto, volviéndome hacia Sloane—. Jay también me ha dicho que ha

comprado hamburguesas para cenar.

—Suena bien —dice ella, poniéndose de pie y extendiendo los brazos encima de su cabeza para desentumecerse. Las quemaduras del sol de sus hombros han comenzado a pasar de una tonalidad rosa a otra más cobriza y su piel reluce de tanto protector solar.

Plegamos las tumbonas, guardamos la sombrilla y emprendemos el camino de vuelta a casa por la arena de la playa y luego a través de las altas hierbas repletas de juncos.

Las tres acabamos de acomodarnos en la cocina y Harper permanece sentada a la mesa a la espera del polo balanceando las piernas cuando oímos que llaman con los nudillos a la puerta mosquitera de la entrada.

—¿Hola? —oímos que dice una voz de mujer.

Me asomo al salón y veo a Anne-Marie y sus dos hijos en el porche.

—¡Son nuestros vecinos! —digo, volviéndome hacia la cocina—. Venid, os presentaré.

Les indico a Sloane y a Harper que me sigan.

—Recuerda —le digo a Sloane de camino a la puerta—. Tú eres yo.

Ella pone los ojos en blanco afablemente.

—Sí, sí —contesta—. Lo recuerdo.

Abro la puerta mosquitera.

—¡Hola! ¡Entrad, entrad!

—¿Es buen momento? —pregunta Anne-Marie.

—Claro que sí —contesto yo—. Contábamos con que os pasaríais. Violet —me vuelvo hacia Sloane—, esta es Anne-Marie. Anne-Marie, Violet. Se alojan en la casa de al lado.

—¡Hola! —dice Anne-Marie, ofreciéndole una mano a Sloane—. ¡Encantada de conocerte!

—¿Quieres enseñarles a Rooney y Claire tu habitación? —le pregunto a Harper.

—¿Y qué hay de los polos? —dice Harper, torciendo el gesto.

Yo me vuelvo hacia Anne-Marie con una sonrisa de disculpa.

—Estábamos a punto de tomar unos polos. Hay suficientes para tus hijos, si te parece bien.

Ella hace un gesto con la mano para indicarme que no tiene ningún inconveniente.

—Claro que sí. Estarán encantados de tomar uno, ¿verdad?

Sus dos hijos asienten tímidamente.

Llevo a todo el mundo a la cocina y, tras sacar la caja del congelador, reparto los polos uno a uno.

—Id a comerlos al porche —digo, abriéndoles la puerta. Los tres niños desfilan hacia fuera alegremente.

—¿Quieres tomar algo? ¿Té helado, agua, cerveza? ¿Un polo, quizá? —le pregunto a Anne-Marie.

—Un polo suena genial —dice ella. Le doy uno a ella y otro a Sloane, y cojo uno para mí.

—¿Dónde la has encontrado? —le pregunta Anne-Marie a Sloane mientras desenvuelve su polo y me señala con un movimiento de cabeza—. ¡Yo puedo considerarme afortunada si mi niñera deja a un lado el móvil el tiempo suficiente para recoger a mis hijos de la escuela! No bromeo, se olvida de alguno de los dos al menos un par de veces al mes.

Sloane me mira con una sonrisa de satisfacción y yo le devuelvo la sonrisa encantada.

—Cuestión de suerte, supongo —dice Sloane—. ¿De dónde sois? —«Cambio de tema. Bien hecho, Sloane.»

—De Charlotte —responde Anne-Marie—. ¿Habéis estado? —No espera a que ninguna de las dos conteste—. Yo soy de Vermont,

pero mi marido nació y se crio en Charlotte. ¡Nos conocimos en una conferencia de ventas y una cosa llevó a otra! Insistió en que quería criar a nuestros hijos cerca de sus padres, y, como los míos están disfrutando de su jubilación en Boca, pensé: «¡Qué diantre!», y ya llevamos viviendo en Charlotte casi diez años. Es una ciudad adorable, y ahora está creciendo muchísimo.

Miro a Sloane como diciéndole: «¿Qué te había dicho?», y ella reprime una sonrisa.

Anne-Marie prosigue.

—No es tan grande como Nueva York, claro está. Caitlin me ha dicho que sois de ahí, ¿no? —le dice a Sloane.

Antes de que esta tenga la oportunidad de contestar, se oyen unos pasos bajando la escalera. Todas nos volvemos y vemos cómo Jay llega al salón.

Se me congela la sonrisa en el rostro. Había supuesto que no bajaría. Eso ha sido una estupidez por mi parte. Debería de haber sugerido que nos tomáramos los polos en el porche con los niños. «Mierda.»

—Anne-Marie —digo rápidamente—, este es Jay. El papá de Harper. Jay, esta es Anne-Marie, y esos dos niños que están en el porche con Harper son Claire y Rooney, sus hijos. Se alojan en la casa de al lado.

—Hola —dice Jay, cruzando el salón y entrando en la cocina para estrecharle la mano a Anne-Marie—. Solo he venido a buscar algo para beber. —Le ofrece a la vecina su amplia sonrisa de estrella cinematográfica—. Encantado de conocerte.

Anne-Marie se pasa una mano por el pelo para alisárselo y se coloca un mechón detrás de una oreja.

—Igualmente —dice, devolviéndole la sonrisa.

Entonces Jay ladea la cabeza.

—¿No te he visto corriendo esta mañana?

—Oh, seguramente —dice Anne-Marie—. Trato de correr ocho kilómetros antes de desayunar.

—¿Cada día? —pregunta Jay. Suena impresionado.

Anne-Marie asiente, sonrojándose ligeramente.

—Lo intento. Algunos días hago menos. Otras mañanas, si salgo lo bastante pronto, llego hasta doce o trece. Hace unos años corrí el maratón de Boston. Fui a la universidad allí. A la BU. Estoy entrenando para correr otro la próxima primavera.

—¡Guau! —dice Sloane mientras Jay asiente.

—Es una buena excusa para salir de casa —dice ella—. Fitz, mi marido —nos aclara a todos—, deja que los niños vean dibujos animados cuando se levantan. «Estamos de vacaciones», dice. Y, claro, cuando llega el momento de quitarlos, la rabieta es de aúpa, así que dejo que él lidie con la situación. Al fin y al cabo, es culpa suya. ¿Alguno de vosotros sale a correr?

Tanto Sloane como yo negamos con la cabeza, pero Jay contesta afirmativamente.

—Cuando tengo tiempo —dice—. Me encanta salir a correr. De hecho, esperaba poder hacerlo un poco mientras estuviéramos aquí. —Tengo que hacer un esfuerzo para no poner los ojos en blanco. No lo he visto anudarse unas zapatillas de correr desde que nos mudamos a Nueva York. Pero Jay, el predecible Jay, no piensa perder la ocasión de hacer que otro se sienta escuchado. Y Anne-Marie se lo ha puesto en bandeja.

—¡Deberías salir a correr conmigo! —dice Anne-Marie.

Jay asiente pensativamente.

—Quizá lo haga. ¿A qué hora vas?

—Sobre las siete —dice ella—. Antes de que haga demasiado calor. Y antes de que estos monicacos tengan hambre y haya que

prepararles el desayuno. Fitz no podría hacer un huevo revuelto ni aunque le fuera la vida en ello. —Pone los ojos en blanco—. Hablando de hambre, y de Fitz, debería ir tirando a casa. Mi marido regresará pronto de jugar al golf y se preguntará dónde está la cena.

—Y yo debería subir —dice Jay con una sonrisa—. Todavía tengo algo de trabajo pendiente. —Coge un refresco de la nevera—. Me alegro de haberte conocido, Anne-Marie. Puede que nos veamos por la mañana.

Él sonríe, ella se despide con la mano, y las tres observamos cómo sube por la escalera. Yo exhalo un suspiro de alivio, contenta porque Jay no haya dicho nada que pudiera delatarme.

—Mi marido no ha venido a correr conmigo ni una sola vez. —Anne-Marie suelta una risita—. ¿Puedes decirle a Jay que hable con Fitz? —le dirige la pregunta a Sloane. Luego abre la mosquitera que da al patio trasero—. ¡Niños! ¡Nos vamos!

Los acompañamos a la puerta de entrada. Harper y Claire ya se han hecho amigas y se ríen de algo.

—¡Gracias por los polos! Dad las gracias, niños —les dice Anne-Marie a sus hijos mientras salen al porche delantero. Y luego, volviéndose hacia nosotras—: ¿Vendréis mañana a la playa?

—¡Ahí nos vemos! —contesto yo.

—Me alegro de haberte conocido —dice Sloane cuando llegan al final del camino de entrada.

Yo cierro la puerta detrás de ellos.

—Ese Fitz parece todo un partido —dice Sloane cuando nos hemos quedado solas.

Yo suelto una risotada.

—El marido del año. —Bueno, detrás de Jay, claro está.

Cuando esa noche me meto en la cama, lo hago con una sonrisa en el rostro. El encuentro con Anne-Marie no podría haber ido mejor. Aunque ella todavía no lo sabe, será mi testigo. Es otro ítem tachado de la lista, otro paso más que me acerca a mi objetivo.

Pronto, todo esto habrá terminado.

25

Los días siguientes se confunden entre sí y sus cielos azules se funden de una tarde a otra. Pasamos la mayor parte del día en la playa de arenas blancas. Por las mañanas colocamos la sombrilla para que no nos dé el sol, desplegamos las tumbonas, extendemos una manta y sacamos palas y cubos de plástico para que Harper juegue.

Nos pasamos el día poniéndonos protector solar a nosotras mismas y a Harper, ofreciéndonos las espaldas las unas a las otras y untando capa tras capa hasta que nuestras pieles quedan relucientes. Nos turnamos para ir al agua con Harper y chapotear en la orilla. Taylor Swift suena incansablemente mientras nos intercambiamos revistas, leyéndonos los artículos en voz alta, y charlamos sobre todo y nada. Cuando Harper exclama «¡Mamá!», ambas levantamos la mirada y saludamos con la mano.

Anne-Marie y sus hijos vienen de vez en cuando para jugar en la arena y compartir zumos y aperitivos. Anne-Marie cotillea sobre las familias de la isla, se queja de su marido y, como Sloane, se come con los ojos a Jay cuando este baja para ir a nadar con Harper.

Por lo general, mi marido se pasa el día en el despacho que ha improvisado en el cuarto de la lavadora, pero nos acompaña para almorzar y cenar y, ocasionalmente, aparece por la playa con la excusa de decirle hola a Harper, aunque, en realidad, lo que hace es flirtear con Sloane: tan predecible como siempre. Ha aceptado la oferta de Anne-Marie de salir a correr juntos; cada mañana

desaparece durante una hora y regresa con la frente cubierta de sudor y la camiseta empapada y pegada al pecho y la espalda. La piel se le ha oscurecido, adquiriendo una profunda tonalidad dorada. Parecía imposible, pero está volviéndose aún más atractivo, como si estuviera madurando al sol. Pronto, estará listo para la cosecha. Entonces lo exprimiré, dejando que el zumo me caiga por los brazos y me manche la ropa.

Por las noches, mete a Harper en la cama mientras Sloane y yo lavamos los platos. Cuando la cocina ya está limpia, ella y yo nos ponemos los pijamas y nos damos un atracón de capítulos de *Bridgerton*. Normalmente, en algún momento Jay baja a buscar una cerveza y luego vuelve a desaparecer en su despacho del primer piso.

He abarrotado la nevera de helado y polos, y suelo servirme cucharadas extra o porciones gigantescas en las cenas. No tardo en ganar peso y mis mejillas se vuelven un poco más rellenas y mi barriga un poco más blanda. Por las noches, tampoco me lavo la cara y me alegro por las mañanas cuando me ha salido una nueva colección de granitos en la barbilla a lo largo de la línea de la mandíbula. No me arreglo las cejas, ni me seco el pelo con secador. Con cada día que pasa, me parezco menos a mi antiguo yo. Una mañana, pillo a Jay mirándome mientras me pongo el bañador, pero no dice nada. No hace falta.

Las cosas también han cambiado entre Sloane y yo, si bien se trata de un cambio sutil y casi imperceptible. En Nueva York, nuestra relación era estrecha. Puede que no fuera real, o no del todo, pero lo cierto es que había comenzado a disfrutar de su compañía. Es una persona divertida, autocrítica y considerada. También mentirosa, sí, pero, básicamente, está desesperada por gustarle a la gente. Y quería caerme bien, pues pensaba que yo era especial. Y,

efectivamente, me hacía sentir especial, algo que no había sentido desde hacía mucho tiempo. En Nueva York me sentía sola. Esa primera noche le conté la verdad: no había hecho muchos amigos desde el traslado, y me pasaba la mayor parte del tiempo con Harper o sola. Cuando partimos hacia la isla de Block, esperaba con ilusión nuestros encuentros diarios y me alegraba cuando llegaba a casa.

Pero ahora mira a Jay del modo que me miraba a mí. Cuando él aparece, a Sloane se le ilumina el rostro y le brillan intensamente los ojos. Ahora es el deseo de él lo que quiere, no mi amistad. No la culpo, sobre todo teniendo en cuenta que yo he estado empujándola sutilmente hacia él. Aunque es algo necesario, lo cierto es que me deja un mal sabor en la garganta y un duro nudo en el estómago.

Es jueves por la noche, nuestra sexta noche aquí. Sloane y yo hemos terminado de limpiar la cocina cuando Jay baja después de haber metido a Harper en la cama. Normalmente se queda arriba con el pretexto de que todavía tiene que trabajar una o dos horas más. Esta noche, sin embargo, se ha tomado tres cervezas durante la cena y noto que está inquieto y que, cansado de estar solo, probablemente se abrirá una cuarta, o puede que incluso una quinta. Quiero estar dormida cuando esté listo para acostarse, o al menos lo haré ver.

Dejo escapar un exagerado bostezo extendiendo los brazos por encima de la cabeza para desperezarme.

—Me voy a retirar. ¿Te importa que nos saltemos *Bridgerton* hoy? —le pregunto a Sloane, haciendo ver que reprimo un segundo bostezo—. Estoy agotada. Creo que me daré un baño y me meteré en la cama.

—Claro que no —dice ella, y le echa un rápido vistazo a Jay. Noto que está excitada por su presencia, por las posibilidades.

—Perfecto. ¡Buenas noches, pues! —me despido de todos con la mano y asciendo la escalera. Un momento después, comienzan a charlar y oigo la risita de Sloane.

Estoy quitándome la ropa para ponerme unos pantalones de chándal cuando oigo el chirrido de la puerta de entrada abriéndose y cerrándose. Asomo la cabeza por el pasillo para intentar oír algo de lo que sucede abajo, pero la casa se ha quedado en silencio. ¿Han salido fuera juntos?

Cruzo el dormitorio y abro la ventana con cuidado. El mar ruge con fuerza, pero sus voces pueden oírse. Están ambos en el porche. Aguzo el oído, pero solo consigo distinguir una palabra aquí y allá. Tengo que acercarme más.

Sin hacer ruido, abro del todo la puerta del dormitorio y recorro de puntillas el pasillo. Han apagado las luces de la planta baja y está a oscuras. Empiezo a bajar la escalera conteniendo el aliento. Desde el último escalón, puedo ver bien la ventana que da al porche. Me dirijo a ella moviéndome con mucha lentitud. Al llegar cerca, compruebo que está abierta y puedo oírlos perfectamente. Permanezco oculta en las sombras de la estancia a oscuras, pero, incluso si no fuera así, ellos están distraídos, de espaldas a mí, sentados en las sillas Adirondack.

—Ahí —está diciendo Jay—. En las hierbas, abajo, ¿la ves? —Se inclina hacia Sloane, señalándole algo para que ella también pueda verlo.

Luego, tras una breve pausa:

—¡Oh! Creo que he visto una —exclama Sloane—. ¡Y otra! ¡Hay un montón!

Aunque no puedo ver el lugar que Jay señala, sé que están hablando de las luciérnagas que iluminan la oscura costa, encendiéndose y apagándose cual puntitos de neón o confeti fosforescente. Está enseñándoselas del mismo modo que yo se las enseñé a él la primera vez que vinimos. De pequeña, mi abuela y yo bajábamos a la playa después de cenar y corríamos detrás de ellas por la arena, dejando escapar un chillido cuando cazábamos alguna y sus finas alas nos hacían cosquillas en las palmas de las manos.

Jay se ríe.

—¿Es la primera vez que ves una?

—No —dice Sloane—. Pero hacía siglos de la última vez. No veía una desde que era niña. Mi madre y yo vivíamos en Florida, ahí había millones.

Permanecen un momento en silencio, pero desde donde estoy puedo sentir la corriente eléctrica que hay entre ellos. Recuerdo esa sensación, la de estar a solas con alguien y notar cómo el aire, cargado de expectativas, va espesándose. Ahora mismo, a ella el corazón está latiéndole con fuerza, estoy segura.

—Me alegro de que hayas venido —dice Jay. Ha bajado el tono de voz y Sloane se vuelve hacia él.

—Yo también —dice ella.

Entonces, lentamente, muy lentamente, la cabeza de Jay comienza a inclinarse hacia la de ella. Y, como atraída por una fuerza magnética, la de Sloane se vuelve hacia la de él y avanza milímetro a milímetro. Contengo el aliento.

Y, de repente, cuando los labios de ambos están a punto de tocarse, Sloane se echa para atrás y niega con la cabeza.

—No puedo... —dice, aunque por su tono de voz puedo percibir hasta qué punto lo desea—. No puedo hacerle esto a Violet. —Yo me

muerdo el interior de la mejilla, chillando por dentro. «¡Hazlo!», exclama la voz de mi cerebro, clara y aguda.

Jay también se echa hacia atrás. Se la queda mirando un momento y luego niega con la cabeza.

—No lo sabes, ¿verdad? —dice.

—¿El qué? —pregunta ella.

—Estamos separándonos. Violet y yo. Cuando regresemos a Nueva York me trasladaré a vivir a otro sitio. —Aspiro con fuerza. Llegamos a discutir la posibilidad de divorciarnos, por supuesto, pero él se mostró de acuerdo en intentar arreglar las cosas. Esa es la razón por la que en este viaje cree que es bienvenido en mi cama. Claro que no debería sorprenderme que haya optado por dejar esa parte fuera.

Al principio, Sloane permanece en silencio. Finalmente, pregunta:

—¿Por qué?

«Esa es una buena pregunta, Sloane. ¿Por qué, Jay? ¿Vas a contarle por qué hemos discutido —a grito pelado, además— acerca de la posibilidad de divorciarnos? Cuéntaselo, vamos, a ver si te atreves», quiero susurrarle a la oreja a través de la ventana abierta.

Jay suspira y recuesta la cabeza en el respaldo de la silla.

—Hay un millón de razones, pero la principal es que Violet ha cambiado. Bueno, ambos hemos cambiado. Y últimamente hemos estado peleándonos mucho. Parece que ya no queremos las mismas cosas. Ella no es feliz aquí. En Nueva York, quiero decir. Creo que le molesta haber dejado San Francisco por mí.

Me he de clavar las uñas en las palmas para no gritar. No es que esté mintiendo, pero tampoco está diciendo la verdad. Está muy lejos de la verdad, de hecho. Es cierto que últimamente hemos estado peleándonos como no lo habíamos hecho nunca, pero esa

noche —la noche en la que nos lo dijimos todo, la noche en la que el divorcio se planteó— fue distinta. Llegamos al límite.

—Ya no eres la mujer con la que me casé —dijo él encogiéndose de hombros a modo de explicación. Como si yo no fuera más que un trapo viejo que antaño hubiera sido nuevo y de un blanco impoluto y, para su decepción, ahora estuviera desvaído y manchado y hubiera sido arrojado a un cubo de agua sucia con la intención de usarlo para limpiar el suelo una última vez antes de tirarlo a la basura.

Presa de un arrebato de furia e indignada ante la despreocupación que mostraba y lo indiferente que parecía al respecto, le tiré la copa de vino que sostenía en la mano. Al impactar en la pared, justo a la derecha de su cabeza, el cabernet dejó un manchurrón y el cristal estalló en mil esquirlas.

No, ya no era la mujer con la que se había casado. Esa mujer era una versión de mí misma meticulosamente aderezada para ajustarse a un molde determinado, una veinteañera de culo prieto que lucía vestidos ajustados bajo los que se ponía sujetadores y tangas de encaje y que, borracha y desinhibida, le hacía mamadas en los cuartos de baño de los bares. Ahora era la madre de su hija. Pero eso no debería ser algo malo, ¿no?

No era ingenua, sabía que las cosas serían distintas cuando tuviera a Harper. Sabía que yo sería distinta. Y pensaba que Jay también lo sabía. Pensaba que comprendería que nuestras vidas cambiarían y nuestra relación también. Pensaba que él lo quería. Yo lo quería.

Pero él no era feliz.

—Ya nunca quieres hacer nada —me dijo—. Ya nunca me quieres a mí. Siempre estás cansada.

Claro que estaba cansada. Tenía un bebé que me despertaba tres veces cada noche y cada mañana a las cinco y media, a veces incluso antes. Un bebé al que llevaba a todas partes y que, cada segundo de cada día, quería algo de mí. Tenía el cuerpo hinchado y abotargado, tanto antes de dar a luz como después, con el rostro cetrino a causa de la falta de sueño y los nervios crispados de tantos lloros —del bebé y también míos—. No es que no quisiera salir o que no lo quisiera a él, es que no podía. Estaba consumida por Harper, por su olor a leche dulce y su piel suave como el terciopelo, por su calidez y su peso, por cuánto me necesitaba.

¿Y si salimos —quise saber—, quién se levantará en medio de la noche? ¿Quién le preparará un biberón por la mañana si bebemos demasiado la noche anterior, tenemos resaca y nos encontramos demasiado mal para levantarnos de la cama? Él no. Él nunca. ¿Cuál era su sacrificio? Era yo quien había renunciado a mi cuerpo. Sí, voluntariamente, claro está, pero ¿a qué había renunciado él?

Aun así, lo intenté. Cuando Harper comenzó a dormir en tandas de cuatro horas en vez de tres, cuando conseguí que dejara mis pechos, volví a ajustarme a un molde. El molde de Jay. Volví a engalanarme y sonreír. Volví a hacerle mamadas. Y accedí a que nos mudáramos, a desarraigar nuestras vidas. Dejé a mis amigos, mi trabajo, mi red de apoyo. Por él. Por nosotros. Porque él me prometió que las cosas serían distintas. Que irían mejor. Sin embargo, me arrancó el corazón del pecho y lo aplastó con un mazo.

Así pues, cuando me dijo que ya no era la mujer con la que se había casado como si fuera algo que ya no pudiera tolerar más, le tiré la copa y comencé a gritar. Esa noche se alargó durante horas, dilatándose penosamente entre gritos y reproches y, más tarde, una confusión de luces rojas y azules. Cuando al fin terminó y el sol ya salía, supe que nada volvería a ser lo mismo. ¿Cómo podría?

—No tenía ni idea —le dice Sloane a Jay en tono susurrante.

Jay prosigue.

—Acordamos seguir viviendo juntos mientras durara el proceso de divorcio, pero dormimos en camas separadas y hacemos vidas también separadas. Solo nos hablamos cuando Harper está con nosotros, o si se trata de algo relativo a ella. Hasta hace poco..., más o menos por la época en la que te conoció, ahora que lo pienso, ni siquiera me miraba a la cara. Últimamente, las cosas han ido algo mejor y se muestra más simpática y agradable de lo que ha estado en mucho tiempo.

Esto es lo que él cree que Sloane quiere oír, lo que hace falta para convencerla de que se acueste con él. Si pudiera oír cómo suena, si tan solo fuera un poco más listo, podría atar cabos. Pero no sería justo que fuera así de guapo y además inteligente, ¿verdad?

—¿Crees que ella quiere arreglar las cosas? —pregunta Sloane. Yo casi suelto una carcajada. A pesar de que es lo que finjo querer, preferiría ahogarme con mi propia lengua.

Jay asiente lentamente.

—No sé, quizá. Pero lo nuestro ha terminado. Para mí, al menos. Creo que ella lo sabe. Desde luego, yo se lo he dejado claro. —«¿Lo ves? —está intentando decir—, soy un tipo decente. Un buen tipo. ¿No has mojado ya las bragas?»

Sloane se queda en silencio unos minutos hasta que, finalmente, pregunta:

—¿Por qué accediste a hacer este viaje?

Jay exhala un suspiro.

—Por Harper. Violet dijo que quería mantener el máximo de normalidad posible. Yo me opuse a venir, pero ella me lo suplicó. Quería que Harper tuviera un último recuerdo feliz de su familia unida.

—No puedo creer que no me lo haya explicado —dice Sloane en voz baja. He de inclinarme más hacia la ventana para poder oírla—. Desearía haberlo sabido.

¿Está molesta porque no le he contado la verdad sobre mi relación con Jay? ¿Porque le he mentido? Contengo una risotada. Vamos, Sloane, ¿en serio?

—Eres una buena amiga —dice Jay. Alarga una mano y le coloca a Sloane un mechón de pelo detrás de la oreja. El estómago se me revuelve. No puedo creer que estas gilipolleces le funcionaran conmigo.

Ambos se quedan callados. Pasa un minuto, y luego dos.

Finalmente, Sloane cambia de posición y dice:

—Debería irme a la cama.

Puedo ver que Jay asiente.

—Yo también.

Sin hacer ruido, vuelvo a subir la escalera. La sangre me arde en las venas. La ira que siento hierve a fuego lento. Las mentiras de Jay se me han metido debajo de la piel como si de una garrapata se tratara, enfermándome. Le ha contado a Sloane apenas una parte ínfima de la verdad, un fragmento minúsculo, microscópico; lo demás eran mentiras.

Poco después de cerrar la puerta, oigo que la puerta de la habitación de Sloane también se cierra. Me pregunto si Jay la ha seguido escalera arriba hasta su dormitorio, pero, un minuto después, el tirador de la puerta de nuestra habitación se mueve. Yo cierro con fuerza los ojos. Noto que el colchón se mueve cuando él se mete en la cama y se estira a mi lado.

Ha llegado el momento. Pensaba esperar unos pocos días más, pero ya no puedo aguantar más.

¿Acaso no dice el dicho: «Al hierro candente, batir de repente»?

26

A la mañana siguiente estamos todos en la cocina, ocupados cada uno en lo suyo. Sloane ha bajado poco después de mí y me ha dedicado una sonrisa fugaz y vacilante. Por un momento, me ha parecido que iba a preguntarme por el divorcio y lo que Jay le contó anoche, pero no lo ha hecho.

Si hubiera sido así, tenía planeado confirmar lo que él le contó —que últimamente nos hemos estado discutiendo mucho y que hemos decidido poner fin a la relación— y decirle que me avergonzaba contárselo porque todavía estoy asimilándolo. Llegados a este punto, no importa mucho que lo sepa o no; de hecho, es posible que sea lo que necesitaba oír, el permiso que nunca podría pedirme.

Jay acaba de regresar de correr con Anne-Marie. Está sudado y va vestido con sus pantalones cortos de gimnasio y una camiseta vieja y desvaída de nuestra *alma mater*. Tiene el pelo empapado de sudor y desprende un olor salado y acre. Yo estoy frente a los fogones revolviendo huevos y Sloane junto a la tostadora. Harper ya está sentada a la mesa, haciendo ver que le da de comer a sus dos Barbies. Acerca un tenedor vacío a una de las bocas de las muñecas y luego a la otra.

Sloane y Jay evitan el contacto visual, pero me doy cuenta de que, cuando sin querer se rozan, ella se sonroja y rápidamente se vuelve para untarle mantequilla a la tostada, haciendo ver que está muy concentrada en la tarea. Está claro que su conversación de anoche ha cambiado las cosas entre ellos.

Cuando los huevos están listos, me siento con Harper a la mesa y, tras servirle un poco en el plato, dejo el bol en el centro de la mesa.

—¿Quieres un poco? —le pregunto a Sloane.

—¿Cómo? —dice al cabo de un momento, mirándome sorprendida.

—Te he preguntado si quieres huevos revueltos.

—Oh, sí, claro —contesta ella. Coge una silla y se sienta delante de mí—. Gracias.

Jay termina con la máquina de café y luego saca un *bagel* de una bolsa de papel marrón y se dirige hacia la escalera. Al pasar junto a Harper, le acaricia el flequillo.

—Pásatelo genial hoy, cielo —dice.

—¡Ah, antes de que te vayas...! —digo. Jay se detiene y se da la vuelta—. He hecho una reserva para ir a cenar fuera los cuatro. —Miro a Harper y a Sloane—. A las cinco y media, en la marisquería Murph's. Y no digas que tienes que trabajar hasta tarde —le advierto a Jay—. No pasará nada si un día terminas más temprano.

Jay alza las manos en señal de rendición. ¡Qué caballero tan galante!

—De acuerdo —dice—. Cena a las cinco y media.

Quiero que la gente los vea juntos. Con Harper, como una familia. No es completamente necesario, pero hará las cosas más creíbles y le proporcionará verosimilitud a mi historia. Murph's es el sitio perfecto.

Cuando Jay se ha marchado de la cocina, me vuelvo hacia Sloane y Harper con una amplia sonrisa en el rostro.

—¿Qué os parece si vamos de compras? —Y, dirigiéndome a Harper—: Podríamos comprarte un vestido nuevo para esta noche, Harp.

A esta se le ilumina el rostro.

—¿Puede ser verde? El vestido de Tiana es verde. Ya sabes, la de *Tiana y el sapo* —dice, dando por sentado que todos sabemos de qué está hablando (por supuesto, yo lo sé gracias a la cantidad de veces que ha visto la película; últimamente ha reemplazado a *Vaiana* como su favorita).

—Podemos buscar uno verde —digo, y ella aplaude entusiasmada —. Y tengo un vestido para ti, Cait —digo, mirando a Sloane—. A mí me va un poco corto, pero creo que a ti te quedará perfecto.

El Hervé Léger rojo. Lo compré antes de partir, el mismo día que compré las demás prendas para ella. «Necesito un vestido que impresione a todo el mundo», le dije a la dependienta. Ella asintió y al poco regresó con él. Claramente había entendido qué era lo que buscaba. Ya en casa, le quité las etiquetas y lo llevé unas horas para darlo un poco de sí.

—Gracias —dice Sloane, evitando mi mirada. ¿Se siente culpable por haber estado a punto de besar a Jay? No debería. Soy yo quien prácticamente la ha empujado a ello.

La he convertido en alguien a quien yo sabía que él desearía manosear.

—Genial —digo—. Voy a vestirme. ¿Quedamos aquí abajo en diez minutos? ¿Te importa ocuparte de que Harper esté lista?

Ella asiente y yo me inclino para darle un beso a mi hija.

—No te olvides de lavarte los dientes, ¿de acuerdo?

En el piso de arriba, me pongo una camiseta universitaria, unos pantalones vaqueros cortados y las zapatillas deportivas Converse. Será la primera vez que las tres vayamos juntas al pueblo y quiero que nuestro aspecto se ajuste al papel de cada una: yo, la joven niñera; Sloane, la mamá de Brooklyn, refinada y de buena presencia. Después de recogerme el pelo en una coleta, saco del neceser las gafas con montura de plástico que compré para la foto del carné de

conducir y me las pongo. Es una cosa más que separa la Violet de antes con la de ahora.

De camino hacia el coche, le lanzo a Sloane las llaves.

—¿Puedes conducir tú? —le pregunto—. Las lentillas están dándome problemas y la graduación de estas gafas es ya algo vieja.

—Claro —dice, cogiendo las llaves al vuelo. Luego se vuelve hacia mí—. No sabía que llevabas gafas.

Asiento.

—Suelo llevar lentillas, pero últimamente me molestan mucho y he pensado que podía darles un descanso a mis ojos.

—¡Oh! —dice, ladeando la cabeza. Noto que no sabe si creerme o no. Ahora que piensa que le he mentido respecto a Jay, recela de mí. Hilarante.

Desde el asiento del acompañante voy dirigiendo a Sloane hacia la pequeña calle principal. Es un día apacible y sin nubes, con el cielo de un azul imposible y el aire espeso y cálido. En el pueblo hay más gente que cuando llegamos, lo cual es bueno. Más personas nos verán juntas mientras Sloane hace de mí y yo de Sloane.

La calle está bordeada por una serie de *boutiques* de ropa cara con los escaparates repletos de maniquís adornados con bolsos de piel extragrandes y largos collares y brazaletes, tiendas de decoración isleña, cafeterías con terrazas y heladerías que venden helados batidos a mano. Sloane y yo paseamos de la mano de Harper, una a cada lado, entrando y saliendo de las tiendas sin comprar nada, hasta que llegamos a una tienda de ropa para niños con maniquís pequeños en vez de tamaño adulto.

—¡Miremos aquí! —sugiero, abriendo la puerta para que Harper y Sloane entren.

A mi hija se le iluminan los ojos cuando ve los estantes repletos de ropa de colores vivos y sale corriendo hacia una hilera de

camisetas con lentejuelas.

—¡Mira esta! ¡Y esta! ¡Oh, y esta otra! —dice, pasando los colgadores.

Al final, Harper se decide por un vestido verde con una falda de tul con los colores del arcoíris que resplandece cuando da la vuelta sobre sí misma. Me suplica salir de la tienda con el vestido puesto, pero la convenzo para que vuelva a ponerse los pantalones cortos y la camiseta con la promesa de comprarle un helado.

Cuando ya nos dirigimos hacia la caja registradora con el vestido en la mano, Harper descubre un expositor con cintas para el pelo. Corre hacia él y luego se vuelve hacia nosotras con una expresión de entusiasmo en el rostro.

—¿Podemos comprar una de estas también? —pide Harper, mirándome primero a mí y luego a Sloane—. Por favor, por favor, por favor.

Es uno de mis mayores puntos débiles como madre: decir siempre que sí, nunca que no. Me encanta cómo chilla Harper cuando está contenta, así como los hoyuelos que se le forman en las mejillas y el pequeño hueco entre los dos dientes incisivos frontales, que queda a la vista cuando ríe. Me encanta hacerla así de feliz. Jay opina que debería ser más estricta, pero no puedo, no cuando junta las manos de este modo y los ojos le brillan.

—Claro que sí, cielo —digo, y luego, volviéndome hacia Sloane—: Puede que tarde un poco en escoger una, ¿qué te parece si voy al restaurante que hay aquí enfrente a coger mesa mientras tú te quedas con Harper? —Meto una mano en el bolso y, tras sacar una tarjeta de crédito de la cartera, se la doy a ella—. Cuando hayas terminado nos vemos ahí, ¿te parece?

—Sí, claro. —Sloane asiente—. Suena genial. —Me gusta la idea de que vean a Sloane y Harper juntas, cual madre e hija que han ido

de tiendas.

Cruzo la calle hacia una pequeña cafetería con terraza. La camarera me sienta en una mesa situada en un rincón del fondo, lejos de la acera, pero con una vista perfecta de la calle.

Diez minutos después, Sloane y Harper salen de la tienda y yo alzo un brazo por encima de la cabeza y lo agito para llamar su atención. Ellas cruzan la calle cogidas de la mano, Sloane con la bolsa de la tienda colgando del codo del otro brazo. Realmente, si no las conoces, podría pensarse que son madre e hija: ambas con el mismo pelo oscuro y la misma cara con forma de corazón.

—¿Qué tal ha ido? —pregunto cuando se sientan delante de mí, una al lado de la otra—. ¿Has escogido una cinta para el pelo?

Harper asiente.

—Es verde, a juego con el vestido —dice—. La dependienta me la ha envuelto como si fuera un regalo.

—Me muero de ganas de verla —le digo con una sonrisa—. ¿Pedimos? ¡Estoy famélica!

Le hablo a Sloane de Murph's, la marisquería en la que he reservado una mesa para esta noche, y le explico que se trata del restaurante con mejores reseñas de toda la isla. Es un lugar que hay que ver, favorito tanto de turistas como de lugareños, y al que iba con mi abuela para celebrar las ocasiones especiales. Ataviada con el vestido rojo que le compré, seguro que Sloane atraerá muchas miradas. Todo el mundo reparará en ella y en Jay.

Al terminar de almorzar, cuando el camarero deja la cuenta en la mesa, miro a Sloane con una sonrisa.

—Todavía tienes mi tarjeta, creo.

—Ay, sí. Ten —dice y, tras sacarla de su bolso, me la tiende por encima de la mesa.

No la cojo.

—Quizá es mejor que la lleves tú —digo entonces—. Por si necesitas comprarle algo más a Harper mientras estás aquí.

—¿Estás segura? —pregunta.

Yo asiento.

—Es más fácil así. Nunca se sabe cuándo necesitarás comprarle un helado a este monicaco. —Extiendo una mano y le pellizco ligeramente una mejilla a Harper. Ella me aparta la mano.

Sloane sonríe y se encoje de hombros.

—De acuerdo.

—Pagas tú el almuerzo, entonces —digo, guiñándole un ojo.

—Con mucho gusto. —Mete la tarjeta en el interior de un portacuentas de piel y luego lo sostiene en alto para llamar la atención del camarero. Tras dárselo para pagar, se vuelve hacia nosotras y, de repente, abre los ojos como platos al ver algo en la calle que la deja petrificada y casi sin aliento.

Yo sigo su mirada. Sloane está observando a una mujer que se encuentra en la acera opuesta y que acaba de salir de la tienda en la que hemos estado antes. De sus brazos cuelgan un montón de bolsas y va ataviada con un vestido de aspecto caro que resalta su generoso pecho y unas sandalias de tiras doradas. Debe de tener unos cincuenta y muchos o sesenta y pocos años, con una gran melena rubia, y va cubierta de joyas. No parece fuera de lugar, pues la isla está repleta de mujeres ricas que vienen de compras el fin de semana, pero Sloane no le quita los ojos de encima.

Y luego se tensa visiblemente cuando la mujer baja de la acera opuesta y cruza la calle en dirección hacia nosotras. Al llegar a nuestro lado de la calle, echa un vistazo a la gente que está sentada en la terraza de la cafetería, y sonríe de oreja a oreja al ver a Sloane. Por un momento, parece que va a venir a nuestra mesa,

pero se limita a saludar con la mano y luego sigue caminando calle abajo.

—¿Quién era esa? —le pregunto a Sloane, volviéndome hacia ella. ¿Cuáles son las probabilidades de que Sloane conozca a alguien que viene aquí de vacaciones? No es exactamente el círculo social en el que ella se mueve. Pero supondría un problema que fuera así. Todo el plan depende de su anonimato, y el mío.

—Nadie —dice enseguida—. Solo una mujer con la que hemos charlado en la tienda cuando te has ido. Estaba buscando un regalo para su nieta y ha pedido la opinión de Harper.

Me la quedo mirando. Parece otra mentira. Me fijo por si detecto alguno de los tics que la delatan (el temblor en las comisuras de la boca, la mano en la nuca), pero ella mantiene las manos en el regazo y una sonrisa tensa. ¿Está diciendo la verdad? Si no conocía a la mujer, ¿por qué se ha alarmado tanto?

Decido dejarlo estar. Seguramente le ha contado alguna mentira en la tienda y le preocupa que yo pueda enterarme. Le devuelvo la sonrisa y luego me vuelvo hacia Harper.

—¿Vamos a buscar ese helado que te he prometido? —le pregunto.

Mientras deambulamos por el centro del pueblo con nuestros conos, permanezco alerta por si veo otra vez a esa mujer, pero ya no volvemos a encontrárnosla. Sloane parece haberse olvidado de ella. Tiene una expresión relajada y, mientras caminamos, va despreocupada intercambiando lametones de helado con Harper. No puedo evitar sentir una punzada de pena por ella. Las vacaciones ya casi han terminado.

27

Cuando regresamos a casa, le pido a Sloane que lleve a Harper arriba para que se eche una siesta y que luego la prepare para la cena.

—Estoy agotada —digo, derrumbándome en el sofá—. Yo también me echaré un rato, si te parece bien. —Cierro los ojos con la intención de parecer exhausta—. El vestido para ti está en mi armario, Cait. Y los zapatos también, si necesitas unos.

—Claro —dice Sloane, cogiendo a mi hija de la mano—. Vamos, Harp.

Oigo sus pasos subiendo la escalera, luego recorriendo el pasillo sobre mi cabeza y, finalmente, la puerta del dormitorio de Harper cerrándose. Una hora después, vuelve a abrirse y se oye cómo van de un lado a otro, entrando y saliendo del cuarto de baño, de mi habitación, de la habitación de Sloane; luego el ruido de una ducha y, a continuación, el de un secador.

Finalmente, oigo una risita en lo alto de la escalera.

—¡Estamos listas! —exclama Sloane.

Bajan cogidas de la mano: Harper lleva su vestido nuevo con falda de tul y el pelo recogido en una perfecta trenza francesa que le cuelga por la espalda; Sloane se ha puesto el vestido que le compré la semana pasada, rojo, entallado y escotado. Se ha secado el pelo con secador y tiene la piel tostada por el sol y las mejillas sonrosadas. Ambas están guapísimas.

Harper suelta la mano de Sloane y, saltando al sofá, me rodea el cuello con los brazos. Yo le devuelvo el abrazo y luego la aparto para pasar una mano por la trenza. Tiene el pelo suave como la seda.

—Te quiero, pequeña. ¡Y me encanta tu vestido! —Y, levantando la mirada hacia Sloane—: ¡A ti también te queda genial el tuyo! —Y, más importante todavía, a Jay también se lo parecerá. No me extrañaría que el muy cerdo intentara meterle mano por debajo de la mesa durante la cena.

Sloane sonríe, pero al ver que yo todavía no estoy vestida frunce el ceño.

—¡Oh! ¿Es que tú...?

—Lo cierto es que no me encuentro muy bien —digo, llevándome las rodillas al pecho y abrazándome la barriga con los brazos.

—¿Qué te pasa? —Parece preocupada—. ¿Quieres que llame a un médico?

—No, no. —Pongo los ojos en blanco y amago una sonrisa—. Estoy bien. Es solo ese momento del mes —digo—. A veces, unos calambres fortísimos me dejan postrada sin previo aviso. Solo necesito un poco de ibuprofeno y una almohadilla térmica. Me temo que hoy no podré cenar langosta —anuncio con una expresión de decepción.

El rostro de Sloane también se ensombrece.

—Bueno, ya iremos a cenar cuando te encuentres mejor.

—No, no. Id vosotros —digo, incorporándome para sentarme—. Es muy difícil conseguir reservas en ese restaurante. Es mejor que vayáis sin mí.

—No pasa nada, podemos... —comienza a decir ella, pero yo la interrumpo.

—Lo digo en serio —insisto con una sonrisa—. Harper se sentiría muy decepcionada si canceláramos la cena. ¿Te parece bien ir a

cenar solo con Caitlin y papá, Harpie?

Esta asiente.

Yo me vuelvo otra vez hacia Sloane, que tiene una expresión extraña en el rostro, una especie de media sonrisa, y me doy cuenta de que se alegra de que yo no vaya. Está entusiasmada ante la perspectiva de tener a Jay solo para ella, sobre todo ahora que sabe que él y yo ya no estamos juntos. «Me alegro, Sloane. Disfrútalo.»

Justo entonces, Jay baja por la escalera con una cerveza en una mano y ataviado con unos pantalones de vestir y una camisa arremangada. Acaba de ducharse y tiene el pelo mojado; también se ha afeitado. Sloane se ha sonrojado al verlo. Recuerdo mirarlo así tiempo atrás. Ahora solo quiero clavarle un cuchillo de carnicero en la garganta.

Harper baja de un salto del sofá.

—¡Mira mi nuevo vestido, papá! —Da una vuelta sobre sí misma para que la falda vuele a su alrededor.

—¡Guau! —dice él—. ¡Estás guapísima! —Entonces la coge y la alza hasta su cadera—. ¿Estás lista? —Harper asiente y él me mira a mí y luego a Sloane. Su mirada se detiene un segundo en ella, en su cuerpo y en su entallado vestido, y luego vuelve a mirarme a mí—. ¿Vamos?

Ni siquiera se ha dado cuenta de que yo no estoy vestida.

—Id vosotros —digo yo—. Yo no me encuentro muy bien. Me quedaré en casa y descansaré.

Jay se me queda mirando un momento y luego asiente lentamente.

—¿Podemos traerte algo? —ofrece Sloane—. ¿Un postre, quizá?

Yo niego con la cabeza.

—Me iré pronto a la cama. Con suerte, ya estaré dormida para cuando lleguéis. Mañana estaré bien, lo prometo. Dale a mamá un

beso de buenas noches, cielo.

Después de hacerlo, Harper corre de vuelta a Jay y los tres salen juntos y se alejan por el camino de entrada. Yo me levanto y los observo desde la puerta principal. Parecen la familia perfecta. Antes de meterse en el coche, Sloane se detiene y se vuelve hacia la casa. Yo alzo una mano y la muevo para despedirme de ella.

—¡Pasáoslo bien! —exclamo. Ella también se despide de mí con la mano y distingo una pequeña sonrisa vacilante en su rostro.

Vuelvo a entrar y cierro la puerta detrás de mí. Un silencio extraño inunda la casa. Puedo oír el fragor del mar y el tictac de un reloj de la cocina.

Desde la ventana de la fachada, observo cómo el coche retrocede por el camino de entrada y se aleja por la carretera en dirección al pueblo. Cuando ya no puedo verlo, subo al primer piso y, tras entrar en el dormitorio principal, me dirijo al cuarto de baño y tecleo el código de cuatro dígitos de la caja fuerte. Emite dos pitidos y la cerradura se abre.

Meto la mano dentro y saco el móvil prepago. Lo enciendo y la pequeña pantalla se ilumina. Entonces lo llamo.

Él contesta al segundo tono.

—Hola, Danny —digo.

Danny Shepherd, mi primer amor, mi primer beso, mi primer novio. El chico que me rompió el corazón cuando me dijo que no sentía lo mismo por mí tampoco lo sentía por ninguna otra chica. A mi abuela no le sorprendió. Al echar la vista atrás, quizá a mí tampoco debería de haberme sorprendido; después de todo, a él le gustaba Prince más que a mí. Cuando salió del armario y se lo explicó a sus padres, poco después de que nuestra relación hubiera terminado, lo echaron de casa. Como no sabía adónde ir, se presentó en casa de mi abuela y esta lo acogió.

—Nos necesita —me explicó ella, y al mirarle la cara a Danny comprendí que tenía razón. Me senté a su lado en el sofá y él nos contó cómo había hecho una bolsa con sus cosas mientras su padre lo observaba con los brazos cruzados y sin decirle una sola palabra, ni siquiera cuando se fue.

Esa noche durmió en mi cama. A las dos de la madrugada, sus lloros me despertaron. Su lado de la cama estaba vacío y me lo encontré en el suelo del cuarto de baño con una hoja de afeitar barata en una mano y la muñeca de la otra vuelta hacia arriba. Con cuidado, le quité la hoja de afeitar y lo llevé de vuelta al dormitorio. Nos metimos en la cama y sostuve su mano hasta que se quedó dormido. Mi abuela le dijo que podía quedarse tanto tiempo como quisiera o necesitara. Un mes más tarde se marchó a vivir con un primo suyo y nuestro vínculo pasó a ser casi sanguíneo, como si fuéramos hermanos. Cuando nos despedíamos con un abrazo, nos susurrábamos al oído *I would / die for / you*, la canción que cantábamos de pequeños con micrófonos imaginarios en las manos.

Después de que Jay y yo visitáramos la isla y yo me diera cuenta de que nuestro matrimonio había terminado, lo llamé. Su tía me había dado su número, y descubrí que en realidad seguía siendo el mismo. Quería oír una voz familiar, alguien que no me soltase: «Ya te lo dije». Alguien que me conociera antes de ser la esposa de Jay. Cuando contestó, casi me echo a llorar.

Estuvimos hablando durante más de dos horas. Le expliqué mi situación con Jay y que ya no vivíamos en San Francisco. Él me contó que se había quedado en la isla y que, tras reconciliarse con sus padres, había decidido seguir los pasos de su padre, que era médico. Cuando yo me marché a la universidad, comenzó a trabajar como técnico de emergencias y le había gustado tanto que ya no había hecho otra cosa. Ahora supervisaba el departamento: unos

pocos años atrás lo habían nombrado director. En una ocasión había contemplado la posibilidad de marcharse, pero para entonces sus padres ya estaban mayores y la salud de su madre había empeorado, de modo que no le pareció el momento oportuno. Nunca se había casado y acababa de romper con su pareja de hacía mucho tiempo.

Yo no lo sabía, pero él nos había visto aquel mayo, cuando fui a la isla con Jay y Harper, una noche que estábamos cenando pizza en el reservado de un restaurante popular del pueblo. Estuvo a punto de venir a saludarnos, pero nos vio tan enfrascados en la comida y la conversación que no quiso interrumpirnos. Yo estaba más delgada de lo que él recordaba, se me marcaban los pómulos y las clavículas, iba vestida con ropa cara y llevaba un brazalete en una muñeca que costaba tanto como su coche. Era una versión distorsionada de la chica que había conocido de pequeño.

Finalmente, decidió sentarse en la barra, de espaldas a nosotros, con una cerveza en la mano. Y entonces fue cuando vio a Jay con la camarera apenas treinta minutos después. Estaban en el oscuro pasillo que conducía a los cuartos de baño, Jay inclinado hacia ella y con la boca en su oreja. Sus cuerpos estaban muy cerca el uno del otro. Ella, una jovencita delgada que iba con una minifalda, no dejaba de reír. Y Danny comprendió entonces lo que estaba viendo, el tipo de hombre con el que estaba casada y por qué yo había perdido tanto peso. Le rompió el corazón. Dejó su cerveza a medio beber en la barra y se marchó del local.

Desde entonces había estado esperando mi llamada, esperando que se me cayera la venda de los ojos y tomara conciencia de lo que pasaba. Cuando me di cuenta, la mañana posterior a aquella noche, la de los policías y la sangre, esa puta noche, él me dijo que sabía que tarde o temprano lo haría.

Desde esa primera llamada hemos hablado casi a diario. Él es el único que está al tanto de todo. Cuando vi por primera vez a Sloane, fue su número el que marqué y a quien conté mi idea.

Al principio, él se limitaba a seguirme la corriente, pero cuando se dio cuenta de que hablaba en serio, intentó disuadirme. Unos pocos días después de que yo hubiera invitado a Sloane a nuestras vidas, él me llamó al móvil prepago y me dijo que no podía seguir adelante con el plan. Se sentía incapaz de ser cómplice de algo así.

—Por favor —le imploré con voz trémula—, no puedo seguir viviendo de este modo. Te necesito. —Pero él me colgó.

Presa de un arrebato de ira, tiré el móvil al otro lado del salón. Volvía a estar sola. Y estaba asfixiándome. Pero Danny volvió a llamarme unas pocas horas después y, con voz susurrante, me dijo:

—De acuerdo. Lo haré. Tú y tu abuela me salvasteis ese verano. Ahora yo te salvaré a ti. —*Darlin' if you want me to.*

—Gracias —susurré con lágrimas en los ojos y una sonrisa en los labios—. Gracias.

Ahora, al teléfono, le digo:

—Mañana. Lo haré mañana por la tarde. ¿Estás preparado?

Cuando me dice que sí, le digo que lo quiero y cuelgo. Vuelvo a guardar el móvil en la caja fuerte y la cierro.

Alrededor de las ocho, apago todas las luces y cierro la puerta del dormitorio. Quiero que la casa esté a oscuras cuando lleguen y que piensen que estoy en la cama, dormida.

A las 20.50, veo el resplandor de los faros del coche y oigo el crujido de la grava del camino de entrada bajo las ruedas. Agachada, me dirijo hacia la ventana y alzo lentamente el listón más bajo de la persiana. Los faros se apagan, pero no baja nadie del coche.

Espero un momento, pero sigo sin ver movimiento alguno. El coche está a oscuras y no puedo ver lo que sucede en su interior. Pasa un minuto, luego dos, y luego cinco. ¿Qué están haciendo ahí dentro?

Finalmente, las puertas tanto del acompañante como del conductor se abren y Jay baja de su asiento y Sloane del otro lado. Luego Jay abre la puerta trasera y se agacha. Cuando vuelve a levantarse, sostiene a Harper en brazos como cuando esta era un bebé. Se me hace un nudo en la garganta. Recuerdo con claridad esos primeros días. Una minúscula Harper bien envuelta en muselina y acurrucada contra el pecho de Jay mientras este la miraba con ternura y le acariciaba suavemente la aterciopelada mejilla con el dedo índice. Me sentía muy afortunada. Pensaba que lo tenía todo.

Sloane sigue a Jay por el sendero en dirección a la casa. Débilmente, oigo cómo se abre la puerta de entrada y luego pasos en la escalera. Espero oír a continuación la puerta del dormitorio de Sloane abriéndose y cerrándose, pero no lo hace.

Salgo de la cama y, tras cruzar la habitación procurando que mis pasos no hagan ruido alguno, entreabro un poco la puerta. Consigo hacerlo en silencio. Conteniendo la respiración, miro por la estrecha abertura.

La pálida y amarillenta luz de la luna se filtra por una pequeña ventana e ilumina el pasillo. Sloane está ante la puerta del dormitorio de Harper, de espaldas a mí, esperando. Esperando a Jay. La observo con expectación.

Un momento después, Jay sale de la habitación de nuestra hija y cierra la puerta tras de sí con cuidado. Luego se vuelve hacia Sloane y da un paso hacia ella. Al principio, permanecen uno delante del otro sin moverse. A continuación, ella alza ligeramente la cara y Jay acerca sus labios a los de ella y se besan. Al principio de forma

vacilante, luego con más ganas y más premura. Él desliza entonces una mano por la nuca de ella y la atrae hacia sí al tiempo que la conduce hacia la pared. Jay besa muy bien, es bueno con la lengua y también con las manos.

«¿Crees que ella quiere arreglar las cosas?», le había preguntado Sloane a Jay. «Jamás», quise decir a gritos. Jay me repugna. Y, sin embargo, al verlo con ella se me revuelven los intestinos y un regusto amargo me sube por la garganta hasta la boca.

Me aparto de la puerta. Ya es suficiente. Estaba comenzando a sentirme mal por la pistola que guardo en la caja fuerte y lo que planeaba hacer con ella, pero ya no.

De vuelta en la cama, me tumbo de lado y, de espaldas a la puerta, me quedo mirando la pared. Unos minutos más tarde, oigo el chirrido de los goznes de la puerta del dormitorio. Y luego el ruido que hace Jay al desatarse el cinturón y dejar caer los pantalones al suelo.

Me desea. Se pega a mi espalda y sus caderas se mueven rítmicamente contra mi culo. Gracias a los preliminares con Sloane en el pasillo ya la tiene dura. Sentir su cuerpo contra el mío me asquea. Me aparto de él. Cuando vuelve a acercarse, me quito la sábana de encima y, tras coger la almohada, me voy al cuarto de baño y cierro la puerta con el pestillo.

Se merece todo lo que está a punto de pasarle. En cuanto a Sloane... Bueno, ella tampoco es exactamente inocente, ¿no?

28

A la mañana siguiente me levanto temprano. Apenas he dormido. Jay todavía está roncando cuando salgo de la habitación. He de hacer un esfuerzo sobrehumano para no asfixiarlo con la almohada.

En la planta baja, me preparo una taza de café y espero a que Harper se levante. Las cosas de la playa ya están preparadas. Hoy nos espera un gran día.

Salgo con mi taza al porche y recorro el camino de entrada en dirección al mar. Es una mañana cálida, la más calurosa desde que hemos llegado, y el ambiente es muy húmedo. Sopla una ligerísima brisa y la hierba alta se mece suavemente. Aguzo la mirada hacia la playa y veo que Anne-Marie y sus hijos ya se han instalado cerca del agua.

A las ocho y media, subo al primer piso y despierto a Harper. La puerta del dormitorio de Sloane todavía está cerrada. La pobre debe de estar cansada después de su gran noche en el pueblo y de las caricias en el pasillo. Resulta agotador andar manoseándose a hurtadillas.

Mejor así. Necesito hablar con Anne-Marie. Y me gustaría hacerlo a solas.

Cuando Harper ya se ha vestido y ha tomado el desayuno, las dos vamos a la playa. Coloco la sombrilla y las tumbonas y luego le indico a mi hija que me siga.

—¿Quieres ir a jugar con Rooney y Claire?

Caminamos por la orilla hasta que llegamos a las tumbonas y las toallas que han extendido sobre la arena y que están cubiertas de juguetes de plástico. Anne-Marie me saluda con la mano desde debajo de la sombrilla.

—¡Buenos días! —digo—. ¿Dónde está Fitz hoy? —pregunto, sentándome en la tumbona que hay a su lado. Fitz es el tema favorito de Anne-Marie y, al mismo tiempo, también el que más aborrece. Está claro que, para ella, no es más que un memo que no sabe dónde tiene la mano derecha. Le gusta su cuenta bancaria, pero no mucho más. Es como una muñeca de cuerda: si le das a la manivela, rajará durante horas, deteniéndose de vez en cuando para respirar.

Anne-Marie suelta un quejido.

—Jugando al golf. Otra vez. Llevamos aquí casi diez días y creo que se ha pasado nueve con un palo de golf en la mano. No lo entiendo —dice—. ¿Golf? ¿En serio? Es tan aburrido. Sé que también son sus vacaciones, pero, ¡por el amor de Dios! El año pasado, fuimos a Barbados y... —Ya no hay quien la pare.

Yo la escucho a medias mientras observo a Harper, que permanece arrodillada en la arena mojada con Rooney y Claire. Podría pasarme horas mirándola. Estudiando las pecas de su nariz, besándole los párpados, escuchando sus enrevesadas historias, sus susurrantes pausas, su risa. Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Es lo que le da sentido. Todas las partes buenas de mi ser han sido destiladas en su pequeño y perfecto cuerpo.

Cuando vuelvo la atención a Anne-Marie, esta me mira fijamente.

—Lo siento, ¿qué has dicho? —le pregunto.

—Digo que Jay no parece ser de los que se pasan el día jugando al golf —repite, volviéndose para echarle un vistazo a nuestra casa —. Parece un buen marido. Y un padre muy implicado.

—¡Oh! —sonrío educadamente—. Sí, es genial. Y también amigable. Muy amigable. —Suelto una risita algo nerviosa—. A veces un poco demasiado, ¿sabes? —Vuelvo a reírme incómodamente, como si no quisiera darle excesiva importancia a pesar de que está claro lo que estoy insinuando.

Anne-Marie abre los ojos como platos.

—¿Jay? ¿Quieres decir...?

—¡Oh, no sé ni qué digo! —añado enseguida—. Es posible que haya malinterpretado la situación. Seguramente él no pretendía poner la mano... —Niego con la cabeza como quitándole importancia a todo—. No fue nada, en serio. No debería haberlo mencionado. No se lo digas a nadie, ¿de acuerdo?

Ella asiente. Por supuesto que guardará el secreto —como si alguna vez Anne-Marie hubiera sido capaz de guardar un secreto—, pero noto que los engranajes ya se han puesto en marcha. Cuando se entere del asesinato, se le congelará la sangre al recordar nuestra conversación. No le sorprenderá. Los hombres infieles son capaces de cualquier cosa.

—¡Ah, casi se me olvida! —añado—. Violet quería que te preguntara si te parecería bien que Harper pasara esta noche con vosotros. No ha dejado de repetir que le gustaría quedarse a dormir con sus nuevos amiguitos algún día. Luego podríamos devolveros el favor y que vuestros hijos duerman con nosotros.

—¡Claro que sí! —dice Anne-Marie—. ¡Cuantos más mejor! Claire y Rooney son diez veces más fáciles de manejar cuando están con Harper.

—¡Genial! —digo yo—. Harper almorzará en casa y luego quizá Violet puede llevárosla.

—Si queréis puede comer con nosotros. Al parecer, hoy el termómetro pasará de los treinta grados, así que estaba planeando

recoger más pronto para evitar el bochorno. Puedo hacer otro sándwich de queso fundido para ella.

—Perfecto —digo con una sonrisa.

Cuando Harper y yo emprendemos el camino de vuelta a nuestra sombrilla, veo que Sloane ya está sentada en una de las tumbonas. Al vernos, alza una mano y nos saluda tímidamente.

—¡Hey! —exclama. A medida que nos acercamos al borde de la toalla no deja de mirarme directamente a los ojos, escrutando mi rostro. ¿Lo sé?

Yo la miro un momento, disfrutando de su nerviosismo, hasta que al fin relajo mi expresión. «¿Si sé qué, Sloane?» Sonrío ampliamente.

—¡Hola! ¿Qué tal la cena de anoche?

Sloane me devuelve la sonrisa, todavía inquieta.

—Muy bien —dice, midiendo con cuidado sus palabras—. Creo que Harper se lo pasó muy bien, ¿no, Harper? —Se vuelve hacia esta, que se muestra de acuerdo asintiendo—. Y la langosta estaba deliciosa. Nunca había comido langosta.

—¿En serio? —pregunto, sorprendida—. ¿A que es buena? Es mi marisquería favorita. ¿Y probaste el pastel de chocolate fundido? —Suspiro melancólicamente—. Es el mejor que he comido nunca.

Sloane asiente.

—Compartimos uno. A Jay le preocupaba que Harper estuviera despierta toda la noche si se tomaba uno sola.

«¡Oh, guau, qué gran padre! ¿Debería aplaudirle?» Es increíble lo poco que se pide a los hombres. Esbozo una tensa sonrisa, pues en realidad no es esa la razón por la que compartieron el pastel. Es curioso lo bien que Sloane cree conocer a Jay, cuando en realidad no sabe más que las mentiras que ambos le hemos contado.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta Sloane, apresurándose a cambiar de tema. Probablemente, le resulta incómodo hablar de la cita que tuvo con mi marido. Una cita que terminó con un beso. Bueno, más de uno.

—Mucho mejor —digo—. Gracias. Me tomé un ibuprofeno de ochocientos miligramos y me tumbó. He dormido como un tronco. Ni siquiera os oí llegar.

Puedo percibir el alivio en la cara de Sloane. Me pregunto si la culpa la mantuvo despierta, preocupada por si había oído lo que hacían en el pasillo desde la cama. Luego vuelve a tensársele el rostro y se muerde el labio inferior con el ceño fruncido.

Ha llegado el momento. Ahora es cuando me pregunta por Jay y nuestro divorcio. Echo un vistazo rápido a Harper, que está cavando un agujero en la arena a unos pocos metros.

Sloane se aclara la garganta.

—Me dijiste que no bebías —dice tímidamente y con mucha precaución, como si caminara de puntillas sobre un suelo que cruje, pisando con cuidado para no hacer ruido.

Yo me la quedo mirando sorprendida. ¿Qué le ha contado Jay? ¿Le ha hablado sobre la noche en la que todo terminó? ¿Le ha explicado lo de la copa de vino hecha añicos? ¿Lo de la policía en la puerta de casa?

Fuerzo una plácida sonrisa. «Mantén la calma.»

—Así es.

Sloane se queda un momento callada y luego, con voz vacilante:

—Pero ayer Jay me dijo... —comienza a decir. No está segura de cómo terminar esa frase sin que parezca una acusación.

—¿Qué te dijo exactamente? —Enarco una ceja y esbozo una expresión irónica. «No te pongas a la defensiva, Violet.»

Sloane se encoje de hombros.

—Solo que a veces bebes. Y me extrañó porque me habías dicho que no lo hacías.

Me paso la lengua por los labios y exhalo por la nariz. Luego parpadeo unas pocas veces para intentar ganar algo de tiempo y pensar la respuesta.

—Bueno, antes bebía —explico—. Por eso ya no lo hago. Dejé de beber hace ya unos meses. Cuando nos trasladamos, me sentía sola y los días se me hacían muy largos. Comenzaba a beber a las cinco. Me tomaba una copa de vino antes de cenar en vez de hacerlo durante la cena. Luego lo adelanté a las cuatro. Y más tarde a las tres y media. Y, antes de que me diera cuenta, estaba sirviéndome una copa al mediodía y no dejaba de beber hasta que metía a Harper en la cama.

Esta parte no es totalmente mentira. Es cierto que bebía más de lo que debería. Cualquiera lo habría hecho si su marido se comportara como el mío.

Exhalo un suspiro.

—En cualquier caso, finalmente me di cuenta de que algo debía cambiar. —No le cuento la razón por la que comencé a beber menos ni por qué oculté la botella de vodka y solo me permitía un vaso o dos de vez en cuando. No es asunto suyo lo que pasó esa noche—. Así que lo dejé —digo, encogiéndome de hombros—. Una noche vacié todas las botellas por el desagüe, como hacen en las películas. —Sonrío—. No le dije nada a Jay porque entonces habría tenido que admitir que había tenido un problema. ¿Y quién quiere admitirlo? Pero no me sorprende que no se haya dado cuenta. —Vuelvo a encogerme de hombros—. Últimamente ha estado algo... preocupado.

Cuando digo eso le sostengo la mirada. «¿Es que estás llamándome mentirosa? ¿Precisamente tú? Eso sí que es gracioso.»

Ella parpadea, se sonroja y luego baja la mirada a la arena que tiene bajo los pies.

Y entonces dice de repente:

—Tengo un poco de hambre. No he comido nada antes de venir a la playa. Voy a ir un momento a casa a buscar algo. ¿Quieres alguna cosa?

Yo sonrío y niego con la cabeza.

—No, gracias.

Observo cómo se aleja. Camina con algo más de rigidez de lo habitual, con los hombros erguidos y la cabeza alta.

Ya no tengo la menor duda. La amistad, o lo que fuera que Sloane y yo teníamos, está disipándose, desapareciendo como el hilo de humo de una vela recién apagada, un tenue rastro gris que se eleva por el aire hasta que ya no queda nada. Ha elegido a Jay. Bien. Es un alivio. Me pone las cosas más fáciles.

Treinta minutos después, veo que Anne-Marie y sus hijos regresan a casa, de modo que comienzo a recoger las cosas y le digo a Harper que también nos retiramos. La adrenalina me recorre las venas y todo el cuerpo me vibra. El día parece más caluroso, nítido y claro de lo normal, y la palidez de las hojas de hierba resalta contra el radiante cielo azul. Es como si estuviéramos en un horno y la temperatura fuera aumentando con cada minuto que pasa.

Cuando llegamos a casa, abro la puerta, pero me detengo antes de entrar y extiendo una mano para impedir que Harper pase.

Desde la entrada se ve perfectamente la cocina. Sloane y Jay están sentados cerca del fregadero. Ella de espaldas a mí y de cara a él, con la cara inclinada hacia la suya. No puedo ver si están besándose, pero están tan cerca que bien podrían estar haciéndolo.

Se encuentran demasiado enfrascados en lo que sea que estén haciendo y no nos han oído.

Entonces dejo que la puerta se cierre de golpe. Sloane y Jay se sobresaltan y ella se vuelve hacia nosotras con expresión culpable, como si la hubieran pillado in fraganti con las manos en la masa.

—¡Hola! —exclama un poco demasiado alto—. ¡No pensaba que fuerais a regresar tan pronto! —Tiene las mejillas en llamas. Como era de esperar, Jay no dice nada.

Espero un momento antes de esbozar una sonrisa tensa. Luego cojo a Harper de la mano.

—Iremos arriba a darnos un agua —digo—. Vamos, Harp.

En el primer piso, Harper y yo hacemos una bolsa. Aunque se supone que solo es para una noche, probablemente serán muchas, muchas más, de modo que meto más camisetas, ropa interior y pantalones cortos de los necesarios.

—Así tendrás distintas opciones —le digo, pasándole una mano por el pelo.

Ella no deja de ir de un lado a otro de la habitación, emocionada ante la perspectiva de dormir por primera vez en casa de unos amiguitos.

—¿Qué tipo de pijama crees que llevará Claire? —le pregunto mientras pongo el que tiene un dibujo estampado de *Frozen* en lo alto de la bolsa.

—A lo mejor tiene uno de Elsa, como yo —dice Harper—. Quizá iremos a juego. O tal vez tiene uno de Anna. O quizá no es de *Frozen*, sino de *Encanto*. ¿Crees que ha visto *Encanto*?

Yo asiento, riéndome. Apostaría lo que fuera a que toda niña de cinco años con sangre caliente en las venas del planeta la ha visto.

Luego, antes de abrir la puerta del dormitorio, me agacho y rodeo su pequeña cintura con mis brazos.

—Cuando vaya a recogerte a casa de Claire juguemos a un juego, ¿te parece?

Harper asiente.

—De acuerdo, ¿qué juego?

—Haremos ver que soy Caitlin. Y cada vez que me llames Caitlin, te daré un M&M's. ¿Hay trato?

Ella vuelve a asentir. La atraigo hacia mí y le doy un fuerte abrazo.

—¡Esa es mi niña! ¡Seguro que se te da genial y terminas con toda una bolsa!

Luego bajamos juntas la escalera de vuelta al salón. Sloane todavía está sentada a la mesa de la cocina. Levanta rápidamente la mirada hacia nosotras cuando nos oye y luego se pone de pie de golpe, casi tumbando la silla.

—Hola —dice. Está nerviosa. Cree que los he visto besarse o, al menos, teme que así sea. En la cara puede percibirse claramente su sentimiento de culpa.

—¿Puedes llevar a Harper a casa de Anne-Marie? —le pido—. Esta noche dormirá ahí, con sus hijos.

—¡Voy a celebrar una fiesta de pijamas! —anuncia Harper. Lleva su mochila a los hombros. Está llena hasta los topes y es casi tan grande como ella.

Sloane parece sorprendida.

—Sí, claro. ¿Va todo bien? —pregunta con cautela.

«Para mí sí. Para ti, Sloane, no tanto.»

—Perfectamente —digo, procurando mantener el tono de voz lo más equilibrado posible. El corazón está comenzando a latirme con fuerza. «Ha llegado el gran momento»—. Entonces ¿puedes llevarla?

Ella asiente.

—¿Ahora?

—Sí. Ya estás lista, ¿verdad, Harp?

Esta asiente felizmente. Yo me inclino para darle un beso, pero ella ya ha salido por la puerta y enfila el camino de entrada. El corazón me da una sacudida. Quiero correr detrás de ella, cogerla en brazos y abrazarla una última vez con fuerza hasta que, entre risas, comience a retorcerse para liberarse. «¡Basta ya, ma-máá!» Pero no lo hago. Pronto, estaremos solo ella y yo, juntas.

—¡Nos vemos pronto! —digo a su espalda. Alzo una mano y me despido.

Sloane se vuelve.

—¡Nos vemos pronto! —repite.

29

Cierro la puerta y subo los escalones de dos en dos hasta el primer piso. Desde la ventana de nuestro dormitorio, veo a Sloane y Harper caminando hacia la casa de Anne-Marie. Es un trayecto de apenas cinco minutos, diez si contamos la vuelta y, claro está, todavía más si entra y se pone a charlar.

En cualquier caso, no dispongo de mucho tiempo.

Cojo mi maleta y la llevo a la habitación de Sloane. Esta tampoco ha deshecho apenas la suya y toda su ropa está desparramada alrededor de una maleta extragrande que ha dejado en un rincón. Vuelvo a meterla toda dentro y la llevo al dormitorio principal.

Después voy al armario de nuestra habitación, cojo la bolsa de lona de Jay y comienzo a sacar sus cosas de los cajones de la cómoda; luego las meto en el interior de la bolsa, procurando que quepan tantas como puedo en el escaso tiempo del que dispongo. No dejo de mirar por la ventana por si Sloane ya está de vuelta.

En el cuarto de baño, cojo el cepillo de dientes y la máquina de afeitar de Jay. Cuando salgo, vuelvo a mirar por la ventana. El corazón me da un vuelco. Sloane está recorriendo el camino de entrada de la casa de Anne-Marie en dirección al sendero que conduce a nuestra casa.

«Allá vamos.»

—¡Jay! —exclamo—. ¡Jay! —Como no me contesta, vuelvo a llamarlo una tercera vez—. ¡Jay!

—¿¡Qué!? —contesta al fin. Está en el despacho que ha improvisado en el cuarto de la lavadora, con lo que su voz se oye débilmente. Yo no contesto.

Luego oigo que una puerta se abre al final del pasillo y, un momento después, aparece en la entrada de la habitación.

—¿Qué qui...? —comienza a preguntar, pero se queda callado de golpe al ver su bolsa a medio hacer, los cajones abiertos y las pilas con su ropa—. ¿Qué estás haciendo? —pregunta, mirándome confundido.

—He cambiado de parecer —digo mientras meto unos pantalones cortos suyos en la bolsa sin molestarme en doblarlos y luego un montón de camisas—. Quiero que te vayas.

—¿Estás de broma? —me pregunta. Su rostro se ensombrece—. Me suplicaste que viniera.

—Bueno, ahora ya no te quiero aquí. —Me detengo un momento y me cruzo de brazos—. Coge tus cosas y vete.

—¿Por qué? ¿Qué cojones he hecho?

—Te he visto con Caitlin —digo.

Jay niega con la cabeza y alza las manos a la defensiva.

—Violet... —comienza a decir, bajando el tono de voz—. Es ella la que se me ha echado encima, yo...

Yo casi me río. Ya he oído esa excusa antes.

La primera vez fue después de la fiesta de Navidad de su empresa, cuando todavía vivíamos en San Francisco. Yo estaba embarazada de un mes o dos. Todavía no se me notaba, pero tenía náuseas continuamente y vomitaba casi todas las mañanas. Aun así, Jay acababa de conseguir el trabajo y quería apoyarlo, de modo que me puse un vestido y lo acompañé al restaurante con una sonrisa en los labios.

A mitad de la velada, me di cuenta de que una mujer no dejaba de mirarlo. Se trataba de una asociada de ventas con la que trabajaba, guapa y con unos rizos de color caramelo. Jay hacía ver que no se daba cuenta, pero no se me escapó que sus ojos le echaban vistazos continuamente mientras se mordía el labio para no sonreírle.

Cuando él se disculpó un momento de la mesa, lo seguí con la mirada hasta la barra, donde ella estaba de pie con una copa de vino. Luego ambos desaparecieron. No mucho rato, cinco minutos como mucho, pero suficiente para una mamada, o quizá para que él le metiera una mano debajo de la falda y otra en uno de sus pechos. Algo rápido. Lo sabía en mis entrañas. Cuando regresó, Jay parecía nervioso y no dejaba de moverse a mi lado mientras colocaba un brazo alrededor de mi cintura.

Cuando me encaré con él al llegar a casa, me dijo que estaba siendo paranoica. Que era cosa del embarazo, de las hormonas.

—He visto cómo te miraba —insistí.

—Mira —dijo él finalmente, alzando las manos—. Tienes razón, ella flirteaba conmigo, pero yo...

«Pero yo.» Siempre «pero yo». Él nunca tenía la culpa, no se le podía reprochar nada. En esa ocasión lo creí. Quise que fuera cierto porque lo quería. Porque estaba hormonal. Porque era estúpida. Pero ya no.

Ahora alzo una mano para tranquilizarlo.

—No me importa una mierda. De hecho, me alegro por vosotros dos. Es exactamente lo que esperaba.

Jay me lanza una mirada asesina. Sus ojos relucen de odio.

—Estás como una puta cabra, ¿lo sabías? —dice.

Yo me lo quedo mirando. Es tan guapo. Tiempo atrás adoraba su rostro. Ahora lo odio.

—Puede —digo. Probablemente tiene razón, pero ¿acaso no lo están todas las madres cuando se trata de sus hijos? No hay nada que no seamos capaces de hacer—. Y ahora lárgate de una vez. —Cierro la cremallera de su bolsa y se la tiro.

Por un momento, no se mueve. Finalmente, la coge de mala gana.

—Eres una zorra. —Me echa un largo vistazo de arriba abajo con una mueca de desdén—. ¿Quién podría culparme? —añade.

Ahí está su otra excusa favorita. Si mi aspecto fuera otro —si fuera mejor— o yo aguantara más cosas, él no se habría visto obligado a hacer lo que ha hecho. Es patético.

—Largo.

—¿Dónde está Harper? —pregunta con la mandíbula crispada.

—Esta noche se quedará a dormir con sus amiguitos de la casa de al lado. Si le estropeas el plan, no te lo perdonará. Tú vuelve a la ciudad. El domingo la llevaré a casa.

—Nos veremos en los tribunales —dice y, al salir, cierra la puerta de un portazo tan fuerte que repiquetea en el marco.

«Te equivocas», pienso.

Oigo sus pesados pasos al bajar la escalera y luego la puerta de entrada y la mosquitera cerrándose. A continuación, arranca el coche y, con un fuerte chirrido de ruedas, se larga pitando.

Todo vuelve a quedar en silencio. Se ha marchado. Solo puede oírse el ruido de mi respiración y el tictac del reloj de la pared con su ritmo constante como el de un metrónomo. Vuelvo al cuarto de baño y tecleo el código de la caja fuerte por última vez.

Cojo dos cosas, la pistola y los papeles del divorcio que mi abogado preparó antes de marcharnos de viaje.

Como mi abuela creó mi fondo fiduciario antes de que Jay y yo nos casáramos, no se considera una propiedad conyugal; si nos

divorciamos, Jay no tiene derecho alguno sobre él. Probablemente, me veré obligada a pasarle una pensión por los ingresos que recibo, pero el fondo mismo seguirá estando a mi nombre. El dinero solo pasaría a ser suyo si me sucediera algo a mí; él es el beneficiario principal de nuestro seguro de vida (siempre y cuando estemos casados en el momento de mi muerte). Si nos divorciamos, en cambio, todo irá a parar a Harper. A Jay le interesa que sigamos juntos. A todo el mundo le quedará claro que estos papeles son el motivo de su monumental enojo.

Imagino la sorpresa de Jay al descubrir su existencia; puede que sea un reflejo de la mía cuando me di cuenta de que nuestro matrimonio, al igual que el de mi madre y mi padre, había sido una farsa desde el principio.

Cuando nos mudamos a Nueva York, todavía estaba desconsolada por la ruptura con mis padres. Había sido yo quien había puesto fin a la relación con ellos, sí, pero aun así dolía. No podía evitar sentir un profundo y palpitante vacío en lo más profundo de mi ser. Me sentía huérfana.

Me dije a mí misma que no importaba porque tenía a Jay. Él se había enamorado de mí antes de enterarse de que tenía dinero. Yo le interesaba sencillamente por cómo era. Y cuando al fin se lo revelé después de que me propusiera matrimonio a los tres años de haber comenzado a salir, me besó y me dijo que eso no cambiaba nada, que él quería hacerse a sí mismo y ganar su propio dinero. Quizá necesitase una pequeña inversión inicial, pero con eso ya estaría encarrilado.

Sonaba tan sincero que lo creí. Y seguí haciéndolo mientras él saltaba de un trabajo a otro, dejándolos siempre al cabo de unos pocos meses, pasando de un nuevo proyecto al siguiente. Yo no tenía ningún inconveniente en respaldarlo económicamente ni

tampoco en financiar sus empresas emergentes y firmar cheques con un montón de ceros; pensaba que era brillante.

Pero entonces descubrí que siempre había estado al tanto de lo del dinero. Una noche, poco después de habernos mudado a la casa de Brooklyn, Jay estaba al teléfono con su hermana después de haber tomado unos cuantos whiskies. El padre de ambos había sido ingresado en el hospital y no estaban seguros de si sobreviviría. Yo me encontraba en el primer piso con Harper y él en el salón, pero hablaba lo bastante alto como para que pudiera oír su parte de la conversación. Su hermana debió de decir algo sobre la herencia del padre porque Jay soltó una risotada.

—No estés tan segura —dijo él—. Cuando la abuela de Violet murió, la madre solo recibió una casucha de vacaciones. Y eso después de impugnar el testamento.

Yo me quedé petrificada. «¿Qué?» ¿Cómo sabía él que mis padres habían impugnado el testamento? Yo no tenía ni idea, ¿cómo podía él estar al tanto?

Más tarde, admitió tímidamente que, en el funeral de mi abuela, había oído a mis padres discutiendo en un tono bajo pero airado acerca de la división de sus bienes.

—¿Todo? —había dicho mi padre—. ¿A Violet? —Y luego—: La casa no vale ni una décima parte de eso. —Y también—: Sí, lo impugnaremos ante un juez, ya veremos si ratifica la validez del testamento. —Lo hizo, claro está.

Yo me senté en nuestra cama con las piernas trémulas. Jay había estado enterado del dinero que yo tenía desde el principio. Él se arrodilló y, mirándome a los ojos, me juró que para él no suponía diferencia alguna. Pero a mí sí que me importaba. ¿Cómo no iba a importarme? ¿Cómo podía yo no cuestionarlo todo?

Se suponía que Nueva York iba a ser un nuevo comienzo para ambos. Y la gran oportunidad de Jay. Yo quería desesperadamente que así fuera. Por nosotros, por él. Y ya estábamos aquí, había vuelto a perder a mi familia, así que decidí concederle el beneficio de la duda. Sería su oportunidad para, al fin, demostrar su valía.

—Esta vez saldrá bien —me prometió—. Ya lo verás. —Yo asentí mientras él todavía permanecía de rodillas ante mí.

—Está bien, te creo —dije por millonésima vez acerca de la millonésima cosa que me prometía.

Esto no le sorprenderá a nadie: la oportunidad de negocio en Nueva York no fue tan prometedora como se esperaba. Rápidamente, quedó claro que lo de «empresa emergente de juego en línea» no era más que un eufemismo para una chapucera página web de apuestas; Jay se había unido a un grupo de inversores de nivel medio que pensaban que podían sacar provecho del reciente frenesí por todo aquello relacionado con internet, pero ninguno de ellos tenía el menor conocimiento sobre el tema. Las horas que Jay permanecía encerrado en su oficina se las pasaba en salas virtuales de póquer (para estudiar el mercado, decía él). La verdad: como siempre, en realidad estaba entregándose al impulso que tuviera en ese momento. Hoy, el juego; ayer, una raya de coca en el cuarto de baño y sexo con una desconocida en una fiesta. Jay solo pensaba en sí mismo y hacía aquello que le hiciera sentir bien o le resultara estimulante. Después de tres meses en Nueva York, acudió a mí para que le firmara otro cheque; nada había cambiado.

Al igual que mis padres, nunca sería capaz de separar el amor que sentía por mí del que sentía por mi dinero. Caer en la cuenta de algo así resultó, cuando menos, devastador. Cuando todo esto termine, espero que él se quede igual de hecho polvo y con el corazón hecho añicos.

Dejo los papeles del divorcio sobre la cómoda y regreso con la pistola al cuarto de baño. A continuación, espero.

Pasan un minuto o dos, luego la puerta de entrada se abre y se cierra de nuevo. Contengo el aliento.

—¿Violet? —oigo que dice Sloane.

Amartillo la pistola y exhalo el aire de los pulmones.

Oigo sus pasos subiendo la escalera y luego recorriendo el pasillo. Me aclaro la garganta.

—¡Estoy aquí! —digo. Mi voz resuena en las paredes de baldosas del cuarto de baño. Suena aflautada y débil. Las yugulares me palpitan con fuerza en el cuello.

Oigo que abre la puerta del dormitorio y, poco después, veo que se mueve el tirador de la del cuarto de baño. Estoy de cara al espejo del tocador y de espaldas a ella, con la cabeza gacha.

—¿Violet? —vuelve a decir Sloane, ahora en un tono casi susurrante—. ¿Estás bien?

Abro los ojos y levanto la mirada. Veo el reflejo del rostro de Sloane en el espejo. Un rostro que ahora se parece mucho al mío. Nuestras miradas se encuentran. Por un momento, ninguna de las dos se mueve y ambas nos quedamos mirando nuestros reflejos. Yo respiro hondo y me vuelvo hacia ella.

—No, no lo estoy —digo—. Bien, quiero decir. —El corazón me martillea en el pecho—. Hace mucho que no lo estoy.

Sloane frunce el ceño, preocupada, y suaviza su expresión.

—Siento oír eso —dice afectuosamente—. ¿Hay algo que pueda...?

Se calla de golpe al bajar la mirada a mi mano derecha y ver la pistola que sostengo a un costado. La mandíbula se le descuelga y su rostro empalidece.

Cuando vuelve a levantar la mirada, tiene los ojos abiertos como platos y con las pupilas tan dilatadas y negras como dos tinteros. Me la quedo mirando fijamente. Es como mirarse en un espejo deformante de una feria de atracciones. Veo una versión distorsionada y casi fiel de mí misma.

Veo que traga saliva.

—¿Es por Jay? —pregunta con un hilo de voz vacilante.

Yo asiento.

Sloane cierra los ojos con un parpadeo.

—Lo siento —dice—. Es algo que pasó sin más. ¡No pretendía hacerte daño!

No puedo evitar soltar una risotada.

—¿Crees que esto es porque estoy celosa? —Niego con la cabeza —. No, no estoy celosa. Esa no es la razón.

Ella exhala un suspiro y luego, en un tono más suave, dice:

—Jay me lo ha contado todo, Violet. Me ha explicado que iba a dejarte y que no lo estabas llevando bien...

—Está mintiendo —la interrumpo de golpe—. Crees que lo conoces, pero no es así. Es un mentiroso. Como tú, Sloane.

Cuando digo su nombre, su verdadero nombre, su expresión cambia. Traga saliva ruidosamente y abre la boca para decir algo, pero no logra pronunciar palabra.

Yo esbozo una pequeña sonrisa apesadumbrada.

—Todos hemos estado mintiéndonos, ¿no es así?

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunta finalmente en un tono de voz tirante.

—Desde el principio.

Ella aprieta los labios con fuerza y los ojos se le llenan de lágrimas. Parece un cachorrito herido. Yo siento náuseas. Trago la

saliva amarga que se me ha acumulado en el fondo de la garganta. «Piensa en Harper —me digo a mí misma—. Esto lo haces por ella.»

—Pero entonces... —dice con voz trémula—, ¿por qué quieres matarme si no estás celosa?

—No voy a matarte a ti —digo—. Mírate al espejo, Violet. Voy a matarme a mí.

Sloane se me queda mirando fijamente con expresión confundida, sin comprender bien lo que estoy diciéndole. Luego, cuando al fin cae en la cuenta, abre los ojos de par en par. En un gesto lento, se lleva una mano a la boca, cubriéndosela horrorizada.

—Bueno, técnicamente es Jay quien va a matarte —sigo diciendo —. O, al menos, eso es lo que le explicaré a la policía.

Noto una intensa punzada en las entrañas. Lo cierto es que desearía no tener que matarla. Desearía haber podido apuntar la pistola al pecho de Jay y abrirle un agujero en el lugar donde debería haber estado su corazón. Consideré la posibilidad. La consideré y luego volví a considerarla. Deseaba matarlo con todas y cada una de las fibras de mi cuerpo, pero habría sido demasiado arriesgado. Y si me pillaban —pues sería la sospechosa principal, probablemente la única sospechosa—, lo perdería todo. Todo lo que Jay ya amenazaba con llevarse.

Entonces conocí a Allison y esta me habló de Sloane. Eso me dio una idea. ¿Y si, en vez de matar a Jay, este me mataba a mí? ¿Y si la gente pensaba que yo había sido asesinada y que era él quien lo había hecho? Nadie podría cuestionar que yo me quedara con Harper; al fin y al cabo, legalmente esta estaría en los cariñosos brazos de su niñera de confianza. Y Jay iría a la cárcel, que es donde debía estar.

Para que funcionara, sin embargo, necesitaba un cadáver. Necesitaba a Sloane. Si conseguía que tuviera mi aspecto y se

vistiera y actuara como yo, cuando la policía llegara a la escena del crimen y yo les dijera que el cadáver era Violet, no habría ninguna razón para que lo pusieran en duda. Violet Lockhart estaría muerta, y Jay Lockhart sería el único que podría haberlo hecho. Al menos es a quien yo echaría las culpas.

Sería mi fotografía la que aparecía en el carné de conducir de Sloane. Y luego estarían todas esas fotografías que había tomado de Harper y Sloane juntas, fotografías que enseñaría a los policías. Si estos se las llevaban a Anne-Marie, ella señalaría a Sloane y diría: «Sí, esta es Violet Lockhart». Suena simple, y lo es. Porque el culpable es siempre el marido, incluso cuando no lo es. No habría nada que desmentir. La policía tendría un cadáver y un motivo. Los agentes encontrarían los papeles del divorcio que yo había dejado sobre la cómoda y luego averiguarían que, en caso de divorcio, el seguro de vida quedaba invalidado. Caso abierto y cerrado.

Jay iría a la cárcel y yo me quedaría con Harper, pues, gracias al testamento actualizado, Sloane Caraway había pasado a ser la tutora legal. Desde el teléfono de esta, le enviaría un mensaje de texto a su madre para contarle lo que le había pasado a Violet Lockhart, y le explicaría que iba a llevar a Harper de vuelta a la Costa Oeste. Quizá la llamaría por FaceTime unas pocas veces —la vista y el oído de su madre habían comenzado a empeorar—, las suficientes para que pensara que Sloane estaba bien. Y, aunque llegara a sospechar algo, era improbable que supusiera ninguna amenaza. Sloane me había contado que vivía recluida en casa, no había mucho que pudiera hacer desde un sillón. Para entonces Harper y yo ya estaríamos de vuelta en California, o quizá en la región del Pacífico Noroeste, en algún pueblecito de Oregón.

—Por favor —dice Sloane en un tono sollozante y con la voz ahogada por la mano con la que está tapándose la boca. Está

asustada. Muy asustada—. Por favor, no lo hagas.

—Lo siento —digo yo. Y es cierto. No quiero, pero tengo que hacerlo. El dolor que siento en las entrañas es cada vez más intenso —. No tengo otra alternativa.

Coloco el índice sobre el gatillo y alzo la pistola.

Sloane comienza a retroceder con las piernas trémulas y los brazos extendidos como si así quisiera protegerse. Hay pánico en su mirada.

Yo me siento como si estuviera flotando sobre mí misma. Noto cómo la sangre se me acumula en las orejas. Puedo ver su boca moviéndose, pero no oigo nada salvo un ruido estático.

Sloane se da la vuelta para salir corriendo. «Ahora. Ahora, Violet, ahora. Por Harper.»

Cierro los ojos y aprieto el gatillo. El disparo es ensordecedor, nítido como el chasquido de un látigo, pero más fuerte. Un doloroso pitido resuena en mis oídos.

Cuando abro los ojos, el cuerpo de Sloane yace en el suelo.

Se oye el repiqueteo metálico de la pistola sobre las baldosas. Yo caigo de rodillas.

Jay

30

—¿Que ha dicho qué? —pregunto. Enarco una ceja, sorprendido. A lo lejos, puede oírse el leve gemido de unas sirenas.

Anne-Marie sonríe con cierto descaro y luego se encoge de hombros al tiempo que se aparta de los ojos un mechón de su rubio pelo.

—Me ha dicho que le has tirado los tejos.

—¿Que yo le he tirado los tejos a ella? ¿Caitlin te ha dicho eso? ¿Cuándo? —Procuro no sonar tan irritado como me siento. ¿Por qué razón iba Caitlin a hablarle a Anne-Marie de nosotros?

—No culpes a la mensajera —dice Anne-Marie, cruzando la cocina para coger otra cerveza de la nevera—. Pero no te preocupes, tampoco le he dado mucha credibilidad. Desde que Ben Affleck se largó con la suya, todas las niñeras se piensan que el padre está interesado en ellas. Es algo que a estas alturas ya cabe esperar.

Ella me guiña un ojo y, tras quitarme de las manos la botella vacía, me da la nueva, llena y fría. Yo le doy un largo trago, y luego otro. La cerveza me ha relajado. Cuando he llegado hace cuarenta y cinco minutos, justo después de la pelea con Violet, podría haber atravesado la pared de un puñetazo. Por suerte, me he encontrado con Anne-Marie. Estaba en el porche de su casa cuando he pasado por delante con el coche y me ha hecho una seña con la mano para que me detuviera.

—Los niños están arriba —me ha dicho, y a continuación me ha indicado que la siguiera al interior de la casa—. Embobados ante la

pantalla de la tele. —Ahora puedo oírla, la tienen con el volumen a tope.

Y, a pesar incluso del atronador volumen de la tele, ahora las sirenas se oyen más alto. Están acercándose. Caigo en la cuenta de que es la primera vez que oigo sirenas desde que dejamos la ciudad. En Nueva York, son una constante del ruido de fondo, un gemido incesante que viene y va a lo largo del día, algunas veces se oye más que otras, pero siempre presente. Aquí, en cambio, donde el único ruido es el fragor de las olas, su sonido está fuera de lugar y resulta irritante.

Ladeo la cabeza hacia la calle.

—¿Crees que Caitlin ha llamado a la policía? —bromeo.

A Anne-Marie le hace gracia mi comentario y, mirándome, abre la boca para decir algo, pero no llega a hacerlo porque, de repente, las sirenas están justo enfrente de casa. Al volvernos, vemos que hay dos coches de policía aparcados justo delante con las luces giratorias y las estridentes sirenas encendidas. Las puertas de ambos vehículos se abren.

—Iré a mirar cómo están los niños —le digo a Anne-Marie. Dejo la cerveza en la encimera—. A lo mejor alguno de ellos ha cogido el teléfono y los ha llamado.

Pero, antes de que pueda moverme, llaman a la puerta golpeando fuertemente con el puño. Nos miramos con el ceño fruncido.

Y, de repente, la abren de golpe. Ambos retrocedemos, apartándonos de la puerta hasta que nos quedamos con la espalda pegada en la pared del salón. En la entrada hay tres agentes de policía con sus pistolas en las manos.

—¡¿Jay Lockhart?! —exclama uno de los agentes.

Instintivamente, alzo las manos encima de la cabeza.

—Sí, soy yo. ¿Qué...?

—Señor, queda usted detenido por el intento de asesinato de Violet Lockhart. —Se acerca a mí con unas esposas y me da la vuelta a empujones. Noto el metal alrededor de las muñecas, frío y duro.

«¿Intento de asesinato? Pero ¿qué cojones?» Me quedo completamente petrificado y la cabeza me da vueltas. Miro fijamente al agente, conmocionado.

El agente prosigue:

—Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en un tribunal.

—Ha habido una equivocación —consigo decir finalmente, intentando girarme para mirarlo a la cara, pero él me da la vuelta con brusquedad y me empuja hacia la puerta de entrada—. ¡Por favor! —exclamo, cada vez más asustado.

Me vuelvo hacia Anne-Marie. Me mira con el rostro pálido y la boca abierta, abrazándose a sí misma.

—¡Es una equivocación! —vuelvo a decir—. ¡Anne-Marie, llama a un abogado! ¡Tienes que ayudarme! —Pero ella permanece inmóvil, con los ojos abiertos como platos y sin parpadear.

Una vez fuera, me meten a empujones en el asiento trasero de uno de los coches patrulla. Al entrar, me golpeo la cabeza con el marco de la puerta.

De camino a la comisaría, nadie me dice nada. Yo me siento embargado por una paralizante sensación que me impide respirar o pensar con normalidad. ¿Intento de asesinato? ¿De Violet? No, tiene que haber habido alguna equivocación.

Ya en la comisaría, me encierran en una celda sucia, gris y húmeda. No hay ventanas ni aire acondicionado. La camisa se me pega a la espalda, sudorosa y pegajosa. Me siento en el duro banco y acto seguido me vuelvo a poner de pie. Luego me vuelvo a sentar.

No debería estar aquí. No sé qué cojones está pasando, pero sé que no debería estar aquí.

En dos ocasiones me levanto y pido agua a gritos, desesperado por que alguien me hable, por que alguien me mire, pero no viene nadie. Finalmente, después de lo que parecen horas, un guardia abre la puerta y pronuncia mi nombre.

Me conduce por un pasillo de cemento hasta una sala de interrogatorio. Al igual que la celda, es un espacio sórdido y sofocante. En medio, hay una mesa de aluminio y dos sillas, una a cada lado. La silla es incómoda, demasiado pequeña.

El guardia se marcha. Vuelvo a estar solo, pero esta vez no por mucho rato. Al poco se oye un fuerte zumbido y el clic de la puerta al abrirse.

Entra un hombre. Va vestido con unos pantalones de traje y una camisa con las mangas subidas y el cuello abierto, que deja a la vista una deslucida camiseta blanca. Separa de la mesa la silla que hay al otro lado de la mesa y se sienta en ella. Es un tipo delgado y de rasgos afilados que debe de tener unos cuarenta y muchos o cincuenta y pocos años, creo.

—Soy el detective Edgerton —dice. Es brusco, pero no maleducado—. La conversación se está grabando, ¿de acuerdo? —Se vuelve para señalar una pequeña cámara que hay a su espalda, en el rincón superior izquierdo de la estancia. Luego se gira otra vez hacia mí—. ¿Quiere contarme qué ha pasado?

Niego con la cabeza.

—¡No ha pasado nada! ¡Esto tiene que ser un malentendido! —Estoy al borde de la histeria—. ¡Ha detenido a la persona equivocada! ¡Yo nunca le he hecho daño a Violet! ¡Yo...! ¡Nunca le...!

—Jay. —El detective alza una mano—. Retrocedamos un poco. ¿Cuándo fue la última vez que habló con su esposa?

Yo exhalo temblorosamente.

—Esta tarde.

—¿Y qué ha pasado durante esa conversación?

—Hemos... —Trago saliva. Sé cómo va a sonar esto—. Nos hemos peleado. Me ha pedido que me marchara.

—¿A qué se ha debido la pelea? —me pregunta.

—Ella... —Vuelvo a quedarme callado y me froto una sien. Tengo la frente cubierta de sudor. «Joder»—. Ella creía haberme visto con la niñera. —Siento un martilleo en la cabeza. El dolor me envuelve el cráneo de la parte posterior a la frente—. ¿No podrían darme un vaso de agua o alguna otra bebida?

El detective me ignora.

—¿Con la niñera? —El policía mantiene el rostro imperturbable y ni siquiera pestañea.

Yo cambio de posición en la silla.

—Mire, mi esposa y yo teníamos problemas. Habíamos hablado de separarnos. —Sé que esto no contesta su pregunta, pero quiero que sepa que esto no es lo que parece.

—¿Quién sugirió la separación?

Yo me encojo de hombros.

—No lo sé. Ambos estábamos de acuerdo en que nuestra relación ya no funcionaba. —Esto tampoco es exactamente cierto, pero la verdad no me ayudará.

—Pero, inicialmente, ¿fue la señora Lockhart quien quería poner fin a la relación?

No estoy seguro de adónde quiere ir a parar. O quién le ha dicho eso.

—Estaba enfadada y sí, puede que ella fuera la primera en decirlo, pero estábamos haciendo un esfuerzo por arreglar las cosas.

Él me interrumpe.

—De modo que ella quería separarse y usted no. ¿Es esa la razón por la que le ha disparado?

Me lo quedo mirando con incredulidad.

—¿Qué? ¿Disparado? ¡No! ¡Yo no le he disparado! ¿Ella le ha dicho que lo he hecho? ¡Está mintiendo! ¡Por el amor de Dios!

Dejo caer la cabeza en las manos. Sé que Violet lleva tiempo enfadada conmigo, claro que lo sé. Las cosas no han ido muy bien entre nosotros últimamente. Y es cierto que no siempre he sido el mejor marido, pero no resulta fácil ser siempre quien ella quiere que sea. Me he sentido solo y, sí, lo admito, he sido débil. Este último año en Nueva York ha sido especialmente duro. Ambos hemos hecho y dicho cosas para hacernos daño. Pero ¿esto? ¿Decir que le he disparado? ¡Por el amor de Dios, Violet!

—¿Puedo hablar con ella? —Alzo la cabeza. Estoy agotado. Todas y cada una de las partes de mi cuerpo pesan una tonelada—. Si me dejaran hablar con ella tan solo cinco minutos, estoy seguro de que podría aclarar todo esto. Por favor. Una llamada rápida. —Ahora mi tono es suplicante—. ¡Ella les dirá que todo esto es una equivocación!

El detective Edgerton exhala un suspiro y luego se reclina en la silla. Él también parece cansado.

—Me temo que eso no es posible.

—¡Todavía no me han permitido hacer la llamada telefónica! —digo, cayendo en la cuenta—. ¿No tengo derecho a realizar una llamada? ¡Déjenme hablar con ella!

El detective se aclara la garganta. Hace una larga y pesada pausa antes de volver a hablar.

—Lamentablemente, la señora Lockhart ha muerto hace dos horas, cuando iba de camino al hospital.

Me lo quedo mirando con perplejidad. ¿Qué? No. No puede haber...

—Lo cual significa que se enfrenta usted a una acusación de asesinato en primer grado. —Vuelve a aclararse la garganta—. ¿Está dispuesto ya a contarme lo que ha pasado realmente la última vez que ha visto a la señora Lockhart? Si me cuenta la verdad, podré ayudarle.

La estancia parece expandirse y luego empequeñecerse y la vista se me oscurece. De repente, me siento como si estuviera debajo del agua y todo estuviera distorsionado. Estoy sumergido, tengo la vista empañada y apenas puedo oír nada.

—¿Señor Lockhart? —La voz del detective Edgerton resuena en la sala—. ¡Que alguien traiga un vaso de agua! —exclama—. ¿Está bien, señor Lockhart?

—Necesito un abogado —me oigo decir entonces a mí mismo.

Nadie viene a verme hasta la tarde siguiente. Tengo el cuerpo agarrotado y dolorido, y sigo sintiendo el martilleo en la cabeza. Los ojos me arden por la falta de sueño. Después del interrogatorio con el detective, me ficharon (me tomaron las huellas dactilares, me fotografiaron y me cambiaron la ropa por unos pantalones de chándal extragrandes y una camiseta manchada) y me condujeron a una celda con una fina esterilla en un rincón y un retrete metálico en el otro. Esta celda minúscula es sofocante y apesta a pis.

Agotado, me tiendo en la esterilla. Apenas consigo dormitar de forma intermitente. Cada vez que entro en un sueño profundo, vuelvo a despertarme con un sobresalto y me llevo una mano al pecho al recordarlo todo. «Violet está muerta. Muerta. Muerta. Muerta.»

Esta mañana un guardia ha golpeado en la puerta para avisarme de que me traía el desayuno. Cuatro horas después, lo mismo con el almuerzo. Ambas comidas me las han servido en bandejas de plástico y eran incomibles.

Finalmente, el guardia abre la cerradura y la puerta de la celda.

—Tu abogado está aquí —dice con apatía—. Levántate.

Antes de marcharse de la sala de interrogatorio ayer por la tarde, y después de que yo recobrara la compostura, el detective Edgerton deslizó por la mesa metálica una lista de nombres.

—Abogados de la isla —dijo—. Por si no tiene uno.

Yo señalé el primer nombre que vi. Javier Delgado. Podría haber llamado a Kathleen, la abogada matrimonialista con la que me había reunido unas pocas veces, pero ¿de qué iba a servirme ahora una abogada matrimonialista? Y, además, quería a alguien local, de la isla. Alguien que pudiera sacarme de aquí cuanto antes.

El guardia me conduce a la misma sala de interrogatorio en la que estuve ayer. Javier está sentado en la misma silla en la que se sentó el detective, con una carpeta abierta delante de él sobre la mesa. Cuando entramos se pone de pie, me sonríe educadamente y se acerca a mí para estrecharme la mano.

Javier va ataviado con un buen traje gris, corbata cara y mocasines de piel. Debe de tener treinta y largos o cuarenta y pocos años, el pelo ya entrecano, y lleva unas gafas de montura metálica sobre un rostro bien afeitado.

Soy consciente de cuál es mi aspecto en comparación con él, cubierto como estoy de suciedad y sudor, con los ojos inyectados en sangre y unas marcadas ojeras. Además, desprendo un penetrante olor acre a sudor y orina: el hedor de la celda obstruyéndome los poros. Necesito una ducha. Necesito largarme de una puta vez de esta isla e irme a casa.

—Señor Lockhart... —comienza a decir Javier con un semblante cordial, pero también algo inexpresivo.

—Yo no lo he hecho —lo interrumpo. Tiene que saberlo. Es lo único que tiene que saber—. ¡Nos peleamos, pero cuando me fui Violet estaba bien! ¡Yo no he tenido nada que ver con todo esto!

Él me sonríe amablemente, asintiendo. Me cree. Me dejo caer de nuevo en la silla. Por primera vez desde que he llegado aquí, me siento aliviado. Va a ayudarme.

—Esta mañana, antes de venir aquí, he hablado con la fiscal —dice Javier—. Nos han ofrecido un acuerdo. —Me mira como si eso fueran buenas noticias. Como no reacciono, él prosigue—: Si se declara usted culpable, reducirán la sentencia a homicidio en primer grado. Quince años en prisión.

Me lo quedo mirando inexpresivamente. «¿Qué?»

—Pero acabo de decírselo, yo no lo he hecho —digo, negando con la cabeza—. ¿Por qué iba a declararme culpable?

Javier exhala un suspiro. Se quita las gafas de montura metálica y se pasa una mano por la cara de la frente a la barbilla, como si ya estuviera aburrido de este caso.

—Señor Lockhart, voy a serle sincero. Esto no pinta nada bien para usted. Si vamos a juicio, hay muchas probabilidades de que le sentencien a cadena perpetua.

—Pero yo no lo he hecho —repito como un idiota.

—Puede que sea así, pero eso no es algo tan fácil de demostrar.

Dejo caer el puño con fuerza sobre la mesa.

—¿No es ese su puto trabajo?

La plácida expresión de su rostro se mantiene imperturbable. Baja la mirada a la carpeta que tiene delante.

—Antes de morir, su esposa le dijo a la policía que usted le había disparado. Y la señorita Caraway lo ha corroborado. La acusación

cuenta con dos testigos, pues. Luego está lo del seguro de vida.

No sé quién cojones es la señorita Caraway, pero la mención del seguro de vida me confunde demasiado como para que me importe una mierda.

—¿De qué está hablando? —pregunto, inclinándome hacia delante con las manos en la mesa.

—Del seguro que lo nombra a usted como único beneficiario del fondo fiduciario de Violet. A no ser, claro está, que se divorciaran.

Javier desliza por la mesa una pila de papeles.

—¿Qué es esto? —pregunto mientras los hojeo.

—Son los papeles del divorcio que invalidan el seguro de vida. La señora Lockhart hizo que los redactaran justo antes de que se marcharan de Nueva York. La fiscalía argumentará que usted entró en cólera cuando ella se los mostró y que intentó disuadirla, pero como no lo consiguió la cosa se le fue de las manos.

Yo niego con la cabeza.

—¡No, eso no es lo que pasó! ¡Esta es la primera vez en mi vida que veo estos papeles! Pero —bajo la mirada a las páginas intentando encontrarles algún sentido—, incluso si eso fuera cierto, ¡yo nunca habría disparado a Violet! ¡Nunca le haría daño!

—Pero existen antecedentes de altercados físicos entre ustedes dos, ¿no es así? El año pasado la policía acudió a su casa a causa de una disputa doméstica, ¿cierto?

—¡Porque ella me arrojó una copa de vino! —Me paso las manos por la cabeza, tirándome del pelo. Tengo la sensación de que estoy perdiendo el juicio—. Los vecinos nos oyeron discutiendo y llamaron a la policía. ¡Yo no la toqué!

—Escuche, yo no estoy diciendo que lo hiciera. Pero podría ser considerado como un patrón de conducta. Al menos, así es como la fiscalía lo presentará. Y el hecho de que la policía lo encontrara a

usted en la casa de al lado y estuviera planeando llevarse a su hija sin el consentimiento de la madre...

La mandíbula se me descuelga.

—¿Llevármela? ¡No estaba ahí para recoger a Harper! Yo... —Me quedo callado de golpe. Explicar la verdadera razón por la que me encontraba ahí no me hará ningún bien.

Javier se encoge de hombros.

—Las pruebas en su contra resultan francamente convincentes, señor Lockhart.

Me lo quedo mirando con incredulidad. A este tipo no le importa si lo he hecho o no. Ni lo más mínimo.

—Piénselo bien —dice Javier—. Quince años si aceptamos el acuerdo. Probablemente solo cumplirá doce por buen comportamiento. Podría llegar a ver cómo su hija se gradúa en el instituto. Si esto va a juicio, en cambio, es posible que ni siquiera pueda acompañarla al altar. —El abogado recoge entonces los papeles desperdigados por la mesa y los guarda de nuevo en la carpeta—. Consúltelo con la almohada. Volveré dentro de unos días.

Javier se levanta y se dirige hacia la puerta.

—¡Un momento! —La idea de que se vaya y yo vuelva a quedarme solo en esa celda me hace entrar en pánico—. ¡No se vaya!

Él se detiene y enarca una ceja.

—¿Sí?

—¿Cuándo podré salir de aquí? —pregunto. Quiero correr hacia él, agarrarlo por las solapas de la americana y suplicarle que me lleve con él.

Él me mira en silencio antes de contestarme:

—Lo siento, señor Lockhart —dice, negando con la cabeza—. No hay fianza. No en casos de pena capital.

31

Pasan dos días antes de que Javier vuelva. Dos noches más insomne en la húmeda y oscura celda. Tengo la sensación de que estoy perdiendo el juicio. No consigo entender cómo o por qué estoy aquí.

Las horas transcurren con lentitud. Para entretenerme, repaso la pelea que tuve con Violet una y otra vez mientras el sudor me cae por la frente y se me acumula en las axilas. La celda es húmeda y sofocante.

Cuando entré en el dormitorio, estaba haciendo la maleta. Apresuradamente, a juzgar por el aspecto que tenía todo: prendas desperdigadas, cajones de la cómoda abiertos. No parecía enfadada o, al menos, no al principio. Iba de un lado a otro, metiendo cosas en una bolsa. Tardé un momento en darme cuenta de que se trataba de mis cosas y de mi bolsa.

Entonces me vio en la puerta y un leve tic contrajo las comisuras de sus labios.

«Quiero que te vayas —me dijo—. Te he visto con Caitlin.» Su voz sonaba tan carente de emoción que podría haber estado diciéndome que nos habíamos quedado sin leche.

Era muy distinto de la última vez, aquella noche en la que me tiró la copa de vino. Esa noche tenía la mirada desquiciada y una mueca furibunda le deformaba el rostro. No, esta vez era casi como si estuviera disfrutándolo.

¿Qué mas dijo? Ah, sí: «Es exactamente lo que esperaba». Y, a continuación, las comisuras de sus labios amagaron una fugaz

sonrisa que, al desaparecer, creí haber imaginado.

«Es exactamente lo que esperaba.»

¿Por qué? ¿Por qué?

No lo sé. Lo único que tengo claro es que, cuando me marché de la casa, Violet estaba viva. ¿Qué había sucedido luego? ¿Cómo había terminado muerta? Esa pregunta no deja de retumbarme en el interior del cráneo como si de un tambor se tratara.

Finalmente, cuando ya estoy a punto de perder la cordura, un guardia abre la puerta de la celda y me lleva de vuelta a la sala de interrogatorio. Javier está esperándome dentro con los brazos cruzados sobre la mesa.

Yo me siento en la silla de enfrente y él me sonríe expectante.

—¿Ha tomado una de...? —comienza a decir.

—Necesito que me cuente lo que pasó —lo interrumpo—. Después de que yo me marchara. ¡Le juro que, cuando me fui de allí, Violet estaba viva! ¿Entró alguien más a la casa? ¿Es ahí donde le dispararon?

Javier me mira como si estuviera intentando determinar si contestarme, como si pensara que tal vez estoy intentando tomarle el pelo. Finalmente dice:

—Su niñera dijo que los oyó discutir y que, unos minutos después, hubo un disparo. Cuando creyó que ya era seguro salir de su habitación, se dirigió al dormitorio principal y encontró a la señora Lockhart sangrando en el suelo. Al llegar la policía, la señora Lockhart confirmó que usted le había disparado.

Niego con la cabeza.

—¿Hubo un disparo después de que discutiéramos?

Javier baja la mirada a sus papeles.

—Según la declaración de la señorita Caraway. Esta le contó a la policía que...

—Un momento. —Alzo una mano. Es la segunda vez que menciona ese nombre—. ¿Quién es la señorita Caraway?

—Sloane Caraway. Su niñera.

«¿Qué cojones?»

—No —digo—. Nuestra niñera se llama Caitlin. No conozco a nadie llamado Sloane.

Javier coge una fotografía de la carpeta y la desliza sobre la mesa en mi dirección. Es una fotografía de Violet y Harper en la playa con Caitlin.

—Sí, esa es Caitlin —digo, levantando la mirada hacia él.

—Ella le dijo a la policía que su nombre es Sloane Caraway —dice Javier, encogiéndose de hombros—. Seguro que le pidieron la debida identificación.

Me quedo mirando la foto. ¿Sloane Caraway? ¿Por qué nos dijo que se llamaba Caitlin?

—Mire —prosigue Javier—. La acusación cuenta con pruebas muy sólidas en su contra. Esta mañana la fiscal me ha enviado un correo electrónico. Han hallado la pistola con la que se disparó a la señora Lockhart. No había huellas, pero han comprobado el número de serie. Estaba registrada a su nombre, señor Lockhart. Comprendo que no quiera declararse culpable, pero ese hecho, junto con el testimonio de la señora Caraway...

—¡La madre de Violet le dio esa pistola! ¡Yo nunca la toqué! —Mi voz suena tirante—. No me declararé culpable. No puedo. Yo no lo hice.

La expresión de Javier se tensa y su boca hace un mohín al exhalar un suspiro.

—Creo que es una equivocación. Como le dije en nuestro último encuentro, esta puede ser su mejor oportunidad de obtener una sentencia reducida. Sé que no es ideal, pero tiene que considerar la

alternativa. Si esto va a juicio y le condenan, podría pasar décadas encerrado. ¿Qué hay de su hija, señor Lockhart?

Mis hombros se derrumban. Harper. Mi querida niña de ojos castaños.

—¿Dónde está? —pregunto. Hundo la cabeza en las manos—. ¿Se encuentra bien? He de llamar a mi hermana para que venga. Tal vez Harper podría quedarse con ella.

Hace meses que no hablo con Denise, a pesar de que ella me llama cada pocas semanas. Yo ignoro sus llamadas y no se las devuelvo. Tenía intención de hacerlo algún día, pero lo he ido posponiendo porque no tenía ganas de que me pidiera dinero. Vive en Ohio con sus tres hijos, sus dos hijastros y su segundo marido, y siempre tiene problemas para pagar el alquiler, la compra o la ropa de los niños. «Me gustaría apuntar a Penny a ballet», me dijo con cierta irritación la última vez que hablamos, como si por alguna razón fuera culpa mía que no pudiera hacerlo.

Javier abre su carpeta de papel manila, hojea el interior y saca una hoja mecanografiada.

—La señorita Caraway es quien tiene la custodia de Harper.

Levanto la cabeza de golpe y lo miro con el ceño fruncido.

—¿Caitlin? ¿Por qué está Harper con ella? Debería estar con su familia.

—Bueno, parece que la señorita Caraway es quien aparece como la tutora de Harper. —Javier pronuncia el apellido de Sloane lenta y enfáticamente, corrigiéndome—. En su testamento, en caso de que usted y la señora Lockhart estén incapacitados.

—¿Qué? —Esto no tiene sentido—. No, no, ha habido una equivocación. La tutora legal es mi hermana.

Fue una cuestión controvertida cuando Harper nació, y me costó convencer tanto a Denise como a Violet. Como cabía esperar, ellas

dos no se caían demasiado bien. A Denise, Violet le parecía una esnob; Violet, por su parte, consideraba a Denise una gorrona. En cierto modo, ambas tenían razón. Pero yo no podía soportar la idea de que Harper fuera a vivir con los padres de Violet ni, para el caso, tampoco con los míos. «Debería estar con sus primos —le argumenté a Violet—, con otros niños, con su familia. Y, además, ¿cuál es la probabilidad de que nos suceda algo a ambos?» Finalmente, Violet cedió, y también Denise cuando se dio cuenta de que la custodia vendría con un cheque bajo el brazo. ¿Acaso Violet había cambiado nuestro testamento sin decírmelo? ¿Por qué?

—Su firma aparece en los documentos, señor Lockhart. Justo al lado de la de la señora Lockhart. —Saca otra hoja de su carpeta y, tras tendérmela, da unos golpecitos con un dedo cerca del final de la página—. Nos lo ha remitido su abogado de Nueva York. Nos dijo que usted se lo había enviado.

Me lo quedo mirando sin saber bien qué decir. Mi nombre aparece junto al de Violet escrito en tinta azul.

Finalmente, levanto la mirada negando con la cabeza.

—¡Yo no he firmado esto! Y, definitivamente, yo no se lo remití a nuestro abogado. ¡No quiero que mi hija esté con Caitlin! ¡O Sloane, como se llame! Déjeme llamar a mi hermana Denise, por favor.

—Mire —Javier exhala otro suspiro—, al parecer la señora Caraway cuenta con un abogado. Uno bueno. Si quiere usted impugnar el testamento, tendremos que hacerlo siguiendo los canales adecuados y es algo que podría llevar meses. —Cierra la carpeta—. Si eso es lo que quiere, no tengo ningún inconveniente en iniciar los trámites.

La cabeza me da vueltas. «¿Se puede saber qué diantre está pasando?»

—¡Sí! ¡Harper no debería estar con Caitlin!

Javier asiente.

—De acuerdo, me pondré manos a la obra. En cuanto a la propuesta de la fiscalía... ¿Está usted seguro?

—¿Cuántas veces tengo que decirlo? ¡No voy a pasarme quince años encarcelado por un crimen que no he cometido! —Unas gotas de saliva salen despedidas de mi boca y aterrizan sobre la mesa.

Javier asiente.

—Lo comprendo. Deje que vuelva a hablar con la fiscal. Veré si hay algún margen para negociar. —Luego se pone de pie. Las patas de la silla rechinan al deslizarse por el suelo de cemento—. Mientras tanto, procure descansar un poco, ¿de acuerdo? —añade en un tono más afable.

Yo asiento con el rostro inexpresivo, todavía respirando con dificultad. Descansar, claro. Me pregunto si alguna vez podré volver a descansar.

—¿Señor Lockhart? —Javier me coloca una mano sobre el hombro. Cuando me vuelvo hacia él puedo ver que me mira con lástima. Piensa que soy un saco de mierda—. El otro día vi a Harper saliendo de la comisaría con la señorita Caraway. Parecía estar en buenas manos. Estaba dando buena cuenta de una gran bolsa de M&M’s con una sonrisa.

De nuevo en la celda, me siento con la espalda apoyada en la pared. Tengo la sensación de estar al borde de un pozo negro, a punto de caer en su interior.

Me paso los dedos por el pelo, tirando con fuerza de él. ¿Por qué razón cedería Violet la tutoría legal de Harper a Caitlin? ¿Y por qué esta había mentido acerca de su verdadero nombre?

Por millonésima vez, imágenes de la última pelea que tuve con Violet acuden a mi cabeza cual disco rayado. Su voz resuena fuertemente, reverberando en las paredes de cemento de la celda.

«Es exactamente lo que esperaba.»

¿Qué había querido decir? ¿Acaso quería que yo tuviera una aventura con Caitlin? ¿Por qué le cedería la custodia legal de nuestra hija a una mujer con la que quería que yo tuviera una aventura?

En cualquier caso, lo que había sucedido con Caitlin (¿o Sloane?) apenas podía considerarse una aventura. Se había tratado de algo inocente, tan solo un puñado de miradas insinuantes y unos pocos besos. Había sido una distracción, nada más. Ambos lo sabíamos. Y se había debido solo al comportamiento cambiante de Violet de los últimos meses (y que se había vuelto directamente glacial desde que habíamos llegado a la playa, con sus sonrisas tensas y haciendo ver que estaba dormida cuando yo me metía en la cama). Al final, yo había terminado sintiéndome desasosegado y tenso. Y Caitlin estaba allí, a la espera.

¿Quién podría culparme? Apenas podía reconocer ya a Violet. Y no solo porque su aspecto fuera distinto, que lo era. Pienso en la fotografía que me ha enseñado hoy de ella y Caitlin en la playa, con Harper en medio. Las últimas semanas había ganado algo de peso —dejando de lado el embarazo, nunca la había visto tan rolliza— y le habían salido granitos en la barbilla y en la frente. La Violet que conocía, la mujer con la que me había ido a la cama y junto a la que me había lavado los dientes estos últimos diez años, era muy quisquillosa con su peso y se esforzaba muchísimo en mantener su cutis limpio (con sueros y cremas de noche, además de exfoliaciones y tratamientos faciales). También habían cambiado otras cosas: el modo en el que vestía, por ejemplo. Ahora llevaba ropa fea y gastada que le iba grande. Y luego estaba el que quizá fuera el

mayor cambio de todos: había comenzado a comportarse como si fuera intocable, como si, en caso de que extendieras el brazo, tus dedos fueran a atravesarla.

En la isla, Violet se encerró en sí misma y, cuando lo hizo, Caitlin dio un paso adelante. Caitlin, con su mirada seductora y su risa gutural. Me miraba del mismo modo en que mi esposa solía mirarme.

En cierto modo, de hecho, Caitlin me recordaba a Violet. A la antigua Violet, al menos. Es curioso, ahora que lo pienso: cuando Caitlin apareció en la puerta de casa la mañana que partimos hacia la isla, pensé por un brevísimo momento que era Violet. Llevaba el pelo más oscuro que la última vez que la había visto, y también más corto. Se trataba exactamente del mismo color y del mismo corte que llevaba Violet. Además, iba vestida con ropa que se parecía mucho a la que esta llevaría. De hecho, cuando elogié cómo le quedaba, se sonrojó y me dijo que mi esposa le había dado la camisa (y también el resto del atuendo, de hecho). En aquel instante no le di ninguna importancia, ¿no es eso lo que hacen las mujeres, compartir ropa e intercambiar consejos de estilo?

Pero ahora me mosquea. ¿Acaso Caitlin tenía celos de Violet? ¿Es que había estado vistiéndose con su ropa y actuando como ella porque quería ser ella? Una potente oleada de náuseas me recorre el cuerpo. ¿Es posible que se sintiera lo bastante celosa como para asesinarla?

Me froto las sienes. No. Si fue Caitlin quien disparó a Violet, ¿por qué querría esta decirle a la policía que había sido yo? No tiene sentido. Hay algo que se me escapa. Pero ¿qué? Me tiendo de espaldas sobre la fina esterilla, que apenas amortigua el duro suelo de cemento, y me quedo mirando las grietas del techo. Tengo la sensación de que la respuesta está muy cerca.

Finalmente, me quedo dormido con los ojos ardiendo y un fuerte martilleo en la cabeza. No dejo de moverme de un lado a otro. Me duele todo el cuerpo y duermo sin soñar.

Y entonces, en mitad de la noche, abro los ojos de golpe y un sudor frío me empapa la camisa.

Javier me había dicho que Caitlin nos había oído discutir, pero en realidad no estaba en casa. Me crucé con ella cuando me iba: estaba llegando.

¿Cómo podía Caitlin saber que Violet y yo habíamos estado peleándonos? A no ser, claro está, que la persona que le contó a la policía lo de la discusión no fuera Caitlin. La verdad me arrolla como si fuera un tren de carga.

Caitlin no disparó a Violet. Fue Violet quien disparó a Caitlin. Y después le dijo a todo el mundo que ella era Caitlin, que la mujer que yacía en el suelo era Violet Lockhart y que yo le había disparado.

Caitlin no había estado intentando parecerse a Violet; era esta quien había estado intentando parecerse a Caitlin. Quería que esta tuviera su aspecto y quería que ella y yo estuviéramos juntos para que la gente pensara que era Violet Lockhart, mi esposa. «Es exactamente lo que esperaba.»

Me pongo de pie a trompicones y comienzo a golpear la puerta de la celda.

—¡Que alguien me ayude! ¡Necesito ayuda!

Golpeo y golpeo hasta que, al fin, se oye un fuerte zumbido y la puerta se abre. Un guardia me mira irritado.

—¡Necesito que llame a mi abogado! —le digo.

—Son las cuatro de la madrugada —dice el guardia—. Ya llamarás mañana. —La puerta vuelve a cerrarse de un portazo.

—¡No! —grito—. ¡No, espere!

Pero no regresa nadie. Me dejo caer al suelo. Vuelvo a tumbarme sobre la esterilla, pero ya no puedo dormir. Estoy demasiado tenso. Violet no está muerta. No está muerta. No está muerta. No está muerta.

Me pongo a deambular de un lado a otro de la pequeña celda, trazando ochos en el suelo, cuando finalmente un guardia viene a buscarme. Me siento igual que si me hubiera esnifado una raya: me palpita todo el cuerpo y siento la cabeza ligera. Ahora todo está claro como el agua.

Una vez en la sala de interrogatorio, ya sin esposas, me abalanzo sobre Javier y lo agarro por los hombros.

—¡Violet no está muerta! —le digo—. ¡Es Caitlin quien murió! ¡Sloane, quiero decir! ¡Violet la asesinó!

Javier retrocede un paso, se alisa la americana y luego me señala la silla.

—¿Por qué no te sientas? —dice en un tono calmado—. ¿Has dormido? —Me coge por un hombro y me conduce hacia la mesa.

—¡No! —Me zafo de él con brusquedad. Sé que piensa que estoy loco. Yo también lo pensaría; soy consciente de qué aspecto tengo y cómo sueno, pero estoy seguro de que tengo razón. Me apostaría la vida—. Escucha —digo, bajando el tono de voz—. Violet me ha tendido una encerrona. Fue ella quien disparó a Caitlin y luego dijo que lo había hecho yo. Ahora está fingiendo que es Caitlin. Por eso vestía de ese modo. ¡Yo pensaba que tal vez Caitlin estaba intentando ser Violet, pero era al revés! ¿No puedes traerla aquí?

Mi respiración es ahora pesada, jadeante, y me lo quedo mirando fijamente. Él no tiene que creerme, solo tiene que escucharme y darme la oportunidad de demostrarlo.

Lentamente, Javier niega con la cabeza.

—No puedo traer a un testigo. E, incluso si ella accediera, lo cual...

Entonces caigo en la cuenta de otra cosa. Algo a lo que no podía dejar de darle vueltas.

—¡Los M&M's! Dijiste que viste a Caitlin dándole M&M's a Harper. ¡Es Violet quien se los da! ¡Lo hace a modo de premio! Es a ella a quien viste. Probablemente no te diste cuenta porque iba vestida de otro modo, pero tienes que creerme.

—Jay, no voy a acusar a la señorita Caraway de robarle la identidad a tu esposa porque yo la viera dándole M&M's a tu hija. Es...

—¡Ella no es la señorita Caraway! —digo, casi gritando—. ¿Es que no me has oído? ¡Es Violet! ¡Por favor, tienes que encontrar un modo de reunirte con ella! ¡No! ¡Tengo una idea mejor! ¡El cadáver! ¿No puedes solicitar un test de ADN del cadáver? ¡Será Caitlin, o Sloane, comoquiera que se llame!

—Siéntate, por favor, Jay —dice Javier.

Hago lo que me pide, aunque no quiero. Por debajo de la mesa, no puedo dejar de mover nerviosamente la rodilla arriba y abajo. Javier se sienta frente a mí. Por un momento, no dice nada. Y entonces:

—El cadáver fue incinerado ayer.

Me lo quedo mirando fijamente.

—¿Qué?

—Lo siento.

Tengo la sensación de que me han dado un puñetazo en el estómago. ¿Cómo ha podido Violet orquestar todo esto? Comienzo a reírme con incredulidad, una risa histérica que no puedo controlar. Esa zorra. Cree que es más lista que yo, siempre lo ha creído. Esta era su oportunidad de demostrarlo. Pero no se lo permitiré. Recobro

la compostura y dejo de reír con la misma rapidez con la que he comenzado.

Aprieto la mandíbula.

—Quiero ir a juicio —digo.

—Jay... —comienza a decir Javier, reticente.

—¡No! —lo interrumpo—. Si Caitlin es la única testigo, eso significa que tendrán que llamarla al estrado. Violet tendrá que aparecer.

Javier se sienta a la mesa y suspira.

—La fiscal me ha dicho que pueden ofrecer doce años si aceptas la oferta —dice. No me cree. Para nada.

Niego con la cabeza.

—No. ¿Acaso he de contratar a otro abogado? Voy a ir a juicio. Con o sin ti.

Hay una larga pausa.

—Si quieres ir a juicio, iremos a juicio —dice Javier finalmente—. Pero podría tardar meses en celebrarse, puede incluso que un año, si no más.

—No me importa. —Me da igual lo que tarde en celebrarse. No permitiré que Violet se salga con la suya. No permitiré que me lo quite todo.

—De acuerdo —dice Javier, asintiendo lentamente—. Se lo haré saber a la fiscal. Y si cambias de idea...

—Eso no pasará —digo.

Pasan tres meses. A petición mía, Javier solicitó, con éxito, que el juicio se celebrara en Brooklyn, de modo que me han trasladado a una prisión provisional situada en Queens. Eso significa que estoy más cerca de Harper, aunque nadie la trae para que pueda verme.

También significa que estoy más cerca de Violet. Sé que está ahí fuera, lo noto, es como si pudiera oír cómo se ríe de mí.

Hasta que una tarde recibo noticias. En otra sala con paredes de cemento y tan lúgubre como las anteriores, Javier me dice que Sloane Caraway ha accedido a verme. Vendrá acompañada por la fiscal. Y él, Javier, también estará presente.

—¿Si efectivamente se trata de Sloane Caraway y no de tu esposa, aceptarás la oferta de la fiscal? —quiere saber Javier. Yo asiento. Será Violet. Lo sé. No puede evitarlo, quiere restregármelo en la cara, quiere que sepa que está castigándome por lo que he hecho.

—Perfecto. —Javier asiente y tengo claro que a él y a la fiscal los une un mismo objetivo: evitar el juicio y darle carpetazo a este caso, a mí.

Me da igual su motivación. Lo único que me importa es que Violet va a venir a verme. Yo no la maté, pero cuando la vea podría ser capaz de hacerlo.

Dos días después, Javier y yo estamos sentados uno al lado del otro en una estancia sin ventanas del bloque de celdas. Ante nosotros hay dos sillas vacías. Llevo los tobillos encadenados entre sí y también a las patas de la silla. En un rincón hay un guardia.

El silencio en la estancia resulta opresivo.

No puedo apartar la mirada de la puerta. De un momento a otro, ella va a entrar.

El corazón me late con fuerza en el pecho. Es como estar sentado en lo alto de la atracción de un parque, con las piernas colgando, esperando el descenso. Está a punto de llegar, lo sabes, pero no tienes ni idea de cuándo. ¿Ahora? ¿Ahora? ¡¿Ahora?!

Finalmente, se oye un fuerte zumbido. Ahora. Se me hace un nudo en el estómago.

La puerta se abre y entran dos mujeres: primero la fiscal, una mujer alta y de pelo rubio entrecano, ataviada con un traje ancho, y, detrás de ella, Violet. Va con la cabeza gacha y tiene el pelo castaño oscuro tan lustroso y sedoso como siempre. Se me obstruye la garganta y me cuesta respirar. Es ella. Una sonrisa triunfal se extiende por mi rostro y noto cómo la adrenalina recorre todo mi cuerpo.

Entonces levanta la mirada, sus ojos se encuentran con los míos y mi sonrisa se desvanece. Es como si se me cayera de la boca al suelo, como un charco a mis pies. La fiscal y ella se sientan al otro lado de la mesa.

La mujer que tengo delante no es mi esposa, aunque prácticamente tiene su misma apariencia: el peinado, el flequillo, el rostro con forma de corazón... Todo es idéntico. Y también va ataviada con la ropa de Violet, un impecable vestido camisero de rayas diplomáticas que siempre me encantó y que lleva con los dos botones superiores desabrochados, dejando a la vista su collar con el colgante del estallido estelar.

Pero no es Violet. Es Sloane.

Sloane

32

Giro la llave en la cerradura y abro la puerta de la casa de los Lockhart. Me detengo en la entrada y el olor a peonías recién cortadas me inunda la nariz mientras examino desde ahí el salón y la cocina.

Una docena de cajas de mudanza medio llenas descansan en el suelo, la encimera de la cocina y la mesa del comedor. Los libros han sido retirados de las estanterías, las fotografías descolgadas de las paredes y los armarios de la cocina vaciados de platos y cubertería. Todo está envuelto en plástico de burbujas y empaquetado cuidadosamente. Hace dos semanas, la puse a la venta y ya he recibido seis ofertas, dos de ellas por encima del precio que pedía. La agente inmobiliaria me ha dicho que ella cree que podremos cerrar un acuerdo a finales de mes. Para entonces, Jay habrá aceptado la oferta que le propone la fiscalía y estará definitivamente entre rejas.

Sonrío y comienzo a subir la escalera.

—¡Estoy en casa! —exclamo.

Cuando llego a lo alto, la puerta del dormitorio que hay al final del pasillo se abre y Violet sale de ella.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta.

—Deberías haber visto su cara —digo con una sonrisa de oreja a oreja—. Ojalá hubiera podido hacerle una foto.

Ella me devuelve la sonrisa, reproduciendo mi expresión. Violet, mi gemela Géminis.

Estuve a punto de perderla cuando hacía tan poco que la había encontrado. Ambas habíamos sido descuidadas y habíamos permitido que Jay se interpusiera entre nosotras. Lo que sentíamos por él —enamoramiento en mi caso, odio en el suyo— nos distrajo de lo que realmente importaba. A la hora de la verdad, sin embargo, nos elegimos la una a la otra.

Tres meses atrás contemplé horrorizada cómo Violet me apuntaba con una pistola. En cuanto posó el dedo índice en el gatillo, me di la vuelta dispuesta a salir corriendo, y cuando disparó —el arma hizo tanto ruido que tuve la sensación de que me sangraban los tímpanos— me dejé caer al suelo y me cubrí la cabeza con las manos.

Cuando me di cuenta de que había fallado, comencé a arrastrarme, presa del pánico, y luego me puse de pie a trompicones.

Era algo que había aprendido en una clase de defensa en caso de tiroteo a la que asistí cuando era profesora en Mockingbird: la única posibilidad que tienes contra alguien que te apunta con una pistola es salir corriendo, pues es más difícil acertar un blanco en movimiento que uno quieto. Así pues, eché a correr. Dejé atrás el dormitorio, bajé la escalera y salí de la casa. No miré atrás.

Cuando llegué a la carretera, ya jadeante y llorosa, comencé a pedir ayuda a gritos. No llevaba móvil ni tenía llaves de ningún coche.

Frenética, opté por dirigirme a la carrera hacia la casa de Anne-Marie. En dos ocasiones miré hacia atrás, pero no me seguía nadie. Aun así, seguí corriendo con el rostro cubierto de sudor y lágrimas.

Solo aflojé el paso cuando ya me acercaba a la casa, casi sin aliento y con las piernas ardiendo.

Comencé a recorrer el camino de entrada, pero me detuve al ver el coche que estaba aparcado junto a la casa. Era el nuestro, el

vehículo que habíamos alquilado al llegar a la isla. Una sensación de alivio se extendió por todo mi cuerpo. Jay estaba ahí. Había ido a buscar a Harper.

Después de dejar a Harper en casa de Anne-Marie, había enfilado el sendero que conducía a la nuestra y, al llegar al porche, había oído la furibunda pelea que estaban teniendo Jay y Violet. No dejaban de gritarse encolerizados. Antes de que tuviera oportunidad de entrar en la casa, la puerta de entrada se había abierto de golpe y había aparecido Jay con su bolsa de gimnasio colgada a un hombro y el rostro deformado por una expresión de enojo. Había pasado a mi lado sin apenas registrar mi presencia y mascullando algo sobre regresar a la ciudad. Yo me había quedado estupefacta y un poco dolida, pero sobre todo confundida. Ante la casa de Anne-Marie, sin embargo, sentí que todo cobraba sentido. Claro que había ido ahí. Él nunca se marcharía sin Harper.

Medio sollozando, subí la escalera que conducía a la puerta de entrada de la casa de Anne-Marie. Sin embargo, al llegar al último escalón, cuando la ventana del salón quedó a la vista, me detuve en seco y, llevándome una mano al pecho, solté un grito ahogado. No. No podía ser. Estuve a punto de gritar, pero me contuve.

A través del cristal vi a Jay. Y a Anne-Marie. Juntos. Besándose. Estaban apoyados contra una pared, él con el cuerpo pegado al de Anne-Marie mientras esta le manoseaba la bragueta. Me quedé boquiabierta, mirando la escena sin comprender bien qué estaba pasando.

Jay con Anne-Marie. Jay besando a Anne-Marie. Besándola como me había besado a mí justo la noche anterior. Fue como una patada en la barriga, como si alguien me metiera una mano por la garganta y me arrancara las entrañas. Cinco minutos antes, pensaba que iba a morir; al ver a Jay con Anne-Marie, deseé haberlo hecho. ¿Cuándo

había comenzado lo suyo? ¿Al salir a correr por las mañanas? ¿O quizá en algún otro momento, después de que nos hubiéramos ido todos a dormir?

Desde que habíamos llegado a la isla de Block, mis sentimientos por él se habían ido intensificando y, para entonces, me sentía como si todo mi cuerpo estuviera en llamas. Todo ese ardor que me consumía me hizo pensar que había encontrado a mi media naranja.

El primer día, cuando me llevó a visitar la isla, colocó una mano en la parte baja de mi espalda al entrar en un restaurante y la dejó más rato del necesario. Luego, ya en el reservado, nuestros muslos estuvieron rozándose constantemente. Nuestra química era palpable. Él no dejaba de coquetear conmigo sin dejar de reír ni apartar en ningún momento la mirada. Yo me dije a mí misma que eran todo imaginaciones mías, pero me pasaba las noches en la cama con la entrepierna acalorada esperando que no fuera así. Él era lo único en lo que pensaba, lo único en lo que quería pensar.

Y entonces, la noche que fuimos a cenar:

—Nunca me había sentido así —me susurró al oído mientras Harper dormía en el asiento trasero del coche.

—Yo tampoco —musité. Para entonces, él ya me había hablado del divorcio y, si bien sabía lo que eso le haría a mi amistad con Violet, me sentía completamente obnubilada.

Estaba convencida de que Jay y yo estaríamos juntos cuando volviéramos a Nueva York. Era lo que él me había dicho.

—Me muero de ganas de que estemos solos y no tengamos que andar escondiéndonos —me dijo.

Pero había sido una idiota. Al verlo a través de la ventana, con la boca pegada a la de Anne-Marie, recordé las palabras de Violet.

«Crees que lo conoces, pero no es así —había dicho claramente —. Es un mentiroso. Como tú.»

Había supuesto que estaba enfadada con él por haberla dejado. La esposa amargada a la que habían abandonado. Pero entonces, cuando lo vi con Anne-Marie, me di cuenta de que ella se refería a otra cosa. Él solo me había dicho lo que yo quería oír. Le decía a todo el mundo lo que quería oír. ¿Cómo podía haber estado tan ciega?

De modo que volví. Con Violet. Sin que Jay o Anne-Marie me vieran, bajé los escalones y regresé a nuestra casa.

—¡¿Violet?! —exclamé, abriendo la puerta de entrada—. Tienes razón. Soy una mentirosa. Y muy buena. Déjame ayudarte. —Ya no sentía miedo. Ella no quería hacerme daño a mí, quería hacerle daño a Jay. Y ahora yo también.

Ella todavía estaba en el cuarto de baño del primer piso, de rodillas, con el arma en el suelo. Tenía el rostro pálido y los ojos enrojecidos e hinchados. Parecía tan joven. Cuando levantó la mirada hacia mí, le caían lágrimas por las mejillas.

Yo me senté frente a ella y le conté lo que acababa de ver. Luego ella me lo contó todo.

Jay había comenzado a engañarla cuando estaba embarazada de Harper. Bueno, al menos fue entonces cuando ella había encontrado pruebas. Al recriminárselo, él la había acusado de estar celosa e inventarse cosas. Casi la convence, pero más adelante ella encontró unos mensajes en el móvil de él, en los que había fotografías de una compañera del trabajo desnuda y planes para encontrarse en un hotel.

Cuando ella se lo echó en cara, él se puso a llorar y le dijo que se sentía solo, que la paternidad le daba miedo y que no volvería a pasar. Salvo que sí volvió a pasar, cuando Harper tenía apenas seis meses. Y otra vez un año después. Y esas eran solo las veces que

ella se había enterado. En cada una de esas ocasiones, él le juraba que las cosas cambiarían. Ella quería creerlo. Necesitaba hacerlo.

Y cuando él le pidió que se trasladaran a Nueva York con la promesa de que comenzarían de nuevo, ella accedió. Jay le explicó que, para él, esta sería su oportunidad de ser el sostén de la familia y demostrarse a sí mismo que podía mantener a los suyos. Habían dependido durante tanto tiempo del dinero de la familia de ella que él había perdido de vista quién era como hombre. Si había estado con otras mujeres, se debía solo a su necesidad de validación. En Nueva York, le prometió Jay, las cosas serían distintas. Las cosas irían mejor.

Y así fue, incluso después de que Violet averiguara que él había estado al tanto del fondo fiduciario desde el principio. Él parecía serle fiel y estar concentrado en su empresa emergente. O, al menos, eso era lo que ella pensaba. Luego Jay le confesó que la empresa necesitaba una inyección de efectivo porque se había gastado los fondos apostando. Y, tan solo unas pocas semanas después, la patada final en la barriga.

Una tarde, Violet llegó pronto a casa y le pareció que no había nadie. El televisor, sin embargo, estaba encendido y en la pantalla podía verse una película de Disney. Nina, su niñera, no le había mencionado que tuviera planes de llevar a Harper a ningún sitio. «¡¿Hola?!», exclamó Violet. Entonces oyó un ruido procedente de la cocina. Al asomarse, Violet vio a Harper de pie en la encimera, delante del armario en el que guardaban los aperitivos. Al oír a su madre, la niña se volvió y, tambaleándose, casi se cae mientras esbozaba una sonrisa de culpa. Sabía que no debía estar ahí arriba. «Tenía hambre», le explicó su hija. No sabía dónde estaba Nina.

Violet dejó a Harper en el sofá con un bol de cereales Honey Nut Cheerios y fue en busca de Nina. La puerta del despacho de Jay

estaba cerrada. Lentamente, sin apenas poder respirar, la abrió. Jay estaba sentado en la silla del escritorio con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Nina estaba de rodillas. Violet volvió a cerrar la puerta en silencio y regresó a la planta baja. Procurando no hacer ruido, preparó una bolsa con las cosas de Harper y se fue con ella al parque.

De repente, lo vio todo claro. Fue como si se hubiera encendido una cerilla en una habitación a oscuras. Estaba viviendo la vida de sus padres. La que había intentado evitar con todas sus fuerzas. Se había convertido en su madre, con la cabeza enterrada tan hondo en la arena que estaba asfixiándose y casada con el mismo tipo de hombre que su padre. A costa de su hija. Su querida Harper. Se sentía furiosa: consigo misma, sí, pero también con Jay.

Esa noche, esperó hasta que Harper estuviera dormida y después cerró la puerta del dormitorio que compartía con Jay. Él ya estaba en la cama, con la cabeza inclinada sobre su móvil. Enviándole mensajes de texto a Nina, seguramente; quizá una foto de su polla tomada un poco antes.

—¿Qué? —preguntó él cuando levantó la mirada y vio la expresión de su esposa.

—¡¿Cómo has podido?! —gritó ella en un tono agudo y tenso—. ¡La has dejado sola! ¿Y todo por qué? ¿Una mamada? —Su voz sonaba estridente, crispada.

Al principio, él se hizo el ofendido. Harper estaba bien, no le había pasado nada. Y Violet estaba confundida, no era lo que parecía. Finalmente, dejó de mentir, pero esta vez no se mostró arrepentido.

Se limitó a mirarla como queriendo decir: «¿Y qué esperabas?».

—Ya no eres la mujer con la que me casé —dijo, como si fuera culpa de Violet que él no pudiera mantener las manos quietas y que hiciera lo que quisiera cuando quisiera. «A mí no me pasa nada malo

—quería decir—. No he hecho nada malo. Es a ti a quien le pasa algo.»

Fue entonces cuando ella perdió los estribos. Fue entonces cuando le dijo que quería el divorcio. Fue entonces cuando la pelea fue a más, cuando él la siguió a la planta baja, cuando ella rompió todas las fotos de ellos dos juntos, cuando ella gritó tan alto que los vecinos llamaron a la policía. Fue entonces cuando ella le arrojó la copa. Al romperse, una esquirla le hizo un pequeño corte a Jay en un lado de la cara. No era una herida profunda, pero comenzó a salirle sangre y un pequeño hilo le resbaló por el cuello. Él exageró la gravedad, llevándose una mano al corte y haciendo muecas de dolor cual cachorro herido. No hubo arrestos, pero sí un parte policial. Violet estaba borracha y, a pesar de que Jay también, había sido ella quien le había tirado la copa y él quien estaba sangrando.

Jay podría haberla denunciado, pero no lo hizo. Ahora bien, si intentaba divorciarse de él, sí que la denunciaría. Eso es lo que le dijo en cuanto la policía se hubo marchado y el sol ya estaba saliendo. Antes de irse, uno de los agentes le había explicado que tenía un año para denunciarla si cambiaba de opinión. Y, en ese caso, Jay solicitaría la custodia exclusiva de la niña. ¿Qué juez le concedería la custodia a una madre con antecedentes de violencia doméstica? Él se llevaría a Harper y tanto dinero como pudiera. Si ella lo abandonaba —la amenazó él—, se quedaría sola y en la ruina. Así pues, la tenía secuestrada, con las manos atadas y un trapo sucio metido en la boca. Para ella, el matrimonio, al igual que lo había sido su infancia, era una prisión.

Violet intentó plantar cara, pero su abogado le dijo que existía la posibilidad de que Jay se saliera con la suya, de que un juez no la considerara apta y le retirara la custodia. Y también de que la obligara a pagarle una pensión, además de la manutención de la

niña. Al fin y al cabo, ella contaba con el fondo fiduciario de su abuela. Sí, era suyo, pero había formas de acceder a los ingresos que ella obtenía de este. No merecía la pena arriesgarse, según su opinión de seiscientos dólares a la hora. El abogado le preguntó si no podía intentar resolver las cosas con él.

Pero ella ya lo había intentado muchas veces. Durante años, lo había intentado porque lo amaba, porque lo había creído cuando él le había dicho que cambiaría. Porque, a pesar de todo —las infidelidades, el dinero, las indirectas sobre cómo debía vestir y el aspecto que debía tener—, ella pensaba que era un buen padre.

O, al menos, pensaba que podía serlo si le enseñaba a amar incondicionalmente, a amar sin esperar nada a cambio.

Ahora, sin embargo, tenía pruebas, pruebas definitivas, de que estaba equivocada. Él nunca sería un buen padre. A un buen padre nunca le importaría más su erección que su hija. Y, peor aún, un buen padre nunca le arrebataría una hija a su madre. Harper la necesitaba. Si las separaba, sería como amputarle una extremidad a la niña.

Al fin, los árboles ya no le impedían ver el bosque. Tenía claro quién era Jay y por qué nunca cambiaría. En el fondo, a él solo le importaban el dinero y las apariencias. No se preocupaba más que por sí mismo. Y Violet, más que nadie, sabía qué secuelas podía dejarle eso a una niña. Si ella estaba presente, tal vez podría amortiguar las consecuencias, pero si él se quedaba a solas con la niña, quién sabía el daño que podía causarle.

Y había otra cuestión a la que no había dado la suficiente importancia: los comentarios de Jay sobre lo mucho que comía Harper y el tamaño de sus porciones. Él odiaba los M&M’s y fulminaba a Violet con la mirada cuando esta le ofrecía algún dulce a su hija. Siempre se aseguraba de que la trenza de Harper estuviera

impecable, su flequillo perfectamente alisado y que toda la ropa que llevaba fuera de marca. Desde fuera, podría parecer preocupación paterna. Yo misma lo creí así. Pero Violet ya no se dejaba engañar. Al igual que había hecho previamente con ella (y al igual que habían hecho también sus padres), Jay estaba inculcándole a Harper que su valor estaba inextricablemente ligado al modo en que se mostrara al mundo.

De modo que la respuesta era que no, ya no podían resolver nada. Jay le había roto el corazón a Violet una y otra vez y, un día, también se lo rompería a Harper; de eso, Violet estaba segura. Y eso era algo —lo único— que no estaba dispuesta a permitir.

Así pues, las dos juntas urdimos un plan ahí mismo, en el cuarto de baño de la casa de playa. Solo establecimos una regla: sin mentiras. Al menos entre nosotras dos. Entre ella y yo ya nunca habría más mentiras.

En cuanto nos pusimos de acuerdo, Violet me dio la pistola. En vez de que ella me disparara a mí, yo le dispararía a ella.

Antes de hacerlo, llamó a Danny con el móvil prepago. En cuanto él contestó, ella se puso a llorar otra vez.

—No he podido hacerlo —le dijo con la voz quebrada y los hombros trémulos mientras sollozaba ruidosamente y los mocos le resbalaban de la nariz—. He sido incapaz.

—Lo sé, cielo —oí que contestaba él al otro lado de la línea. Esa era la razón por la que había accedido a seguir adelante con el plan. Danny estaba seguro de que, cuando ella cogiera la pistola y posara el dedo índice en el gatillo, sería incapaz de dispararme. Ella no era así. Él había llegado a esa conclusión antes que ella.

La pistola era más pesada de lo que esperaba. Podía sentir las pulsaciones en la palma de la mano, que palpitaba agarrada a su mango. Exhalé una temblorosa bocanada. Violet se encontraba a

unos pocos metros, de espaldas a mí como si estuviera huyendo a la carrera, igual que había hecho yo. Tenía que dispararle de cerca para no fallar. Danny nos había dicho que le apuntara a la parte baja del muslo. Habría mucha sangre, pero la herida estaría suficientemente lejos de cualquier órgano, y él podría decir que la arteria femoral había recibido el impacto de la bala. Nadie se lo cuestionaría: él era quien estaba a cargo de su departamento y su palabra era incontestable.

Violet soltó un grito cuando recibió el disparo. Un quejido bajo y gutural. De inmediato, corrí hacia ella, pero me indicó que me largara con un movimiento de mano.

—La pistola —dijo con los dientes apretados y los ojos fuertemente cerrados—. Ocúpate de la pistola.

Limpié el arma y la dejé debajo de la cama para que la encontrara la policía. Luego, presionando la herida del muslo con una toallita, llamé al número de emergencias. Me sentí agradecida de mis manos excesivamente grandes, mis manoplas, por cómo cubrían la herida y detenían la hemorragia.

—¡Ayuda! —grité al teléfono—. ¡Tienen que ayudarnos! ¡Mi amiga ha recibido un disparo! ¡Su marido le ha disparado y luego ha huido!

Mientras esperábamos las sirenas, no pude evitar imaginar cómo serían las cosas a partir de entonces: yo trasladándome a su gran casa, Violet y yo yendo de compras para redecorar el despacho de Jay y transformarlo en un dormitorio para mí. Me convertiría en una especie de tía para Harper y una hermana para Violet. Me veía a mí misma despertándome temprano para prepararle la fiambrera con el almuerzo a la niña, trenzándole el pelo, llevándola al parque después de las clases, ayudando a Violet a hacer la cena (ella ante los fogones mientras yo cortaba cebolla en la isla de la cocina). Nos turnaríamos para meter a Harper en la cama mientras la otra lavaba

los platos. Al final del día, nos desplomaríamos en el sofá y discutiríamos afectuosamente sobre qué ver en la tele.

Le sonreí con ternura mientras le apretaba una mano con la que tenía libre. Violet había pasado de ser quien sus padres querían que fuera a ser quien Jay quería que fuera, asfixiándose a sí misma hasta casi no poder respirar. Había dado todo lo que tenía. Pero no había sido suficiente. Ella no era suficiente. Para mí, en cambio, sí lo era. Ambas seríamos suficiente la una para la otra.

Violet abrió los ojos y me sonrió débilmente.

—Lamento haber intentado matarte.

Yo solté algo a medio camino entre la risotada y el sollozo.

—Lamento haber intentado acostarme con tu marido.

Cuando llegó la ambulancia, Violet estaba empapada de sudor. Tal y como nos había prometido Danny, primero apareció él junto con otro técnico de emergencias, un chico joven con granitos en la cara que parecía tener apenas dieciocho años, y luego dos agentes de policía, uno que debía tener más o menos la misma edad que el técnico de emergencias y otro que parecía acercarse a la sesentena y que lucía una prominente barriga por encima del cinturón. En medio del frenesí, examiné a Danny. Violet tenía razón, era muy guapo. Cuando comenzó a atenderla, comprobé la delicadeza con la que lo hacía, así como la ternura de su mirada y la voz grave y tranquilizadora con la que hablaba. No era de extrañar que todas las chicas —y los chicos— de la isla hubieran estado enamorados de él.

Mientras Danny se ocupaba de Violet, vendándole la herida, colocándole una mascarilla de oxígeno en la cara y subiéndola a la camilla, yo me senté con los agentes y les conté lo que ella y yo habíamos acordado: yo había llegado después de dejar a Harper en la casa de Anne-Marie y había oído la discusión entre Jay y Violet. Él le decía a gritos algo sobre los papeles del divorcio y que nunca

accedería a separarse de ella. Parecía muy enfadado, les expliqué yo a los policías con voz trémula. Luego había oído un disparo. Aterrorizada, me había escondido en un armario. Poco después, había oído cómo él se marchaba con el coche, pero no estaba segura de si volvería, de modo que decidí esperar. Cuando finalmente salí del escondite y subí al primer piso, vi a Violet tendida en el suelo y sangre por todas partes.

—Creo que ha ido a buscar a su hija —dije finalmente—. Esta noche se quedaba a dormir en casa de nuestros vecinos.

Al oír eso, el mayor de los dos agentes se puso en pie de golpe. Llamó por su radio y dijo la palabra «refuerzos». Luego ambos se marcharon. Pude oír el ruido que hacían sus botas al atravesar el pasillo, la puerta de entrada cerrándose de golpe y luego la sirena del coche patrulla alejándose. «Lo siento, Jay», pensé, aunque en realidad no lo sentía para nada.

Luego Danny y el otro técnico de emergencias sacaron a Violet del dormitorio en camilla, bajaron con ella la escalera y salieron de la casa. Yo los seguí a la parte trasera de la ambulancia. Violet yacía de espaldas y con el rostro pálido. En cuanto la camilla estuvo bien sujeta en el vehículo, el segundo técnico cerró las puertas y, un momento después, se colocó detrás del volante en la cabina de la ambulancia.

Danny le colocó una vía intravenosa en el brazo. Líquidos y analgésicos, me explicó. Violet cerró los ojos con un parpadeo y su respiración se volvió más superficial. Yo no tenía claro si estaba actuando o no.

Cinco minutos después, Danny levantó la mirada hacia mí.

—Ha perdido demasiada sangre —me dijo, negando con la cabeza.

Su expresión era tan solemne, tan pesarosa, que por un momento casi me lo creo. Entonces golpeó en la partición de plástico que separaba la parte trasera de la cabina y le dijo al conductor:

—¡Cambio de ruta! ¡Redirígete a la morgue!

La sirena dejó de sonar de golpe y la ambulancia redujo la velocidad. Mientras tanto, Danny llamó a la policía. Fue una conversación corta, pero al colgar me dijo que querían que yo fuera a la comisaría para prestar declaración. Alguien vendría a la morgue a recogerme.

Cuando la ambulancia finalmente se detuvo, Danny colocó una fina sábana blanca sobre el rostro de Violet.

Sintiéndome como si estuviera en un sueño, me quedé en el aparcamiento mientras Danny se llevaba la camilla y la metía en la morgue.

Unos pocos minutos después, volvió a salir con la camilla vacía. El forense, como de costumbre, estaba como una cuba. Sobre su escritorio había una botella de ginebra a medio beber y apenas pareció reconocer a Danny cuando firmó el formulario de ingreso y, con un gesto de la mano, le indicó que la llevara a la parte de atrás. Allí Violet bajó de la camilla y, tras esconderse en un armario, permaneció a la espera de que Danny viniera a recogerla cuando terminara su turno. Los efectos de la morfina que él le había administrado en la ambulancia le durarían hasta entonces.

Mientras el forense le daba otro trago a su ginebra con los ojos vidriosos y la cabeza inclinada, Danny cogió el expediente de Violet y lo llevó al depósito de cadáveres que había en la parte trasera de la morgue. Las unidades refrigeradas que estaban ocupadas tenían expedientes similares dentro de unas fundas de plástico sujetas a las puertas. Ese día, había tres cuerpos a la espera de ser incinerados; siempre había al menos esa cantidad, sobre todo en agosto, cuando

más calor hacía y en la isla había montones de turistas que bebían más de la cuenta, sobreestimaban sus capacidades natatorias o cometían alguna imprudencia con sus cuerpos bronceados y con sus vidas.

Una vez allí, Danny cambió uno de los expedientes por el de Violet. Cuando el cadáver fuera incinerado, nadie sabría que no se trataba del de ella. Si la policía, o quien fuera, preguntaba por Violet y solicitaba una autopsia, el forense no podría hacer nada al respecto. No sería la primera vez que se producía una confusión, intencionada o no, ni tampoco la primera vez que alguien quería que algo pareciera distinto de lo que en realidad era. Si se hubiera tratado de otro departamento de policía de otra ciudad u otro pueblo, tal vez podría haberse llevado a cabo una investigación, pero aquí la policía no insistiría al respecto. El forense era uno de los suyos; cuanto antes se pasara página, mejor para todos.

Nada de esto habría sido posible en ningún otro lugar. En esta diminuta isla, sin embargo, las cosas son distintas. Violet lo sabía, y precisamente por eso nos trajo aquí.

Danny esperó conmigo en el aparcamiento a que un agente de policía viniera a buscarme. Este me llevó en silencio a la comisaría, donde repetí la misma historia que le había contado a los agentes en la casa de playa. Tras darme las gracias, me llevaron con Harper. Ella me rodeó el cuello con sus brazos y yo la abracé con fuerza.

—¿Dónde está mamá? —me preguntó finalmente, apartándose para mirarme a los ojos.

—Vamos a estar un tiempo las dos solas —le expliqué. Volví a abrazarla y, en voz baja, susurré—: Pero no te preocupes, la verás pronto. —Y luego le di una bolsa extragrande de sus M&M's favoritos.

Un agente nos llevó en coche a un hotel cercano; la casa de playa era ahora el escenario de un crimen. Cuando conseguí que Harper se quedara dormida a mi lado en la cama de matrimonio, llamé a Laura, la clienta del salón de belleza con aspecto de Dolly Parton.

Me la había encontrado el día anterior mientras le comprábamos un vestido a Harper. Violet estaba esperándonos en el restaurante de enfrente y, cuando la niña y yo nos dirigíamos a la caja registradora, oí mi nombre:

—¿Sloane? ¿Eres tú? ¡Hola, querida!

Al volverme, mi sorpresa fue mayúscula. No esperaba encontrarme a nadie conocido en la isla, y menos todavía a una de las clientas del salón.

Le expliqué que había ido a visitar a una amiga y su familia y le presenté a Harper. Ella me dio un abrazo —inundándome la nariz con su fuerte perfume— y luego su número de teléfono.

—Si necesitas algo, llámame —me dijo con una sonrisa.

Cuando lo hice apenas dos días después, soltó un grito ahogado al contarle lo que había pasado.

—¡Qué horror! —dijo con su marcado acento de Texas.

Me puso en contacto con su abogado, asegurándome que la iguala que le pagaba cubriría de sobra unas pocas llamadas telefónicas. Al cabo de una semana, me habían concedido la custodia temporal de Harper y, dos meses después, la tutoría legal.

Diez días después del suceso, Danny metió su coche en el ferri, con Violet escondida en el asiento de atrás, y la trajo por fin a casa, donde Harper y yo la esperábamos con los brazos abiertos.

Con la ayuda del abogado de Laura, todo había sido transferido a mi nombre: la casa de los Lockhart, el dinero para criar a Harper.

Violet casi nunca sale de casa. No queremos arriesgarnos a que alguien la reconozca. Y esa es la razón por la que, en cuanto Jay

acepte la propuesta de la fiscal, meteremos todas nuestras cosas en un camión de mudanzas y nos trasladaremos a California. No a San Francisco, sino a algún sitio más soleado. Estamos buscando casas en San Diego, luminosos bungalós desde los que se pueda acceder caminando a la playa.

Una vez allí, las tres podremos ser una auténtica familia. Gracias a la abuela de Violet, tendremos dinero más que suficiente; ninguna tendrá que trabajar. Legalmente, Violet y yo compartiremos mi identidad y ambas seremos Sloane Caraway, pero a la gente le diremos que somos hermanas. Ahora yo solo respondo al nombre de Caitlin, para que todo resulte más fácil.

En cuanto nos hayamos asentado, mi intención es convencer a mi madre para que se mude con nosotras. El tiempo cálido les sentará bien a sus articulaciones. Pero no es solo eso. Ella adora a Harper tanto como yo, e incluso viene con nosotras al parque los viernes y la empuja en el columpio. La mima como haría una abuela con su nieta, pellizcándole las mejillas y dándole disimuladamente bombones de chocolate Hershey's cuando cree que nadie la ve.

Ahora mi lista de mentiras es más corta. Una: soy la única Sloane Caraway. Dos: Violet Lockhart, la madre de Harper, está muerta. Tres: esta mañana no he sentido nada cuando he visto a Jay en el bloque de celdas.

Esa última mentira, la de Jay, es algo que desearía que fuera verdad. Cuando nuestros ojos se han encontrado, sin embargo, el corazón me ha dado un vuelco y se me ha hecho un nudo en el estómago. Esta es la única mentira que Violet no puede llegar a saber. La enterraré muy profundo para dejarla sin aire y que se asfixie.

Porque he encontrado mi final feliz. No es el final con el que fantaseaba cuando conocí a Jay en el parque, ni tampoco el que

pensaba que quería, pero es mejor. Gracias a él, he encontrado aquello que me había pasado toda la vida buscando. Una hermana. Y no una cualquiera, sino una gemela Géminis.

No de nacimiento, sino de corazón.

Agradecimientos

A Elisabeth Weed, por creer en este libro —en mí— desde la primera página y haber convertido en realidad mis sueños más descabellados. Tu perspicacia, guía y apoyo han sido un auténtico obsequio que nunca dejaré de valorar. Siempre te estaré agradecida. Quiero asimismo expresar mi agradecimiento a todo el equipo de The Book Group por su apoyo y a DJ Kim, cuyo nombre en mi bandeja de entrada siempre me arranca una sonrisa.

A James Melia, cuya apasionada y brillante visión editorial solo puede equipararse al entusiasmo y la simpatía con la que la emplea. Ha sido un placer trabajar contigo; me prometiste que nos lo pasaríamos muy bien y lo has cumplido con holgura. Me siento muy afortunada. ¡Bruuum, bruuum!

A todo el equipo de S&S, que ha trabajado apasionada e incansablemente para proporcionar a los lectores la mejor versión de esta novela, y especialmente a: Jennifer Bergstrom, Sally Marvin, Jessica Roth, Mackenzie Hickey, Aimee Bell, Wendy Sheanin, Liv Stratman, Caroline Pallotta, Alysha Bullock, Esther Paradelo, John Vairo y Matt Attanasio. Gracias por todos y cada uno de los minutos de vuestro tiempo.

A Michelle Weiner, agente cinematográfica extraordinaria, que ha luchado por este libro desde el principio. Me siento honrada de tenerte en mi rincón.

A Jenny Meyer y Heidi Gall, gracias por compartir este manuscrito con el mundo. Habéis conseguido que la magia suceda.

A Liz Gazin, por la amistad que inspiró todo este libro. Tienes un corazón de oro; conocerte es amarte. Eres la mejor animadora que nadie podría pedir.

A las mujeres McGibbon (mi madrina, Josie, y sus hijas, Amalia y Chloe), quienes han compartido incondicionalmente mi dicha a lo largo de este y de todos los viajes que he emprendido. Chloe, mi mejor amiga desde el principio, por y para siempre, gracias por estar ahí en cada paso del camino.

A Kelsey Cox y Marcie Haydon, que estaban presentes cuando recibí el correo electrónico con el que dio inicio esta aventura y que me han alentado, me han mimado y han celebrado conmigo cada hito. Sois las mejores.

A Shannon McClintock, que no ha dejado de infundirme energía y ha contestado al teléfono cada vez que la he llamado, por su infinito suministro de entusiasmo y ánimos. No podría haber capeado estos últimos años sin ti.

A Jenna Newburn, que siempre me ha animado a seguir mis sueños, ha estado a mi lado en todas las fiestas de disfraces a las que he asistido y que, tiempo atrás, me enseñó que si has perdido algo debes mirar en los bolsillos. Eres un auténtico rayo de sol. *Carpe diem*, querida amiga.

A Martha Scurr, mi compañera de lecturas favorita, que ha estado animándome en cada paso del camino y ha leído cada documento de Word que le he enviado. Me siento muy agradecida por tu amistad. No lo olvides: si yo puedo hacer esto, ¡tú también!

A Miranda Leggett y Rachel Rose, por sus brillantes lecturas iniciales. Vuestro sello de aprobación fue el empujón que necesitaba

para enviar este retoño al mundo. Gracias por vuestras perspicaces correcciones, vuestro inigualable ingenio y vuestra amistad.

A Emma Pattee, Kate Fagan, Clare Leslie Hall, Christina Li y Sanam Mahloudji. Es un honor debutar junto a vuestras brillantes novelas. Vuestra amistad ha sido un tesoro inesperado.

A Liane Moriarty, Katy Hays, Amy Tintera y Liv Constantine, por la generosidad con la que habéis compartido vuestro tiempo y vuestro apoyo; gracias por el camino que habéis labrado para escritores en ciernes y la buena disposición a alentar a aquellos que están siguiendo vuestros pasos.

A mis tías y tíos y primos de costa a costa. La familia lo es todo. Vosotros lo sois todo. Me siento increíblemente afortunada de pertenecer al grupo de humanos más divertido, amable y cariñoso posible. Gracias extraespeciales a mi tía Dina, que me tomó en serio como escritora desde mi primer libro, me invitó a hablar en su club de lectura hace mucho tiempo y cuya generosidad no conoce límites, y también a mi tía Lori, que me ha pedido una copia de cada manuscrito que he escrito y ha sido seguidora mía desde mucho antes de que lo mereciera.

A Teresa Morrissey, Laura Rubenstein y Alexis Donaire por veinte años de una amistad que me ha mantenido a flote, proporcionado amor y risas y alimentado mi espíritu. Gracias por ser quienes me han recordado que siempre he sido una escritora porque escribo; lo demás solo es la guinda del pastel. Somos muy afortunadas de tenernos las unas a las otras. Hemos pasado por todo... ¡y pasaremos por mucho más!

A Jim y Holly Stava, mis queridos suegros, que me acogieron en su familia con los brazos abiertos desde el día que nos conocimos. Gracias por creer siempre en mí.

A mi hermano. Alguien me preguntó en una ocasión si alguna vez había deseado una hermana y yo contesté con toda honestidad: «No, ni una sola vez, ya tengo a Noah». (Aunque, si me hubieran preguntado si no habría deseado ser hija única... ¡Es broma, claro!) Te quiero. Me inspiras y eres el mejor hermano que una hermana podría tener. Espero que te sientas al menos la mitad de orgulloso de mí de lo que me siento yo de ti.

A mis padres. Me tocó la lotería con vosotros. Gracias por el amor y el apoyo infinitos, por llenar la casa de libros, por hacerme creer que el mundo estaba ahí para que me lo comiera. Mamá, supiste de qué iba esta historia mucho antes de que yo lo hiciera (cómo no: siempre has sido capaz de ver las cosas desde una perspectiva más amplia y nunca has dejado de ser mi referente). Papá, ha sido el mayor de los regalos compartir contigo el amor por los libros. Tu bolígrafo rojo —y tu agudeza— han estado puliendo mi escritura, mejorándola y mejorándome a mí, desde que tengo uso de memoria.

A Beckett y Margot, las luces de mi vida, por abrir mi corazón a un amor que no creía posible.

A Jensen, por tu apoyo y tus ánimos, por no dudar en ningún momento de que esto sucedería y, lo más importante, por la maravillosa vida que hemos construido juntos. Gracias por todo tu amor.

Notas

Capítulo 23

1. Referencia al incidente que tuvo lugar en la isla del mismo nombre en la madrugada del 18 al 19 de julio de 1969, cuando una joven murió ahogada en un río tras un accidente del coche en el que iba de pasajera y que conducía el senador Ted Kennedy. Las circunstancias del accidente nunca llegaron a aclararse, y siempre se ha considerado que el suceso impidió que Kennedy pudiera presentarse posteriormente a las elecciones presidenciales. *(N. del t.)*

La mentirosa
Sophie Stava

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Count My Lies*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Ruigsantos / Shutterstock

© Sophie Stava, 2025

© de la traducción del inglés, Aleix Montoto, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2025

ISBN: 978-84-233-6774-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta